

SALGARI
LOS PIRATAS
DE LA MALASIA

2

72816

2

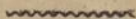
72816



10

10

LOS PIRATAS DE LA MALASIA





B

85088

VIAJES Y AVENTURAS

LOS PIRATAS DE LA MALASIA

POR

Emilio Salgari

VERSIÓN ESPAÑOLA DE

R. Blanco Belmonte

Obra ilustrada con 17 láminas de J. PASSOS




CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran medalla en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907
y gran premio en la de Buenos Aires 1910

Calle de Mallorca, 166.—BARCELONA


~~~~~  
ES PROPIEDAD DE ESTÁ CASA EDITORIAL  
~~~~~



PARTE PRIMERA

EL TIGRE DE LA MALASIA



PRIMERA PARTE

CAPITULO I

El naufragio del «Young-India»

—Contra maestre Bill, ¿dónde estamos?

—En plena Malasia, mi querido Kammamuri.

—¿Tardaremos mucho en llegar al puerto de destino?

—Bribón ¿te aburres acaso?

—Aburrirme, no, pero tengo prisa y se me figura que el *Young-India* marcha despacio.

El contra maestre Bill, un marinero que contaría cuarenta años, de más de cinco pies de alto, americano de pura sangre, miró de reojo a su compañero. Era éste un arrogante indio de veinticuatro a veinticinco años, alta estatura, tez intensamente bronceada, líneas correctas, nobles, finas, y adornábase con pendientes—en las orejas—y con collares de oro que le caían graciosamente sobre el desnudo y robusto pecho.

—¡Mil truenos!—gritó el americano, indignado.—¡Que el *Young-India* marcha despacio! Esto es un insulto, maharato mío.

—Para quien tiene prisa, contra maestre Bill, hasta un buque corsario que navegue a razón de quince nudos por hora va despacio.

—Diablo, ¿a qué obedecerá toda esa prisa?—dijo el contra-maestre, rascándose furiosamente la cabeza.—¡Hola, pícaro! ¿Tienes que recoger alguna herencia? En tal caso me pagarás un frasco de *gin* o de *wisky*.

—Una herencia... si usted supiese...

—Cuenta, muchacho.

—No se oye bien aquí.

—Comprendo; quieres hacerte el sordo. ¡Hum!... Tal vez el secreto está ahí bajo... Esa chiquilla que va contigo... ¡Hum!

—Pero... dígame, contra-maestre, ¿cuándo llegamos?

—¿A dónde?

—A Saravack.

—El hombre propone y Dios dispone, hijo mío. Podía sorprendernos un tifón y mandarnos a todos a beber en la taza grande.

—¿Y además?

—Además, podrían atacarnos los piratas y enviarnos al diablo con dos brazas de cuerda por corbata y un cris plantado en mitad del pecho.

—¡Eh!—exclamó el indio, haciendo una mueca.—¿Hay por aquí piratas?

—Como hay estranguladores en tu país.

—¿Habla usted de veras?

—Mira allá, derecho hacia el bauprés. ¿Qué ves?

—Una isla.

—Bien; esa isla es un nido de piratas.

—¿Cómo se llama?

—Mompracem. Se sienten estremecimientos sólo con nombrarla.

—¿De veras?

—Allí, hijo mío, vive un hombre que ha ensangrentado el mar de la Malasia de Norte a Sur, de Este a Oeste,

—¿Quién es?

—Lleva un nombre terrible. Se llama el Tigre de la Malasia.

—Y si nos asaltase, ¿qué ocurriría?

—Una matanza general. Ese hombre es más feroz aún que los tigres de la selva.

—¿Y no intentan los ingleses destruir su horda?—preguntó el indiano, sorprendido.

—Destruir a los tigres de Mompracem es asunto serio—dijo el marinero, metiéndose en la boca un pedazo de tabaco—. Hace algunos años, en 1852, los ingleses, con una poderosa flota, bombardearon la isla, la ocuparon e hicieron prisionero al terrible Tigre; pero antes de llegar a Labuán, el pirata, no se sabe cómo, se escapó.

—¿Y volvió a Mompracem?

—En seguida, no. Durante dos años no se dejó ver; luego, a principios de 1854, reapareció a la cabeza de una nueva banda de piratas malayos y dayakas de la más temible raza. Asesinaron a los pocos ingleses establecidos en la isla, se instalaron en ella, reanudaron sus sangrientas empresas...

En aquel momento un silbido resonó en el puente del *Young-India* acompañado de un golpe de viento fresco que hizo gemir a los tres mástiles.

—¡Oh! ¡Oh!—exclamó Bill, levantando vivamente la cabeza y quitándose el tabaco de la boca—. Dentro de poco bailaremos desesperadamente.

—¿Lo creerá usted, contramaestre?—preguntó el indio con inquietud.

—Veo allá una nube negra con los bordes cobrizos, que de seguro no pronostica calma. Tragaremos ráfagas de viento.

—¿Corremos peligro, acaso?

—El *Young-India*, hijo mío, es un barco sólido que se ríe

de los golpes de mar. Ea, a la maniobra; la taza grande comienza a hervir...

El contramaestre no se engañaba. El mar de la Malasia, hasta entonces terso cual un cristal, comenzaba a arrugarse como agitado por conmoción submarina y a tomar tinte plomizo que no prometía nada bueno.

Al Este, hacia la extensa isla de Borneo, alzábase una nube, negra como la pez, ribeteada de color rojo vivísimo y que, poco a poco, obscureció el sol, próximo a su ocaso. En el espacio, gigantescos albatros, presa de gran inquietud, revoloteaban rozando las olas y lanzando roncós gritos.

El primer golpe de viento fué seguido de una especie de calma que puso mayor zozobra en los ánimos de toda aquella gente; luego, hacia la parte del Este, comenzó a rugir el trueno.

—¡Dejad el puente libre!—gritó el capitán Mac-Clintock, dirigiéndose a los pasajeros.

Todos, de mala gana, obedecieron, desapareciendo por las escotillas de proa a popa. Uno, sin embargo, permaneció sobre el puente, y este hombre era el indio Kammamuri.

—¡Hola! ¡Largo de aquí!—exclamó con imperioso acento Mac-Clintock.

—Capitán—dijo el indiano, avanzando con paso firme—, ¿corremos peligro?

—Lo sabrás cuando pase la tempestad.

—Es preciso que yo desembarque en Sarawack, capitán.

—Desembarcarás, si no nos vamos a pique.

—Pero yo no quiero irme a pique, mi capitán. En Sarawack hay una persona que...

—¡Eh, contramaestre! Llévate de aquí a este hombre. El momento no es muy a propósito para perder el tiempo...

El indio fué arrastrado y arrojado por la escotilla de proa.

Ya era hora. El viento comenzaba a soplar de Oriente con gran violencia, rugiendo en todos los tonos entre el aparejo de la nave. La nube negra había tomado proporciones gigantescas, cubriendo casi por completo la bóveda celeste. En sus entrañas rugía incesantemente el trueno, rodando desenfrenado de Levante a Poniente.

El *Young-India* era un magnífico barco de tres palos que llevaba bastante bien sus quince años de servicios.

Su construcción era ligera, pero sólida. La superficie vélica que podía desplegar verdaderamente enorme, su armadura a prueba de escollos, recordaban a uno de aquellos audaces violadores de bloqueo, que tomaron parte tan activa y que más puede llamarse legendaria, en la guerra americana.

Habiendo partido de Calcuta el 26 de Agosto de 1856, con un cargamento de viguetas de hierro destinado a Sarawack, llevaba a bordo catorce marineros, dos oficiales y seis pasajeros; gracias a su velocidad y a los vientos favorables, llegó en menos de trece días a las aguas de la Malasia y precisamente a vista de la temida isla de Mompracem, guarida de piratas que era necesario evitar.

Desgraciadamente, la tempestad estaba a punto de estallar. El mar exigía su tributo antes de que acabase la travesía; ¡ahora se verá qué especie de tributo!

A las ocho de la tarde la obscuridad era casi completa. El sol había desaparecido tras los densos nubarrones y el viento comenzaba a soplar con gran violencia, dejando oír bramidos formidables.

El mar, agitado hasta los extremos límites del horizonte, subía rápidamente. Olas enormes coronadas de espuma, formábanse como por encanto, chocando entre sí, cayendo y

deshaciéndose con rabia contra Mompracem, cuya masa negra y sombría elevábase en medio de las tinieblas.

El *Young-India* corría veloz, ora lanzándose sobre las móviles montañas para desgarrar con sus velas la caliginosa masa de nubes, ora precipitándose en los abismos de donde a duras penas podía salir.

Los marineros, descalzos, al viento los cabellos y contraídos los semblantes, maniobraban en medio del agua que no encontraba salida suficiente. Voces de mando y blasfemias mezclábanse a los silbidos de la tempestad.

A las nueve, el barco, juguete de las olas como leve arista, hallábase en aguas de Mompracem.

A pesar de todos los esfuerzos del contraamaestre, que se rompía los manos en la caña del timón, el *Young-India* fué arrastrado tan cerca de la costa erizada de escollos, de islas madreporícas y de bajos fondos, que se temió el choque contra ellos.

El capitán Mac-Clintock, lleno de terror, descubrió numerosas luces en las sinuosidades de la playa, y al brillo de un relámpago, de pie en la cumbre de una roca gigantesca que caía a plomo sobre el mar, vió también a un hombre de elevada estatura, los brazos cruzados sobre el pecho e impassible en medio de los elementos desencadenados.

Los ojos de aquel hombre, que fulguraban como carbones encendidos, se fijaron en Mac-Clintock de extraña manera. A éste se le figuró además que levantaba un brazo y le hacía una señal amistosa. La aparición duró breves segundos. Las tinieblas volvieron a hacerse más espesas y una ráfaga de viento alejó rápidamente al *Young-India* de la isla.

—¡Que Dios nos proteja!—exclamó Bill, que había des-

cubierto también a aquel hombre—. Ese es el Tigre de la Malasia.

Su voz fué sofocada por el espantoso ruido del trueno que repercutió, de eco en eco, en las profundidades del cielo. Aquel trueno pareció ser la señal de una música ensordecedora, indescriptible. El espacio se inflamó de Norte a Sur, de Este a Oeste, como si el universo entero se incendiase, iluminando siniestramente el mar en tempestad.

Los rayos, brillando un momento, caían describiendo en el espacio mil ángulos caprichosos, mil curvas diversas, sepultándose en las ondas o corriendo vertiginosamente en torno de la nave y seguidos de fragores que aumentaban en intensidad, llegando a los tonos más altos.

El océano, cual si quisiera competir con aquellos truenos, alzóse imponente. Sus aguas no formaban ya olas, sino líquidas montañas—centelleantes bajo la vívida luz de los relámpagos—que se elevaban con furia hacia el cielo como atraídas por fuerza sobrehumana, y cabalgaban unas sobre otras, cambiando de forma y de dimensiones.

El viento terció luego en aquella espantosa contienda, rugiendo con rabia y lanzando turbonadas de tibia lluvia.

El barco, inclinándose violentamente, ya de estribor, ya de babor, apenas lograba mantener su estabilidad. Gemía como si se quejase de aquellos terribles golpes de mar que lo cubrían de proa a popa, derribando a la tripulación; alzabase, vacilaba, azotaba el agua con el bauprés, unas veces impulsado hacia el Norte y otras hacia el Sur, a pesar de los desesperados esfuerzos del timonel.

Habían llegado los instantes en que los marineros ignoraban si se pondrían de nuevo a flote o se irían a pique; tan grande era la masa de agua que penetraba por las bordas medio deshechas.

Para colmo de desventura, al mediar la noche, el viento que soplaba constante del Norte, saltó de improviso del Este.

Ya no era posible luchar. Seguir avanzando con el tifón que asaltaba la proa, valía tanto como tentar la muerte. Toda vez que ningún lugar de refugio se presentaba en la vía del Oeste, el capitán tuvo que resignarse a mantenerse a la capa y a huir con toda la celeridad que le permitían las escasas velas desplegadas.

Dos horas pasaron después que el *Young-India* viró de bordo, perseguido con encarnizamiento sin igual por las olas, que parecían haber jurado su pérdida.

Los relámpagos eran bastante raros y la obscuridad tan densa, que no permitía ver a doscientos pasos de distancia.

Al cabo de un rato los oídos del capitán percibieron ese fragor característico de las ondas al romperse contra la escollera, fragor que los marineros distinguían aún en medio de las borrascas más espantosas.

Por alejado que se juzgase todavía de los bajos de Mompracem, sospechó su vecindad.

—¡Mirad a proa!—gritó, dominando con su voz el estrépito del mar y el silbido del viento.

—¡Mar deshecho!—exclamó otra voz.

—¡Los escollos! ¡Truenos!...—se oyó después.

El capitán se dirigió a proa, agarrándose al estay de la trinquetilla para izarse hasta la borda.

No se descubría nada; sin embargo, a través de las ráfagas de viento se oía claramente el mugir de la resaca. No era posible engañarse. A pocas brazas de la nave surgía una cadena de escollos, tal vez una derivación de los de Mompracem.

—¡Listos para virar!—gritó Mac-Clintock.

Bill, reuniendo todas sus fuerzas, imprimió un violento esfuerzo a la rueda del timón.

Casi en el mismo instante el barco chocó.

El golpe, sin embargo, apenas fué sensible. Sólo una parte de la falsa quilla había tocado en las agudas puntas de las madréporas que formaban la cima del arrecife.

Desgraciadamente, el viento seguía soplando de popa y las olas hacían que el barco avanzase.

La tripulación, que en aquellos terribles instantes conservaba una sangre fría extraordinaria, logró virar de bordo. El *Young-India* consiguió alejarse doscientos metros, huyendo de la escollera en torno de la cual rugían, como hambrientos dogos, las olas. Parecía que todo iba a marchar bien. Arrojada la sonda, acusó a proa catorce metros de profundidad. La esperanza de salvar el buque comenzaba a renacer en el ánimo de la tripulación.

De repente, el fragor de la resaca volvió a dejarse oír hacia proa.

El mar se levantaba con mayor violencia que antes, señalando una nueva barrera de escollos.

—¡Otra vuelta, Bill!—ordenó el capitán.

—¡La escollera bajo proa!—gritó un marinero que había descendido hasta el botalón del bauprés.

Su voz no llegó a popa. Una montaña de agua se desplomó sobre la banda de estribor, inclinando violentamente a la nave sobre la de babor, derribando a la tripulación agarrada a los brazos de las velas y destrozando a las lanchas contra los escollos.

Oyóse un mugido formidable, un chasquido como de maderas que se rompían, luego un golpe espantoso que hizo oscilar al aparejo de popa a proa.

El *Young-India* quedó destrozado al chocar con las agudas puntas de los escollos y sus marineros arrojados a las olas, estrellándose contra el arrecife.



CAPITULO II

Los piratas de la Malasia

Había llegado la última hora para el infortunado barco. Enclavado entre dos rocas, que apenas asomaban sus negras puntas, agujereado por mil partes a causa del eterno movimiento de las aguas, abierto el casco y destrozada la quilla, no era ya más que un montón de tablas imposible de reparar y que pronto o tarde el mar, sin duda alguna, trituraría y dispersaría.

El espectáculo era magnífico y al mismo tiempo espantoso.

Alrededor, el mar revolvíase furioso, estrellándose contra la escollera, arrastrando fragmentos de las bandas, leñas y lanchas del barco, que se rompían con mil crujidos.

Sobre la nave, los supervivientes, casi todos locos de terror, corrían de proa a popa lanzando mil gritos, mil blasfemias, mil invocaciones. Uno trepaba a las vergas, otro subía hasta la cofa, el de más allá saltaba como si pisase carbones encendidos, llamando a Dios y a la Virgen, éste se

afanaba por ceñirse un salvavidas, aquél preparaba una balsa para ocuparla tan pronto como el barco se hundiese.

El capitán y el contra maestre, que se habían encontrado en trances peores, eran los únicos que conservaban alguna calma.

Visto que el barco permanecía inmóvil, como si estuviese clavado en la escollera, bajaron a la bodega. En seguida comprendieron que no quedaba esperanza alguna de ponerlo a flote, toda vez que estaba lleno de agua.

—Ea—dijo Bill, con voz conmovida—, el pobrecillo ha exhalado su último suspiro. No hay astillero capaz de reparar tan espantosa mutilación.

—Tienes razón—respondió el capitán, más conmovido aún—. Esta es la tumba del valiente *Young-India*.

—¿Y qué haremos?

—Hay que esperar a que amanezca.

—¿Resistirá a los golpes de mar?

—Creo que sí. Los escollos han penetrado en su vientre como el hacha en el tronco de un árbol. Se me antoja que será imposible moverlo.

—Vamos a dar ánimos a los que se hallan en el puente. Están medio muertos de miedo...

Los dos lobos de mar se dirigieron al lugar indicado. Marineros y pasajeros, con los rostros contraídos por el terror, se precipitaron a su encuentro, interrogándoles con viva ansiedad.

—¿Estamos perdidos?

—¿Nos vamos a pique?—exclamaban los otros.

—¿Hay esperanza de salvación?

—¿Dónde estamos?

—Calma, muchachos—dijo el capitán—. Por ahora no corremos peligro alguno...

El indio Kammamuri, que había mostrado tanta prisa por llegar a Sarawack, se acercó al jefe.

—Capitán—exclamó con tranquilo acento—, ¿vamos a Sarawack?

—Bien ves que no es posible, Kammamuri.

—Sin embargo, yo tengo que ir allá.

—No sé qué decirte. El barco permanece inmóvil como un pontón.

—Mi amo me espera allí, capitán.

—Aguardará...

La mirada viva y centelleante del indiano se oscureció y su rostro, que revelaba un no sé qué de ferocidad, se tornó sombrío.

—Kali le proteja—murmuró.

—Aún no se ha perdido todo, Kammamuri—dijo el capitán.

—¿No nos hundiremos, pues?

—He dicho que no. Vaya, calma, muchachos. Mañana sabremos en qué isla o escollera hemos naufragado y veremos lo que se puede hacer; yo garantizo vuestra vida...

Las palabras del capitán causaron buen efecto en el ánimo de los marinos, los cuales comenzaron a confiar en su salvación. Los que trabajaban en la balsa abandonaron la tarea; los que habían trepado a los mástiles, después de vacilar un poco, descendieron. La calma no tardó en volver a reinar sobre el puente del buque naufrago.

En cuanto a la borrasca, después de haber alcanzado la intensidad máxima, comenzaba a ceder. Los nubarrones, desgarrados aquí y allá, dejaron entrever de vez en cuando el trémulo fulgor de los astros. El viento, tras de silbar, aullar, rugir, se apasionaba poco a poco.

Sin embargo, el mar continuaba manteniéndose agitado. Olas gigantescas corrían en todas direcciones, embistiendo

con furia extrema la escollera y estrellándose contra ella con espantoso estruendo. El barco, sacudido de popa a proa, gemía como un moribundo, dejándose arrebatar trozos de las bandas o fragmentos de la destrozada quilla. En ciertos instantes, además, oscilaba con tal fuerza, que parecía próximo a ser arrancado del banco madreporico y arrojado en medio de las ondas.

Por fortuna permaneció firme, y los marineros, a pesar del inminente peligro y a pesar de las oleadas que barrían la cubierta, pudieron disfrutar algunas horas de sueño.

A las cuatro de la mañana comenzó a clarear un poco por la parte de Oriente. El sol surgía con esa rapidez propia de los países tropicales, anunciado por un color rosa magnífico. El capitán, de pie en la cofa del palo mayor, teniendo a su lado al contra maestre, fijaba los ojos en el Norte, donde se elevaba, a menos de dos millas de distancia, una masa oscura que debía ser una isla.

—Y bien, capitán—preguntó Bill, que masticaba rabiosamente un trozo de tabaco—, ¿conoce usted esa tierra?

—Creo que sí. Está muy oscuro todavía, pero los arrecifes que la rodean por todas partes me hacen sospechar que aquella isla sea Mompracem.

—*By God!*—murmuró el americano, haciendo una mueca—. Nos hemos roto las piernas en mal sitio.

—Mucho lo temo, Bill. La isla no goza de buena fama.

—Diga usted que es un nido de piratas. Ha vuelto el Tigre de la Malasia, capitán.

—¡Cómo!—exclamó Mac-Clintock, que sintió un estremecimiento por los huesos—. ¿El Tigre de la Malasia ha vuelto a Mompracem?

—Sí.

—¡Es imposible, Bill! Hace algunos años que desapareció ese hombre feroz.

—Le digo a usted que ha vuelto. Cuatro meses próximamente han transcurrido desde que asaltó al *Arghilah* de Calcuta, el cual pudo huir con mil fatigas. Un marinero que conocía al sanguinario pirata, me contó que lo había visto en la proa de un *praho*.

—Entonces estamos perdidos. No tardará en atacarnos.

—*¡By God!*—rugió el contraestre, quedándose de pronto palidísimo.

—¿Qué ocurre?

—¡Mire usted, capitán! ¡Mire allá!...

—¡Los *prahos*, los *prahos*! —gritó una voz desde el puente.

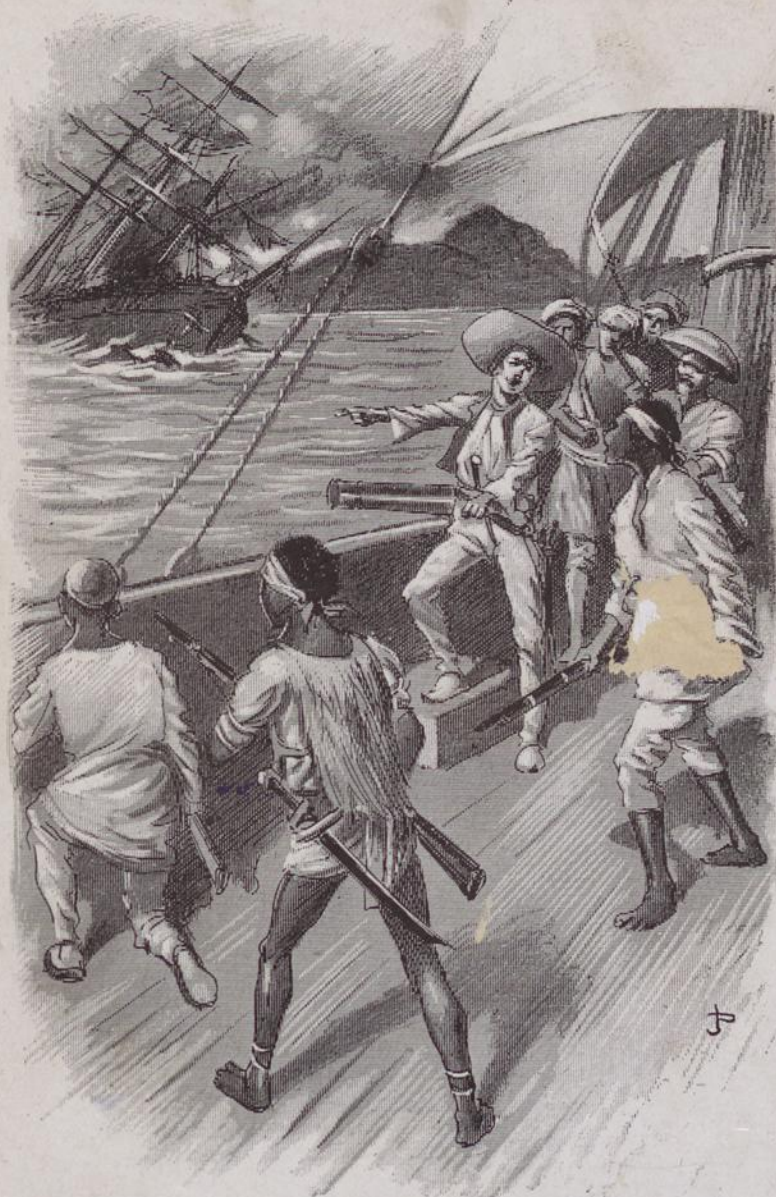
El capitán, no menos pálido que el contraestre, dirigió la vista hacia la isla y descubrió cuatro embarcaciones que doblaban un cabo distante apenas tres millas.

Eran cuatro grandes *prahos*, malayos, ligerísimos, esbeltos, con amplias velas de forma alargada, sostenidas por mástiles triangulares.

Estos barcos, que navegaban con sorprendente rapidez y que, gracias al contrapeso colocado a sotavento y al sostén que tienen a barlovento, desafían los huracanes más tremendos, son generalmente usados por los piratas malayos, los cuales no temen asaltar con ellos a los buques de mayor tonelaje que se aventuran en los mares de la Malasia.

El capitán no lo ignoraba, así que apenas los descubrió apresuróse a bajar al puente. En pocas palabras informó a la tripulación del peligro que amenazaba. Sólo una resistencia encarnizada podía salvarlos.

Por desgracia, la armería de a bordo no estaba muy bien provista. Los cañones faltaban en absoluto, los fusiles, casi inservibles, en su mayor parte, eran insuficientes para la marinería. Quedaban sables de abordaje, enmohecidos, pero en buen estado aún, algunas pistolas y bastantes hachas.



Todos aquellos hombres tenían los ojos fijos en el barco y agitaban furiosamente las armas...



Marinos y pasajeros, armados lo mejor posible, precipitáronse hacia popa, que, por encontrarse sumergida, podía ofrecer fácil escalada. La bandera de los Estados Unidos subió majestuosamente a lo largo del asta y el contramaestre la clavó.

Ya era hora. Los cuatro *prahos* malayos que se deslizaban tan veloces como pájaros, no distaban más que setecientos u ochocientos pasos y preparábanse a asaltar al pobre buque.

El sol, que en aquel momento se elevaba sobre el horizonte, permitió ver con claridad a los tripulantes de las embarcaciones.

Eran ochenta o noventa hombres, semidesnudos, armados de descomunales carabinas incrustadas de madreperlas y láminas de plata, de grandes *parangs* de acero finísimo, de cimitarras, de cris en forma de espiral con la punta indudablemente envenenada en el jugo del upas, y de clavos desmesurados, conocidos con el nombre de campilanes, que manejaban cual si fueran ligerísimos bastoncitos.

Algunos eran malayos de tez aceitunada, membrudos y de aspecto feroz; otros, arrogantes dayakas de elevada estatura, cubiertos brazos y piernas con anillos de cobre.

Veíanse también varios chinos, fáciles de reconocer por sus cráneos pelados y brillantes como el marfil, y unos cuantos macasareses y javaneses. Todos aquellos hombres tenían los ojos fijos en el barco y agitaban furiosamente las armas, emitiendo gritos horribles que causaban estremecimientos. Parecía como si se propusiesen espantar a los náufragos antes de venir a las manos.

A cuatrocientos pasos de distancia resonó un cañonazo disparado desde el primer *praho*. La bala, de grueso calibre, tronchó el bauprés, cuya punta se hundió en el mar.

—¡Animo, muchachos!—gritó el capitán—. Si el cañón habla, es señal de que comienza la danza. ¡Fuego!...

Algunos disparos de fusil siguieron a la voz de mando. Gritería espantosa estalló a bordo de los *prahos*, señal infalible de que no todo el plomo se había desperdiciado.

—¡Hola, esto va bien, muchachos!—rugió el contraamaestre—. Pegad duro, y en mitad del grupo. Esos hocicudos no tendrán valor para llegar hasta nosotros. ¡Fuego!...

Su voz fué cubierta por una serie de formidables detonaciones. Partían de los piratas, que comenzaban el ataque.

Los cuatro *prahos* semejaban cráteres inflamados, vomitando tremenda granizada de hierro. Disparaban los cañones, disparaban las carabinas, disparaban las espingardas, derribando, destruyéndolo todo con una precisión matemática.

En menos que se cuenta, cuatro náufragos quedaron sin vida sobre la toldilla. El trinquete, roto por bajo de la cofa, precipitóse sobre el puente, cubriéndolo de velas y de cabos. Al grito de triunfo sucedió otro grito de espanto, de dolor y oyéronse gemidos y estertores de agonía.

Era imposible resistir al huracán de hierro que se desencadenó con rapidez espantosa, haciendo saltar mástiles y trozos del casco.

Los náufragos, viéndose perdidos, después de disparar siete u ocho veces los fusiles sin gran resultado, a pesar de las voces del capitán y del contraamaestre, abandonaron su puesto, huyendo hacia estribor, resguardándose tras los restos del aparejo y de los botes. Algunos se desangraban y lanzaban gritos desgarradores.

Los piratas, protegidos por su artillería, llegaron al cabo de un cuarto de hora a la popa del buque e intentaron subir a bordo.

El capitán se dirigió apresuradamente para rechazar el abordaje, pero una descarga de metralla le derribó al mismo tiempo que a otros tres hombres.

En el espacio vibró un grito terrible:

¡Viva el Tigre de Malasia!

Los piratas arrojaron las carabinas, empuñaron las cimitarras, las hachas, las mazas, los cris y se lanzaron intrépidamente hacia la borda. Algunos treparon por los mástiles de los *prahos*, corrieron como monos a lo largo de las vergas y se dejaron caer sobre la cubierta del buque naufrago. En menos tiempo del que se tarda en relatarlo, los escasos defensores, vencidos por el número, rodaron a popa, a proa y por el alcázar.

Únicamente quedó de pie un hombre, junto al palo mayor, armado de un largo y pesado sable de abordaje.

Este hombre, el último del *Young-India*, era el indiano Kammamuri, el cual se defendía como un león, rechazando los ataques del enemigo y repartiendo tajos a diestro y siniestro.

Un mazazo le hizo añicos el arma. Dos piratas cayeron sobre él, y lo derribaron, a pesar de su desesperada resistencia.

—¡Socorro! ¡Socorro!...—gritó el infeliz con entrecortado acento.

—¡Alto!—tronó una voz de improviso—. ¡Este indio es un héroe!...



CAPITULO III

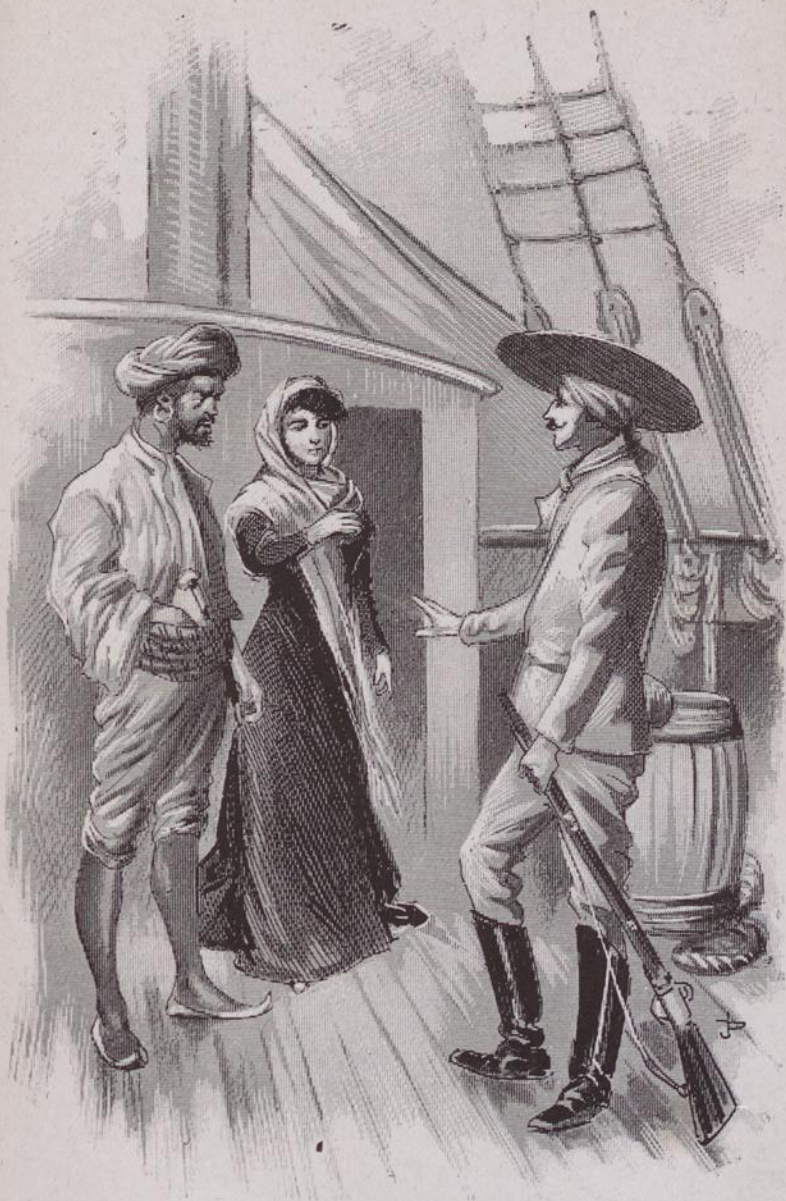
El Tigre de la Malasia

El hombre que profirió en momento tan oportuno aquel grito, tendría aproximadamente treinta y dos o treinta y cuatro años.

Era alto, con la piel blanca, líneas finas, aristocráticas, ojos azules, dulces, y negro bigote que sombreaba sus sonrientes labios.

Vestía con extremada elegancia: chaqueta de terciopelo marrón con botones de oro, sujeta a la cintura por amplia faja de seda azulada, calzones de brocatel, botas altas de piel color de rosa y con las puntas levantadas, y cubría la cabeza con ancho sombrero de paja legítima de Manila. En la banderola llevaba una magnífica carabina india y al costado una cimitarra, con empuñadura de oro, rematada con un diamante tan grueso como una avellana, de un brillo admirable.

Después de ordenar con un gesto a los piratas que se alejasen, acercóse al indio que no pensaba en levantarse—tan



Una mujer de maravillosa belleza, envuelta en amplia túnica de seda blanca, salió repentinamente de la escotilla...



grande era su sorpresa al sentirse vivo aún—y le miró durante algunos momentos con profunda atención.

—¿Qué dices?—le preguntó con tono alegre.

—¡Yo!...—exclamó Kammamuri, pensando en quién podría ser el hombre blanco que mandaba en aquellos terribles piratas.

—¿Te sorprendes de encontrarte la cabeza sobre los hombros?

—Tanto me sorprende, que me pregunto si es cierto que estoy todavía vivo.

—No lo dudes, joven.

—¿No me la cortarán, pues?

—Si no lo he permitido antes, no sé por qué he de permitirlo después.

—¿Y a qué se debe esto?—preguntó ingenuamente el indio.

—A que no eres blanco, ante todo...

Kammamuri hizo un gesto de asombro.

—¡Ah!—exclamó—. ¿Odia usted a los blancos?

—Sí.

—¿Acaso no es usted blanco?

—¡Por Baco, soy portugués de pura sangre!

—Entonces no comprendo por qué...

—Alto allá, joven. No soy amigo de discursos.

—Bueno, ¿y entonces?...

—Eres un héroe y yo amo a los héroes.

—Soy maharato—dijo el indiano con orgullo.

—Una raza que lleva un buen nombre. Dime, ¿te agrada ser de los nuestros?

—¡Yo pirata!

—¿Y por qué no? ¡Por Júpiter! Serías un buen compañero.

—¿Y si rehusase?

—No respondería de tu cabeza.

—Si se trata de salvar la piel, me haré pirata. Tal vez me tendrá más cuenta.

—Bravo, muchacho. ¡Hola, Kotta! Vamos a buscar una botella de *whisky*. Los americanos no navegan nunca sin llevar buena provisión...

Un malayo de cinco pies de alto, con dos brazos desmesurados, bajó al camarote del pobre Mac-Clintock, y pocos instantes después volvía con un par de vasos y una botella polvorienta, a la cual hizo saltar el cuello.

—*Whisky*—leyó en el membrete—. En verdad que estos americanos son excelentes personas...

Vació dos veces su vaso y alargó el otro al indio, preguntándole:

—¿Cómo te llamas?

—Kammamuri.

—A tu salud, Kammamuri.

—A la suya, señor...

—Yáñez—dijo el hombre blanco.

Y empinaron al mismo tiempo las dos copas.

—Ahora, joven—exclamó Yáñez, siempre de buen humor—, iremos en busca del capitán Sandokan.

—¿Quién es ese señor Sandokan?

—¡Por Baco! El Tigre de la Malasia.

—¿Y me conducirá usted a presencia de ese hombre?

—Ciertamente, querido, y se alegrará muchísimo de recibir a un maharato. Vamos, Kammamuri...

El indio no se movió. Parecía confuso y miraba ora a los piratas, ora la popa del barco.

—¿Qué te pasa?—preguntó Yáñez.

—Señor...—respondió el maharato, titubeando.

—Habla.

—¿No la tocará usted?

—¿A quién?

—Viene una mujer conmigo.

—¿Una mujer? ¿Blanca o india?

—Blanca.

—¿Y dónde está?

—La tengo oculta en la bodega.

—Tráela al puente.

—¿No la tocará usted?

—Doy mi palabra.

—Gracias, señor—dijo el maharato con acento conmovido.

Corrió hacia popa y desapareció por la escotilla. Pocos momentos después volvía al puente.

—¿Dónde está la mujer?—preguntó Yáñez.

—Ya viene; ni una palabra, señor. Está loca.

—¿Loca?... Pero, ¿quién es?...

—Aquí está—interrumpió Kammamurí.

El portugués se volvió hacia popa.

Una mujer de maravillosa belleza, envuelta en amplia túnica de seda blanca, salió repentinamente de la escotilla deteniéndose junto al palo de mesana.

Tendría quince años. Su talle era elegante, gracioso, flexible; su piel sonrosada y de una morbidez incomparable; los ojos grandes y negros, revelaban infinita dulzura; la nariz era pequeña y recta, los labios sutiles, rojos como el coral contraíanse con inexplicable sonrisa que dejaba ver dos filas de dientes minúsculos de blancura deslumbrante. La cabellera espléndida y negrísima, dividida en la frente por un grueso diamante, le caía por la espalda en pintoresco desorden y le llegaba hasta la cintura.

La joven contempló a todos aquellos hombres armados, a los cadáveres que cubrían el puente y a los informes res-

tos, sin que una contracción de espanto, de horror o de curiosidad se dibujase en su bello rostro.

—¿Quién es esta mujer?—preguntó Yáñez, con extraño acento, cogiendo una mano a Kammamuri y apretándosela con fuerza.

—Mi ama—contestó el maharato—. «La Virgen de la Pagoda de Oriente»...

Yáñez adelantó algunos pasos hacia la loca, que conservaba la inmovilidad de una estatua, y la miró fijamente.

—¡Qué semejanza!...—exclamó palideciendo.

Volvióse rápidamente hacia Kammamuri y cogiéndole de nuevo la mano añadió con voz alterada:

—¿Es inglesa esta mujer?

—Ha nacido en la India, de padres ingleses.

—¿De qué se ha vuelto loca?

—Es una historia larga de contar.

—La narrarás ante el Tigre de la Malasia. Ahora embarcaremos, maharato, y vosotros, cachorrillos, saquead bien el esqueleto de esta nave y luego incendiadla. El *Young-India* ha dejado de existir.

Kammamuri se acercó a la loca, la cogió de la mano y le hizo bajar al *praho* portugués. La joven no opuso la menor resistencia ni pronunció palabra.

—Partamos—dijo Yáñez, empuñando la caña del timón.

El mar poco a poco se había calmado. Solamente alrededor de los escollos espumajeaba y mugía, levantándose en grandes oleadas.

El *praho*, gobernado por aquellos marinos hábiles e intrépidos, pasó por encima del arrecife, saltando y brincando sobre las olas como una pelota de goma, y se alejó con fantástica rapidez, dejando atrás nívea estela, en medio de la cual jugueteaban los tiburones.

Al cabo de diez minutos, la embarcación llegó a la punta extrema de la isla; allí giró sin acortar la velocidad y navegó con rumbo a una bahía amplísima que se abría ante una risueña aldea. Componíase ésta de veinte o más chozas muy sólidas y hallábase defendida por una triple línea de trincheras provistas de gruesos cañones y de numerosas espingardas, por altas empalizadas y por profundos fosos erizados de agudas puntas de hierro.

Un centenar de malayos medio desnudos, pero todos ellos armados hasta los dientes, salió de la trinchera y se dirigió hacia la playa, lanzando gritos salvajes y esgrimiendo alegremente los cris envenenados, las cimitarras, hachas, carabinas y pistolas.

—¿Dónde estamos? — preguntó Kammamuri, con inquietud.

—En nuestra aldea—respondió el portugués.

—¿Es aquí donde vive el Tigre de la Malasia?

—Habita donde ondea la bandera roja...

El maharato levantó la cabeza y en la cima de una gigantesca roca cortada a pico sobre el mar, descubrió una anchurosa cabaña defendida también por empalizadas; en lo alto flotaba majestuosamente una bandera roja adornada con una cabeza de tigre.

—¿Vamos hacia allí?—preguntó con cierta emoción.

—Sí, amigo—contestó Yáñez.

—¿Cómo me recibirá el hombre terrible?

—Como se debe acoger a un valiente.

—¿Vendrá con nosotros la «Virgen de la Pagoda de Oriente»?

—Ahora no.

—¿Por qué?

—Porque esa mujer se parece a...

Interrumpióse. Rápida conmoción le alteró repentinamente el semblante y los ojos se le humedecieron .

Kammamuri lo notó.

—Está usted agitado, según parece, señor Yáñez—dijo.

—Te engañas—respondió el portugués, imprimiendo un movimiento al timón para evitar la punta extrema de un arrecife que asomaba en la bahía—. Desembarquemos, Kammamuri.

El *praho* ancló con la proa hacia la costa.

El portugués, Kammamuri, la loca y los piratas saltaron a tierra.

—Conducid a esa mujer a la mejor habitación de la aldea—exclamó Yáñez dirigiéndose a los piratas y señalándoles con el dedo a la loca.

—¿Le harán daño?—preguntó Kammamuri.

—Nadie se atreverá a tocarla—respondió Yáñez—. Las mujeres aquí son más respetadas aún que en la India y que en Europa. Ven, maharato...

Dirigiéronse hacia la gigantesca roca y subieron por una escalera muy estrecha labrada en la piedra viva, defendida a trechos por centinelas armados de carabinas y de cimitarras.

—¿Por qué tantas precauciones?—preguntó Kammamuri.

—Porque el Tigre de la Malasia tiene cien mil enemigos.

—¿De modo que no es amado el capitán?

—Nosotros lo idolatramos, pero los demás... Si tú supieses, Kammamuri, cómo lo odian los ingleses... Ya hemos llegado; no temas nada...

Hallábanse, en efecto, ante la amplia choza defendida también por trincheras, cestones, fosos, cañones, morteros y espingardas del pasado siglo.

El portugués empujó discretamente una robusta puerta de madera de teca, capaz de resistir a la artillería, e intro-

dujo a Kammamuri en una estancia tapizada de seda grana, adornada con carabinas de Europa, mosquetos indios y persas, bocinas, pistolas, cimitarras, hachas, telas riquísimas, taganes turcos, puñales, frascos, blondas, telas riquísimas, porcelanas de la China y del Japón, montones de oro, barras de plata y vasos llenos hasta los bordes de perlas y de diamantes.

En medio de la sala, tumbado en magnífico tapiz de Persia, Kammamuri descubrió a un hombre de color bronceado, vestido ostentosamente a la oriental, con traje de seda roja bordado en oro y calzado con altas botas de piel también roja, con las puntas levantadas.

Aquel individuo no representaba más de treinta y cuatro o treinta y cinco años. Era alto, asombrosamente recio, con soberbia cabeza cubierta de espesa y rizada cabellera, negra como las alas del cuervo, que le caía en pintoresco desorden sobre la robusta espalda.

Tenía la frente despejada, ojos centelleantes, labios delgados, contraídos por sonrisa indefinible y magnífica barba que comunicaba a su rostro cierta fiereza que infundía al mismo tiempo respeto y temor.

De golpe se adivinaba que aquel hombre poseía la ferocidad del tigre, la agilidad del cuadrumano y la fuerza de un gigante.

Apenas vió entrar a los dos personajes, incorporóse de un salto y se sentó, fijando en ellos una de aquellas miradas que penetraban hasta lo más profundo del corazón.

—¿Qué me traes?—preguntó con voz metálica y vibrante.

—La victoria ante todo—respondió el portugués—. Además, conduzco a un prisionero...

La frente de aquel hombre se oscureció.

—¿Es acaso ese indiano el cautivo?—preguntó, después de instantes de silencio.

—Sí, Sandokan. ¿Te desagrada por ventura?

—Ya sabes que respeto tus caprichos, amigo mío.

—Lo sé, Tigre de la Malasia.

—¿Y qué pretendes hacer con ese hombre?

—Convertirlo en un cachorro de tigre. Lo he visto batiarse, es un héroe...

La mirada del jefe relampagueó. Las arrugas que surcaban su frente desaparecieron, como las nubes ante una fuerte ráfaga de viento.

—Acércate—dijo al indio.

Kammamuri, sorprendido de encontrarse en presencia del legendario pirata, que durante tantos años había hecho temblar a los pueblos de la Malasia, avanzó algunos pasos.

—¿Tu nombre?—preguntó el Tigre.

—Kammamuri.

—¿Eres?...

—Maharato.

—¿Así, pues, hijo de héroes?

—Dices bien, Tigre de la Malasia—respondió el indiano con orgullo.

—¿Por qué has dejado tu país?

—Por ir a Sarawack.

—¿Con ese perro de James Brook?—dijo el Tigre, con acento de odio.

—No sé quién es James Brook.

—Tanto mejor. ¿Quién hay en Sarawack que te lleve allá?

—Mi amo.

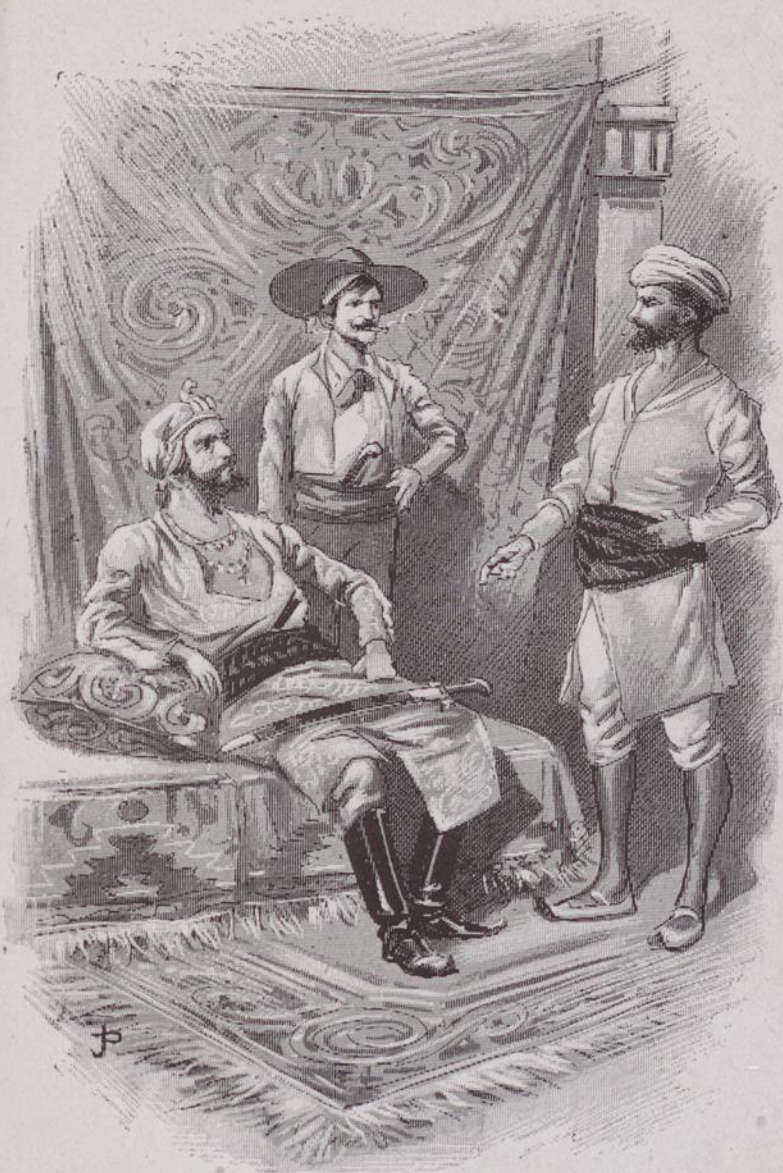
—¿Qué es? ¿Soldado del rajá, acaso?

—No, prisionero del rajá.

—¿Prisionero? ¿Y por qué?

El indio no respondió.

LOS PIRATAS DE LA MALASIA



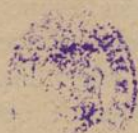
—Acércate—dijo al indio.



—Habla—dijo brevemente el pirata—. Quiero saberlo todo.

—¿Tendrás paciencia para escucharme? El relato es tan largo como terrible.

—Las historias terribles y sanguinarias agradan al Tigre; siéntate y narra...





CAPITULO IV

Un drama terrible

Kammamuri no se lo hizo repetir dos veces. Sentóse en un montón de terciopelos deslucidos, llenos aquí y allá de manchas, encendió un cigarrillo microscópico que le alargaba el portugués, y después de permanecer algunos momentos en silencio como para recoger las ideas, preguntó:

—Tigre de la Malasia, ¿has oído hablar del Sunderbuns del sagrado Ganges?

—No conozco esa tierra—respondió el pirata—; pero sé que es el delta de un río. ¿Quieres hablar de los bancos que obstruyen el cauce de la gran corriente?

—Sí, de los grandes e innumerables bancos, cubiertos de cañas gigantescas y poblados de animales feroces que se extienden muchas millas en la desembocadura del Hugly y en la del Ganges. Mi amo había nacido allí enmedio, en una isla que se llama la Selva negra. Era guápo, era fuerte, era valeroso, el más valeroso que hasta entonces había encontrado en mi azarosa existencia. Nada le hacía temblar; ni el veneno de la serpiente de coral, ni la fuerza prodigiosa de la pitón, ni las garras del tigre de Bengala, ni el lazo de sus enemigos.

—¿Su nombre?—preguntó el pirata—. Quiero conocer ese héroe.

—Se llamaba Tremal-Naik, el cazador de tigres y de serpientes de la Selva negra...

El pirata, al oír aquel nombre, se levantó, mirando fijamente al maharato.

—¿Cazador de tigres, has dicho?—preguntó.

—Sí.

—¿Por qué tal apodo?

—Porque cazaba tigres en la selva.

—Un hombre que afronta a los tigres, no puede menos de ser intrépido. Sin conocerlo, siento ya admiración por ese bravo indio. Sigue, estoy impaciente.

—Una noche, Tremal-Naik volvía de la selva. Era una noche magnífica, verdadera noche de Bengala; el tibio ambiente estaba impregnado de perfumes, el horizonte flameaba aún y el cielo aparecía débilmente estrellado.

Había recorrido largo trecho sin encontrar alma viviente, cuando se levantó ante él, a menos de veinte pasos, en medio de un matorral, una joven de maravillosa belleza.

—¿Quién era?

—Una criatura de piel sonrosada, cabellos negros y ojos grandes.

Lo contempló un instante con sonrisa melancólica, luego desapareció.

Tremal-Naik experimentó tan violenta sacudida, que ardió de amor por aquella aparición.

Pocos días después cometióse un delito en la ribera de una isla que se llama Rajmangal. Uno de los nuestros, al ir a cazar tigres, apareció muerto con un lazo al cuello.

—¡Oh!...—exclamó el pirata en el colmo de la sorpresa—. ¿Quién podía haber asesinado a un cazador de tigres?

—Ten paciencia y lo sabrás. Tremal-Naik, como digo, era hombre animoso. Me ordenó que le acompañase y desembarcamos al mediar la noche, en Rajmangal, resueltos a vengar a nuestro infortunado compañero.

Al principio oímos mil misteriosos rumores subterráneos, luego, del tronco de un banano gigantesco, salieron muchos hombres desnudos, con extraños tatuajes. Aquellos hombres eran los asesinos del pobre cazador de tigres.

—¿Y bien?...—preguntó el pirata, cuyos ojos brillaban de alegría.

—Tremal-Naik no titubeó. Un disparo de carabina bastó para derribar al jefe de aquellos indios; en seguida huímos.

—¡Bravo, Tremal-Naik!—exclamó el tigre, con entusiasmo—. Sigue. Me divierto más oyendo esta historia, que asaltando un barco cargado de metal amarillo.

—Mi amo, para despistar a los enemigos, que se lanzaron en persecución nuestra, separóse de mí y se refugió en una gran pagoda donde encontró... ¿No adivinas a quién?

—¿Tal vez a la joven?

—Sí, a la joven prisionera de aquellos hombres.

—Pero, ¿quiénes eran?

—Los adoradores de una divinidad feroz que sólo ansía víctimas humanas. Se llama Kali.

—¿La terrible diosa de los thugs indios?

—La deidad de los estranguladores.

—¡Esos hombres son más crueles que tigres! ¡Oh! los conozco—dijo el pirata—. He tenido algunos en mi banda.

—¿Thugs en tu banda?—exclamó el maharato, estremeciéndose—. Estamos perdidos.

—No temas, Kammamuri; en otro tiempo figuraron en mis filas, pero ya no. Continúa tu relato.

—La joven, que ya amaba a mi amo, conociendo los peligros que le rodeaban, le aconsejó que huyese al instante;

pero Tremal-Naik era incapaz de sentir miedo. Quedó esperando a los feroces thugs, resuelto a medir sus armas con ellos y a raptar a la prisionera.

Pero, ¡ay, confió demasiado en sus propias fuerzas. Poco después, doce hombres provistos de lazos entraban y caían sobre él; a pesar de su obstinada resistencia, rodó por tierra y fué atado y luego apuñalado por el jefe de los estranguladores, el feroz Suyodhana.

—¿Y no murió?—preguntó Sandokan, con visible interés.

—No—continuó Kammamuri—; no murió, porque más tarde lo encontré en medio de la selva, ensangrentado, con el puñal clavado en el pecho, pero todavía vivo.

—¿Y para qué lo dejaron en medio de la selva?—preguntó Yañez.

—Para que los tigres lo devorasen. Lo llevé a nuestra choza, y allí le cuidé con esmero; pero su corazón estaba herido por los negros ojos de la jovencita, y no tenía cura posible.

Un día, después de haber evitado varias asechanzas de los thugs, resolvió partir para Rajmangal, decidido a ver de nuevo al objeto de su amor. Embarcamos de noche, durante una tempestad, bajamos la corriente del Mangal y atracamos a la isla.

Nadie vigilaba a la entrada del banano, y penetramos bajo tierra internándonos en obscurísimos corredores. Sabíamos que los thugs, no logrando arrancar el amor hacia Tremal-Naik del corazón de la joven de los ojos negros, habían resuelto quemarla viva, para calmar la ira de la monstruosa deidad, y corrimos a salvarla.

—Pero, ¿por qué estaba vedado el amor a aquella mujer?—preguntó Yañez.

—Porque era la guardiana de la pagoda consagrada a la diosa Kali y como tal, debía mantenerse pura.

—¡Qué infames!

—Continúo: después de atravesar largos corredores y de dar muerte al centinela, nos encontramos en un salón inmenso sostenido por cien columnas e iluminado por infinidad de lámparas que extendían por todas partes una luz cadavérica.

Doscientos indios, con lazos en la mano, estaban sentados formando rueda. En medio, erguíase la estatua de la diosa, teniendo delante el tazón donde nada un pececillo rojo, y que, según afirman, encierra el alma de la deidad; algo más lejos, alzábase una gran hoguera.

Al mediar la noche, apareció el jefe Suyodhana, con sus sacerdotes, que arrastraban a la infeliz muchacha, embriagada ya con opio y con misteriosos perfumes. La desgraciada no oponía resistencia alguna.

Ya no distaba más que pocos pasos de la hoguera; un hombre encendió un hacha; los thugs entonaban la plegaria de difuntos, cuando Tremal-Naik y yo nos lanzamos como leones en medio de la turba, descargando nuestras armas a diestro y siniestro.

Derribar aquella humana muralla, arrebatarse a la joven de las manos de los sacerdotes y huir a través de la oscura galería, fué obra de un momento.

¿Adónde dirigirnos? Ninguno de nosotros lo sabía, ni lo pensaba siquiera en aquel supremo instante. No tratamos más que de escapar de los thugs, los cuales, pasada la primer sorpresa, lanzáronse sobre nuestras huellas.

Corrimos durante una hora larga, internándonos cada vez más en las entrañas de la tierra, hasta que nos encontramos en una caverna sin salida. Cuando quisimos huir, era demasiado tarde; los thugs nos habían encerrado,

—¡Maldición!—exclamó Sandokan—. ¿Por qué no me encontré allí con mis tigres? Habría hecho una mermelada con todos aquellos indios sanguinarios. No te interrumpas, maharato mío, que tu historia es interesantísima. Dime, ¿huísteis?

—No.

—¡Mil truenos!

—Nos sitiaron estrechamente, encendieron alrededor de la caverna hogueras inmensas, que nos quemaban vivos, luego lanzaron sobre nosotros un chorro de agua a la cual iba mezclado no sé qué narcótico. En el acto rodamos por el suelo como heridos por un síncope, y caímos sin resistencia en manos de nuestros enemigos.

Estábamos ya resignados a morir, porque ninguno de nosotros ignoraba que la piedad es desconocida para los thugs. Pero la muerte era demasiado dulce para aquellos hombres, y la mente infernal de Suyodhana, el jefe de los estranguladores, concibió un proyecto terrible encaminado a arrancar del corazón de la muchacha el amor por Tremal-Naik y a desembarazarse de mi amo, que podría ser en lo futuro un enemigo formidable.

Has de saber que en aquel tiempo un hombre valiente, resuelto, cuya hija había sido raptada por los thugs, hacía a éstos una guerra encarnizada. Ese hombre era inglés y se llamaba el capitán Macpherson.

Cientos y cientos de thugs habían caído por su mano, y día y noche perseguía a los demás sin tregua, poderosamente auxiliado por el Gobierno inglés. Ni los lazos de los estranguladores, ni los puñales de los más fanáticos sectarios, ni las tramas más infernales, valían contra él.

Suyodhana, que le temía mucho, propuso a Tremal-Naik que le arrancase la vida, prometiéndole, como recompensa, la mano de la Virgen de la Pagoda de Oriente, como llamaban

a la joven de los cabellos negros tan amada de mi jefe. ¡La cabeza del capitán debía ser el regalo de bodas!

—¿Y aceptó Tremal-Naik?—preguntó el Tigre con viva ansiedad.

—Amaba locamente a la Virgen y aceptó el horrible pacto de sangre. No te referiré todo lo que hizo, todos los peligros que tuvo que afrontar para acercarse al desgraciado capitán.

Una circunstancia fortuita le proporcionó los medios de hacerse pasar por uno de los esclavos del capitán, pero un día fué descubierto y tuvo que pasar grandes apuros para recobrar la libertad y salvar la vida.

No renunció, sin embargo, al proyecto del jefe de los thugs, y en cierta ocasión logró embarcar en un buque que, capitaneado por Macpherson, se dirigía hacia Sunderbunds para atacar en su cueva a los secuaces de la sanguinaria diosa.

La misma noche, seguido de algunos cómplices, entró en el camarote del capitán, resuelto a degollarlo. Su conciencia protestaba contra semejante delito, porque aquel hombre debía ser sagrado para él, pero estaba decidido, toda vez que sólo arrancando la existencia al formidable adversario, podría lograr la mano de la joven, o al menos así lo creía, no conociendo aún la infernal perversidad del fanático Suyodhana.

—¿Y lo mató?—preguntaron Sandokan y Yañez, llenos de inquietud.

—No—respondió Kammamuri—. En el supremo instante, el nombre de la mujer adorada escapóse de los labios de mi amo y llegó a oídos del capitán, que se despertaba.

Aquel nombre fué un rayo para ambos. Evitó un asesinato y un horrendo delito, porque el capitán era el padre de la joven prometida a mi amo.

—¿Por Júpiter!...—exclamó Yañez—. ¿Qué historia tan tremenda nos está narrando?

—La verdad, señor Yañez.

—Pero, ¿no conocía tu amo el nombre de la joven?...

—Sí, pero el padre había tomado otro para que no descubriesen los thugs que luchaba por recobrar a su hija y porque temía que, conociéndolo, la matasen...

—Continúa—dijo Sandokan.

—Puedes imaginarte lo que sucedió. Mi amo lo confesó todo: al fin comprendió la infernal astucia de Suyodhana.

Ofrecióse a guiar al capitán a la caverna de los sectarios. Desembarcaron en Rajmangal; mi amo entró en el templo subterráneo fingiendo llevar consigo la cabeza del adversario, y cuando volvió a ver a la mujer amada, los ingleses cayeron sobre los thugs.

Suyodhana, sin embargo, logró escapar con vida del repentino asalto de los enemigos, y mientras mi amo, el capitán, la joven y los soldados abandonaban los subterráneos para volver al buque, le oyeron gritar con voz amenazadora:

«¡Nos veremos de nuevo en la selva!...»

Y aquel hombre siniestro cumplió su palabra. En Rajmangal se habían reunido unos cuantos centenares de estranguladores, informados ya de la expedición del capitán Macpherson.

Guiados por Suyodhana, cayeron, en número veinte veces mayor, sobre los ingleses. Inútilmente acudió en auxilio de su jefe la tripulación del buque.

Todos perecieron entre las hierbas gigantescas de la selva, arrollados por el número, y el capitán uno de los primeros. Hasta el barco fué apresado, incendiado y volado.

Sólo Tremal-Naik y la joven lograron escapar con vida. ¿Sintió remordimiento Suyodhana y no se atrevió a quitar también la vida a mi amo, o esperaba convertirlo en un thug?... No lo sé.

Pero tres días después, mi amo, que había enloquecido a consecuencia de un licor que le hicieron beber, fué arrestado por las autoridades inglesas y encerrado en el fuerte Williams. Había sido denunciado por un thug, y no faltaron testimonios, puesto que la secta contaba con gran número de prosélitos, hasta en Calcuta.

Libróse de la muerte, porque estaba loco, pero fué condenado a deportación perpetua en la isla de Norfolk, tierra que se encuentra al Sur de una región que se llama Australia, según me dijeron.

—¡Qué drama tan espantoso!—exclamó el Tigre al cabo de algunos instantes de silencio—. ¿Tan intensamente odiaba Suyodhana al desgraciado Tremal-Naik?

—El jefe de la secta pretendía, haciendo que mi amo degollase al capitán, destruir para siempre la pasión que ardía en el pecho de la Virgen de la Pagoda.

Era un monstruo aquel feroz caudillo de los thugs.

—¿Pero tu amo está loco aún?—preguntó Yañez.

—No, los médicos ingleses lograron curarlo.

—¿Y no se defendió? ¿No lo reveló todo?

—Intentó hacerlo así, pero no lo creyeron y siguieron tratándolo como a un loco.

—Pero, ¿cómo se encuentra en Sarawack?...

—Porque el buque que lo llevaba a Norfolk naufragó cerca de aquel lugar. Desgraciadamente, no estará mucho tiempo en las manos del rajá.

—¿Cómo lo sabes?

—Un barco ha zarpado ya de la India, y dentro de seis o siete días, si mis cálculos no me engañan, llegará a Sarawack. El barco va directamente a Norfolk.

—¿Cómo se llama ese buque?

—El «Helgoland».

—¿Lo has visto?

—Antes de zarpar.

—¿Y adónde ibas en el «Young-India»?

—A Sarawack a salvar a mi amo—contestó Kammamuri con firmeza.

—¿Solo?

—Solo.

—Eres un joven audaz, maharato mío—dijo el Tigre de la Malasia—. ¿Y qué hizo el terrible Suyodhana de la Virgen de la Pagoda de Oriente?

—La tuvo prisionera en los subterráneos de Rajmangal, pero la desgraciada, después del sangriento asalto de los thugs en la selva, enloqueció.

—¿Cómo escapó de manos de los thugs?—preguntó Yáñez.

—¿Escapó?—dijo Sandokan.

—Sí,

—¿Dónde se encuentra?

—Más tarde lo sabrás. Dime, Kammamuri, ¿cómo huyó?—interrogó Yáñez.

—Lo explicaré en dos palabras—dijo el maharato—. Yo me quedé con los thugs, aun después de la atroz venganza de Suyodhana y velé atentamente por la Virgen de la Pagoda.

Noticioso al cabo de algún tiempo de que mi amo iba deportado a la isla de Norfolk y de que la nave que lo conducía había naufragado en Sarawak, medité la fuga.

Compré un bote, lo oculté en medio del juncal, y una noche de orgía, cuando los thugs, completamente borrachos no podían salir del subterráneo, me dirigí a la sacra pagoda, apuñalé a los indios que la custodiaban, cogí entre mis brazos a la joven, y huí.

Al amanecer me hallaba en Calcuta, y cuatro días más tarde, a bordo del «Young-India».

—¿Y la Virgen?—preguntó Sandokan,

—En Calcuta—se apresuró a responder Yañez,

—¿Es bella?

—Bellísima—dijo Kammamuri—. Tiene los cabellos negros y los ojos brillantes como ascuas.

—¿Y se llama?

—La Virgen de la Pagoda, te he dicho.

—¿No tiene ningún otro nombre?

—Sí.

—Dímelo.

—Se llama Ada Corishant...

Al oír este nombre, el Tigre de la Malasia dió un salto al mismo tiempo que lanzaba un grito.

—¡Corishant!... ¡Corishant!... ¡el nombre de mi pobre Mariana!... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!...—exclamó con acento de desesperación.

Después cayó sobre la alfombra con el rostro horriblemente descompuesto y las manos crispadas sobre el corazón. Ronco sollozo, semejante a un rugido, desgarró el pecho.

Kammamuri, sorprendido, espantado, púsose en pie para correr en auxilio del pirata, que parecía herido de muerte, pero dos manos robustas le detuvieron.

—Una palabra—le dijo el portugués sujetándole fuertemente por el hombro—. ¿Cómo se llamaba el padre de aquella joven?

—Harry Corishant—respondió el maharato.


—¡Cielos!... ¿Y era...?

—Capitán de cipayos.

—¡Sal de aquí ahora mismo!

—Pero, ¿por qué?... ¿Qué ha sucedido?...

Y sujetándole de nuevo por el hombro, le empujó bruscamente al otro lado de la puerta, la cual cerró, dando dos vueltas a la llave.



CAPITULO V

La caza del «Helgoland»

Muy pronto el pirata de Mompracem repúsose de tan extraña y terrible conmoción. Su rostro, aunque alterado aún, recobró aquella fiera expresión que infundía respeto y terror a los más valientes, y por sus labios, algo descoloridos, erraba una sonrisa melancólica.

Gruesas gotas de sudor cubríanle la amplia frente, surcada por ligeras arrugas, y llamaradas siniestras brillaban en aquellos ojos que penetraban hasta lo más profundo de los corazones.

—¿Ha pasado la tempestad?—preguntó Yañez, sentándose a su lado.

—Sí—contestó el Tigre con sordo acento.

—Cada vez que oyes a uno de esos hombres que te recuerdan a la difunta Mariana, te exaltas y te pones malo.

—Amé mucho a aquella mujer, Yañez... Su recuerdo, evocado tan bruscamente, me ha producido más daño que una bala atravesándome el pecho... ¡Mariana, mi pobre Mariana!...

Un segundo sollozo desgarró el corazón del hombre formidable.

—Animo, hermano—dijo Yañez, que se hallaba muy conmovido—. No olvides que eres el Tigre de la Malasia.

—Ciertos recuerdos son tremendos hasta para un tigre.

—¿Quieres que hablemos de Ada Corishant?

—Hablemos, Yañez.

—¿Das crédito a todo lo que ha narrado el maharato?

—Sí, Yañez.

—¿Y qué piensas hacer?

—¿Recuerdas—exclamó Sandokan, con voz triste—lo que me dijo una tarde mi mujer bajo la fresca sombra de un gigantesco banano?

—Sí, lo recuerdo. «Sandokan, mi heroico amigo, te dijo; tengo una prima a quien idolatro en la lejana India. Es hija de una hermana de mi madre.»

—Sigue, Yañez.

—Continuaré, hermano mío. «Ha desaparecido y no hay noticias de su paradero. Se dice que la robaron los thugs indios, Sandokan. Mi heroico amigo, sálvala, restitúyela a su atribulado padre.»

—¡Basta, basta, Yañez!— interrumpió el pirata con voz entrecortada—. ¡Oh! estos recuerdos me destrozan el corazón. ¡No volver nunca a ver a aquella infortunada mujer!... ¡Mariana, mi adorada Mariana!...

El pirata cogióse la cabeza entre las manos y roncossollosos levantaron su atlético pecho.

—Sandokan—dijo Yañez—muéstrate fuerte.

El pirata levantó la cabeza.

—Soy fuerte—replicó.

—¿Quieres que sigamos hablando?

—Sí, sigamos.

—Pero es preciso *que te tranquilices.

—Me tranquilizaré.

—¿Qué harás por Ada Corishant?

—¿Qué haré? ¿Y tú me lo preguntas? Correré a salvarla y luego iré a Sarawack para devolver la libertad a su prometido.

—Ada Corishant está en salvo, Sandokan—dijo Yañez.

—¿En salvo?... ¿En salvo?...—exclamó el pirata, poniéndose de pie—. ¿Y dónde?

—Aquí.

—¿Aquí?... ¿Y por qué no me lo has dicho antes?

—Porque esa jovencita se parece a tu difunta esposa, aunque no tenga ni los cabellos de oro ni los ojos azules como el mar. Temía que experimentases al verla una impresión cruel.

—¡Quiero verla, Yañez, quiero verla!

—La verás en seguida.

Abrió la puerta. Kammamuri, presa de indecible ansiedad, sentado en el suelo, esperaba a que lo llamasen.

—¡Señor Yañez!—exclamó con voz trémula, dirigiéndose apresuradamente al encuentro del portugués.

—Calma, Kammamuri.

—¿Salvará usted a mi amo?

—Lo esperamos—contestó Yañez.

—Gracias, señor, gracias.

—Me darás las gracias cuando lo hayamos salvado. Ahora baja a la aldea y trae a tu ama.

El maharato descendió por la escalerilla labrada en la roca, lanzando gritos de alegría.

—¡Buen muchacho!—murmuró el portugués.

Entró de nuevo en la choza y se acercó a Sandokan, que había vuelto a sentarse y que tenía el rostro oculto entre las manos.

—¿En qué piensas, hermano mío?—le preguntó afectuosamente.

—En lo pasado, Yañez—respondió el pirata.

—No pienses más en lo pasado, Sandokan. Ya sabes que te hace sufrir. Dime, hermano, ¿cuándo partiremos?

—En seguida.

—¿Con rumbo a Sarawack?

—Con rumbo a Sarawack.

—Tendremos un hueso duro que roer. El rajá de Sarawack es poderoso y odia a muerte a los piratas.

—Lo sé, pero nuestros hombres se llaman los tigres de Mompracem y yo el Tigre de la Malasia.

—¿Iremos directamente a Sarawack, o pasaremos junto a la costa?

—Recorreremos la extensa bahía. Es preciso, antes de embarcar, echar a pique el «Helgoland».

—Comprendo tu plan.

—¿Lo apruebas?

—Sí, Sandokan, y...

De repente se detuvo. La puerta abrióse de pronto y en el umbral apareció Ada Corishant, la Virgen de la Pagoda de Oriente.

—¡Mírala, Sandokan!—exclamó el portugués.

El pirata se volvió. Al ver a aquella mujer de pie en el umbral de la puerta, dejó escapar un grito y retrocedió vacilando hasta la pared.

—¡Qué semejanza!...—exclamó—. Qué semejanza!...

La loca no se movió; conservaba una inmovilidad absoluta, pero miraba fijamente al pirata.

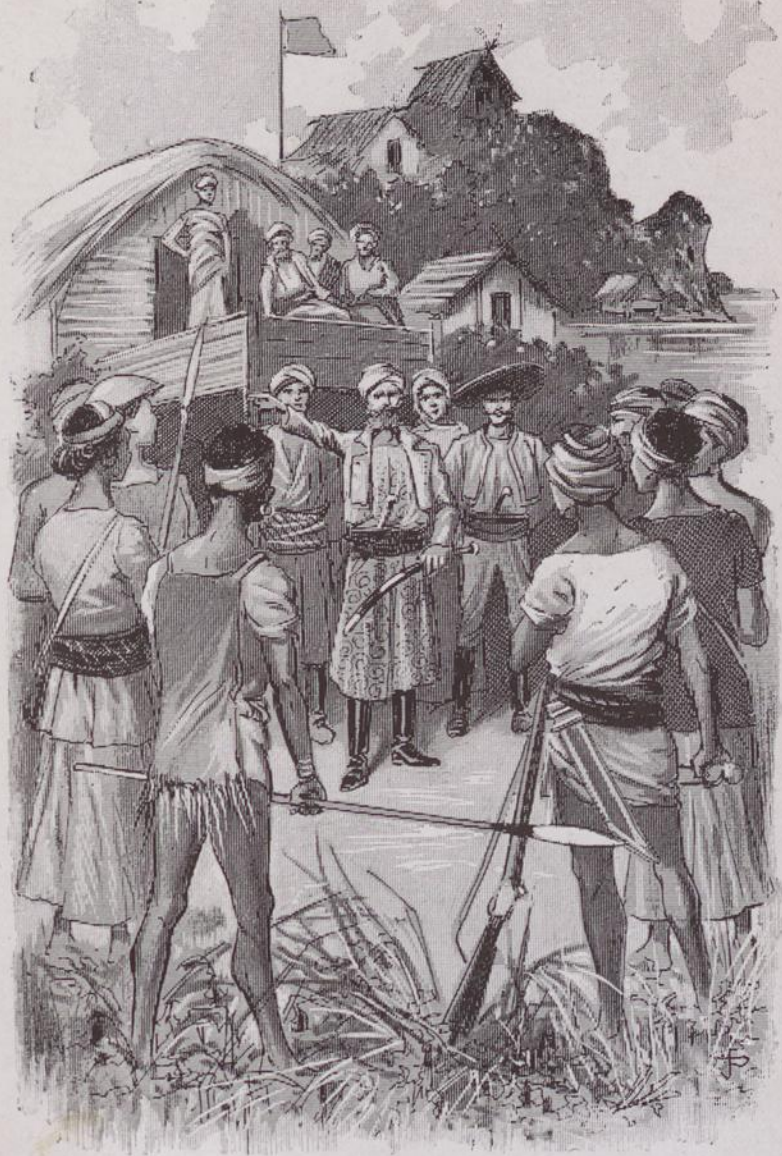
De improviso avanzó dos pasos y pronunció una palabra:

—¿Thugs?

—No—dijo Kammamuri, que la seguía—. No, ama, no son thugs.

La joven movió la cabeza, acercóse a Sandokan, que estaba como clavado en la pared, y le puso una mano en el pecho. Parecía que buscaba alguna cosa.

LOS PIRATAS DE LA MALASIA



...congregó a su alrededor a todos los piratas, que pasaban de doscientos,
la mayor parte dayakas de Borneo y malayos...



—¿Thugs?—repitió.

—No, ama, no—dijo el maharato.

Ada abrió la amplia túnica de seda blanca, poniendo al descubierto una coraza de oro constelada de gruesos diamantes; en medio campeaba, en alto relieve, una serpiente con cabeza de mujer. Miró largo rato el misterioso símbolo de los estranguladores indios, luego fijó la vista en el pecho de Sandokan.

—¿Por qué no veo a la serpiente?—preguntó con voz algo alterada.

—Porque estos hombres no son thugs—respondió Kammamuri.

Un relámpago brilló en los ojos de la loca, pero en seguida se extinguió. ¿Comprendía lo dicho por Kammamuri? Tal vez.

—Kammamuri—exclamó Yañez en voz baja—. ¿Por qué no pronuncias el nombre de su prometido?

—¡No, no!—interrumpió el maharato con terror—. Sufriría un ataque.

—¿Está siempre tan tranquila como ahora?

—Siempre; pero hay que evitar que oiga el eco de un *ramsinga* o de un *taré* y que vea un lazo o una estatua de la diosa Kali.

—¿Por qué?

—Porque entonces huye, y durante varias días delira.

En aquel instante la loca se volvió, dirigiéndose con lentos pasos hacia la puerta. Kammamuri, Yañez y Sandokan—éste último presa de viva emoción—la siguieron.

—¿Qué quiere?—preguntó el portugués.

—No lo sé—respondió el maharato.

La loca, apenas salió, se detuvo, mirando con curiosidad, la trinchera y la empalizada que defendían a la cabaña, lue-

go se encaminó hacia el borde de la gigantesca roca, fijos los ojos en el mar que mugía en la escollera de la isla.

Al cabo de algunos instantes se inclinó como para oír mejor el ruido de las olas y estalló en una carcajada argentina, exclamando:

—¡El Mangal!

—¿Qué dice?—preguntaron al mismo tiempo Sandokan y Yañez.

—Creo que confunde el océano con el río Mangal, que baña a la isla de los thugs.

—¡Pobre mujer!—exclamó Sandokan, suspirando.

—¿Lograrán hacerla volver en sí?—preguntó Yañez.

—¿De qué modo?

—Sí, lo espero...respondió Sandokan.

—Te lo diré cuando hayamos devuelto la libertad a Tremal-Naik.

—¿Vendrá con nosotros esta desgraciada?

—Sí, Yañez. Durante nuestra ausencia los ingleses podrían caer sobre Mompracem y llevársela.

—¿Cuándo partiremos?—preguntó Kammamuri.

—En seguida—replicó Sandokan—. Tenemos que andar mucho y el «Helgoland» tal vez no se halle muy lejos. Bajemos a la aldea...

Kammamuri tomó a Ada de la mano y descendió por la escalera, seguido del Tigre de la Malasia y de Yañez,

—¿Qué impresión te causa esta desventura?—preguntó el portugués a Sandokan.

—Una impresión dolorosa, Yañez—contestó el pirata—. ¡Ojalá pudiera algún día hacerla feliz!

—¿Cómo se parece a la difunta Mariana!

—¡Sí, sí, Yañez!—exclamó Sandokan con voz conmovida—
¡Tiene la misma cara de mi pobre Mariana!... ¡Basta, Yañez,

no hablemos más de la muerta! ¡Esto me hace sufrir, sufrir horribilmente!...

Habían llegado a las primeras chozas de la aldea. En aquel preciso momento entraban en la bahía los *prahos*, cargados con el botín arrancado al *Young-India*.

Los tripulantes, al descubrir a su jefe, lo saludaron con entusiastas aclamaciones, esgrimjendo frenéticamente las armas.

—¡Viva el invencible Tigre de la Malasia!—vociferaban.

—¡Viva nuestro valiente capitán!—respondían los piratas de la aldea.

Sandokan, con un solo movimiento de la mano, congregó a su alrededor a todos los piratas que pasaban de doscientos, la mayor parte dayakas de Borneo y malayos, hombres intrépidos como leones y feroces como tigres, prontos a hacerse matar por su jefe a quien adoraban cual si fuera un dios.

—Escuchadme todos—dijo—. El Tigre de la Malasia va a emprender una expedición que tal vez cueste la vida a gran número de nosotros.

Tigres de Mompracem, en la costa de Borneo reina un hombre, hijo de una raza que tanto daño nos ha hecho y que tanto nos odia, un inglés, en fin. Este hombre, que es el enemigo más encarnizado de la piratería malaya, tiene en sus manos a un amigo mío, al prometido de esta pobre loca que es prima de la difunta reina de Mompracem...

Inmenso griterío se dejó oír en torno de Sandokan.

—¡Lo salvaremos!... ¡Lo salvaremos!...

—¡Tigres de Mompracem, quiero salvar al prometido de esta infeliz!

—¡Lo salvaremos, Tigre de la Malasia, lo salvaremos!...
¿Quién lo tiene prisionero?

—El rajá James Brooke, el exterminador de los piratas...

Esta vez no fué un grito lo que surgió del pecho de los

bandidos, sino un rugido de ira que causaba estremecimientos.

—¡Muera James Brooke!...

—¡Muera el exterminador de piratas!...

—¡A Sarawack!... ¡Todos a Sarawack!

—¡Venganza, Tigre de la Malasia!...

—¡Silencio!—ordenó el jefe—. ¡Kara-Olo, avanza!

Un hombre gigantesco, de tez amarillenta, con los miembros cargados de anillos de cobre y el pecho adornado con cuentas de vidrio, dientes de tigre, conchas y trenzas de cabellos, acercóse empuñando un pesado sable que ensanchaba en la punta.

—¿Cuántos hombres componen tu banda?

—Ochenta—respondió el pirata.

—¿Temes a James Brooke?

—Yo no temo a nadie. Cuando el Tigre de la Malasia me ordene caer sobre Sarawack, emprenderé el ataque y me seguirán todos mis soldados.

—Pues bien, embarcarás con tu gente en la «Perla de Labuán». Huelga la advertencia de que el *praho* debe ir abarrotado de pólvora y de balas.

—Perfectamente, capitán.

—Y yo, ¿qué debo hacer?—preguntó un viejo malayo, desfigurado por más de veinte cicatrices.

—Tú, Malaya, permanecerás en Mompracem con la otra banda; deja que vayan los jóvenes a Sarawack.

—Me quedaré aquí puesto que lo ordenas y defenderé la isla mientras conserve una gota de sangre en las venas.

Sandokan y Yañez siguieron un rato hablando con los capitanes de las bandas; luego salieron de la cabaña.

Los preparativos fueron breves. Ocultaron bajo los vestidos los bolsillos repletos de gruesos diamantes, que unidos representaban un valor de dos millones por lo menos,

armáronse de pistolas, carabinas, cimitarras y cris de punta aguda y envenenada, y se encaminaron hacia la playa.


La «Perla de Labuán», cubierta de velas, balanceábase en la pequeña rada, impaciente por salir al mar. Sobre el puente veíanse formados a los ochenta dayakas de Kara-Olo, prontos a maniobrar.

—Tigres—dijo Sandokan, volviéndose hacia los piratas agrupados en la playa—defended mi isla.

—La defenderemos—contestaron a coro, esgrimiendo las armas.

Sandokan, Yañez, Kammamuri y la Virgen de la Pagoda de Oriente embarcaron en una lancha y llegaron a la nave que al punto levó anclas y se dirigió a alta mar, saludada por los gritos de:

—¡Viva la «Perla de Labuán»!... ¡Viva el Tigre de la Malasia!... ¡Vivan los tigres de Mompracem!...



CAPITULO VI

De Mompracem a Sarawack

La «Perla de Labuán», en la que el jefe de los piratas de Mompracem se disponía a emprender la audaz expedición, era uno de los mayores, mejor armados, más sólidos y hermosos *prahos* que surcaban los ilimitados mares de la Malasia.

Desplazaba ciento cincuenta o ciento sesenta toneladas, es decir, el triple de los *prahos* ordinarios. Era su quilla agudísima, sus formas esbeltas, su proa alta y sólida, robustos sus mástiles y enormes sus velas.

Con viento favorable volaba seguramente con tanta rapidez como una golondrina de mar y se dejaba muy atrás a los «steamers» y a los más veloces barcos veleros de Asia y de Australia.

Nada hacía sospechar que se trataba de un corsario. Ni cañones ni tripulación numerosa se ofrecían a la vista. Parecía un magnífico *praho* mercante con carga preciosa en sus entrañas, en ruta para la China o para la India. El lobo de mar más astuto se habría engañado.

Sin embargo, quien bajase a la bodega vería la clase de mercancías. No eran tapices, ni oro, ni especias, ni té; eran

bombas, fusiles, puñales, sables de abordaje y barriles de pólvora en cantidad tal, que bastaba para hacer que volasen dos fragatas de alto bordo.

Bajo el alcázar habrían podido observarse seis gruesos cañones de gran alcance, en sus cureñas, prontos a vomitar huracanes de metralla y de balas, dos morteros de buen calibre, garfios de abordaje, hachas, hoces y pesados «parangs», las armas favoritas de los dayakas de Borneo.

Rodeando las innumerables rocas y los arrecifes madreporicos, que hacían inaccesible, para los buques de alto bordo, la entrada en la pequeña bahía, la esbelta «Perla de Labuán» puso la proa hacia la costa de Borneo, y precisamente en dirección al cabo Sirik, que cierra, por la parte occidental, la inmensa ensenada de Sarawack.

El tiempo mostrábase espléndido y el mar tranquilo; en el cielo, algunas nubes de color de fuego; en el océano, nada; ni una vela, ni señal de humo que indicase en el horizonte un buque de vapor. La inmensa extensión de agua, color plomizo, aparecía completamente tranquila, a pesar del fresco y ligero vientecillo que soplabá.

En menos de veinte minutos el barco llegó a la punta extrema de la isla, tras la cual acababa de desaparecer el esqueleto del *Young-India*, y deslizóse veloz, inclinado coquetonamente a babor, dejando tras la popa una línea perfecta.

Yañez y Kammamuri, después de acomodar a la Virgen de la Pagoda de Oriente en el mejor camarote de popa, subieron a cubierta, donde Sandokan paseaba con los brazos cruzados sobre el pecho, inclinada la cabeza y absorto en profundos pensamientos.

—¿Qué te parece nuestro barco?—preguntó Yañez al maharato que, apoyado en el coronamiento de popa, contemplaba

la abrupta costa de Mompracem, que rápidamente desaparecía.

—No recuerdo haber navegado en embarcación tan rápida como ésta, señor Yañez—respondió el maharato—. Por lo visto, los piratas saben escoger bien sus buques.

—Tienes razón, querido. No hay vapor capaz de hacer frente a esta valerosa «Perla de Labuán». En pocos días, si el viento no cambia, daremos vista a la playa de Sarawack.

—¿Sin combatir?

—No es posible saberlo. En estos mares conocen a la «Perla de Labuán» y son muchos los barcos que recorren las costas de Borneo. Podría darse el caso que alguno de ellos tuviese el capricho de medirse con el Tigre de la Malasia.

—¿Y si ocurriese esto?

—¡Por Baco, aceptaríamos el desafío! El tigre de la Malasia, amigo mío, no rehuye ningún combate.

—No querría que nos atacase un barco de gran porte.

—No sientas miedo. Tenemos en la bodega sables y fusiles bastantes para armar a una ciudad de primer orden, bombas suficientes para hundir una flota y la pólvora necesaria para volar mil casas.

—Pero solo contamos con ochenta hombres.

—¿Sabes tú cómo son nuestros hombres?...

—Sé que son animosos, pero...

—Son dayakas, querido.

—¿Qué significa eso?

—Que es gente que no teme arrojarse contra una muralla de hierro defendida por cien cañones, cuando sabe que al otro lado hay cabezas que cortar.

—¿Cortar cabezas?

—Sí, muchacho. Los dayakas que viven en las grandes

selvas de Borneo se llaman «head-hunters», o sea cazadores de cabezas.

—Entonces son terribles compañeros.

—Formidables.

—Y también peligrosos. ¿Y si alguna noche les asaltase la mala idea de decapitarnos?

—No te asustes, chiquillo. Nos respetan y nos temen más que a su divinidad. Basta una palabra, una sola mirada del Tigre para amansarlos.

—¿Y cuándo llegaremos a Sarawack?

—Dentro de cinco días, si no sobreviene algún accidente.

—¿Una borrasca, acaso?

—¡Bah!—replicó el portugués, encogiéndose de hombros—, la «Perla de Labuán», dirigida por un lobo de mar como Sandokan, se ríe de los más formidables ciclones. El peligro está en los buques que, como ya te he dicho, vienen de vez en cuando a perseguirnos.

—¿Son muchos?

—Abundan como las plantas venenosas. Portugueses, ingleses, holandeses y españoles han jurado guerra a muerte a la piratería.

—De modo que un buen día desaparecerán los piratas.

—¡Oh, nunca!—exclamó Yañez con profunda convicción—. La piratería durará mientras quede un solo malayo.

—¿Por qué?

—Porque la raza malaya es refractaria a todo principio de civilización. No conoce más que el robo, el incendio, el saqueo y el asesinato, medios terribles que le suministran víveres en abundancia.

La piratería malaya cuenta muchos siglos de existencia y aún subsistirá durante largo tiempo. Es una herencia sangrienta que se transmite de padres a hijos.

—¿No disminuye la raza? Los continuos combates abrían en ella grandes brechas.

—¡Poca cosa, Kammamuri, poca cosa! La raza malaya es fecunda como las plantas venenosas, como los insectos dañinos. Muerto uno, nace otro y el nacido no es menos valiente ni menos sanguinario que su padre.

—¿Es malayo el Tigre?

—No, es natural de Borneo y descendiente de una familia ilustre.

—Dígame usted, señor Yañez. ¿Cómo un hombre tan terrible que asalta barcos, que aniquila a tripulaciones enteras, que saquea e incendia ciudades, que extiende, en fin, el terror por todas partes, se muestra tan generoso y se ofrece salvar a mi amo al cual no ha conocido?

—Porque tu amo es el prometido de Ada Corishant.

—¿La conocía, tal vez?—preguntó Kammamuri, con sorpresa.

—No la había visto nunca.

—No comprendo entonces...

—Lo comprenderás en seguida, Kammamuri. En 1852, esto es, hace cinco años, el Tigre de la Malasia había llegado a la cumbre de su poderío. Disponía de muchos y ferocísimos súbditos, de numerosos *prahos* y de multitud de cañones. Con una sola palabra hacía temblar a todos los pueblos de la Malasia.

—¿Estaba usted entonces asociado al Tigre?

—Sí, desde muchos años antes. Un día Sandokan supo que en Labuán vivía una joven bella, bellísima, y sintió deseos de verla. Acercóse a Labuán, pero fué descubierto por un buque y cayó herido. Solo y con grandes fatigas pudo internarse en el bosque y desde allí llegar a una casa habitada por... ¿no adivinas por quién?

—No, señor.

—Por la joven a quien quería ver.

—¡Oh qué extraña casualidad!

—El Tigre de la Malasia no había amado hasta entonces más que la lucha, los estragos, las tempestades. Pero, al ver a la joven, se enamoró con locura.

—¿Quién? ¿El Tigre? ¡Es imposible!—exclamó Kammamuri.

—Te narro hechos verdaderos—dijo Yañez—. Amó a la joven, la joven amó ardientemente al pirata y convinieron en huir juntos.

—¿Por qué pensaba en la fuga?

—La joven tenía un tío, capitán de marina, hombre áspero, violento y enemigo encarnizado del Tigre de la Malasia. Paso por alto el tremendo combate librado entre ingleses y piratas, las desventuras que affigieron al Tigre, el bombardeo de Mompracem y la fuga. Sólo te diré que Sandokan, al fin, logró casarse con la joven y refugiarse en Batavia. Le seguimos unos treinta hombres.

—¿Y los demás?

—Habían muerto todos.

—¿Y por qué volvió el Tigre a Mompracem?

Yañez no contestó, y el maharato, sorprendido de no recibir respuesta, levantó la cabeza y le vió enjugarse rápidamente una lágrima.

—¿Llora usted?—exclamó.

—No es verdad—dijo Yañez.

—¿Por qué negarlo?

—Tienes razón, Kammamuri. También yo he visto deshacerse en lágrimas al Tigre de la Malasia, que no había llorado nunca.

Siento que el corazón se me oprime y que se me hace un nudo en la garganta cuando pienso en Mariana Guillonk.

—¡Mariana Guillonk!...—exclamó el maharato—. ¿Quién es?...

—La joven que huyó con el Tigre de la Malasia.

—¿Pariente, tal vez, de Ada Corishant?

—Prima, Kammamuri.

—Por eso el Tigre ha prometido salvar a Tremal-Naik y a su futura esposa. Dígame, señor Yañez, ¿vive Mariana Guillonk.

—No, Kammamuri—dijo Yañez, con tristeza—. Hace dos años que duerme en la tumba.

—¿Muerta?

—¡Muerta!

—¿Y su tío?

—Vive, y siempre sigue persiguiendo a Sandokan. Lord James Guillonk ha jurado ahorcarle junto conmigo.

—¿Dónde se encuentra ahora?

—No lo sabemos.

—¿Teme usted encontrarse con él?

—Te confesaré que tengo un presentimiento. Pero... yo no creo ya en los presentimientos.

Encendió un cigarrillo y comenzó a pasear por el puente. El maharato observó que aquel hombre había pasado de la alegría a la tristeza.

—Acaso los recuerdos le hayan afligido—murmuró, y bajó al camarote de la loca.

El viento seguía favorable, con tendencia a aumentar su fuerza, acelerando más y más la carrera de la «Perla de Labuán», que no tardó en alcanzar siete nudos por hora, velocidad que le permitía llegar muy pronto al cabo Sirik.

Al mediar el día distinguiéronse a babor las Romades, grupo de islas situado a cuarenta millas de la costa de Borneo, habitado en su mayor parte por piratas que se entendían perfectamente con los de Mompracem. Algunos *prahos*

acercáronse a la «Perla de Labuán», augurando a la tripulación y a su capitán buena presa.

Durante el día dejóse ver alguna vela lejana, algún bergantín o algún junco chino pesado y barroco, pero el Tigre de la Malasia, que temía llegar después que el «Helgoland» y que no quería exponer a su gente en combates inútiles, no se cuidó de aquellas embarcaciones.

Al amanecer el siguiente día apareció Whalle, isla importante, que distaba ciento diez millas de Mompracem, ceñida de innumerables escollos que la hacían de acceso peligroso. Una cañonera holandesa que recorría la costa en busca, sin duda, de algún buque corsario refugiado allí después de cometer cualquier fechoría, apenas descubrió a la «Perla de Labuán» emprendió la marcha a toda máquina, y el puente, en un instante cubrióse de marineros armados con carabinas de largo alcance, en tanto que los artilleros llevaban hacia estribor un cañón de grueso calibre.

—¡Oh!—exclamó Yañez, acercándose a Sandokan, que contemplaba tranquilamente a la cañonera—. Hermano, esa bestia se ha olido algo, porque, según parece, se prepara a darnos caza.

—No lo creo—respondió Sandokan—. Se contentará con seguirnos.

—No me gusta que me vaya pisando los talones una cañonera.

—¿Tienes miedo?

—No, hermano. Pero, ¿si esa cañonera nos siguiese hasta Sarawack?

—¿Por qué había de seguirnos hasta allí? Si llego a sospecharlo le presento batalla y la echo a pique.

—Desconfía, hermano. Me han dicho que James Brooke dispone de una buena flotilla que cambia frecuentemente de bandera para dar caza a los piratas.

—Conozco las astucias de ese lobo de mar. Sé que en ocasiones, para atraer a los enemigos, desarbola su barco, el «Realista», y los ametralla en cuanto se ponen a tiro.

—¿Es cierto, Sandokan, que ese diablo de hombre ha exterminado a cuantos piratas recorrían las costas de Sarawack?

—Es cierto, Yañez. Con su pequeño buque, el «Realista», limpió la mitad de la costa de Borneo, destruyendo todos los *prahos*, incendiando los poblados y cañoneando las fortalezas. Ese hombre tiene sangre en las venas, pero no pensar en el día en que más tigres desembarquen en su territorio.

—¿Pretendes medir tus armas con él?

—Sí. El Tigre asestará al exterminador de los piratas un golpe terrible, tal vez el golpe de gracia.

—¡Oh!—exclamó el portugués.

—¿Qué sucede?

—Mira la cañonera, Sandokan. Nos invita a enarbolar nuestra bandera.

—No será, ciertamente, la mía la que le mostraremos.

—Entonces, ¿cuál?—preguntó Yañez.

—¡Hola, Kai-Malu! Enseña a esos curiosos una bandera inglesa, holandesa o portuguesa...

Pocos minutos después el pabellón de Portugal ondeaba a popa del *praho*.

La cañonera, satisfecha, emprendió de nuevo su marcha, no ya con rumbo a la isla de Whale, que se descubría aún en el horizonte, sino hacia el Sur.

El Tigre de la Malasia y su compañero frunciéron el entrecejo al observar la nueva ruta.

—¡Hum!... Esto quiere decir algo...—murmuró el portugués.

—Lo mismo creo, hermano.

—Esa cañonera se dirige a Sarawack; estoy seguro, segurísimo. Apenas se halle fuera del alcance de nuestra vista, cambiará rumbo.

—Los hombres que la tripulan son astutos. Se han oído que somos piratas.

—¿Y qué hacemos?

—Por ahora, nada. Esa cañonera se aleja cada vez más de nosotros.

—¿Irás a esperarnos en Sarawack?

—Es probable.

Tal vez allí se quede en acecho a la desembocadura del río con la flota de Brooke.

—Le presentaremos batalla.

—No disponemos más que de ocho cañones, Sandokan.

—Así es, en efecto; pero el «Helgoland» tendrá seguramente más que nosotros. Ya verás, portugués, cómo nos divertimos.

Durante dos días, la «Perla de Labuán» recorrió treinta millas de la costa de Borneo, dominada por la cima del monte Patau, gigantesco cono cubierto de espesísimas selvas y que se eleva mil ochocientos ochenta pies sobre el nivel del mar.

En la mañana del tercer día, después de breve descanso, dobló el cabo de Sirik, promontorio rocoso coronado por algunas islas e isletas que cierra la extensa bahía de Sarawack por la parte meridional.

Sandokan, que temía encontrarse de un momento a otro en presencia de la flotilla de James Brooke, ordenó que cargasen los cañones, que se ocultaran dos terceras partes de los tripulantes y que enarbolasen el pabellón holandés. Después de esto, puso la proa hacia el cabo Toniung-Datu, que cierra la bahía por la parte occidental, cerca del cual había de pasar el «Helgoland» procedente de la India. Al mediodía,

con sorpresa general, la «Perla de Labuán» se encontraba con la cañonera holandesa que tres días antes había visto en aguas de la isla de Whale. Sandokan, al observarla, dió un violento puñetazo sobre la borda.

—¡Otra vez la cañonera!—exclamó, frunciendo el entrecejo y mostrando los dientes, blancos y agudos como los de un chacal—. Te empeñas en que haga beber sangre a mis tigres.

—Nos espía, Sandokan—dijo el portugués.

—Pues yo la echaré a pique.

—No hagas tal cosa. Un cañonazo podría ser oído por la flota de Brooke.

—Yo me río de la escuadra del rajá.

—Ten prudencia, Sandokan.

—La tendré, puesto que te empeñas, pero ya verás como la cañonera se queda en acecho en la desembocadura del Sarawack.

—¿No eres el Tigre de la Malasia?

—Sí, pero llevamos a bordo a la Virgen de la Pagoda. Una bala podría matarla.

—Con nuestros pechos le formaremos un escudo.

El barco holandés había llegado a doscientos metros de la «Perla de Labuán». En el puente veíase al capitán provisto de un antejo, y reunidos a proa, más de treinta marineros armados de carabinas. A popa algunos artilleros rodeaban un grueso cañón.

Dió dos vueltas alrededor del *praho*, describiendo un amplio semicírculo, luego viró de bordo poniendo la proa hacia el Sur, es decir, hacia Sarawack.

Su velocidad era tal, que antes de tres cuartos de hora no se descubría más que un sutil penacho de humo.

—¡Maldición!—exclamó Sandokan—. Si vuelve a poner-

se a tiro, la echo a pique. El Tigre, aun cuando no está de mal humor, no consiente que se le acerquen impunemente tres veces.

—Volveremos a encontrarlos en Sarawack, Sandokan—dijo Yañez.

—Eso creo, pero...

Un grito que venía de arriba le interrumpió bruscamente.

—¡Un *steamer* a la vista!—dijo Sandokan, cuya mirada se inflamó—. ¿De dónde viene?

—Del Norte—respondió el vigía.

—¿Lo ves bien?

—No descubro más que el humo y la extremidad de los mástiles.

—¡Si fuese el «Helgoland»!—exclamó Yañez.

—¡Imposible! Vendría de occidente, no del Norte.

—Puede haber tocado en Labuán.

—¡Kammamuri!—gritó el Tigre.

El maharato, que se había subido al coronamiento de popa, corrió hacia el pirata.

—¿Conoces tú el «Helgoland»?—le preguntó.

—Sí, señor.

—Pues bien, sígueme...

Treparon hasta la extremidad del palo mayor y fijaron los ojos en la verdosa superficie del mar.



CAPITULO VII

El «Helgoland»

Sobre aquella línea donde el oceano se confundía con el horizonte, había aparecido de pronto un barco de tres palos que, a pesar de la distancia, demostraba ser de grandes dimensiones. De la chimenea escapábase un penacho de negro humo que el viento arrastraba muy lejos. Su mole, estructura, sus mástiles, daban a conocer en seguida que aquella nave pertenecía a la categoría de los buques de guerra.

—Aguarda... me parece... sí, sí es el «Helgoland».

—¿Lo ves, Kammamuri?—preguntó Sandokan, que lo contemplaba atentamente, como si quisiera distinguir el pabellón desplegado al viento.

—Sí—respondió el maharato.

—¿Lo conoces?

—Espera un poco.

—¿Es el «Helgoland»?

—Aguarda... me parece... sí, sí, es el «Helgoland».

—¿No te engañas?

—No, Tigre, no me engaño. Veo su proa cortada en ángulo recto, sus mástiles de una pieza... Sí, Tigre, sí, es el «Helgoland»...

En los ojos del pirata brilló un relámpago siniestro.

—¡Ya hay trabajo para todos!—dijo.

Agarróse a un obenque y se dejó caer a cubierta. Los piratas esgrimiendo las armas, le rodearon, interrogándole con la mirada.

—¡Yañez!—llamó.

—Aquí estoy, hermano—dijo el portugués, que llegaba apresuradamente de popa.

—Elige seis hombres, baja a la bodega y abre una brecha en los costados del *praho*.

—¿Cómo? ¿Destrozar el *praho*? ¿Estás loco?

—Tengo mi plan. La tripulación del barco oirá nuestros gritos, correrá y nos auxiliará como a náufragos. Tú serás un embajador portugués con rumbo a Sarawack, y nosotros tu escolta.

—¿Y qué?

—Una vez a bordo, no será difícil, para hombres como nosotros, apoderarnos del barco. Date prisa; el «Helgoland» avanza.

—¡Hermano, eres en verdad un grande hombre!—exclamó el portugués.

Ordenó que se armasen seis hombres y bajó a la bodega, atestada de armas, de barriles de pólvora, de balas y de cañones viejos que servían de lastre. Tres hombres se dirigieron a babor y los otros a estribor, con hachas en la mano.

—¡Animo, muchachos!—dijo el portugués—. Dad firme, pero que los agujeros no sean demasiado grandes. Es preciso que el barco se hunda lentamente para no servir de merienda a los tiburones.

Los seis hombres comenzaron la tarea de horadar los cos-

tados del *praho*, que por lo resistentes parecían de hierro. Diez minutos después, dos chorros enormes de agua se precipitaban ruidosamente en la bodega y corrían hacia popa.

El portugués y los seis piratas subieron apresuradamente a cubierta.

—Nos hundiremos—dijo Yañez—. Vaya, muchachos, ocultad las pistolas y los cris. Mañana los necesitaremos.

—Kammamuri—gritó Sandokan—. Conduce a tu ama al puente.

—¿Tendremos que echarnos al agua, capitán?—preguntó el maharato.

—No lo creo. Sin embargo, en caso necesario me cuidaré de salvar a la joven.

El maharato se precipitó bajo cubierta, cogió entre los robustos brazos a su ama, sin que ésta opusiera la más pequeña resistencia y le llevó al puente.

El vapor distaba aún más de una milla, pero avanzaba con velocidad de catorce o quince nudos por hora. Pocos minutos después debía encontrarse en aguas del *praho*.

El Tigre de la Malasia acercóse a un cañón y disparó.

La detonación llegó, en alas del viento, hasta el buque, que en el acto puso la proa en dirección a la nave de los piratas.

—¡Auxilio! ¡A nosotros!—gritó el Tigre.

—¡Socorro! ¡socorro!

—¡Nos vamos a pique!

—¡A nosotros! ¡a nosotros!—vociferaban los piratas.

El *praho*, inclinado de estribor, hundíase lentamente, vacilando como un borracho. En la bodega se oía el sordo rumor del agua que se precipitaba por los dos orificios y el chocar de los barriles contra los costados del barco y contra los cañones. El palo mayor, aserrado por la base, vaciló un ins-

tante, y luego se precipitó en el mar, arrastrando en su caída velas y obenques.

Para que el vapor apresurase su carrera, hicieron en el *praho* seis o siete disparos de fusil.

—¡Al agua la artillería!—ordenó Sandokan, al notar que la nave se hundía bajo sus pies.

Al mar cayeron los cañones, y luego los barriles de pólvora, las balas, el lastre de cubierta y los mástiles de recambio.

Seis hombres atados con cuerdas, bajaron a la bodega para detener el ímpetu del agua que entraba con furia, ensanchando más y más las aberturas.

El buque hallábase entonces a trescientos metros de distancia y se detuvo. Seis botes tripulados por marineros separáronse de sus costados y se dirigieron apresuradamente hacia el *praho*, que se hundía.

—¡Socorro! ¡Socorro!—gritó Yañez, que permanecía de pie en la banda de estribor, rodeado de todos los piratas.

—¡Animo!—dijo una voz desde el bote más próximo.

Las pequeñas embarcaciones avanzaban con furia, hendiendo rumorosamente el agua. Los timoneles, sentados a popa, con la barra en la mano, animaban a los marineros, los cuales bogaban con todas sus fuerzas y con perfecto compás, sin perder un golpe de remo.

En breves instantes el *praho* se encontró abordado por los dos lados.

El oficial que capitaneaba la minúscula escuadra, un muchachote por cuyas venas corría, de seguro, algo de sangre india, saltó al puente del barco naufrago.

Al ver a la loca, descubrióse cortésmente.

—Daos prisa—dijo—, primero la señora, luego los demás.
¿No hay nada que salvar?

—Nada, comandante—dijo Yañez—. Todo lo hemos arrojado al agua.

—¡Embarquemos!...

La Virgen de la Pagoda, primero; luego, Yañez, Sandokan y algunos malayos y dayakas, precipitáronse hacia la embarcación del oficial, en tanto que los demás se acomodaban lo mejor posible en los otros cinco botes.

La escuadrilla se alejó apresuradamente, dirigiéndose hacia el buque, que avanzaba con lentitud.

El agua llegaba ya hasta el puente del *praho*, que oscilaba de popa a proa, sacudiendo el maltrecho trinquete. El pobre barco parecía como si luchase por mantenerse a flote.

De repente, se le vió inclinarse sobre el flanco derecho, volcarse y luego desaparecer bajo las olas, formando un pequeño vórtice que atrajo a los botes haciéndoles retroceder más de veinte metros, a pesar de los hercúleos esfuerzos de los marineros.

Una inmensa ola se lo llevó muy lejos, arrastrando algunos restos y estrellándose contra los costados del buque, haciéndole oscilar de babor a estribor.

—¡Pobre «Perla»!—exclamó Yañez, sintiendo que el corazón se le oprimía.

—¿De dónde vienen?—preguntó el oficial del «Helgoland», que hasta entonces había permanecido silencioso.

—De Varauni—contestó Yañez.

—¿Alguna brecha en el casco?...

—Sí, a consecuencia de un choque contra la escollera de la isla de Whale.

—¿Quiénes son esos hombres de color que vienen con usted?

—Dayakas y malayos. Forman la escolta de honor que me ha dado el sultán de Borneo.

—Entonces, usted es...

—Yañez Gomeray Maranhao, capitán de S. M. Católica, el rey de Portugal, embajador en la corte del sultán de Vاراuni...

El oficial se descubrió.

—Soy tres veces feliz por haberle salvado—dijo inclinándose.

—Y yo se lo agradezco, caballero—replicó Yañez, inclinándose también—. Sin el auxilio de usted a esta hora ninguno de nosotros existiría.

Los botes habían llegado junto al buque. Arrojada la escala, el oficial, Yañez, Ada, Sandokan y los demás subieron a cubierta, donde les esperaban llenos de ansiedad el capitán y los tripulantes.

El oficial hizo la presentación de Yañez al capitán del barco, un hombre arrogante que contaría cuarenta años de edad, con largos mostachos y piel curtida y bronceada por el sol ecuatorial.

—Ha sido una verdadera fortuna, señor, llegar tan oportunamente—dijo el lobo de mar, estrechando con fuerza la mano que el portugués le alargaba—. Sumergirse en el tazón salado es cosa que produce estremecimientos, cuando se piensa que en el fondo hay voracísimos escualos.

—Ciertamente, mi querido capitán. Mi hermana habría pasado un gran susto.

—¡Es hermana de usted, señor embajador?—preguntó el marino, mirando a la loca que no había pronunciado aún una palabra.

—Sí, capitán; pero la infeliz ha perdido el juicio.

—¿Que ha perdido el juicio?

—Sí, señor.

—¡Tan joven y tan bella!—exclamó el capitán mirando con ojos compasivos a la Virgen de la Pagoda—. Acaso estará cansada,

—Eso creo, capitán.

—Sir Strafford, acompañe usted a la señora al mejor camarote de popa.

—Permita usted, además, que su esclavo la siga—dijo Yañez—. Acompañala, Kammamuri.

El maharato cogió de la mano a la muchacha y se encaminó, tras el oficial, a popa.

—También usted, señor, sentirá de seguro cansancio y hambre—exclamó el capitán, volviéndose hacia Yañez.

—No digo que no, capitán. Llevo dos largas noches sin dormir y dos días en que apenas he probado bocado.

—¿A dónde se dirigía usted?

—A Sarawack. Y a propósito, capitán, permítame usted que le presente a S. A. R. Orango Kahaiah, hermano del sultán de Varauni—dijo Yañez, presentando a Sandokan.

El marino estrechó con efusión la diestra del Tigre de la Malasia.

—*By God!*—exclamó—. ¡Un embajador y un príncipe en mi buque! Esto es un acontecimiento. Huelga que les asegure, señores, que mi nave está a su disposición.

—Mil gracias, capitán—dijo el portugués—. ¿Lleva usted rumbo a Sarawack?

—Precisamente, y haremos el viaje juntos.

—¡Qué fortuna!

—¿Va usted acaso a visitar al rajá James Brooke?

—Sí, capitán, tenemos que firmar un tratado importantísimo.

—¿Conoce usted al rajá?

—No, capitán.

—Yo le presentaré a él, señor embajador. Tenga la bondad, Sir Strafford, de acompañar a estos señores a la cámara de popa y mandar que les sirvan de comer,

—¿Y dónde se alojarán nuestros marineros, capitán?— preguntó Yáñez.

—En el entrepuente, si no le parece a usted mal.

—Gracias, señor.

Yáñez y Sandokan siguieron al oficial, que los condujo a una espaciosa cámara de popa provista de divanes y amueblada con mucha elegancia.

Las dos ventanas, con gruesos vidrios y cortinas de seda, caían sobre la proa de la nave y permitían que entrasen libremente la luz y el aire.

—Sir Strafford—dijo Yáñez—, ¿quiénes son nuestros vecinos de cámara?

—El capitán por la derecha y por la izquierda su hermana de usted.

—Perfectamente. Cambiaremos algunas palabras a través de las paredes...

El oficial se retiró después de advertirles que el *steward* llegaría muy pronto con la comida.

—Y bien, hermano, ¿qué tal marcha el asunto?— preguntó Yáñez cuando se quedaron solos.

—A pedir de boca—respondió Sandokan—; esos pobres diablos nos han tomado de buena fe por dos personajes importantes.

—¿Qué dices del barco?

—Que es de primera clase y que hará un papel magnífico en Sarawack.

—¿Has contado a los hombres de a bordo?

—Sí, son unos cuarenta.

—¡Oh!—exclamó el portugués, haciendo una mueca.

—¿Tienes miedo de cuarenta hombres?

—No digo que no.

—Nuestra gente no es poca, Yáñez, y toda escogida.

—Pero los ingleses disponen de buenos cañones.

—Ya he encargado a Hirundo que venga a informarme de las defensas de que el buque dispone. El muchacho es astuto y nos lo contará todo.

—¿Cuándo daremos el golpe?

—Ésta noche. Mañana, al mediar el día, nos encontraremos en la desembocadura del río.

—Chitón, aquí está el *steward*.

El hombre, ayudado por dos mozos, sirvió una comida excelente. Dos biftecs chorreando sangre, un colosal «pudding» y selectas botellas de vino francés y de ginebra. Sandokan y Yáñez, que tenían apetito, sentáronse a la mesa y devoraron como fieras. Cuando atacaban al «pudding», oyeron en la parte exterior pasos ahogados y un ligero silbido.

—Entra, Hirundo—dijo Sandokan.

Un muchachote, de color de bronce, bien plantado y de ojos vivos, entró, cerrando tras sí la puerta.

—Siéntate y habla, Hirundo—exclamó Yáñez—. ¿Dónde están los nuestros?

—En el entrepuente—respondió el joven dayaka.

—¿Qué hacen?

—Acariciar las armas.

—¿Cuántos cañones hay en la batería? —preguntó Sandokan.

—Doce, Tigre.

—Estos ingleses están bien armados. James Brooke tendrá por roer un hueso muy duro si le asalta el capricho de abandonarnos. Con una sola descarga echamos a pique a su famoso «Realista».

—Lo creo, Tigre.

—Oyeme, Hirundo, y graba bien en la memoria mis palabras.

—Soy todo oídos.

—Que ninguno de nuestros hombres se mueva por ahora. Cuando la luna se oculte, arrastrad los cañones lejos de la batería y subid en masa al puente, gritando: ¡fuego! ¡fuego! Los marineros, los oficiales y el capitán aparecerán sobre cubierta y caeremos sobre ellos si no se rinden. ¿Me has comprendido?

—Perfectamente, Tigre de la Malasia. ¿Tienes que decirme algo más?

—Sí, Hirundo. Cuando te marches de aquí entrarás en el camarote de la Virgen de la Pagoda, que está contigo a éste, y dirás a Kammamuri que atranque sólidamente la puerta y que no salga mientras dure el combate.

—Comprendo, Tigre de la Malasia.

—Sal y obedece...

Hirundo, en el acto, entró en el camarote de la Virgen de la sacra Pagoda.

—¿Mataremos a todos?—preguntó el portugués a Sandokan.

—No, Yáñez, les intimaremos a rendirse. Me desagradaría quitar la vida a estos hombres que nos han dispensado tan generosa acogida.

Los dos piratas acabaron de comer tranquilamente, vaciaron unas cuantas botellas, saborearon el té servido por el *steward* y se tumbaron en los divanes esperando con gran calma la señal para precipitarse sobre cubierta.

A las ocho, el sol desapareció en los confines del horizonte y las tinieblas se extendieron poco a poco por la extensa superficie líquida, que se oscureció rápidamente.

Sandokan miró por la ventana.

A babor, a gran distancia, le pareció ver una masa negruzca que subía hasta las nubes: a popa, también muy lejos, una vela blanca sobre el fondo del horizonte.

—Nos hallamos cerca del monte Mantag—murmuró—. Mañana estaremos en Sarawack.

Acercóse a la puerta del camarote y prestó atención.

Oyó que dos personas bajaban por la escala; luego, un débil cuchicheo y en seguida abrirse y cerrarse dos puertas: una a la derecha y otra a la izquierda.

—Bien—murmuró de nuevo—. El capitán y el segundo de a bordo han entrado en sus respectivos camarotes. Todo marcha perfectamente.

Encendió un «scibouk» que tuvo tiempo de salvar del naufragio a la vez que las pistolas, la cimitarra y el cris de inestimable valor y comenzó a fumar con la mayor tranquilidad.

En el camarote del capitán sintió sonar las nueve, luego las diez, después las once. Estremecióse como si hubiera tocado una pila eléctrica y saltó del diván.

—Yañez—exclamó.

—Hermano—dijo el portugués.

El Tigre de la Malasia dió dos pasos hacia la puerta, apoyada la mano derecha en la empuñadura de la cimitarra. Un grito terrible retumbó en las entrañas del barco, perdiéndose en la mar.

—¡Fuego! ¡fuego!...

—¡Salgamos!—exclamó Sandokan.

Los dos piratas, abierta la puerta, lanzáronse sobre el puente como dos tigres



CAPITULO VIII

La bahía de Sarawack

Al grito terrible de ¡fuego! ¡fuego! el maquinista mandó parar inmediatamente el barco, que sólo avanzó algunos metros más por virtud del último movimiento de la hélice

Confusión indescriptible reinaba en el puente al aparecer los dos piratas. Del castillo de proa, medio desnudos o en camisa, salían en tropel los marineros, soñolientos aún, presa de angustia inmensa, atropellándose, empujándose, cayendo y levantándose.

Los hombres de guardia, no menos aterrados, creyendo que el fuego había ya tomado alarmantes proporciones, afanábanse por recoger los cubos esparcidos en el puente. En cambio, de las escotillas, como marea ascendente, salían furiosos los tigres de Mompracem, con los cris entre los dientes y empuñando las pistolas, dispuestos a la lucha. Ordenes, gritos, imprecaciones, maldiciones y preguntas elevábanse de

todas partes, dominando al estrépito de las máquinas y a las voces de mando de los oficiales de cuarto.

—¿Dónde es el fuego?—interrogaba uno.

—En la batería—contestaba otro.

—¿Qué se quema?

—¡A la Santabárbara! ¡A la Santabárbara!

—¡Formad la cadena!

—¡Mil truenos! ¡a las bombas!

—¡Capitán! ¡Dónde está el capitán?

—¡A vuestros puestos!—tronaba el oficial—. ¡Animo, muchachos! ¡A las bombas! ¡A vuestros puestos!...

De improviso, una voz, vibrante como el eco de una trompa, resonó en medio del puente y del barco inmóvil.

—¡A mí! ¡A mí!

El Tigre de la Malasia apareció en medio de sus soldados. Con la diestra mano oprimía la cimitarra, que chispeaba a la vaga claridad de los fanales de proa.

Retumbó un grito feroz:

—¡Viva el Tigre de la Malasia!

Los tripulantes del buque, sorprendidos, espantados al ver a todos aquellos hombres sobre las armas, dispuestos a arrojarlos sobre ellos, precipitáronse confusamente hacia proa y hacia popa.

—¡Traición! ¡Traición!—gritaban desde todas partes.

Los piratas, cris en mano, se preparaban para derribar aquellas dos murallas humanas. El Tigre de la Malasia los detuvo con un silbido.

El capitán apareció en el puente y se dirigió resuelto hacia ellos con el revólver en la diestra.

—¿Qué ocurre?—preguntó con imperioso acento.

Sandokan salió del grupo y avanzó a su encuentro.

—Ya lo ves, capitán—contestó—. Mis hombres atacan a los tuyos.

—¿Quién eres?

—El Tigre de la Malasia, capitán.

—¿Cómo?... ¿Otro hombre?... ¿Dónde está el embajador?

—Ahí enmedio, empuñando una pistola y dispuesto a disparar sobre ti si no te apresuras a rendirte.

—¡Miserable!

—¡Calma, capitán! No se insulta impunemente al jefe de los piratas de Mompracem.

El marino retrocedió algunos pasos.

—¡Piratas!—exclamó—. ¿Sois piratas?...

—Y de los más formidables.

—¡Atrás!—rugió, levantando el revólver—. ¡Atrás o te abraso!

—Capitán—dijo el Tigre, adelantándose—. Somos ochenta, todos armados y a todo decididos, y tú no cuentas más que con cuarenta hombre inermes. No os odio y no quiero sacrificaros inútilmente; rendíos, pues, y te juro que no os tocaré ni a un cabello.

—Pero, en suma, ¿qué es lo que quieres?

—Tu barco.

—¿Para piratear con él?

—No, para realizar una buena acción; para reparar una injusticia de los hombres.

—¿Y si rehusase?

—Lanzaría a mis tigres contra ti...

—¡Lo que pretendes es mi perdición!...

Sandokan se desató un cinturón bien repleto que llevaba bajo la casaca y se lo alargó a su adversario, diciéndole:

—¡Aquí hay un millón de diamantes, toma!

El capitán se quedó aturdido.

—No comprendo...—exclamó—. Dispones de hombres con los cuales podrías hacerte dueño del buque sin grandes

LOS PIRATAS DE LA MALASIA



—Esas armas para que te defiendan, este anillo como recuerdo y esta bolsa repleta de diamantes...



sacrificios, y en vez de apoderarte de él me regalas un millón.
¿Quién eres?

—Ya te lo he dicho: el Tigre de la Malasia—replicó Sandokan—. Ríndete o me veré obligado a azuzar contra ti a los cachorros que me rodean.

—¿Y qué vas a hacer con mis hombres?

—Embarcarán todos en las lanchas y los dejaré en libertad.

—¿Y adónde iremos?

—La costa de Borneo no está muy lejana. Date prisa, decide...

El capitán vacilaba. Tal vez temía que, deponiendo las armas, los piratas se cebasen en la tripulación.

Yáñez adivinó en el acto lo que pasaba por el cerebro de aquel hombre, y adelantándose dijo:

—Capitán, eres injusto al dudar de la palabra del Tigre de la Malasia, porque jamás faltó a lo prometido.

—Tienes razón—dijo el marino—. Hola, muchachos! entregad las armas; toda resistencia es inútil...

Los subordinados, que veían el asunto mal parado, no vacilaron un instante y arrojaron sobre el puente hachas, cuchillos y espadas.

—¡Bravos muchachos!—exclamó Sandokan.

A una señal botaron al agua cinco chalupas, después de proveerlas bien de víveres.

Los marineros, inermes, desfilaron por medio de los piratas y se acomodaron en las embarcaciones. El capitán se quedó el último, y deteniéndose ante el Tigre de la Malasia le dijo:

—No tenemos ni un arma para defendernos, ni una brújula para guiarnos...

Sandokan, desenganchándose de una cadena que le pendía

del pecho, una brújula de oro y, alargándosela al marino, exclamó:

—Para que te sirva de guía...

Quitóse del cinto las dos pistolas y del dedo una sortija magnífica adornada con un diamante del grueso de una avellana, y añadió, entregándole los tres objetos:

—Esas armas para que te defiendan, este anillo como recuerdo y esta bolsa repleta de diamantes en pago del barco que te he apresado.

—Eres el hombre más extraño que he encontrado en mi vida—dijo el capitán, admitiendo el obsequio—. ¿Y no piensas en que podría descargar estas armas sobre ti?

—No lo harás.

—¿Por qué?

—Porque eres un hombre leal. Ea, vete...

El capitán saludó ligeramente con la mano y bajó a la embarcación, que en seguida se puso en marcha, escoltada por todas las demás, dirigiéndose hacia el Oeste.

Veinte minutos después el «Helgoland» abandonaba aquellos parajes, navegando rápidamente con rumbo a la costa de Sarawack, que distaba a lo sumo un centenar de millas.

—Ahora vamos a ver a Kammamuri y a su ama—dijo Sandokan, después de indicar la ruta—. Confiamos en que ninguna desgracia habrá ocurrido a la pobre Ada.

Bajó la escala de popa seguido de Yáñez y tocó en la puerta del camarote del maharato.

—¿Quién va?—preguntó Kammamuri.

—Sandokan.

—¿Hemos vencido?

—Sí, amigo mío.

—¡Viva el Tigre de la Malasia!—gritó el bravo maharato. Separó los muebles que había apilado detrás de la puerta y abrió. Yáñez y Sandokan entraron.

El indio estaba armado hasta los dientes. Aún empuñaba una cimitarra y su cinturón aparecía lleno de pistolas y de puñales.

Tendida en un diván vieron a la loca, ocupada en arrancar, con mano nerviosa, los pétalos de una rosa de la China que acababa de coger de un búcaro de flores.

Al notar la presencia de Sandokan y de Yáñez, púsose en pie de un brinco, mirando a aquéllos con ojos que revelaban terror profundo.

—¡Thugs!... ¡Thugs!... —exclamó.

—Son nuestros amigos, ama—dijo el maharato.

La joven contempló a Kammamuri breves instantes; luego cayó de nuevo en la poltrona, volviendo a su tarea de deshojar la flor que tenía en la mano.

—¿Han producido en esta desgraciada alguna impresión los gritos de los combatientes?—preguntó Sandokan al maharato.

—Sí—contestó éste—. Se alzó temblorosa, gritando: ¡Los thugs! Pero luego se calmó poco a poco.

—¿Nada más?

—Nada más, capitán.

—Vela atentamente por ella, Kammamuri.

—No me separaré de su lado.

Yáñez y Sandokan volvieron a cubierta. En aquel mismo instante, los piratas de guardia descubrieron hacia el Sur un punto rojizo que se movía con rapidez.

Yáñez y Sandokan se lanzaron a proa mirando atentamente en aquella dirección.

—Debe de ser el fanal de alguna nave—dijo el portugués.

—Seguramente. Y me inquieta bastante—respondió Sandokan.

—¿Por qué, hermano?

—Porque esa nave puede encontrarse con las chalupas.

—¡Rayos y truenos! ¡Eso sólo nos faltaba!...

—No te preocupes, Yáñez. El «Helgoland» tiene buenos cañones. Pero... la nave es de vapor. ¿No ves la columna rojiza que se eleva al cielo?

—¡Por Júpiter, tienes razón!

—Si fuese...

—¿Quién?

—¡A los cañones, muchachos! ¡A los cañones!—tronó el Tigre de la Malasia.

—¿Qué pasa?—preguntó el portugués, sujetándole por un brazo.

—Es la cañonera, Yáñez.

—¿Qué cañonera?

—La que nos seguía.

—¡Por Júpiter!...

—La echaremos a pique.

—¿Estás loco?

—Pero, ¿no la ves tú?

—Sí que la veo, pero si la atacas, en Sarawack nos cañonearán. Si no se va a pique con la primera descarga, correrá a delatarnos a aquel maldito Brooke.

—¡Por Alá!—exclamó Sandokan, sorprendido por el razonamiento.

—Estémonos quietos, hermano—dijo Yáñez.

—¿Y si se encuentra con las chalupas?

—No es cosa fácil, Sandokan. La noche es oscura, las chalupas navegan con rumbo a Occidente, y la cañonera, si no me equivoco, tiene la proa hacia el Norte. Un encuentro en tales circunstancias no es probable. ¿Estoy tal vez equivocado?

—No, pero mira a la cañonera...

—Calma, hermano; dejémosla que siga hacia el Norte.

La cañonera, que con tanta obstinación, pero probablemente sin saberlo, seguía a los piratas de Mompracem, hallábase en aquel momento muy próxima. A babor y a estribor brillaban los dos fanales verdes y rojos, y en el extremo del trinquete, el blanco. A popa se descubría al timonel, de pie junto a la rueda.

Cruzó muy cerca del «Helgoland», describiendo una especie de semicírculo, y desapareció con rumbo al Norte, dejando tras sí una estela fosforescente.

No se habían transcurrido diez minutos, cuando se oyó a lo lejos una voz que gritaba:

—¡Hola, la cañonera!...

Sandokan y Yáñez, al escuchar aquellas palabras, se dirigieron al alcázar y miraron atentamente hacia el Norte.

—¿Será, tal vez, la chalupa?—preguntó Sandokan, inquieto.

—No veo más que a la cañonera allá a lo lejos—respondió el portugués.

—Sin embargo, esa voz resonó a distancia.

—¿Habremos oído mal?

—Lo dudo, Yáñez.

—¿Qué hacemos?

—Estemo prevenidos y avancemos con precaución...

Sandokan continuó en el puente cerca de una hora, esperando algún otro grito, pero sólo oyó el ruido de las olas que se estrellaban contra los costados del buque y el gemido del viento entre la arboladura.

A media noche, tranquilo, pero preocupado, descendía al camarote del capitán donde Yáñez le esperaba tendido en un diván.

El «Helgoland» seguía avanzando con rumbo a la bahía de Sarawack. Los marineros de guardia no advirtieron nada extraordinario; solamente a las dos de la madrugada vieron,

por la banda de estribor y a cincuenta metros de distancia, cruzar una sombra negra con rapidez grandísima y desaparecer poco después. Todos la tomaron por un *praho* que navegaba sin fanales.

Al amanecer, el barco se hallaba a cuarenta millas de la desembocadura del Sarawack, en cuya orilla, a pocas horas de marcha, se levantaba la ciudad del mismo nombre.

El mar aparecía tranquilo y el viento era favorable. Aquí y allá veíanse algunos *prahos* y algunos *giongs* con sus inmensas velas, y hacia el Oeste, confusamente, distinguíase el monte Matang, pico gigantesco que se eleva a 2.790 pies sobre el nivel del mar y cuyas laderas aparecen cubiertas de verdes bosques.

Sandokan, que no se sentía tranquilo en aquel mar surcado por los barcos de James Brooke, el exterminador de los piratas malayos, mandó izar la bandera inglesa en el extremo del palo mayor, cargar los cañones, amontonar bombas en las baterías, abrir la Santabárbara y armar a toda su gente.

A las once de la mañana, a siete millas de distancia, aparecía la costa, muy baja, cubierta de hermosa vegetación y defendida por extensos arrecifes. Al mediar el día, el «Helgoland» doblaba la península que divide a la bahía, y poco después fondeaba en la desembocadura del río, al otro lado de la punta de Montabas.



CAPITULO IX

La batalla

La desembocadura del río, que forma una especie de puerto protegido por bancos arenosos y por escollos contra los cuales se estrella el mar, ofrecía magnífico espectáculo. A derecha, a izquierda y sobre las dos márgenes, extendíanse soberbios bosques de «pisang» de gigantescas hojas y dorado fruto, de colosales mangos, de preciosas palmeras de cuyo tronco se extrae una fécula muy nutritiva, de gambires, de beteles y de grandes árboles de alcanfor en cuyas ramas gritaban multitud de monos de bello color verde y enjambres de tucanes de enormes picos.

Por el río iban y venían barcas, barquillas, *prahos* malayos o de los indígenas de Borneo y de Masacar, *giongs* javaneses con las velas pintadas, juncos chinos recios y pesados y pequeñas naves inglesas y holandesas, unas esperando carga y otras viento propicio que les permitiese hacerse a la mar.

En los arrecifes y en los bancos, veíanse a dayakas me-

dio desnudos, ocupados en pescar, a millares de albatros, gigantescos pájaros, armados de robustísimos picos que pueden atravesar sin esfuerzo el cráneo de un hombre, y enjambres de rapidísimas aves marinas llamadas comúnmente fragatas.

Sandokan, apenas el «Helgoland» echó el ancla en buen lugar, precisamente en medio del río, que descendía a la vez que la marea, dirigió una mirada a las naves que lo rodeaban.

Sus ojos cayeron en seguida sobre un pequeño «schooner», provisto de numerosos cañones. Al verlo, su frente se contrajo y una sorda imprecación se le escapó de los labios.

—Yáñez—dijo a su camarada, que estaba junto a él—. Fíjate en el nombre de ese barco.

—¿Temes algo?—preguntó el portugués, observando con el anteojo.

—¡Quién sabe! Fíjate, Yáñez .

—«El Realista» está escrito a popa.

—No me engañaba. El corazón me decía que ese era el mismo barco que sirvió a James Brooke para exterminar a los piratas malayos.

—¡Por Baco!—exclamó el portugués—. Tenemos un vecino formidable.

—Al cual echaría con muchísimo gusto a pique para vengar a mis compañeros.

—No lo echarás si no nos busca camorra. Es preciso ser prudente, hermano, y prudentísimo, si quieres salvar a Tremal-Naik.

—Lo sé.

—Mira, una barca que se dirige hacia nosotros. ¿Quién será ese hombre tan feo?...

Sandokan inclinóse sobre la borda y fijó la vista. Una barquichuela labrada en el tronco de un árbol, tripulada por

un hombre de piel amarillenta que por todo traje llevaba un calzoncillo rojo y que se adornaba con anillos de cobre en los pies y en las manos, un gorro de plumas en la cabeza y un gigantesco pico de tucán sobre la frente, se acercaba al buque.

—Es un *bazir*—dijo Sandokan.

—No sé lo que eso significa.

—Un ministro de Dinata o de Giuwata: las dos divinidades de los dayakas.

—¿Qué vendrá a buscar aquí?

—Querrá obsequiarnos con algún estúpido presagio.

—Enviémosle a casa de Belcebú. Para nada nos hacen falta sus presagios.

—Debemos recibirlo, Yáñez. Nos informará detalladamente de James Brooke y de su flota.

El esquife había llegado junto al buque. Sandokan mandó echar la escala y el *bazir* subió hasta el puente con pasmosa agilidad.

—¿A qué vienes?—le preguntó Sandokan, hablándole en lengua dayaka.

—A venderte mis presagios—respondió el *bazir*, sacudiendo sus numerosos anillos, que tintineaban graciosamente.

—No los quiero. Necesito otra cosa.

—¿Qué?

—Oyeme bien, amigo mío. Deseo saber muchas cosas de ti, y si me contestas tendrás un magnífico cris y tanto «tuwack» (líquido embriagador), que no te lo podrás beber en un mes.

Los ojos del dayaka brillaron de codicia.

—Habla—exclamó.

—¿De dónde vienes?

—De la ciudad.

—¿Qué hace el rajá Brooke?

—Se fortifica.

—¿Teme alguna sublevación?

—Sí, de los chinos y de los sobrinos de Muda-Hassin, nuestro antiguo sultán.

—¿Has vivido fuera de Sarawack?

—Nunca.

—¿Has visto llevar a Sarawack un prisionero de color de bronce?

El *bazir* reflexionó algunos instantes.

—¿Un hombre noble y fuerte?—preguntó.

—Sí, noble y fuerte—replicó Sandokan.

—¿Del color de los indios?

—Sí, era un indio.

—Lo vi desembarcar hace algunos meses.

—¿Dónde lo encerraron?

—No lo sé; pero eso podrá decírtelo un pescador que vive allí—replicó el dayaka, señalando con el dedo hacia una cabaña de hojas que se levantaban en la orilla izquierda—. Ese hombre acompañó al prisionero.

—¿Cuándo podré ver al pescador?

—Ahora está pescando, pero por la noche volverá a la cabaña.

—Está bien. ¡Hola, Hirundo! Regala tu cris a este hombre y ponle en su embarcación un barril de ginebra.

El pirata no se hizo repetir la orden. Mandó que llevaran a la canoa una barrica de aquel licor y entregó su cris al *bazir*, el cual se marchó tan contento como si le hubiesen regalado una provincia entera.

—¿Qué piensas hacer, hermano?—preguntó Yañez, apenas el dayaka abandonó el puente.

—Ejecutar un plan cuanto antes—respondió Sandokan.

—Dentro de una hora será de noche y enviaremos a buscar al pescador.

—¿Y luego?

—Cuando sepamos dónde se encuentra Tremal-Naik iremos a buscar a James Brooke.

—¿A James Brooke?

—No iremos ya como piratas, sino como grandes personajes. Tú serás un embajador holandés.

—Corremos grave peligro, Sandokan. Si Brooke descubre la estratagema, nos mandará ahorcar.

—No temas, Yañez. Aún no han tejido la cuerda que ha de servir para colgar al Tigre de la Malasia.

—Capitán—dijo en aquel instante Hirundo, acercándose—. Se aproximan barcos.

El Tigre y Yañez se volvieron hacia la desembocadura del río y vieron dos bergantines de guerra con bandera inglesa y numerosos cañones, avanzar veloces, tratando de doblar la punta de Montabar.

—¡Oh!—exclamó Yañez—. ¡Son barcos de guerra!

—¿Te sorprende acaso?—preguntó el Tigre.

—Un poco, hermano. Aquí, en este río, bajo los ojos de Brooke, no me siento tranquilo. Dudo de todos.

—Haces mal en desconfiar, Yañez. Aquí hay siempre buques ingleses...

Los dos bergantines, al cabo de media hora, entraron en el río, remolcados por seis embarcaciones. Saludaron con dos cañonazos a la bandera del rajá, pasaron a estribor del *Helgoland* y fueron a echar el ancla el uno a la derecha y el otro a la izquierda del «Realista», a una distancia de veinte metros escasos. Cuando terminó la maniobra, las tinieblas descendían rápidamente, cubriendo bloques, escollos, barcas, juncos, *prahos* y las aguas del río.

Sandokan eligió este momento para enviar a sus hom-

bres a tierra y buscar al pescador. Botaron una embarcación; Hirundo y otros piratas se acomodaron en ella y remararon hacia la orilla. Apenas se habían alejado unas cuantas brazas, cuando el portugués corrió al encuentro de Sandokan, descompuesto el rostro y los ojos llenos de espanto.

—¡Hermano!—exclamó.

—¿Qué pasa?—preguntó el pirata—. ¿Por qué esa cara de terror?

—Sandokan, algo se trama contra nosotros.

—¡Imposible!—exclamó el Tigre, dirigiendo a su alrededor una mirada amenazadora.

—Si, Sandokan, preparan un ataque. Mira al mar.

El pirata, inquieto a pesar suyo, volvió el semblante hacia la desembocadura del río. Sus manos oprimieron el cruce y la cimitarra. Sordo rugido se le escapó de los labios temblorosos.

A lo lejos, junto a la escollera, descubriase una masa negra, enorme, amenazadora, tendida de forma que obstruía la salida. No hacían falta grandes esfuerzos para comprender que se trataba de un barco de guerra de grandes dimensiones que presentaba el flanco al *Helgoland*.

—¡Rayos del cielo!—murmuró con rabia reconcentrada—. ¿Será verdad?... Sin embargo, no lo creo.

—¿No ves que nos presenta la boca de sus cañones?—dijo Yañez.

—Pero ¿quién nos habría traicionado?

—Tal vez la cañonera.

—No es posible. La cañonera llevaba rumbo al Norte.

—Pero a las dos de la madrugada los marineros de guardia descubrieron una sombra que cruzaba velozmente hacia Sarawack.

—¿Y supones que...?

—La cañonera nos habrá delatado—siguió diciendo Ya-

ñez—. Tal vez habrá recogido a los ingleses de las embarcaciones, tal vez el hombre que gritó: ¡Hola, la cañonera! fuese algún marinero enemigo caído al agua durante el combate...

Volvióse Sandokan y fijó los ojos en el «Realista». La nave de James Brooke había anclado en su puesto, pero los dos barcos ingleses se habían acercado tanto al *Helgoland*, que lo tenían cogido entre dos fuegos.

—Ah!—exclamó el terrible pirata—, ¿quieres batalla? ¡Pues bien, sea! Te haré ver quién soy al brillo de mis cañones...

No había terminado aún, cuando un grito agudísimo partió de la orilla izquierda, en la dirección que llevaba Hirundo.

—¡Socorro! Socorro!...—se oyó decir.

Sandokan, Yañez y los piratas saltaron como un solo hombre hacia estribor, tratando de distinguir lo que ocurría en la tenebrosa selva.

—¿Quién gritará?—exclamó un pirata.

—¡Que Dinata me haga cortar la cabeza si esa voz no es la de Hirundo—dijo un dayaka de atlética estatura.

—¡Eh! ¡Hirundo!...—gritó Yañez.

Dos tiros resonaron en el bosque y luego se oyó el golpe de cuatro cuerpos que caían en el agua.

Por densa que fuese la obscuridad, los piratas descubrieron a cuatro hombres que nadaban desesperadamente, dirigiéndose hacia el barco.

—¡Es Hirundo!—exclamó un pirata.

—¡Hola! ¡La cosa se pone seria!—añadió otro.

—¿Quién se apuesta algo a que nos dan un disgusto?—preguntó un tercero.

—Silencio, muchachos—interrumpió el Tigre—. Arrojad cabos...

Los cuatro hombres, que nadaban como peces, llegaron en pocos instantes hasta el buque. Agarrarse a los cabos y trepar a la borda fué para ellos obra de un momento.

—¡Hirundo!—exclamó Sandokan, reconociendo en aquellos cuatro hombres a los piratas enviados poco antes en busca del pescador.

—Capitán—dijo el dayaka, sacudiéndose el agua—. Estamos sitiados.

—¡Rayos del cielo!—rugió el Tigre—. Cuenta en seguida todo lo que hayas visto.

—He visto allá abajo, en aquel bosque, a los soldados del rajá, armados de fusiles, ocultos tras los troncos de los árboles y de los matorrales. Parecía que aguardaban una señal para empezar el fuego.

—¿Estás seguro de no haberte engañado?

—Hay más de doscientos hombres y los he visto con estos ojos. ¿No has oído los dos disparos de fusil que hicieron contra nosotros?

—¿Qué decides, hermano?—preguntó Yañez.

—La retirada no es posible. Estaremos prevenidos, y al primer cañonazo trabaremos la batalla. ¡A mí, valientes!...

Los piratas, que se mantenían a respetuosa distancia, avanzaron a la llamada de su jefe. Sus ojos despedían chispas y sus manos acariciaban la empuñadura de los cris. Sabían de lo que se trataba y temblaban de impaciencia.

—Tigres de Mompracem—dijo Sandokan—, James Brooke, el exterminador de los piratas malayos, se dispone a atacarnos. Millares de ellos, millares de dayakas asesinados por ese hombre claman venganza a sus hermanos. ¿Juráis ante mí vengarlos?

—Lo juramos—respondieron a coro los soldados, presa de terrible entusiasmo.

—Piratas de Mompracem—siguió diciendo Sandokan—, somos uno contra cuatro, pero el Tigre de la Malasia está con vosotros. ¡Hierro y fuego hasta que se agoten la pólvora y las balas a bordo, y luego incendiemos el buque. Es preciso que esa noche mostremos a esos perros cómo saben combatir los tigres de la selva de Mompracem, guiados por su jefe. ¡A vuestros puestos, muchachos, a vuestros puestos! A mi voz de mando: ¡fuego!

Sordo rugido respondió a las mágicas palabras del capitán. Los piratas, con Yañez a la cabeza, se precipitaron a las baterías, enfilando las negras bocas de los cañones hacia las naves enemigas.

Sobre el puente permanecieron dos piratas, de pie junto a la rueda del timón, y Sandokan, que desde el castillo de proa espía atentamente los movimientos del enemigo.

Los cuatro barcos que se preparaban a hacer trizas al *Helgoland* con sus cuarenta cañones, parecían dormir profundamente. En los puentes no se oía el rumor más leve, pero se veían algunas sombras que se agitaban a popa y a proa.

—Se aperciben para el ataque—murmuró Sandokan, con los dientes apretados—. Dentro de diez minutos se iluminará esta bahía con el fuego de más de cincuenta cañones; dentro de diez minutos romperán esta quietud solemne el rugido de los bronce, el estallido de las bombas, el silbido de las balas, los ayes de los moribundos, los gritos de los vencedores. ¡Qué espectáculo tan hermoso!

De improviso su frente se contrajo.

—¿Y Ada?—murmuró—. ¿Y si una bala la hiriese? ¡Sambigliong!... ¡Sambigliong!...

El dayaka que llevaba este nombre acudió en el acto.

—Aquí estoy capitán—dijo.

—¿Dónde se encuentra Kammamuri?

—En el camarote de la Virgen de la Pagoda.

—Vete a buscarlo y amontonarás en las paredes del camarote todos los barriles y todos los trozos de hierro que encuentres a popa y en la bodega.

—¿Se trata de librar de las balas aquella estancia?

—Sí, Sambigliong.

--Déjame hacer a mí. Los proyectiles no llegarán a aquel lugar.

—Vete, amigo mío.

—Una palabra, capitán. ¿Debo permanecer en el camarote?

—Sí, y te encargarás de salvar a la Virgen de la Pagoda si nos vemos obligados a abandonar el buque. Sé que eres el mejor nadador de la Malasia. Date prisa, Sambigliong. El enemigo no se descuida.

El dayako se precipitó hacia popa. Sandokan continuó mirando atentamente al río.

En el buque anclado en la desembocadura como para cerrar el paso, apareció de pronto una luz. Casi en el acto, en el puente del «Realista», brilló un relámpago, seguido de una formidable detonación.

El Tigre de la Malasia dió un brinco, en tanto que el extremo del palo mayor, tronchado por una bala de a ocho, caía sobre cubierta con gran estrépito.

—¡Piratas!—gritó—. ¡Fuego! ¡fuego!...

Un aullido terrible le contestó.

—¡Viva el Tigre de la Malasia! ¡Viva Mompracem!

Sucedió un silencio breve, silencio amenazador; luego, la pequeña rada inflamóse de un extremo a otro.

De los cuatro barcos enemigos salían balas y llamaradas que rompían las tinieblas y el silencio de la noche; de la selva, nutrido fuego de mosquetería que extendíase con celeridad increíble a derecha y a izquierda.

La lucha comenzaba. Los cinco buques combatían con rabia indescriptible, relampagueando, tronando, vomitando huracanes de hierro que atravesaban el aire con estridentes silbidos. Las tripulaciones, ennegrecidas por la pólvora, ebrias de entusiasmo, cargaban y descargaban sin cesar las piezas, tratando de destruirse mutuamente, animándose con gritos salvajes.

El *Helgoland*, en medio de la bahía, anclado sólidamente, defendíase con furia increíble contra los colosos que lo cubrían de hierro.

Tronaba a babor, tronaba a estribor, sin perder un disparo, respondiendo con metralla a la metralla, con bomba a las bombas, derribando mástiles, desmontando cañones, rompiendo baterías, perforando quillas, arrasando la selva, que daba albergue a los soldados de James Brooke.

Parecía un barco de hierro defendido por un ejército de titanes.

Caían sus velas, temblaba su arboladura, saltaban sus botes en pedazos, demoliánse las bordas, agujereábanse sus flancos, morían sus tripulantes, pero, ¿qué importaba? Aún había pólvora y balas para todos y a todos respondería con creciente furia, con creciente rabia, resuelto a perecer antes que rendirse.

A cada disparo, a cada nueva descarga, oíanse en la batería a los piratas gritar:

—¡Venganza! ¡Viva Mompracem!

El Tigre de la Malasia, de pie en medio del puente, contemplaba el horrible espectáculo.

¡Cuán bello aparecía aquel hombre formidable en el barco que temblaba bajo sus plantas, a la claridad de cincuenta cañones, inflamados los ojos, los cabellos al viento, los labios entreabiertos con terrible sonrisa y la cimitarra en la mano!

¡Cuán bello aparecía el pirata que contemplaba la escena con satisfacción, en tanto que la muerte silbaba a su alrededor, mientras los mástiles caían delante y detrás de él, cuando la metralla rugía en sus oídos, arrancando las tablas del puente, al mismo tiempo que las bombas estallaban, lanzando a trescientos metros sus inflamados fragmentos!

Sus mismos enemigos, al verlo en el heroico barco, impasible entre el huracán de hierro, sentíanse asaltados de un loco impulso de gritar:

—¡Viva el Tigre de la Malasia! ¡Viva el héroe de la patería malaya!

El combate duraba ya media hora, cada vez más tremendo, cada vez más encarnizado. El *Helgoland*, acribillado por el fuego incesante de los cincuenta cañones, agujereado por todas partes por la metralla, hecho trizas por la tempestad de bombas que caía cada vez más espesa, no era más que un esqueleto humeante.

No tenía ni mástiles, ni bandas, ni madero intacto. Era una criba, por cuyos agujeros precipitábase silbando el agua del río. Seguía disparando, respondiendo a aquellos cuatro enemigos que habían jurado echarlo a pique, pero no se sentía capaz de continuar. Diez piratas yacían en la batería sin vida, dos cañones quedaban inútiles, desmontados por el fuego infernal del adversario, las bombas escaseaban y la popa, llena de agua, se hundía poco a poco. Quince minutos más, tal vez diez, y el heroico *Helgoland* desaparecía entre las olas.

Yañez, que cumplía valerosamente con su deber disparando un cañón de grueso calibre, dióse cuenta de la gravedad de la situación.

A riesgo de recibir una descarga de metralla en la cabeza, lanzóse al puente, en medio del cual estaba el Tigre de la Malasia.

—¡Hermano!—gritó.

—¡Fuego, Yañez!...¡fuego!...—rugió Sandokan—. Van a abordarnos.

—¡No podemos sostenernos más tiempo, hermano! ¡El barco se va a pique!

—¡Rayos del cielo!

—¿Qué hacemos? Los minutos son preciosos.

Un chasquido formidable sofocó su voz. El castillo de proa, hecho trizas por la explosión de una granada, cayó destrozando parte de la cubierta y de la cámara de los marineros. El Tigre de la Malasia dejó escapar un aullido de rabia.

—¡Se acabó! ¡A mí, tigres, a mí!...

Dirigióse precipitadamente hacia la batería donde los piratas continuaban bombardeando a los barcos enemigos. Un hombre, el maharato Kammamuri, le cerró el paso.

—Capitán—dijo—el agua invade el camarote de la Virgen de la Pagoda.

—¿Dónde está Sambigliong?—preguntó el Tigre.

—En el camarote.

—¿Vive la joven?

—Sí, capitán.

—Condúcela al puente, y prepárate a arrojarte al río. ¡Todo el mundo sobre cubierta! ¡El enemigo corre al abordaje!

Los piratas dispararon por última vez los cañones y subieron a cubierta, llena de maderos.

Los buques enemigos, remolcados por algunas chalupas, acercábanse para abordar al *Helgoland*.

—¡Sandokan!—gritó Yañez, al notar la falta de su compañero—. ¡Sandokan!...

Como respuesta oyó el clamoreo de victoria de los tripulantes y una descarga cerrada de los piratas.

—¡Sandokan! ¡Sandokan!—repitió.

El Tigre de la Malasia apareció en el puente con la cimitarra en la diestra y una antorcha en la siniestra. Tras él marchaban Sambigliong y Kammamuri, que conducía en brazos a la Virgen de la Pagoda.

—¡Tigres de Mompracem!—tronó Sandokan—. ¡Fuego por última vez!

—¡Viva el capitán! ¡Viva Mompracem!—rugieron los piratas, descargando las carabinas contra los cuatro buques.

El *Helgoland* vacilaba como un borracho, y se deshacía rápidamente bajo las continuas descargas del enemigo.

Por las brechas de los costados penetraba, mugiendo, el agua que lo arrastraba hacia el fondo.

De proa, de popa, por las escotillas, de las portas de las baterías, salían columnas de denso humo.

La voz del Tigre de la Malasia, vibrante como un clarín, dejóse oír una vez más entre el estampido de los cañones.

—¡Sálvese quien pueda!... ¡Sambigliong, arrójate al río con la Virgen de la Pagoda!...

El dayaka y Kammamuri saltaron al agua con la joven, que había perdido el conocimiento, y tras ellos se precipitaron todos los demás, nadando entre las naves enemigas, que se encontraban ya rozando con el destrozado buque.

En éste, sin embargo, permanecía un hombre. Era el Tigre de la Malasia. En la diestra empuñaba aún la cimitarra y en la siniestra la antorcha. Por sus labios erraba una sonrisa terrible, en sus ojos brillaba un relámpago feroz.

—¡Viva Mompracem!—se le oyó todavía gritar.

Un ¡viva! formidable repercutió en el espacio. Veinte, cuarenta, cien hombres, lanzáronse con las armas en la mano sobre el puente del *Helgoland*.

Sandokan no los esperó. Con agilidad pasmosa saltó por encima de la borda, y desapareció en las aguas del río.

Casi en el mismo instante, el barco se abrió con fragor horrendo y una llamarada gigantesca elevóse al cielo, iluminando el río, las naves enemigas, los bosques, los montes, lanzando a derecha e izquierda millares de astillas incandescentes.

Barcos y tripulantes desaparecieron entre el humo y las llamas del *Helgoland*, volando por la explosión de la pólvora.





SEGUNDA PARTE
~~~~~  
EL RAJA DE SARAWACK







## SEGUNDA PARTE



### CAPITULO I

#### La taberna china

- ¡Hola, buen hombre!
- ¡Milord!...
- Al diablo los milores.
- Sir...
- Al infierno los sir.
- Mi amo...
- Así revientes.
- ¿Monsieur?... ¿Señor?...
- Ojalá te cuelguen. ¿Qué clase de comida hay aquí?
- China, señor, china como la tienda.
- ¿Y pretendes que coma manjares chinos? ¿Qué animalitos son esos que se mueven?
- Cangrejos del Sarawack, borrachos.
- ¿Vivos?
- Pescados hace media hora.

- ¿Y quieres que trague cangrejos vivos? ¡Mil truenos!
- Cocina china, señor.
- ¿Y este asado?
- Perro joven, señor.
- ¿Qué dices?
- Perro joven.
- ¡Rayos y truenos! ¿Y quieres que coma perro? ¿Y aquello qué es?
- Un gato, señor.
- ¡Truenos y centellas! ¿Un gato?
- Bocado de mandarín, señor.
- ¿Y ese plato?
- Topos fritos con manteca.
- ¡Perro chino! ¿Te has empeñado en hacerme reventar?
- Cocina china, señor.
- Cocina infernal, querrás decir. ¡Mil truenos! Cangrejos borrachos, topos fritos, perro asado... Si mi compañero estuviese aquí, se destornillaría de risa. Vaya, no hay que andarse con melindres. Si los chinos comen estas cosas, también puede comerlas un blanco. ¡Animo, portugués mío!

El hombre que así hablaba, se acomodó en la silla de bambú, sacó de la cintura un magnífico cris con empuñadura de oro, esmaltada con magníficos brillantes, y partió en trozos el perro asado, que despedía un perfume apetitoso.

Entre bocado y bocado, púsose a observar el sitio en que se encontraba.

Era una sala muy baja de techo; en los muros veíanse pintados dragones monstruosos, flores extrañas, lunas sonrientes y animales vomitando fuego. Alrededor había escabeles y esteras donde se tendían chinos de rostro amarillento, cráneo pelado, coleta larguísima y lacios bigotes; aquí y allá, sin orden, aparecían mesas de todas dimensiones, ocupadas por feísimos malayos de color aceitunado y negros dientes y



por arrogantes dayakas medio desnudos, con los miembros cubiertos de anillos de latón y armados de pesados «parangs», cuchillos que medían medio metro de largo y que probablemente habían cortado buen número de cabezas en las grandes selvas del Sur. Algunos de aquellos hombres masticaban el buyo, compuesto de hojas de betel y de nueces de areca, lanzando sobre el pavimento una saliva ensangrentada; otros bebían grandes vasos de «arak» o de «towak», y otros fumaban pipas cargadas de opio.

—¡Hum!—murmuró nuestro hombre, descuartizando el gato—. ¡Vaya una cara fea! No sé como ese bribón de James Brooke ampara a estos pícaros. Debe de ser un gran zorro y un...

Un agudo silbido, que procedía de la parte exterior de la taberna, le cortó la palabra.

—¡Oh!—exclamó.

Llevóse dos dedos a los labios e imitó aquel silbido.

—¡Señor!—gritó el tabernero, ocupado en partir en pedazos un perro muy gordo que acababa de desollar.

—¡Que Confucio te ahorque!

—¿Ha llamado el señor?

—Silencio. Despedaza a tu perro y déjame en paz...

Un indio alto, de bellas formas, casi desnudo, con una faja de seda alrededor de los riñones y un cris suspendido del costado derecho, entró, dirigiendo a todas partes sus negríssimos y grandes ojos. Nuestro hombre, que estaba royendo una pata de gato, al descubrir al recién llegado, levantóse murmurando:

—¡Kammamuri!..

Iba a dejar su sitio, cuando una señal rápida del indio, acompañada de una mirada suplicante, le detuvo.

—Esto quiere decir que hay peligro—volvió a murmurar—. En guardia, amigo...

El indiano, después de un segundo de vacilación, sentóse frente a él. El tabernero acudió al punto.

—Una taza de «tuwak».

—¿Y algo que poner entre los dientes?

—Tu coleta—dijo el indio, riendo.

El chino volvió la espalda, haciendo una mueca feísima, y se apresuró a servir una taza y un vaso de «tuwak».

—¿Nos espían?—preguntó con voz muy débil el hombre que estaba frente a él, mientras seguía devorando.

El indio hizo con la cabeza una señal afirmativa.

Y luego dijo en voz alta:

—¿Qué apetito, señor!

—Hace veinticuatro horas que no como, querido—respondió nuestro hombre, que, como el lector habrá imaginado, era el bravo Yañez, el amigo inseparable del Tigre de la Malasia.

—¿Viene usted de muy lejos?

—De Europa. ¡Eh, tabernero del diablo! un poco de «tuwak».

—Con mucho gusto le ofrezco el mío—dijo Kammamuri.

—Acepto, joven. Siéntese a mi lado y pruebe estos manjares.

El maharato no se hizo rogar y colocó su taburete junto al portugués, empezando a comer sin más cumplimientos.

—Podemos hablar—dijo Yañez al cabo de un rato—. Nadie sospechará que somos amigos. ¿Os salvásteis todos?

—Todos, señor Yañez—respondió Kammamuri—. Antes que amaneciese, una hora después de la marcha de usted, abandonamos los espesos bosques de la ribera y nos refugiamos en un pantano. El rajá envió soldados para explorar la desembocadura del río, pero no logró descubrir nuestras huellas.



—¿Sabes, Kammamuri, que escapamos oportunamente de las manos del rajá?

—Medio minuto más y habríamos volado todos. Por fortuna, la noche estaba tan obscura, que aquellos bribones no nos vieron nadar hacia la orilla.

—¿No habrá sufrido nada la pobre joven?

—Nada, señor Yañez. Auxiliado por Sambigliong, pude conducirla a tierra con toda facilidad.

—¿Dónde se encuentra ahora Sandokan?

—A ocho millas de aquí, en medio de una espesa selva.

—¿De modo que está seguro?

—No lo sé. He visto a la guardia del rajá rondar por los alrededores.

—¡Diablo!

—¿Y usted no corre ningún peligro?

—¡Yo! ¿Quién será el loco que me tome por un pirata?  
¡Yo, un blanco europeo!

—Viva usted prevenido. sin embargo, señor Yañez. El rajá debe de ser hombre muy astuto.

—Sí, pero nosotros somos más astutos que él.

—¿No sabe usted nada de Tremal-Naik?

—Nada, Kammamuri. He preguntado a varias personas, pero en vano.

—¡Pobre amo!—murmuró el indio.

—Lo salvaremos, te lo prometo—dijo Yañez. Esta misma tarde pondré manos a la obra.

—¿Qué proyecta usted?

—Trataré de acercarme al rajá y, si es posible, me haré amigo suyo.

—¿Cómo?

—La idea que tengo me parece buena. Provocaré una camorra, me haré el borracho, fingiré querer acogotar a alguien y lograré que me detenga la guardia del rajá.

—¿Y luego?

—Cuando me hayan arrestado, fraguaré cualquier historia amena y me daré a conocer como un noble lord, como un baronet... ¡Ah, magnífica idea! Nos reiremos mucho.

—¿Qué debo hacer yo?

—Nada, mi querido maharato. Irás en busca de Sandokan y le dirás que todo marcha a pedir de boca. Además, mañana rondarás la morada del rajá. Tal vez tenga necesidad de ti...

El indio se levantó.

—Un momento—dijo Yañez, sacando una bolsa bien repleta y alargándosela.

—¿Qué hago con esto?—preguntó el indio.

—Para ejecutar mi proyecto es preciso que no tenga encima un céntimo. Dame tu cris, que nada vale, y toma en cambio el mío, que tiene mucho oro y muchos diamantes.

—¡Eh, tabernero del demonio, seis botellas de vino de España!—gritó luego.

—¿Quiere usted emborracharse?—preguntó el maharato.

—Déjame hacer y ya verás. Adiós, querido...

El indio echó sobre la mesa un chelín y salió, en tanto que el portugués descorchaba las botellas, que seguramente costaban muy caras.

Bebió dos o tres vasos, y el resto lo ofreció a los malayos que estaban más próximos, a los cuales parecía increíble haber encontrado un europeo tan generoso.

—¡Eh, tabernero!—volvió a gritar el portugués—. Tráeme otra clase de vino y algún plato delicado.

El chino, contentísimo de realizar tan buen negocio y pidiendo cordialmente al buen Budha que le enviase todos los días una docena de aventureros como aquel, sirvió nuevas botellas y un tarrito de delicadísimos nidos de salangana,



condimentados con aceite y sal, manjar que sólo los ricos pueden permitirse.

El portugués, aunque había comido por dos, volvió a dar trabajo a sus dientes y a beber y obsequiar con vino a todos los presentes.

Cuando acabó, el sol se había ocultado y en la taberna encendieron gigantescas linternas de talco, que esparcían sobre los bebedores esa luz blanquecina tan grata a los coletudos hijos del Celeste Imperio.

Sacó un cigarrillo, examinó sus pistolas y se levantó murmurando:

—Vámonos, querido Yañez. El tabernero armará una zambra endiablada, yo gritaré más que él, acudirán los guardias del rajá y me llevarán detenido. A Sandokan no se le habría ocurrido, seguramente, un plan mejor...

Arrojó al aire dos o tres bocanadas de humo y se dirigió tranquilamente hacia la puerta. En el momento de salir se sintió sujeto por la chaqueta.

—¡Señor!—dijo una voz.

Yañez se volvió malhumorado y se encontró delante del tabernero.

—¿Qué quieres, galopín?—preguntó fingiéndose ofendido.

—¡A cuenta, señor.

—¿Qué cuenta?

—El señor no me ha pagado. Me debe tres libras esterlinas, siete chelines y cuatro peniques.

—Vete al diablo. No tengo un céntimo siquiera.

El chino, de amarillo que era, se tornó color de ceniza.

—Pero el señor me pagará—gritó agarrándose a las ropas del portugués

—Suéltame el vestido, canalla...—rugió Yañez.

—El señor me debe tres esterlinas, siete chelines y...

—Y cuatro peniques, ya lo sé. Pero no te pagaré, bribón. Ve a desollar a tu perro y déjame en paz.

—El señor es un ladrón. Haré que lo detengan.

—Vamos a verlo.

—¡Auxilio! ¡Detened a este ladrón!—exclamó el chino.

Cuatro pinches se precipitaron en auxilio de su amo, armados de cacerolas, de ollas y de espumaredas. Esto era lo que deseaba el portugués, que a todo trance, quería gresca.

Con mano de hierro cogió al tabernero por la garganta, lo levantó a pulso y lo lanzó fuera de la puerta para que se rompiera la nariz contra las piedras de la calle. Luego cargó sobre los pinches, repartiendo con rapidez asombrosa tantos puntapiés que en menos tiempo del que se tarde en contarlos, se encontraban unos sobre otros junto al amo.

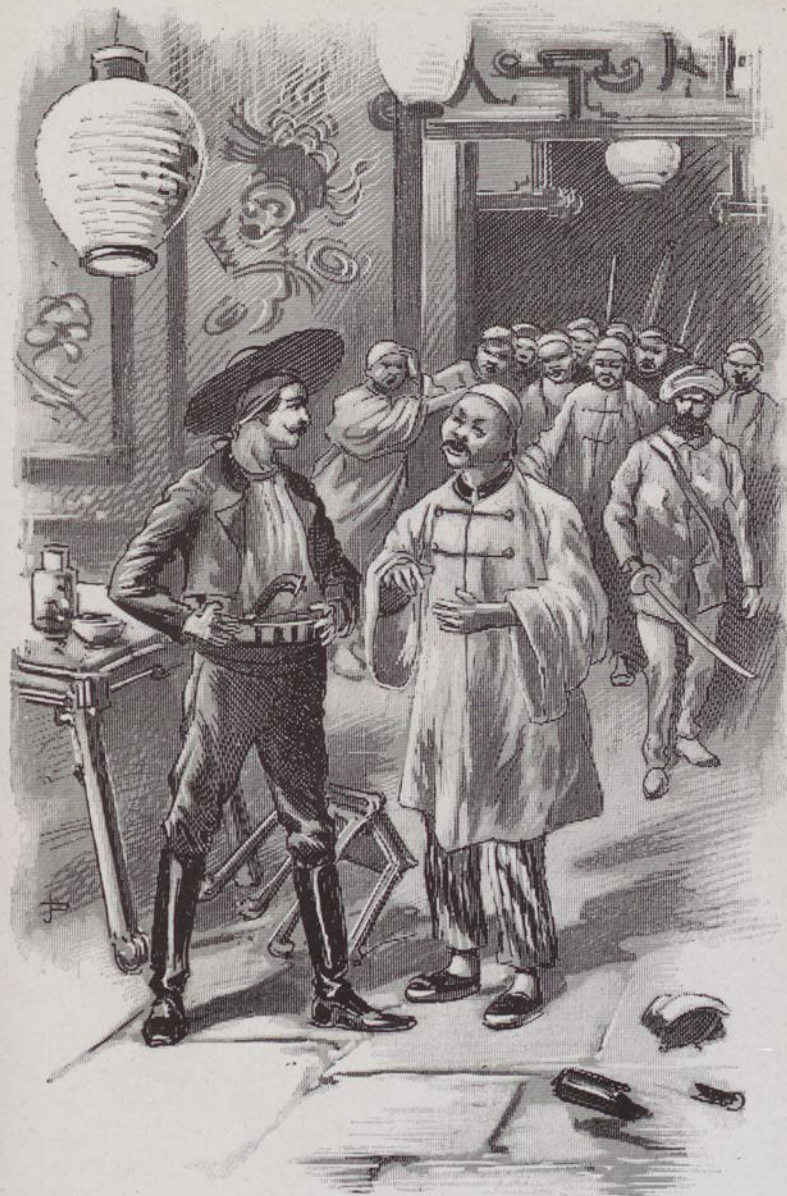
En seguida se dejó oír un aullido de rabia.

—¡Socorro, compatriotas!—gritó el tabernero.

—¡Al ladrón! ¡Al asesino! ¡Sujetadlo! ¡Matadlo!—bramaban los pinches.




LOS PIRATAS DE LA MALASIA



...y en la puerta de la taberna aparecieron dos hombres de color obscuro, altos, robustos, con chaquetas y calzones de tela blanca y...







## CAPITULO II

### Una noche en prisión

Aquel grito lanzado por chinos en un barrio chino, tenía que producir el efecto mismo que produce un *gong* golpeado en las calles de Cantón o de Pekín.

En efecto, antes de cinco minutos, doscientos hijos del Celeste Imperio, armados de bambúes, de cuchillos, de piedras y de sombrillas, hallábanse reunidos ante la puerta de la taberna lanzando penetrantes chillidos.

—¡Muera el ladrón!—gritaban los unos esgrimiendo amenazadoramente bastones y sombrillas.

—¡Acabemos con el blanco!—gritaban los otros mostrando los cuchillos.

—¡Arrojadlo al río!

—¡Descuartizad a ese perro!

—¡Cogedlo! ¡Matadlo! ¡Ahogadlo! ¡Quemadlo!

Los parroquianos de la taberna, asustados de aquella algazara y temiendo que los apedreasen, abandonaron apre-

suradamente la tienda, ya saliendo por la puerta y mezclándose a la turba, ya saltando por las ventanas que, por fortuna, no eran muy altas. Sólo quedó el portugués, que reía hasta reventar como si asistiese a una farsa divertidísima.

—¡Bravo! ¡bien! ¡magnífico!—gritaba, aunque amartillando al mismo tiempo las pistolas y sacando el cris del cinto.

Un chino, que en primera fila armaba más ruido que todos sus compañeros, le tiró una piedra, pero el proyectil fué a dar con gran estrépito en un frasco grande de ginebra, cuyo licor se esparció por el suelo.

—¡Eh, granuja!—exclamó el portugués—. Que perjudicas al tabernero.

Recogió la piedra y se la tiró al agresor, rompiéndole un diente.

La algarabía aumentó en el barrio, y otros chinos acudieron, algunos de ellos armados con viejos arcabuces. Tres o cuatro, animados por sus camaradas y por el tabernero, intentaron penetrar en la tienda, pero a la vista de las pistolas con que el portugués apuntaba hacia la puerta de fuera, apresuráronse a mostrar la suela de fieltro de sus sandalias.

—¡Apedreadlo!—dijo una voz.

—¿Y mi taberna?—gimió el dueño del figón.

—¡Apedreadlo, amigos, apedreadlo!...

Una granizada de adoquines entró en la tienda, rompiendo linternas, frascos, botellas, tarros y vasos.

El portugués, al notar que el juego comenzaba a ponerse serio, descargó al aire las dos pistolas.

A los disparos contestaron desde la calle siete arcabuzazos, pero sin más resultado que aumentar la confusión.

De repente se oyeron varias voces:

—¡Alto!... Alto!...



—¡Los guardias del rajá!

El portugués respiró. Aquel tumulto, aquellos bastones levantados, aquellos cuchillos, aquella granizada de piedras, aquellos mosquetazos y aquel aumento incesante de la turba, empezaban a inquietarle.

—Hagamos ruido, ahora que no hay peligro alguno—se dijo.

Lanzóse hacia una mesa y la volcó, rompiendo todos los frascos, copas y botellas que tenía encima.

—¡Sujetadlo! ¡sujetadlo!—decía llorando el tabernero—. Ese blanco me está rompiendo todo.

—¡Alto! ¡Alto a la guardia!—gritaron algunos.

Abrióse la multitud y en la puerta de la taberna aparecieron dos hombres de color oscuro, altos, robustos, con chaqueta y calzones de tela blanca y armados de sables.

—¡Atrás!—gritó el portugués, apuntándoles con una pistola.

—¡Un europeo!—exclamaron los dos guardias, llenos de asombro.

—Decid un inglés—replicó Yañez.

Los dos guardias envainaron los sables.

—No queremos, señor, hacerle ningún daño—dijo uno de ellos—. Estamos al servicio del rajá Brooke, compatriota de usted.

—¿Qué pretendéis entonces?

—Librarle de esta turba.

—¿Y conducirme a la cárcel?

—Eso lo decidirá el rajá.

—¿Me llevaréis a su presencia?

—Sin duda.

—Si es así, bueno. Del rajá Brooke no tengo nada que temer.

Los guardias colocáronse uno a cada lado y desenvaina-

ron otra vez los sables para proteger al prisionero contra la furia de los chinos, que había llegado al colmo.

—¡Paso!—gritaron.

Los hijos del Celeste Imperio, en número grandísimo, desobedecieron la intimación. Querían a todo trance colgar al europeo, ya que los guardias no lo habían hecho, como ellos esperaban.

Los dos policías, sin embargo, no se desanimaron por esto. Repartiendo palos a diestro y siniestro y vigorosos puntapiés, lograron abrirse paso y condujeron al prisionero por una estrecha callejuela, jurando matar a cuantos les siguiesen.

La amenaza produjo excelente resultado.

Los chinos, después de gritar en todos los tonos y de lanzar imprecaciones contra los guardias, contra Yañez y contra el mismo rajá, a quien acusaban de proteger a los ladrones, se dispersaron, dejando solo al tabernero y a sus cuatro pinches maltrechos.

Sarawack no es una ciudad muy grande, ni tiene muchas calles, así es que los dos guardias, en menos de cinco minutos llegaron al pequeño palacio del rajá, construido de madera, como todas las habitaciones de los blancos que coronan las colinas de los alrededores.

En la parte más alta ondeaba una bandera, que al portugués le pareció roja, como la inglesa; a la puerta estaba de centinela un indio armado de fusil y de bayoneta.

—¿Me conduciréis en seguida a presencia del rajá?

—Es demasiado tarde—respondió uno de los guardias—. El rajá duerme.

—¿Y dónde pasaré la noche?

—Le llevaremos a una habitación.

—Con tal que no sea a una cueva...



—A un compatriota del rajá no se le encierra en una cueva.

En efecto, el portugués entró, subió una escalera y se halló en una estancia de regulares dimensiones, con ventanas defendidas por espesas celosías de hojas de nipa, una hamaca de filamentos de coco, algunos muebles de procedencia europea y una lámpara ya encendida.

—¡Por Júpiter!—exclamó, frotándose alegremente las manos—. Voy a dormir como una marmota.

—¿Desea usted algo?—le preguntó uno de los policías.

—Que me dejéis en paz—respondió Yañez.

Un guardia salió, pero el otro sentóse junto a la puerta, metiéndose en la boca una nuez de areca envuelta en una hoja de betel.

El portugués frunció el ceño, pero pronto se tranquilizó.

—Aprovecharé la ocasión para hacerle cantar. Ignoro muchas cosas que este hombre sabe, indudablemente...

Lió un cigarrillo, lo encendió, aspiró algunas bocanadas del humo y se acercó a su carcelero, preguntándole:

—Muchacho, ¿eres indio?

—Bengalés, señor, dijo el guardián.

—¿Hace mucho tiempo que estás aquí?

—Dos años.

—¿Has oído hablar de un pirata que se llama el Tigre de la Malasia?

—Sí...

Yañez reprimió con gran esfuerzo un gesto de alegría.

—¿Es verdad que el Tigre se encuentra en este lugar?—preguntó.

—No lo sé, pero cuentan que los piratas han asaltado un barco a veinte o treinta millas de la costa y que luego han desembarcado.

—¿Dónde?

—No conozco exactamente el sitio, pero lo sabremos.

—¿De qué modo?

—El rajá cuenta con excelentes espías.

—Dime: ¿es cierto que hace algunos meses naufragó un buque inglés junto al cabo Taniong-Datu?

—Sí—replicó el indiano—. Era un buque de guerra procedente de Calcuta.

—¿Quién acudió en su auxilio?

—Nuestro rajá, con su «schooner» el *Realista*.

—¿Se salvaron los tripulantes?

—Todos, incluso un indio condenado a deportación perpetua, no recuerdo en qué isla.

—Un indio condenado a deportación perpetua?—exclamó Yañez, fingiendo la mayor sorpresa—. ¿Quién era?

—Ya se lo he dicho, señor, un indio.

—¿Sabes su nombre?

El bengalés meditó algunos instantes.

—Se llamaba Tremal-Naik.

—¿Y qué delito había cometido?—preguntó Yañez, lleno de ansiedad.

—Me contaron que había asesinado a muchos ingleses.

—¡Qué infame! ¿Y dónde se halla ahora?

—Encerrado en el fortín.

—¿En cuál?

—En aquel que se levanta sobre la colina. No hay más que uno en Sarawack.

—¿Tiene guarnición el fortín?

—Sí, lo defienden los marineros del buque naufrago.

—¿Son muchos?

—Unos sesenta a lo sumo...

Yañez hizo un mohín.

—¡Sesenta hombres!—murmuró—. Y además dispondrán de cañones...



Encendió un segundo cigarrillo y empezó a pasear por la estancia, meditando. Después de dar algunas vueltas, se tumbó en la hamaca, suplicó al centinela que acortase la llama y cerró los ojos.

Aunque prisionero y con muchos pensamientos en la cabeza, el portugués se durmió como si se hallase a bordo de la «Perla de Labuán» o en la cabaña del Tigre de la Malasia.

Cuando se despertó, un rayo de sol se filtraba a través de las hojas de nipa que servían de persiana.

Miró hacia la puerta, pero el centinela no estaba ya en su puesto. Al verlo dormido y oyéndolo tal vez roncar, se había marchado, seguro de que un prisionero de aquella especie no saltaría por las ventanas.

—Perfectamente—se dijo el porugués—. Aprovechemos la ocasión...

Dejó la hamaca, arreglóse un poco el traje, levantó las celosías y se acercó a una de las ventanas, respirando a plenos pulmones el aire puro de la mañana.

Sarawack presentaba un golpe de vista magnífico con sus palacetes de madera cubiertos de verdura; su caudaloso río sombreado por gigantescos árboles y surcado por pequeños *prahos*, esbeltas piraguas y ligeros y largos botecillos; sus extrañas casitas de techo arqueado, pintadas con colores deslumbrantes, del barrio chino; sus cabañas de hojas de nipa, asentadas sobre palos de considerable altura; su arrabal *dayaka* y sus calles y callejuelas llenas de chinos, de indios y de macasareses.

El portugués, con rápida ojeada, recorrió la ciudad y fijó la vista en la colina. Como queda dicho, elevábanse en este lugar elegantes palacios de madera habitados por europeos. Más allá levantábase una graciosa capillita, y no muy lejos

de ella, un fuerte sólidamente construído y con muchas troneras.

El portugués lo contempló con profunda atención.

—Allí está Tremal-Naik — murmuró —. ¿Cómo liberarlo?...

En aquel mismo momento una voz a su espalda pronunció estas palabras:

—Señor, el rajá le espera.

Volvióse Yañez y se encontró frente al bengalés.

—¡Ah! ¿Eres tú, amigo?—dijo sonriendo—. ¿Cómo está el rajá Brooke?

—Espera, señor...

—Vamos a darle un apretón de manos.

Salieron de la estancia, subieron otra escalera y entraron en una salita cuyas paredes desaparecían bajo una infinidad de armas de todas formas y tamaños.

—Entre usted en ese gabinete—dijo el bengalés.

Yañez sintió un estremecimiento.

—¿Qué le contaré?—pensó—. ¡Animo, portugués mío! ¡Tienes que entendértelas con un viejo zorro!...

Empujó la puerta y entró resueltamente en el gabinete, en medio del cual, ante una mesa llena de cartas geográficas, se hallaba sentado el rajá de Sarawack.





## CAPITULO III

### El rajá James Brooke

James Brooke, a quien la Malasia entera y la marina de ambos mundos debían mucho, merece algunas líneas de historia.

Descendía este hombre audaz que a precio de luchas terribles, de luchas gigantescas consiguió el sobrenombre de exterminador de los piratas, de la familia del barón de Vynes, que, bajo el reinado de Carlos II, fué Lord mayor de Londres. Muy joven aún, alistóse en el ejército de la India con el grado de alférez, pero herido gravemente en una refriega contra los naturales de Borneo, tuvo poco después que presentar la dimisión de su empleo y se retiró a Calcuta. La vida tranquila no era para el joven Brooke, hombre frío y positivo, pero dotado de energía extraordinaria y entusiasta de las más arriesgadas empresas.

Una vez curado de la herida, regresó a la Malasia, recorriéndola en todas direcciones. A estos viajes debía su celebridad, que más tarde llegó a ser mundial.

Profundamente impresionado por las continuas correrías y por los horribles estragos que causaban los piratas malayos, e indignado por la trata de los hombres de color, propúsose, no obstante los graves peligros que tal empresa suponía, hacer segura la navegación y libertar a la Malasia.

James Brooke era hombre tenacísimo en sus proyectos. Vencidos los obstáculos que le opuso su Gobierno a la ejecución del atrevido plan, armó un pequeño «schooner», el *Realista*, y en 1838 zarpaba con rumbo a Sarawack, pueblecillo de Borneo, que entonces no contaba más que con 1.500 habitantes. Desembarcó en momentos muy críticos.

La población de Sarawack, instigada quizá por los piratas malayos, habíase rebelado contra su sultán Muda-Hassin, y la guerra ardía por todas partes. Brooke ofreció su brazo al sultán, púsose a la cabeza de las tropas y, después de numerosos combates, en menos de veinte meses dominó la insurrección.

Terminada la campaña, hízose a la mar contra los piratas y los mercaderes de carne humana. Aguerrida la tripulación después de dos años de lucha, dió principio a los combates frente a frente, a la destrucción, al exterminio, al incendio. No es posible calcular el número de piratas muertos por él, ni el de buques y de *prahos* echados a pique, ni el de guaridas arrasadas. Fué cruel, despiadado, tal vez en demasía.

Vencida la piratería, volvió a Sarawack. El sultán Muda-Hassin, reconociendo los grandes servicios prestados, le nombró rajá del pueblecillo y del distrito.

En 1857, en el año en que ocurren los acontecimientos que estamos refiriendo, James Brooke había llegado a la cumbre de su grandeza, hasta el punto de que con una señal, con un solo gesto, hacía temblar hasta al sultán de Varauni,



es decir, al sultán que poseía el reino más extenso en la gran isla de Borneo.

... ..  
... ..  
Al ruido que hizo Yañez cuando entró, el rajá levantóse inmediatamente. A pesar de los cincuenta años que tenía cumplidos y a pesar de las emociones de su vida agitadísima, era aún hombre fuerte y robusto, cuya indomable energía revelábase en su mirada viva y brillante. Algunas arrugas que surcaban su frente y numerosas canas, anunciaban que una vejez prematura se aproximaba.

—¡Alteza!—exclamó Yañez, inclinándose.

—Sea usted bien venido, compatriota—contestó el rajá, devolviéndole el saludo.

La acogida era benévola. Yañez, que al entrar en el gabinete sintió que el corazón le latía con violencia, se tranquilizó.

—¿Qué le ocurrió a usted ayer tarde?—preguntó el rajá, después de señalarle con el dedo una silla—. Mis guardias me han contado que disparó usted dos pistoletazos. Es preciso tener cuidado de no irritar a los celestiales, querido, que son aquí numerosos y que no aman mucho a los hombres blancos.

—Había hecho un viaje larguísimo, Alteza, y estaba muerto de hambre. Encontrándome ante una taberna china entré a comer y beber, aun cuando no llevaba un chelín en el bolsillo.

—¡Oh!—interrumpió el rajá—. ¿Un compatriota mío sin un chelín? Oigamos de dónde venía usted y qué motivos le trajeron hasta aquí. Conozco a todos los blancos que habitan en mi Estado, pero no le he visto a usted nunca.

—Es la vez primera que pongo los pies en Sarawack—dijo Yañez.

—¿Y de dónde viene usted?

—De Liverpool.

—Pero ¿en qué barco?

—En mi yate, Alteza.

—¡Ah! ¿Posee usted un yate? ¿Quién es usted?

—Lord Giles Welker de Glosebum—dijo Yañez, sin vacilar.

El rajá le tendió la mano, que el portugués se apresuró a estrechar afectuosamente.

—Celebro infinito recibir en mi Estado a un lord de la nobleza de Escocia—replicó el rajá.

—Gracias, Alteza—dijo Yañez, inclinándose.

—¿Dónde ha dejado usted el yate?

—En la desembocadura del Palo.

—¿Y cómo ha llegado usted hasta aquí?

—Recorriendo cerca de doscientas leguas por tierra, a través de bosques y de pantanos, alimentándome de frutas y de serpientes como un verdadero salvaje.

El rajá le miró sorprendido.

—¿Ha perdido usted el juicio?—le preguntó.

—No, Alteza.

—¿Acaso una apuesta?

—Tampoco.

—¿Entonces?...

—Una desgracia.

—¿Naufragó el yate?

—No, fué echado a pique a cañonazos, después que me robaron todo lo que contenía.

—Pero ¿por quién?

—Por los piratas, Alteza.

El rajá levantóse de un salto, centelleante los ojos y el rostro animado de terrible cólera.



—¿Los piratas?—exclamó—. ¿No han sido exterminados aún esos malditos?

—Parece que no, Alteza.

—¿Ha visto usted al jefe de los piratas?

—Sí—dijo Yañez.

—¿Cómo es?

—Un hombre arrogante, con cabellos negrísimos, ojos vivos y tez bronceada.

—¡Es él!—exclamó el rajá, con emoción.

—¿Quién?

—El Tigre de la Malasia.

—¿El Tigre de la Malasia? Ya he oído otra vez este nombre—replicó Yañez.

—Es un hombre poderoso, milord, un hombre que posee el valor del león y la ferocidad del chacal, que guía una banda de piratas que a nadie teme. Este hombre echaba, hace tres días, el ancla en la desembocadura de mi río.

—¡Qué audacia!—interrumpió el portugués, conteniendo difícilmente un estremecimiento—. ¿Y lo atacó Vuestra Alteza?

—Sí, lo atacé y lo derroté. Pero la victoria me costó cara.

—¡Oh!

—Al verse sitiado, tras una lucha obstinadísima en la que perdieron la vida setenta soldados míos, prendió fuego al pañol de la pólvora y voló su buque, al par que uno de los nuestros.

—¿De modo que murió?

—Lo dudo, milord. He hecho buscar su cadáver, pero no ha sido posible encontrarlo.

—¿Vivirá aún?

—Sospecho que esté refugiado en los bosques con buen número de compañeros.

—¿Se propondrá dar un asalto a la ciudad?

—Es hombre capaz de intentar el golpe, pero no me sorprenderá indefenso. He dispuesto que vayan tropas dayakas que me son adictas, y algunos indios de mi guardia, a visitar la selva.

—Hace bien Vuestra Alteza.

—Lo mismo creo, milord—dijo el rajá, riendo—. Pero, continúe usted su relato. ¿Cómo le atacó el Tigre de la Malasia?

—Dos días antes dejé a Varauni, poniendo la proa hacia el cabo Sirik. Tenía intención de visitar las principales ciudades de Borneo, antes de volver a Batavia y luego a la India.

—¿Hacía usted el viaje de recreo?

—Sí, Alteza. Llevaba en el mar once meses.

—Prosiga usted, milord.

—Al obscurecer del tercer día, el yate anclaba junto a la desembocadura del río Palo. Hice que me condujeran a tierra y me interné en la selva, con la esperanza de matar un tigre o una docena de tucanes. Ya llevaba dos horas de camino, cuando oí un cañonazo, después otro, en seguida un tercero, y al fin un estrépito continuo, espantoso.

Asustado, volví corriendo hacia la costa. Era demasiado tarde. Los piratas habían abordado mi yate, después de asesinar o hacer prisioneros a los tripulantes, y estaban saqueándolo.

Permanecí oculto, hasta que mi barco se fué a pique y los piratas se alejaron; luego, me precipité hacia la playa. No vi más que cadáveres, que la resaca estrellaba contra los escollos, maderos flotantes y la extremidad del palo mayor que sobresalía medio pie del agua.

Toda la noche, desesperado, la pasé dando vueltas y vueltas junto a la desembocadura del río, llamando inútilmente



a mis desgraciados marineros. Cuando amaneció me puse en marcha, siguiendo la costa, atravesando selvas, pantanos y ríos, y alimentándome con frutas y con los volátiles que me proporcionaba con mi carabina.

En Sendang vendí mi arma y mi reloj, la única riqueza que poseía, y descansé cuarenta y ocho horas. Compré vestidos nuevos a un colono holandés, un par de pistolas y un cris, volví a ponerme en camino y llegué aquí, hambriento, cansado y por añadidura sin un chelín.

—¿Y ahora qué proyecta usted hacer?

—En Madras tengo un hermano y en Escocia conservo aún posesiones y castillos. Escribiré pidiendo algunos miles de libras esterlinas y en el primer barco que toque aquí saldré para Inglaterra.

—Lord Welker—dijo el rajá—, pongo mi casa y mi bolsillo a disposición de usted, y haré cuanto esté en mi mano para evitar que se aburra durante el tiempo que permanezca en mi Estado.

—Un relámpago de alegría brilló en el semblante de Yañez.

—Alteza...—balbuceó, fingiendo turbación.

—Lo que hago por usted, milord, lo haría por cualquier compatriota mío.

—¿Cómo podré demostrar mi agradecimiento?

—Ya me pagará usted si algún día voy a Escocia.

—Lo juro. Mis castillos estarán siempre abiertos a Vuestra Alteza y a sus amigos...

—Gracias, milord—interrumpió el rajá, riendo.

Tocó un campanilla. Un indio se presentó al punto.

—Este señor es amigo mío—dijo el rajá, señalando al portugués—. Pongo a su disposición mi casa, mi fortuna, mis caballos y mis armas.

—Está bien, rajá—respondió el indio.

—¿Dónde quiere usted ir ahora, milord?—preguntó el príncipe.

—Pasearé un rato por la ciudad y, si me lo permite Vuestra Alteza, daré una vuelta por los bosques. Soy muy aficionado a la caza.

—¿Quiere usted comer conmigo?

—Haré lo posible por llegar a tiempo, Alteza.

—Pandif, acompáñalo a su habitación.

Alargó la mano a Yañez, que se la estrechó vigorosamente, diciéndole:

—Gracias por todo cuanto en obsequio mío hace Vuestra Alteza.

—Hasta la vista, milord.

El portugués salió del gabinete, precedido por el indio, y entró en la estancia que le estaba destinada.

—Puedes retirarte—dijo al criado—. Ya te llamaré si necesito de tus servicios.

Cuando se quedó solo, Yañez recorrió con una mirada la estancia.

Era ésta una pieza amplia, alumbrada por dos ventanas que se habrían frente a la colina, tapizada con bellísima *tung-hoa* y amueblada con lujo. Había en ella un buen lecho, un velador, varias sillas de ligerísimo bambú, vasos chinos, una magnífica lámpara dorada, procedente sin duda de Europa, y armas indias y malayas.

—Perfectamente—murmuró el portugués frotándose las manos—. Mi amigo Brooke me trata como si fuera un verdadero lord. Ya te haré ver, querido, quién es lord Welker. ¡Pero prudencia, Yañez, prudencia! Tienes que entendértelas con un zorro viejo...

En aquel instante un silbido agudo resonó en la parte exterior. El portugués se estremeció.

—¡Kammamuri!—dijo—. ¡Qué imprudencia!





## CAPITULO IV

### Bajo los bosques

Cerró la puerta con pestillo y asomóse con precaución a la ventana. A cuarenta pasos del palacio, bajo la fresca sombra de una colosal palmera de largas y aterciopeladas hojas, hallábase el maharato, apoyado en un largo bambú armado en el extremo de aguda punta de hierro, probablemente envenenada. No sin sorpresa, el portugués vió junto a él un caballo cargado con dos grandes cestos de hojas de nipa, llenos hasta los bordes de frutas de toda especie y de panes de sagú.

—El maharato es más prudente de lo que yo creía—murmuró Yañez—. Parece un proveedor de los mineros...

Lió un cigarrillo y lo encendió. El resplandor de la cerilla atrajo al punto las miradas de Kammamuri.

—El muchacho me ha visto—se dijo el portugués—, pero no se mueve. Comprende que hay que mostrar prudencia...

Le hizo una seña con la mano, y luego se retiró de la

ventana y abrió un cajoncito del velador. En él encontró pliegos de papel, plumas y una bolsa bien repleta que despidió, al tocarla, un sonido metálico.

—Mi amigo Brooke ha pensado en todo—exclamó Yañez, riendo—. Aquí hay flamantes esterlinas...

Cogió un pliego, lo partió por la mitad y escribió con menudísimos caracteres:

«Sé cauto y mira bien a tu alrededor. Espérame en la taberna del chino.»

Enrolló el trozo de papel y de la pared descolgó un bastón cilíndrico, de dura madera, hueco, y rematado en uno de los extremos por un hierro de lanza. Era un *sumpitan*, especie de cerbatana, que medía de largo cerca de metro y medio y con la cual los dayakas lanzan a sesenta pasos y con precisión extraordinaria, flechas impregnadas en el venenosísimo jugo de upus.

—Aún tendré habilidad—pensó, examinando el arma.

Sacó una flecha de veinte centímetros de larga, envolvió en ella el pliego escrito y la hizo entrar en la cerbatana. Un fuerte soplo bastó para que llegase hasta el maharato, el cual se apresuró a recogerla y a leer el billete.

—Y ahora salgamos—dijo Yañez, cuando observó que Kammamuri se alejaba.

Echóse al hombro un fusil de dos cañones y se dirigió hacia la puerta. El centinela le saludó respetuosamente.

Recorriendo calles y callejuelas, bordeando chozas asentadas sobre palos, bajo las cuales dormitaban perros y cerdos y saltaban monos, desprendiendo olor insoportable, llegó, en menos de un cuarto de hora, a la taberna, en cuya puerta estaba atado el caballo del maharato.

—Preparamos las esterlinas—dijo el portugués—. Me temo una escena borrascosa.

Miró a la taberna. En un ángulo, sentado ante un plato



de arroz, hallábase Kammamuri; tras el mostrador, con gafas de cuarzo ahumado, veíase al tabernero, entretenido en garabatear en un libro muy grande con un pincel de respetable altura. El celestial ocupábase sin duda en ajustar las cuentas.

—¡Hola!—exclamó el portugués, entrando.

El tabernero, al oír la voz, levantó la cabeza. Verlo, ponerse en pie de un brinco y lanzarse contra él, empuñando fieramente su monstruosa pluma mojada en tinta china, todo fué uno.

—¡Bribón!—gritó.

El portugués se apresuró a detenerlo.

—Vengo a pagarte—le dijo, arrojando sobre la mesa un puñado de libras esterlinas.

—¡Justo Budha!—exclamó el chino, precipitándose sobre las monedas—. ¡Ocho libras! Pido al señor mil perdones...

—Bien, tráeme un botella de vino de España.

El tabernero sirvió en cuatro saltos la botella, que puso ante Yañez; luego se acercó a un *gong* colgado en la puerta y empezó a golpearle furiosamente.

—¿Qué haces?—le preguntó el portugués.

—Salvar al señor—contestó el chino—. Si no advirtiese a mis amigos que el señor me ha pagado, no sé lo que le ocurriría dentro de algunos días.

Yañez echó sobre la mesa otras diez libras esterlinas.

—Avisa a tus amigos que lord Welker los convida a beber—dijo.

—¡El señor es algún príncipe!—gritó el chino.

—Déjame solo...

—El hijo del Celeste Imperio recogió las esterlinas y corrió en busca de sus compatriotas, que, llenos de sobresalto por aquellos golpes precipitados, acudían de todas partes, armados de bambúes y de cuchillos.

Yañez sentóse frente a Kammamuri y descorchó la botella.

—¿Qué noticias tienes que comunicarme, querido maharato?—preguntó.

—Malas, señor Yañez—contestó el indio.

—¿Corre algún peligro Sandokan?

—Por ahora no, pero puede ser descubierto de un momento a otro. Guardias y dayakas recorren las selvas. Ayer me detuvieron y me interrogaron; esta mañana me ha ocurrido otro tanto.

—¿Y qué dijiste?

—Me di a conocer como un proveedor de los mineros de Poma. Para engañar mejor a estos espías, me he proporcionado, como habrá usted visto, un caballo y unos cestos.

—Eres astuto, Kammamuri. ¿Dónde se encuentra Sandokan?

—A seis millas de aquí, acampado junto a una aldea en ruinas. Está fortificándose, temiendo un ataque.

—¿Iremos a buscarlo?

—¿Cuándo?

—Tán pronto como vaciemos esta botella.

—¿Hay alguna novedad?

—He sabido dónde se halla prisionero tu amo.

El maharato dió un brinco, loco de alegría.

—¿Dónde? ¿Dónde?—preguntó con voz sofocada.

—En el fortín de la ciudad, custodiado por setenta marineros ingleses.

El maharato se dejó caer en el escaño, presa del más profundo desaliento.

—Lo salvaremos igualmente, Kammamuri—dijo Yañez.

—¿Pronto?



—Cuando podamos. Voy en busca de Sandokan para ponerme de acuerdo con él acerca del proyecto.

—Gracias, señor Yañez.

—Déjate de agradecimientos y bebe...

El indio apuró el vaso.

—¿Quiere usted que partamos?

—Ahora mismo—replicó Yañez, arrojando algunos chelines sobre la mesa.

—Advierto a usted que el camino es largo y penoso y que habrá necesidad de alargarlo más aún, para burlar a los espías.

—Yo no tengo prisa. He dicho al rajá que voy de caza.

—¿Se ha hecho usted amigo del rajá?

—Ciertamente.

—¿De qué modo?

—Ya te lo contaré mientras andamos.

Salieron de la taberna. El portugués marchó delante y detrás Kammamuri, llevando el caballo de la brida.

—¡Viva lord Welker!—gritó una voz.

—¡Viva el lord! ¡Viva el blanco generoso!—añadieron otras muchas voces.

Volvióse Yañez y vió al tabernero rodeado de una turba de chinos, con vasos en la mano.

—¡Adiós, muchachos!—contestó.

—¡Viva el generoso lord!—exclamaron a coro los celestiales, levantando y chocando los vasos.

Abandonaron el chinesco barrio, atravesando por medio de montones de piezas de seda, de cajas de té de varias clases, de abanicos, de sombrillas, de sillas de bambú, de linternas microscópicas y gigantescas, de armas, de amuletos, de vestidos, de sandalias y de toda clase de géneros procedentes de los puertos del Celeste Imperio, y entraron en el barrio malayo, que no era muy distinto del dayaka,

aunque acaso más sucio y peor oliente; al fin llegaron a los bosques.

—Camine usted con precaución—dijo Kammamuri al portugués—. Esta mañana he visto algunas serpientes, pitones y también huellas de tigre.

—Conozco las selvas de Borneo—respondió Yañez—. No temas por mí.

—¿Ha estado usted aquí otras veces?

—No, pero he recorrido con frecuencia los bosques del reino de Varauni.

—¿Peleando?

—En muchas ocasiones.

—¿Era enemigo de usted el sultán de Varauni?

—Enemigo encarnizado. Odiaba ferozmente a los piratas de Mompracem, porque en todos los encuentros le vencieron su flota.

—Dígame, señor Yañez, ¿fué siempre pirata el Tigre de la Malasia?

—No, hijo mío. En otro tiempo era un poderoso rajá del Borneo septentrional, pero un inglés ambicioso hizo que las tropas y la población se rebelasen contra él y lo destronó después de asesinar a sus padres y a sus hermanos.

—¿Y vive aún ese inglés?

—Sí.

—¿Y no lo ha castigado?

—Es muy fuerte. Sin embargo, el Tigre de la Malasia no ha muerto todavía.

—¿Cómo, señor Yañez, está usted asociado a Sandokan?

—No estoy asociado a él, Kammamuri; fuí hecho prisionero cuando navegaba con rumbo a Labuán.

—¿No mata Sandokan a los prisioneros?

—No, muchacho; el Tigre se mostró siempre feroz con



sus enemigos encarnizados, pero generosísimo con los demás y especialmente con las mujeres.

—¿Y a usted le trató siempre bien, señor Yañez?

—Me amó lo mismo que a un hermano o quizá más.

—Cuando Tremal-Naik esté en libertad, ¿volverá usted a Mompracem?

—Es probable, Kammamuri. El Tigre de la Malasia sufre crisis tremendas cuando intenta sofocar su dolor.

—¿Qué dolor?

—El de haber perdido a Mariana Guillonk.

—¿La quería mucho?

—Entrañablemente hasta la locura.

—Resulta extraño que hombre tan feroz y tan terrible se enamore de una mujer.

—Y para colmo, una mujer inglesa—añadió Yañez.

—¿No ha sabido usted nada del tío de Mariana?

—Nada, hasta ahora.

—¿Estará aquí?

—Pudiera ser.

—¿Tiene usted miedo de él?

—Tal vez...

—¡Alto!—gritó en aquel instante una voz.

Yañez y Kammamuri se detuvieron.



## CAPITULO V

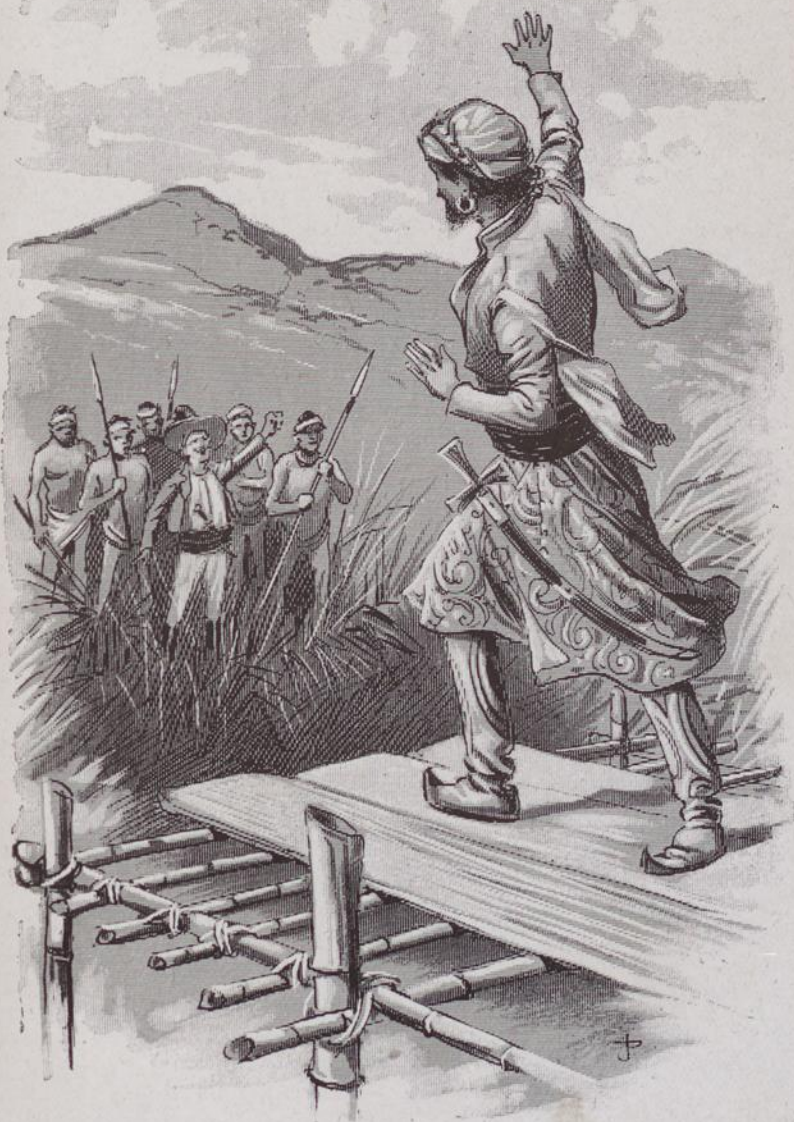
### Narcóticos y venenos

Dos hombres se habían levantado repentinamente tras un *cutting*, arbusto trepador, cuyo jugo es tan venenoso, que en pocos instantes mata a un buey. Era uno de ellos un indio, alto, delgado, nervioso, vestido de blanco y armado de larga carabina con incrustaciones de plata; el otro, un dayaka de bellas formas, miembros extraordinariamente cargados con anillos de hoja de lata y perlas de Venecia, y dientes ennegrecidos por el cálido jugo del *siuka*. Un *ciawat*, pedazo de tela de algodón, cubría únicamente sus costados y en la cabeza lucía un pañuelo rojo, pero en cambio llevaba en la cintura un verdadero arsenal: la terrible cerbatana con flechas impregnadas en el *upus*; el formidable *parang*, pesado sable de ancha hoja, empleado para decapitar a los enemigos, y el lazo que saben emplear mejor tal vez que los *thugs* indios; no faltaba, tampoco, el cris de punta envenenada.

--¡Alto!--repitió el indio, adelantándose unos pasos.



LOS PIRATAS DE LA MALASIA



...vió a Sandokan de pie en la pequeña plataforma de la cabaña aérea.





El portugués hizo a Kammamuri una ligera seña y avanzó con el dedo puesto en el gatillo del fusil.

—¿Qué quieres y quién eres?—preguntó al indio.

Soy guardia del rajá de Sarawack—respondió el interpe-lado—. ¿Y tú?

—Lord Giles Welker, amigo de James Brooke, tu rajá.

El indio y el dayaka presentaron armas.

—Milord, ¿está este hombre a su servicio?—exclamó el indio, señalando a Kammamuri.

—No—contestó Yañez—. Lo he encontrado en la selva y como tenía miedo de los tigres me ha suplicado que lo deje seguirme.

—¿Adónde vas?—preguntó el indio al maharato.

—Ya te dije esta mañana que soy proveedor de los mine-ros de Poma—dijo Kammamuri—. ¿Por qué vuelves a pre-guntármelo?

—Porque el rajá lo ordena.

—Dile a tu rajá que soy uno de sus súbditos más fieles.

—Pasa...

El maharato alcanzó a Yañez, que seguía su camino, en tanto que los espías volvían a ocultarse bajo el letal ar-busto.

—¿Qué piensa usted, señor Yañez, de esos hombres?—preguntó el maharato, después de asegurarse que no podían oírlo ni verlo.

—Pienso que el rajá es astuto como una zorra.

—¿Nos apartamos de la senda?

—Apartémonos, Kammamuri. Esos dos espías podrían concebir cualquier sospecha y seguirnos buen trecho.

—Borremos nuestras huellas...

Kammamuri abandonó el estrecho sendero que hasta entonces había recorrido y se apartó a la izquierda, seguido del portugués y del caballo. Muy pronto la marcha se hizo

dificilísima. Millares y millares de árboles, derechos los unos, doblados y retorcidos los otros, y multitud de plantas trepadoras enlazábanse hasta el punto de impedir el paso, si no de los hombres al menos del caballo.

Por doquiera elevábanse colosales árboles del alcanfor, que diez hombres no habrían logrado abrazar; palmas sacaríferas que, cuando se les practica una incisión, dan un licor azucarado y embriagador si se deja fermentar; otras palmas enormes que se doblegan bajo el peso de sus dátiles, que forman grandes racimos; bellísimos mangos, tan altos como cerezos, cuya fruta, del tamaño de una naranja, es la más gustosa y la más delicada que se conoce, y arecas de anchísimas hojas, «uncaria, cambir, isonandra, guta y giutawan», plantas estas tres últimas que producen el caucho. Y como si todo esto no bastara a hacer el camino impracticable, desmesurados rotas, que en Borneo ocupan el lugar de lianas y de «nepentes», corrían de un tronco a otro formando verdaderas redes, que el maharato y el portugués se veían obligados a cortar a golpes de cris.

Anduvieron media milla, describiendo grandes curvas para pasar, saltando sobre árboles caídos, arrancando matorrales, tronchando raíces y filamentos vegetales a diestra y siniestra; al fin llegaron al borde de un canal de agua negra y corrompida. Kammamuri cogió una rama y midió la profundidad.

—Dos pies—dijo—. Suba usted a caballo, señor Yañez.

—¿Para qué?

—Nos meteremos en el canal y marcharemos así un rato. Si los dos espías nos siguen, no encontrarán nuestras huellas.

—Eres prevenido Kammamuri.

El portugués montó a caballo y el maharato a la grupa. El animal, después de vacilar un poco, entró en aquellas aguas



pútridas que despedían un hedor insoportable, y avanzó, con mucha dificultad, por el cauce.

Cuando recorrió algunos ochocientos pasos, volvió a la orilla. Yañez y su compañero apeáronse y se tendieron en el suelo con la oreja apoyada en tierra.

—No oigo nada—exclamó Kammamuri.

Tampoco yo—añadió el portugués—. ¿Dista mucho el campamento?

—Milla y media por lo menos. Debemos apretar el paso, señor Yañez.

Una veredita, abierta entre los matorrales y los rotas por el paso de los animales, desaparecía en la espesura de la selva. Los dos piratas la siguieron. Media hora después, otros dos hombres levantáronse tras unos brezos e intimaron a los viajeros a detenerse. Kammamuri lanzó un silbido.

—Adelante—contestaron los centinelas.

Eran dos piratas de Mompracem, armados hasta los dientes. Al ver a Yañez, dejaron escapar un grito de alegría.

—¡Capitán!—exclamaron, corriendo a su encuentro.

—Buenos días, muchachos—dijo el portugués.

—Le creíamos muerto, capitán.

—Los tigres de Mompracem, hijos míos, tienen la piel dura; ¿dónde está Sandokan?

—A trescientos pasos de aquí.

—Tened mucho cuidado, amigos. En el bosque hay espías del rajá.

—Lo sabemos; ayer matamos uno.

—Bravo, muchachos...

El portugués y el maharato redoblaron el paso y muy pronto llegaron al campamento levantado junto a un *kanhong* en ruinas. De la aldea, que en otro tiempo tuvo numerosos habitantes, no quedaba intacta más que una choza de hojas de nipa, asentada sobre palos que medían cerca de treinta

pies de altura, para ponerla a cubierto de los asaltos de los tigres y también de los asaltos de los hombres.

Los piratas estaban reconstruyendo las demás cabañas y plantando una empalizada muy sólida para defenderse en el caso de un repentino ataque de las tropas del rajá.

—¿Dónde está Sandokan?—preguntó Yañez, entrando en el campamento en medio de las aclamaciones de alegría de toda la banda.

—Allí en la cabaña aérea—respondieron los piratas—. ¿Hay en el bosque soldados del rajá?

—Lo que he dicho a los centinelas os lo repetiré a vosotros, muchachos. Estad en guardia que rondan los espías. He visto a más de uno.

—¡Que asomen por aquí!—gritó un malayo, empuñando un pesado «parang ilang». Los tigres de Mompracem no temen a los sabuesos del rajá.

—Capitán Yañez—dijo otro—, si encontráramos a algunos de esos espías, les enteraríamos de que hemos acampado aquí. Hace cinco días que no combatimos y las armas comienzan a enmohecerse.

—Dentro de poco tendréis trabajo, hijos míos—replicó Yañez—. Yo me encargo de enviaros gente.

—¡Viva el capitán Yañez!—gritaron los tigres.

—¡Eh, hermano mío!—exclamó una voz desde lo alto.

El portugués alzó los ojos y vió a Sandokan de pie en la pequeña plataforma de la cabaña aérea.

—¿Qué haces ahí?—le preguntó Yañez, riendo.—Pareces un gorrión en la rama de un árbol.

—Sube. Tengo que comunicarte algo importante.

—Ya voy...

El portugués se dirigió hacia un elevado mástil que presentaba algunas cortaduras y con sorprendente agilidad llegó a la plataforma o mejor dicho a la terraza de la cabaña, mas



allí se encontró en grave apuro. El piso era de bambúes, pero distantes unos de otros más de un palmo, de modo que los pies del pobre Yañez no lograban encontrar punto de apoyo.

—¡Pero esto es una ratonera!—exclamó.

—Construcción dayaka, hermano mío—respondió Sandokan, riendo.

—¿Cómo tienen los pies estos salvajes?

—Tal vez más pequeños que los nuestros. ¡Un poco de equilibrio, diantre!...

El portugués, vacilando y saltando de traviesa en traviesa, llegó hasta la choza.

Era ésta bastante amplia y se hallaba dividida en tres departamentos de cinco pies de altura y otros tantos de largo; formaban el pavimento bambúes separados unos de otros varios centímetros, pero cubiertos con esteras.

—¿Qué se trae por aquí?—preguntó Sandokan.

—Muchas novedades, hermano—respondió Yañez, sentándose—. Pero ante todo, dime, ¿dónde está la pobre Ada, que no la he visto en el campamento?

—Este lugar nó es muy seguro, Yañez. La guardia del rajá podría atacarnos de un momento a otro.

—Comprendo hermano mío; la tienes oculta en algún lugar.

—Sí, Yañez. He ordenado que la conduzcan a la costa.

—¿Quién está con ella?

—Dos hombres de toda mi confianza.

—¿Sigue loca?

—Sí, Yañez.

—¡Pobre Ada!

—Curará, yo te lo aseguro.

—¿Cuándo?

—Cuando se encuentre ante Tremal-Naik, experimentará una sacudida tan violenta, que recobrará la razón.

—¿Lo crees?

—Estoy seguro.

—¡Ojalá se conviertan en realidad tus esperanzas!

—Dime, Yañez, ¿qué has hecho en Sarawack durante estos días?

—Muchas cosas. He trabado amistad con el rajá.

—¿De qué modo? Explícate, hermano.

El portugués, en pocas palabras, le informó de cuanto había ocurrido. Sandokan le escuchó atentamente sin interrumpirle, ora sonriendo, ora pensativo.

—De modo que eres amigo del rajá—dijo, cuando Yañez terminó el relato.

—Amigo íntimo, hermano.

—¿Habrás concebido alguna sospecha?

—No lo creo, pero ya te he participado que sabe que estás aquí.

—Hay que apresurarse a poner en libertad a Tremal-Naik. ¡Ah, si pudiera al mismo tiempo aplastar para siempre a este maldito Brooke!

—Deja en paz al rajá, Sandokan.

—Yañez se mostró muy mal con nuestros hermanos. Daría mi sangre con tal de vengar a los millares de malayos asesinados por ese hombre feroz e implacable (1).

—Ten cuidado, no disponemos más que de setenta hombres...

Siniestro relámpago brilló en los ojos del Tigre de la Malasia.

—Tú sabes, Yañez, de todo lo que soy capaz—exclamó con cierta inflexión en la voz, que causaba estremecimientos—. Tú conoces mi pasado.

—Lo sé, Sandokan. Sé que has desafiado la ira de los

---

(1) James Brooke, en efecto, fué implacable con los piratas malayos. Sus mismos compatriotas le censuraron por su crueldad.



reinos y de los imperios europeos. Pero la prudencia nunca estorba.

—Bien, seré prudente; me contentaré con libertar a Tremal-Naik.

—Asunto más difícil de lo que parece, Sandokan.

—¿Por qué?

—En el fortín hay setenta hombres blancos y algunos cañones. Ya te lo he dicho.

—¿Y qué significan setenta hombres?

—Espera un poco, hermano. Me olvidaba hacerte presente que el fortín se halla muy cerca de la ciudad. Al primer cañonazo tendrás delante a los blancos y detrás a las tropas del rajá...

Sandokan mordióse los labios e hizo un gesto de despecho.

—Sin embargo, hay que salvarlo—dijo.

—¿Qué medio empleamos?

—Nos valdremos de la astucia.

—¿Concibes algún plan?

—Creo que he dado con la solución.

—Habla, pues.

—Soy natural de Borneo y, como mis compatriotas, he gustado siempre de los venenos. Con una sola gota se mata a un hombre por fuerte que sea; con otra gota se le adormece. Yo conseguiré que le den por muerto o le haré enloquecer. El veneno, como ves, es un arma poderosa, terrible.

—Sé que durante nuestra residencia en Java te ocupaste mucho de tóxicos. Y recuerdo que en cierta ocasión un narcótico muy activo te salvó de la horca.

—Pues ahora mis estudios y mis investigaciones comienzan a producir su fruto. Escúchame, Yañez.

Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una

cajita de piel, herméticamente cerrada. La abrió y mostró al portugués diez o doce frasquitos microscópicos llenos de líquidos blancos, verdosos y negros.

—¡Por Júpiter!—exclamó Yañez—. Disponemos de un surtido formidable.

—No es todo esto—replicó Sandokan, abriendo una segunda cajita que contenía píldoras pequeñísimas que exhalaban un olor penetrante—. Aquí tienes más venenos.

—¿Y qué pretendes hacer con esos líquidos y esas píldoras?

—Oyeme con atención, Yañez. Me has asegurado que Tremal-Naik está encerrado en la fortaleza.

—Es cierto.

—¿Podrás entrar en ella pidiendo permiso al rajá?

—Creo que sí. A un amigo no se le niega un favor tan insignificante.

—Bien, irás y manifestarás deseos de ver al prisionero.

—Y cuando lo haya visto, ¿qué hago?

Sandokan sacó de la segunda cajita tres píldoras negras y se las puso en la mano.

—Estos gránulos contienen un veneno que no mata; pero que paraliza la vida durante treinta y seis horas.

—Ahora comprendo tu proyecto. Ordenaré a Tremal-Naik que trague una.

—O la disuelves en el jarro del agua.

—El prisionero no dará señales de vida, supondrán que ha muerto y lo enterrarán.

—Y nosotros, por la noche, iremos a desenterrarlo—dijo Sandokan.

—El proyecto es magnífico, hermano—exclamó el portugués.

—¿Intentarás el golpe? Ya ves que no corres peligro en el fuerte.



—Si no te lo permiten, sobornas a cualquiera de los soldados. ¿Tienes dinero?

Yañez se desabrochó la chaqueta y el chaleco, abrióse la camisa y dejó ver un cinto bien repleto.

—Llevo dieciséis diamantes que, en total, valen un millón.

—Si quieres más, habla. Mi cinturón encierra el doble que el tuyo y en Batavia tenemos oro suficiente para comprar toda la escuadra de Portugal.

—Ya sé, Sandokan, que no nos falta dinero. Por ahora me basta con mis dieciséis diamantes.

—Esconde estas píldoras y estos dos frasquitos—dijo el Tigre—. Uno, el verde, contine un narcótico que no suspende la vida, pero que adormece profundamente por espacio de doce horas; el otro, el rosa, encierra un tósigo que mata al punto sin dejar huella. Tal vez puedan serte útiles...

El portugués guardóse los gránulos y los botecillos, echóse el fusil a la espalda y se levantó.

—¿Te marchas?

—Sarawack está lejos, hermano.

—¿Cuándo piensas dar el golpe?

—Mañana.

—¿Me comunicarás en seguida el resultado con Kammamuri?

—No dejaré de hacerlo. Adiós, hermano.

Bajó la peligrosa escala, saludó a los bandidos y nuevamente internóse en la selva, tratando de orientarse. Llevaba recorridos seiscientos o setecientos metros cuando le alcanzó el maharato.

—¿Hay novedades?—le preguntó el portugués, deteniéndose.

—Una y grave, señor Yañez—contestó el indio—. Un

pirata que acaba de llegar ha referido al Tigre que a tres millas de aquí moviase una partida de dayakas mandada por un ancino de piel blanca.

—Si la encuentro le desearé buen viaje.

—Espere usted un poco—añadió Kammamuri—. El pirata añadió que aquel viejo se parecía al hombre que ha jurado ahorcar al Tigre y a usted.

—Lord James Guillonk!—exclamó Yañez, palideciendo.

—Sí, señor; ese hombre se parecía al tío de la difunta mujer de Sandokan.

—¡Imposible!... ¡Imposible!... ¿Quién es el pirata que lo ha visto?

—El malayo Sambigliong.

—¡Sambibliong!...—baluceó Yañez—. Ese malayo nos acompañó cuando raptamos a la sobrina de lord James, y, si la memoria no me engaña, él mismo fué quien hizo frente a Guillonk cuando me iba a partir el cráneo. ¡Por Júpiter!... Corro grave peligro.

—¿Cuál?—preguntó el maharato.

—Si mi adversario se halla en Sarawack, estoy perdido. Me verá, me reconocerá, aunque hayan pasado cerca de cinco años desde la última vez que nos encontramos, y hará que me aprisionen y que me cuelguen.

—Pero el malayo no ha dicho que aquel anciano fuera el lord. Asegura que se parecía a él, pero nada más.

—¿Te ha enviado Sandokan con este encargo?

—Sí, señor Yañez,

—Pues vuelve y dile que estaré en guardia, pero que trate de apoderarse del anciano. Adiós, Kammamuri; mañana temprano te espero en la taberna del chino...

El portugués, lleno de zozobra, púsose de nuevo en marcha, mirando a su alrededor y prestando atento oído, temeroso de encontrarse ante el viejo.



Afortunadamente, bajo la gigantesca selva no se escuchaba voz humana. Sólo de vez en cuando rompían el silencio los gritos de los argos, magníficos faisanes que revoloteaban a centenares, el grito no menos agudo de las cacatúas negras y el ronco de los monos de nariz larga.

El portugués caminó, con grandes precauciones, entre espesos matorrales, ya torciendo a la derecha, ya a la izquierda, durante cinco horas. No llegó a Sarawack hasta el atardecer, rendido por la fatiga y hambriento como un lobo. Calculando que era ya demasiado tarde para presentarse a comer con el rajá, dirigióse a la taberna chinesca.

Después de hacer una colación abundante y de vaciar unas cuantas botellas, volvió al palacio. Antes de entrar, preguntó al centinela si había llegado un anciano de piel blanca, pero obtuvo una respuesta negativa.

El rajá se había retirado a sus habitaciones algunas horas antes.

—Tanto mejor—murmuró Yañez—. Un cazador que vuelve sin un papagayo podría alarmar a un viejo y astuto zorro.

Encendió el trigésimo cigarrillo y se fué a dormir después de colocar las pistolas y el cris bajo la almohada.



## CAPITULO VI

### Tremal-Naik

Aunque se sentía muy cansado, el buen portugués no pudo cerrar los ojos en toda la noche. La imagen de aquel anciano que iba al frente de una banda de dayakas y que tanto se asemejaba al tío de la difunta esposa del Tigre, como afirmaba el malayo Sambigliong, permanecía fija en su mente y llenábale el alma de grandes zozobras.

En vano hacía esfuerzos por tranquilizarse, repitiéndose que tal vez el malayo se habría equivocado, que el lord estaba seguramente muy lejos, acaso en Java, quizá en la India y quién sabe si más lejos aún, en Inglaterra. Parecíale siempre oír la voz de aquel hombre en el inmediato corredor; parecíale sentir los pasos de aquella persona acercándose a su estancia; parecíale escuchar el choque de aceros en el palacio.

Varias veces, no pudiendo dominar la inquietud, saltó del lecho y abrió prudentemente la ventana; y varias veces se acercó a la puerta de la habitación, temiendo que hubiese



allí centinelas para impedirle la fuga. Al amanecer se durmió un par de horas a lo sumo.

Despertóse al oír los ecos de un *gong* golpeado en la calle.

Se levantó, se vistió, puso en el bolsillo dos pistolas cortas y se dirigió a la puerta. En aquel mismo momento empujaron ésta por la parte exterior.

—¿Quién es?—preguntó con viva ansiedad.

—El rajá espera al señor en su gabinete—contestó una voz.

Yañez sintió que un estremecimiento le corría por todos los huesos. Abrió y se encontró ante un indio.

—¿Está solo el rajá?—dijo, con los dientes apretados.

—Solo, milord—respondió el indio.

—¿Qué quiere de mí? .

—Espera al señor para tomar el té.

—Voy en seguida—replicó Yañez, encaminándose al gabinete del príncipe.

Hallábase el rajá sentado ante una mesita en la cual se veía un servicio de té de plata. Al entrar Yañez, levantóse con una sonrisa en los labios y le tendió la mano.

—Buenos días, milord—exclamó—. Ayer volvió usted muy tarde.

—Perdóneme Vuestra Alteza si falté a la hora de la comida, pero no es mía la culpa—dijo Yañez, ya tranquilo por la sonrisa del rajá.

—¿Qué le sucedió a usted?

—Me extravié en medio del bosque.

—Y, sin embargo, llevaba usted guía.

—¿Guía?

—Me dijeron que le acompañaba un indio que pasó por proveedor de los mineros de Poma.

—¿Quién ha contado esto a Vuestra Alteza?—preguntó

Yañez, haciendo un esfuerzo extraordinario para conservar la serenidad.

—Mis espías, milord.

—Vuestra alteza tiene a su servicio gente lista.

—Eso mismo creo—replicó el rajá sonriendo—. ¿Encontró usted a ese hombre?

—Sí, Alteza.

—¿Hasta dónde le acompañó?

—Hasta un pueblecito de dayakas.

—¿Adivina usted quien podría ser aquel individuo?

—¿Quién?—preguntó Yañez, pronunciando con esfuerzo esta palabra.

—Un pirata—dijo el rajá.

—¿Un pirata?... Imposible, Alteza.

—Yo lo aseguro a usted.

—¿Y cómo no intentó asesinarme?

—Los piratas de Mompracem, milord, algunas veces se muestran generosos, como su jefe.

—¿Es generoso el Tigre de la Malasia?

—Eso cuentan. Me han referido que en diversas ocasiones regaló gruesos diamantes a pobres diablitos a los que poco antes hirió a sablazos.

—Entonces resulta un pirata muy original.

—Es valiente y generoso al mismo tiempo.

—¿Pero está seguro Vuestra Alteza de que el indio formase parte de la banda de Mompracem?

—Segurísimo, porque mis espías lo vieron hablar con los piratas que acaudilla el Tigre de la Malasia. Pero no volverá a hablar con ellos, se lo garantizo. A esta hora habrá caído en manos de mi gente.

En aquel momento oyéronse gritos agudos en la calle y luego un fuerte golpe de *gong*.

Yañez, pálido, agitadoísimo, se precipitó hacia la ventana



para ver lo que ocurría, pero principalmente para ocultar su emoción.

—¡Por Júpiter!—exclamó con voz entrecortada, palideciendo súbitamente—. ¡Kammamuri!

—¿Qué pasa?—preguntó el rajá.

—Aquí traen al indio, Alteza—replicó con tranquilo acento...

—No me había engañado.

Inclinóse sobre el alféizar y miró.

Cuatro guardias, armados hasta los dientes, conducían al palacio al indio Kammamuri, que marchaba atado fuertemente por los brazos con sólidas fibras de rota. El prisionero no oponía la menor resistencia; parecía aterrado. Andaba despacio y miraba tranquilamente a la multitud de dayakas, chinos y malayos que le seguían gritando:

—¡Pobre hombre!—exclamó el portugués.

—¿Lo compadece usted, milord?—preguntó el rajá.

—Un poco, lo confieso.

—Sin embargo, ese indio es un pirata.

—Lo sé, pero conmigo se portó muy bien. ¿Qué piensa hacer con él Vuestra Alteza?

—Lo primero, trataré de hacerle hablar. Si logro averiguar dónde se oculta el Tigre de la Malasia...

—¿Lo atacará Vuestra Alteza?

—Reuniré a mi guardia y lo atacaré.

—¿Y si el prisionero se obstina en no hablar?

—Mandaré que lo ahorquen—dijo fríamente el rajá.

—¡Pobre diablo!

—Todos los piratas acabarán del mismo modo, milord.

—¿Cuándo lo interrogará Vuestra Alteza?

—Hoy me falta tiempo, porque tengo que recibir a un embajador holandés, pero mañana, que estaré desocupado, le hablaré.

Un relámpago brilló en los ojos del portugués.

—Alteza—dijo, después de un momento de vacilación—.  
¿Podré asistir al interrogatorio?

—Si lo desea usted...

—Gracias, Alteza.

El rajá tocó una campanilla de plata que estaba sobre la mesa. Un chino, vestido de seda amarilla, con una coleta que medía más de un metro de larga, entró, llevando una tetera de porcelana de *Ming*, llena de humeante té.

—Espero que no le desagradará a usted esta bebida—dijo el rajá.

—Dejaría de ser inglés—contestó Yañez, sonriendo.

Tomaron varias tazas del delicioso líquido y luego se levantaron.

—¿A dónde piensa usted ir hoy, milord?—preguntó James Brooke.

—A visitar los alrededores de la ciudad—respondió Yañez—. He descubierto un fortín y, con permiso de Vuestra Alteza, lo visitaré.

—Allí encontrará usted compatriotas, milord.

—¿Compatriotas!—repitió el portugués, fingiendo ignorancia completa.

—Recogidos por mí hace algunas semanas, cuando estaban a punto de perecer ahogados.

—¿De modo que son náufragos?

—Usted lo ha dicho.

—¿Y qué hacen en el fuerte?

—Esperan la llegada de una nave para embarcar, y entre tanto me guardan a un thug indio que tengo encerrado allí.

—¿Cómo? ¿Un thug? ¿Un thug indio?—exclamó Yañez.

—¡Oh, querría ver a uno de esos terribles estranguladores!

—¿Lo desea usted?

—Ardientemente.



El rajá cogió una hoja de papel, trazó en ella algunas líneas, y, después de plegarla, alargóse la al portugués, que se apresuró a tomarla.

—Entréguesela al teniente Churchill—dijo el rajá—. El le enseñará al thug y, si a usted le place, le acompañará a visitar el fortín que en realidad no tiene mucho que ver.

—Gracias, Alteza.

—¿Comerá usted conmigo esta tarde?

—Se lo prometo.

—Pues hasta la vista, milord.

Yañez, que deseaba salir cuanto antes del gabinete, se dirigió a su cuarto.

—Razonemos, Yañez mío—murmuró, cuando se encontró solo—. Se trata de dar un gran golpe sin ser descubierto.

Encendió un cigarrillo y se asomó a la ventana, sumergiéndose en profundos pensamientos.

Allí permaneció inmóvil y fijos los ojos en el fortín durante diez o doce minutos, arrugando de cuando en cuando el entrecejo.

—¡Vaya!—exclamó de pronto—. Mi querido Brooke, el bueno de Yañez te prepara una jugarreta que, si todo resulta como está calculado, será lindísima. ¡Por Júpiter!... Sandokan quedará contento de su hermano blanco.

Acercóse a la mesa, cogió pluma y un trocito de papel y escribió:

«Tu fiel siervo Kammamuri me envía para salvarte. Tremal-Naik, si quieres ser libre y ver de nuevo a tu Ada, toma las píldoras que aquí encontrarás al mediar la noche, ni antes ni después, a ser posible.

»Yañez,  
»amigo de Kammamuri.»

Envió los dos gránulos verdosos en el papel y ocultó éste, hecho una bolita, en el bolsillo de la chaqueta.

—Mañana los ingleses lo darán por muerto y cuando llegue la tarde lo enterrarán—murmuró, frotándose alegremente las manos—. Para avisar al Tigre enviaré a Kammamuri. ¡Ah, querido James Brooke, todavía no sabes tú de lo que son capaces los tigres de Mompracem.

Cubrióse con un sombrero de paja, colocóse en la cintura su fiel cris y salió de la estancia, bajando lentamente la escalera.

Al atravesar un corredor, vió, ante una puerta, a un indio armado de carabina y con la bayoneta calada.

—¿Qué haces aquí?—le preguntó el portugués.

—Estoy de guardia—respondió el centinela.

—¿A quien guardas?

—Al pirata detenido ayer.

—Mucho cuidado no se te escape. Es hombre peligroso.

—Tengo los ojos muy abiertos, milord.

—Bravo muchacho.

Le saludó con la mano, bajó la escalera y salió a la calle con irónica sonrisa en los labios. Sus ojos se fijaron en seguida en la colina que se elevaba frente a él, y en cuya cumbre, entre el verde oscuro de los árboles, se destacaba la masa blanquecina del fortín.

—Animo, Yañez—murmuró—. Hay mucho que hacer.

Atravesó con tranquilo paso la ciudad, invadida por numerosa turba de soberbios dayakas, de horribles malayos y de coletudos chinos que gritaban en todos los tonos vendiendo fruta, armas, vestidos de toda especie y juguetes de Cantón, y siguió un estrecho sendero, sombreado por altísimos arecas, que conducía al fuerte.

En mitad del camino encontró a dos mariñeros ingleses que bajaban a la ciudad, tal vez para recibir órdenes del rajá



o acaso para averiguar si había anclado algún barco en la desembocadura del río.

—¡Hola, amigos!—dijo Yañez, saludándolos—. ¿Está allá arriba el teniente Churchill?

—Lo hemos dejado fumando en la puerta del fortín—contestó uno de los marineros.

—Gracias, amigos.

Siguió adelante y después de largo rodeo desembocó en una plaza muy amplia, en medio de la cual se elevaba la pequeña fortaleza. En la puerta, apoyado en el fusil, vió a un soldado inglés que masticaba una hoja de tabaco; a pocos pasos, tendido en medio de la hierba, fumaba un teniente de marina, de elevada estatura y largos mostachos rubios. Yañez se detuvo.

—¡Eh, un blanco!—exclamó el oficial.

—Y que viene en busca de usted—dijo el portugués.

—¿En busca mía?

—Sí, señor.

—¿Qué desea?

—Traigo una carta para el teniente Churchill.

—El teniente Churchill soy yo, señor—replicó el marino, levantándose y saliendo a su encuentro.

Yañez sacó la carta del rajá y se la alargó al inglés, el cual la abrió y la leyó atentamente.

—Estoy a sus órdenes, milord—dijo, después de leerla.

—Querría ver al thug.

—Lo que usted desee.

—Acompañadme, pues. Siempre he tenido ganas de conocer a uno de esos terribles estranguladores.

El teniente guardóse la pipa en el bolsillo y entró en el fortín, seguido de Yañez, que sonreía de extraña manera. Atravesaron un pequeño patio en medio del cual se enmohecían cuatro cañones viejos de hierro y se internaron en

el edificio construido con robustísimas maderas de teca, capaces de resistir a las balas del calibre seis y aun del ocho.

—Hemos llegado—dijo Churchill, deteniéndose ante una sólida puerta cerrada—. Ahí dentro se halla el thug.

—¿Es tranquilo o feroz?

—Manso como un tigre domesticado—dijo el inglés, sonriendo.

—Entonces es inútil entrar con armas.

—No ha hecho daño a ninguno de nosotros; sin embargo, no pase usted sin mis pistolas.

Descorrió los dos cerrojos y abrió con precaución la puerta, asomando la cabeza.

—El thug duerme—dijo—. Entremos, milord.

Yañez experimentó un estremecimiento, no porque sintiese miedo del estrangulador, sino por temor a que éste lo delatase. El indio, en efecto, podía rechazar el billete y los gránulos y descubrir así todo al teniente Churchill.

—Animo y sangre fría—se dijo—, ya no es hora de retroceder.

Atravesó el umbral y entró. Encontróse en una celda pequeña con paredes de madera de teca, y alumbrada por un ventanillo con férreos barrotes.

En uno de los ángulos, tumbado en un lecho de hojas secas y envuelto en una túnica corta de seda, estaba el thug Tremal-Naik, el amo de Kammamuri, el prometido de la infeliz Ada.

Era un arrogante indio, de cinco pies y seis pulgadas de alto y tez bronceada. Mostraba ancho y robusto pecho, brazos y piernas musculosos y facciones orgullosas y correctas. Yañez, que había visto chinos, malayos, javaneses, africanos, macasareses y tagalos, no recordaba haber encontrado ningún hombre de color tan bello y tan vigoroso. Únicamente podía superarle Sandokan.



El prisionero dormía, pero su sueño no era tranquilo. Su pecho se dilataba con fatiga, su amplia frente se contraía, sus rojos labios temblaban y sus manos, pequeñas como las de una mujer, se abrían y se cerraban como si quisieran coger algo y tritularlo.

—¡Guapo mozo!—exclamó Yañez.

—¡Silencio! Habla...—murmuró el teniente.

Ronco acento se escapaba de los labios del indio, pero acento entrecortado.

—¡Mía!...—dijo.

Su rostro apareció sombrío. Una vena que le surcaba la frente se hinchó de pronto.

—¡Suyodhana!—musitó el indio, con acento de odio.

—¡Tremal-Naik!—exclamó el oficial inglés.

Estremeciéndose el prisionero al oír este nombre, salió como un tigre y fijó en el marino sus ojos que fulguraban cual los de una serpiente.

—¿Qué ocurre?—preguntó.

—Un señor quiere verte.

El indio miró a Yañez, que se mantenía a algunos pasos de distancia detrás de Churchill. En sus labios se dibujó desdeñosa sonrisa que puso al descubierto sus dientes blancos como el nácar.

—¿Soy acaso alguna fiera?—preguntó—. Que...

Se detuvo de pronto. Yañez, que, como se ha dicho, permanecía detrás del oficial, le hizo una señal rápida. Comprendió, sin duda, que se hallaba en presencia de un amigo.

—¿Cómo te encuentras aquí?—le dijo el portugués.

—Como puede encontrarse un hombre que nació y vivió libre en medio de la selva—contestó Tremal-Naik, con voz triste.

—¿Es cierto que eres un thug?

—No.

—Sin embargo, has estrangulado a muchas personas.

—Es verdad, pero no soy thug.

—¡Mientes!...

Tremal-Naik irguióse, rechinando los dientes y con los ojos fulgurantes, pero un nuevo gesto del portugués le tranquilizó.

—Si me permites que te levante la túnica, mostraré el tatuaje que distingue a los thugs.

—Levántala—dijo Tremal-Naik.

—No se acerque usted, milord—exclamó el teniente.

—No tengo armas—dijo el indio—. Si muevo un brazo dispara sobre mí tus dos pistolas.

Yañez se acercó al lecho de hojas y se inclinó sobre el preso.

—Kammamuri—murmuró con voz casi ininteligible.

Un relámpago brilló en los ojos del indio. Con un movimiento rápido alzóse la túnica y recogió el papel que contenía las píldoras y que el portugués había dejado caer.

—¿Ha visto usted el tatuaje?—preguntó el oficial inglés, que por precaución tenía una pistola amartillada.

—No, señor—respondió Yañez, incorporándose.

—¿De modo que no es thug?

—¿Quién puede asegurarlo? Los thugs tienen tatuajes en muchas partes del cuerpo.

—Yo no los tengo—interrumpió Tremal-Naik.

—¿Cuánto tiempo lleva este hombre aquí?—preguntó Yañez al teniente.

—Cerca de dos meses, milord.

—¿Adónde le conducirán?

—A cualquier penitenciaría de Australia.

—¡Pobre diablo! Sigamos, teniente...

El marino abrió la puerta. Yañez aprovechó aquel momen-



to para volverse y hacer a Tremal-Naik una última señal que significaba «obedece».

—¿Quiere usted visitar el fuerte?—preguntó el oficial, después de cerrar la puerta y de correr los cerrojos.

—Se me antoja que nada ofrece de particular—respondió el portugués—. Hasta que nos volvamos a encontrar en casa del rajá, caballero.

—Hasta la vista, milord.



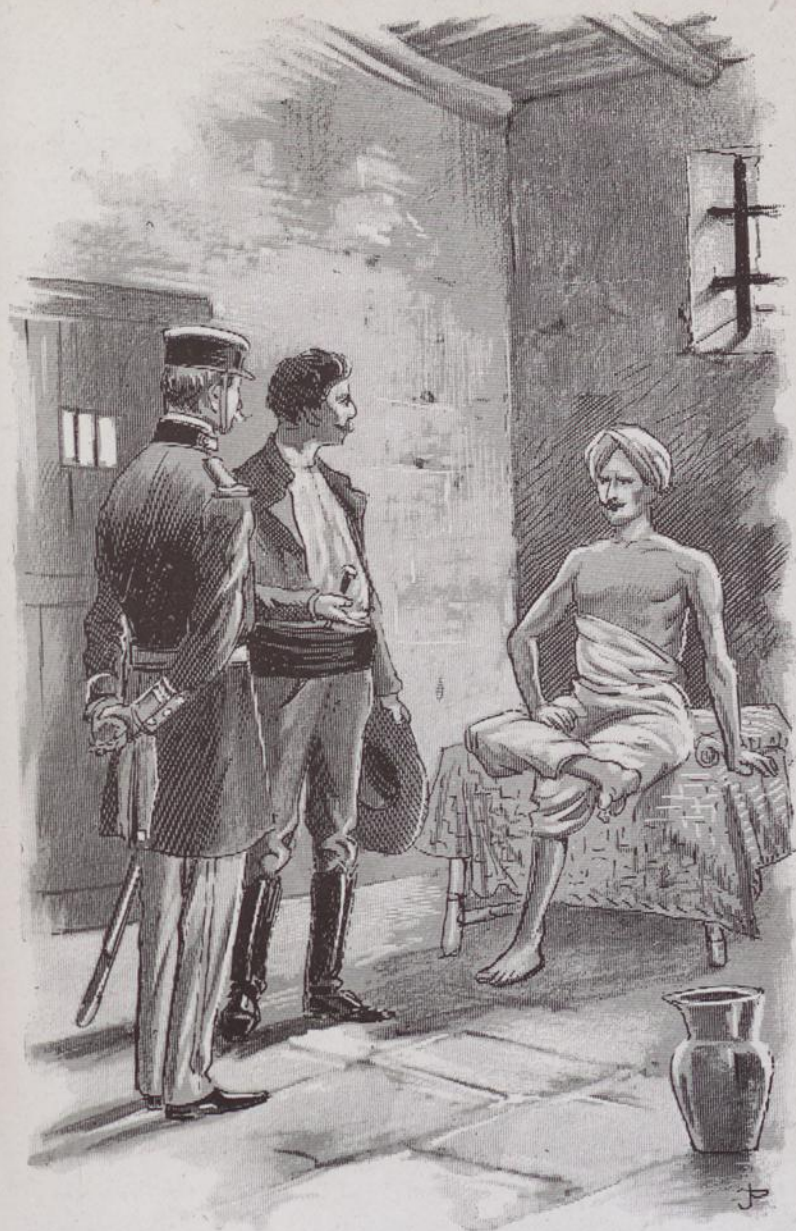
## CAPITULO VII

### La liberación de Kammamuri

Mientras Yañez, trabajando con astucia, preparaba la salvación de Tremal-Naik, el pobre Kammamuri, presa de mil terrores y de mil angustias, discurría multitud de proyectos para salir de la prisión. No temía ser ahorcado o fusilado como cualquier pirata vulgar; temía que lo sometiesen a algún suplicio espantoso que le obligase a confesarlo todo, comprometiendo a un tiempo mismo la vida de su amo, la de la infeliz Ada, la del Tigre de la Malasia, la de Yañez y la de los intrépidos piratas de Mompracem.

Apenas lo encerraron intentó saltar por la ventana, pero la encontró defendida por sólidas barras de hierro, imposibles de romper sin una poderosa lima o sin una maza; luego pretendió perforar el pavimento, esperando caer en una estancia deshabitada, pero después de destrozarse las uñas se vió obligado a renunciar a la empresa. Por último pensó estrangular al indio que le servía la comida, pero





—¿Cómo te encuentras aquí?—le preguntó el portugués.





cuando se hallaba a punto de realizar su obra, otro indio acudió en auxilio de su compañero.

Persuadido de la inutilidad de sus esfuerzos, retiróse a un ángulo de la estancia, resuelto a morir de hambre, antes que probar la comida que podía contener algún misterioso narcótico; resuelto también a dejarse arrancar la carne trozo a trozo antes de pronunciar una sola palabra.

Diez horas transcurrieron sin que el indio se moviese. Ya el sol se había ocultado tras breve crepúsculo y las tinieblas invadían la estancia, cuando un silbido apagado y un ligero golpe llegaron a sus oídos. Levantóse silenciosamente dirigiendo a su alrededor una mirada indagadora y prestó atención. Sólo oyó en la parte exterior los roncros gritos de los dayakas y de los malayos que cruzaban por la plaza.

Acercóse con precaución a la ventana y miró a través de los hierros. A lo lejos, junto a una gigantesca palma sacárfica que proyectaba sombra sobre gran parte de la plaza, vió a un hombre cubierto de un amplio sombrero y que llevaba en la mano una especie de bastón. Lo conoció al primer golpe de vista.

—Señor Yañez—murmuró.

Sacó un brazo e hizo algunos movimientos. El portugués levantó las manos y contestó con varias señas.

—Ha comprendido—dijo Kammamuri.

Apartóse de la ventana y se dirigió a la pared opuesta. La observó atentamente, luego se inclinó y recogió una flecha en cuya extremidad estaba sujeto un trozo de papel.

—Aquí dentro se halla mi salvación—pensó—. Por lo visto, el señor Yañez maneja bien la cerbatana...

Abrió la carta y encontró las dos pildorillas negras que despedían un olor particular.

—¿Veneno o narcótico?—se dijo—. ¡Ah, la carta me lo revelará!

Acercóse a la ventana y leyó con la mayor atención las siguientes líneas:

«Todo marcha a las mil maravillas. Tremal-Naik, si no ocurren acontecimientos imprevistos, se hallará mañana en libertad. Las píldoritas que te envió, disueltas en agua, adormecen instantáneamente. Busca el medio de aletargar a tu guardián y de huir. Mañana, al mediar el día, te espero cerca del fortín.

*Yañez.»*

—¡Buena persona!—murmuró el maharato, conmovido—. Piensa en todo.

Apoyóse en los hierros de la ventana y meditó. Un ligero golpe dado en la puerta le distrajo de sus pensamientos.

—Ya voy—respondió.

Acercóse rápidamente, pero sin hacer ruido, a una mesa sobre la cual se veían, junto a un plato de arroz y otro de fruta, dos grandes vasos de *tuwack*, y echó dentro una de las píldoras, que se disolvió en el acto.

—¿Quién es?—preguntó luego.

—Guardia del rajá—respondió una voz.

La puerta se abrió y un indio armado con larga cimitarra y una pistola con incrustaciones de madreperla, entró con precaución. Llevaba en una mano una linterna de talco semejante a las que usan los chinos y en la otra una cesta de provisiones.

—¿No sientes hambre?—preguntóle el guardia al ver los vasos llenos, intacta la fruta y el plato colmado.

El maharato, en vez de responder, le dirigió una mirada torva.



—Animo, amigo—continuó el guardia—. El rajá es bueno y no te ahorcará.

—Pero me envenenará—dijo Kammamuri, con fingido terror.

—¿De qué modo?

—Con la comida y con la bebida que aquí veo.

—¿Y por éso no has probado nada?

—Ciertamente.

—No tienes razón, amigo mío.

—¿Por qué?

—Porque ni el *tuwack*, ni el arroz ni la fruta contienen veneno alguno.

—¿No has paladeado ese licor?

—No; ¿lo quieres?

Kammamuri cogió la copa donde había disuelto las píldoras del portugués y se la ofreció al cercelero.

—Bebe—le dijo.

El indio, sin concebir la menor sospecha, llevóse la copa a los labios y bebió buena parte del contenido.

—Pero...—exclamó, balbuciente—. ¿Qué han mezclado a este *tuwak*?

—Lo ignoro—dijo el maharato, que lo observaba atentamente.

—Una sacudida... extraña agita... mis miembros.

—¡Ah!

—La cabeza me da vueltas, me faltan las fuerzas, no veo, me parece...

No acabó la frase. Vaciló como si estuviese herido en mitad del pecho, levantó las manos, cerró los ojos y cayó pesadamente al suelo, quedando inmóvil.

Kammamuri, dando un salto, se lanzó sobre él y le arrebató la pistola y la cimitarra.

Armado de este modo, acercóse a la puerta y prestó oído.

Temía que el golpe producido por el indio al caer atrajese a la guardia. Afortunadamente, nada se sentía en el corredor.

—Me he salvado—dijo, respirando—. Dentro de diez minutos me hallaré fuera de la ciudad.

Despojó al indio de los calzones cortos, la chaqueta y la faja y se vistió en un abrir y cerrar de ojos. Anudóse a la cabeza un pañuelo, en forma tal que le ocultaba parte del rostro, ciñóse la cimitarra y colocó en el cinturón una pistola.

—Adelante—murmuró—. Pasaré por un guardia del rajá.

Abrió la puerta sin hacer ruido, avanzó por el corredor que estaba desierto y muy oscuro, bajó la escalera y, pasando rápidamente junto al centinela, salió a la plaza.

—¿Eres tú, Labuck?—preguntó una voz.

—Sí—respondió Kammamuri, sin detenerse, temeroso de ser reconocido por aquel que le interrogaba.

—Que Siva te proteja.

—Gracias, amigo.

El maharato, con paso veloz, ojos muy abiertos y oído atento, marchaba pegado a los muros de las casas, ocultándose cuando en el fondo de alguna calle o callejuela descubriría a cualquier persona que se le figuraba un guardia del rajá.

Al cabo de diez minutos encontróse en la falda de la colina, en cuya cima se levantaba el fortín. Se detuvo y prestó atención.

De la parte del río elevábanse monótonas canciones entonadas por los bateleros malayos y dayakas; del barrio chino llegaban agudos ecos de un *yo*—especie de flauta con seis agujeros—y las dulces notas de un *kine*, instrumento semejante a la guitarra, con cuerdas de seda.



De la plaza, donde se hallaba el palacio del rajá, no surgía rumor alguno.

—Estov en salvo—murmuró, después de escuchar breves instantes, presa de la mayor angustia—. No han descubierto todavía mi fuga.

Internóse en los bosques de altísimos mangos, de bellísimas palmeras y de «cettings» que trepaban confusamente por la colina.

Unas veces saltando de un árbol a otro con la agilidad del mono para borrar las huellas, ya metiéndose, con el mismo objeto, en los pantanos de aguas negras y pútridas, y en ocasiones atravesando por medio de los matorrales, llegó en menos de una hora, sin que nadie le viese, a distancia de un tiro de fusil del fuerte.

Trepó a un árbol colosal desde el cual podía ver a cuantas personas subían y bajaban por la colina y esperó pacientemente la llegada del portugués.

La noche pasó sin incidentes. A las cuatro de la mañana el sol apareció de pronto en el horizonte, iluminando al mismo tiempo el río que se deslizaba entre fértiles campiñas y enmarañadas selvas, la ciudad y las plantaciones que la rodeaban.

Desde el observatorio, el maharato vió, algunas horas después, a dos blancos que salían de la fortaleza y se lanzaban a todo correr por el sendero.

Uno de ellos ostentaba su graduación en la mangas de la guerrera.

—¿Qué sucede?—se dijo Kammamuri—. Para correr de ese modo es preciso que algo grave haya ocurrido en la fortaleza. ¡Por Siva! ¡Habrás avisado a estos hombres mi fuga la gente de la ciudad?

Ocultóse en medio del follaje para no ser descubierto por

Los que pasaban por el camino y esperó presa de viva ansiedad.

Una hora después, los dos ingleses volvían al fortín, seguidos de un oficial de la guardia y de un europeo vestido de blanco que llevaba una cajita negra suspendida de la cintura.

—¿Será un médico?—preguntóse Kammamuri, volviéndose de color de ceniza, que vale tanto como decir pálido.

—¿Se habrá puesto alguien enfermo? ¿Será mi amo?... ¡Señor Yañez, venga usted, dése prisa!

Dejóse caer a tierra y se encaminó hacia el sendero, resuelto a preguntar al primero que se presentase. Afortunadamente sonaron las doce, luego la una, las dos y las tres, sin que ni guardias ni marineros pasaran por allí.

A las cinco, próximamente, un hombre con amplio sombrero de paja y un par de pistolas en el cinto, apareció en una revuelta del camino. Kammamuri lo conoció en seguida.

—¡Señor Yañez!—exclamó.

El portugués, que marchaba muy despacio, mirando atentamente a derecha e izquierda como si buscase a alguien, se detuvo al oír su nombre. Al ver a Kammamuri apresuró el paso, y cuando estuvo a su lado le empujó hacia un espeso matorral, diciéndole:

—Si algún guardia te descubre, te cuelgan, y esta vez para siempre; hay que ser prudente, querido.

—¿Ocurre algo grave en el fortín, señor Yañez?—preguntó el maharato—. Una sospecha cruzó por mi mente y dejé el escondrijo.

—¿Una sospecha?... ¿Cuál?

—Que mi amo está encerrado ahí dentro y que se halla moribundo. He visto entrar a un blanco y se me figuró que era médico,



—Es verdad; tu amo ha puesto en movimiento a los soldados del fuerte.

—¿Mi amo?... ¿De modo que mi amo se encuentra ahí?

—Sí, hijo mío.

—¿Y está enfermo?

—Ha muerto.

—¡Muerto!—exclamó el maharato, vacilando.

—No te asustes, chiquillo. Lo suponen muerto, pero está vivo.

—¡Ah, señor Yañez, qué susto me ha hecho usted pasar! ¿Le ha propinado usted algún narcótico activo?

—Le he dado unas píldoras que suspenden la vida durante treinta y seis horas.

—¿Y lo suponen muerto?

—Precisamente.

—¿Cómo nos arreglaremos para salvarlo?

—Esta tarde, si no me equivoco, lo sepultarán.

—Comprendo—dijo el maharato—. Una vez sepultado, nosotros lo desenterraremos y lo pondremos en seguro.

—Has adivinado, querido.

—¿Pero adónde lo llevarán?

—Ya lo sabremos.

—¿De qué modo?

—Al salir del fuerte los seguiremos.

—¿Cuándo daremos el golpe?

—Esta noche.

—¿Nosotros dos?

—Tú y Sandokan.

—Entonces debo avisárselo.

—Seguramente.

—¿Y por qué no viene usted?

—No puedo.

—¿Que no puede usted?

—No.

—¿Quién se lo impide?

—El rajá celebra esta noche un baile en honor del embajador holandés y, como comprenderás perfectamente, no podría faltar sin infundir sospechas.

—¡Ah!—exclamó el indio, levantando vivamente la cabeza hacia el fortín.

—¿Qué ocurre?

—De la fortaleza salen algunos hombres.

—¡Por Júpiter!...

Apartó con las manos varias ramas de la enmarañada espesura y miró hacia la cumbre de la colina.

Dos hombres habían salido conduciendo a hombros en una parihuela un cuerpo humano envuelto en una especie de hamaca. Tras ellos marchaban otros marineros, armados de picos y azadones, y una guardia del rajá.

—Preparémonos a partir—dijo Yañez.

—¿Qué camino seguirán?—preguntó Kammamuri, con ansiedad profunda.

—Bajan la pendiente del lado opuesto.

—¿Irán a enterrarlo en el cementerio?

—Lo ignoro. Demos la vuelta al bosque, pero ten cuidado de no hacer ruido.

Salieron del matorral y se ocultaron bajo el bosque que cubría casi toda la colina. Saltando por encima de troncos derribados, arrancando brezos y cortando largas raíces, rodearon el fuerte y llegaron a la opuesta vertiente. Yañez se detuvo.

—¿Dónde están?—se preguntó.

—Allí los tiene usted—dijo el maharato.

En efecto, el grupo de hombres se hallaba a la vista. Bajaba por una veredita que conducía a una explanada ceñida de árboles soberbios. En el centro, rodeado por una em-



palizada muy baja, veíase un espacio lleno de piedras y de tablas.

—Ese debe de ser el cementerio—dijo Yañez.

—¿Se encaminan hacia allí?—preguntó Kammamuri.

—Sí.

—Respiro, señor Yañez. Temía que arrojasen a mi pobre amo al río.

—También a mí me asaltó el mismo pensamiento.

—¿Nos acercamos?

—Es inútil. La tierra recién movida nos indicará el lugar donde lo han sepultado.

—¿Debo partir ya?

—Espera un momento...

Los marineros entraron en el cementerio y se detuvieron en el centro, dejando en tierra a Tremal-Naik. Yañez los vió dar vueltas durante algunos momentos como si buscaran algo en el suelo; luego, uno de ellos empuñó la azada y empezó a cavar.

—Ahí lo enterrarán—dijo el portugués al maharato.

—¿Y no corre peligro de morir asfixiado?—preguntó el indio.

—No, amigo. Ahora ve en busca de Sandokan y dile que reuna sus tropas, que venga aquí y que desentierre a tu amo.

—¿Y luego?

—Volverás al bosque y mañana vendré a buscarte. Entonces podremos abandonar para siempre estos lugares. Anda, amigo...

El maharato no aguardó a que se lo repitiera. Empuñó la pistola y desapareció bajo los árboles con la rapidez de una ardilla.



## CAPITULO VIII

### Yañez en la ratonera

Cuando Yañez, cerca de las diez de la noche, regresó a Sarawack, se quedó sorprendido del extraordinario movimiento que reinaba en todos los barrios. Por calles y encrucijadas pasaban y repasaban grupos de chinos en traje de gala, dayakas, malayos, macasareses, javaneses y tagalos, gritando, riendo, tropezando los unos con los otros y dirigiéndose todos hacia la plazoleta donde se alzaba el palacio del rajá. Sin duda se habían oído la fiesta que celebraba su príncipe y corrían en masa, seguros de divertirse no poco y hasta de beber de lo lindo permaneciendo en la plaza.

-- Bueno—murmuró el portugués, frotándose alegremente las manos—. Sandokan podrá pasar junto a la ciudad sin ser visto por ningún habitante. Mi querido príncipe, nos ayudas muy bien.

Abriéndose paso con los codos y en ocasiones con los puños, al cabo de cinco minutos llegó a la plaza. Innume-



rables antorchas de resina ardían aquí y allá, iluminando fantásticamente las casas, los altos y magníficos árboles y el palacio del rajá, que aparecía rodeado por una doble fila de guardias bien armados.

Una turba considerable, en parte alegre y en parte embriagada, se aglomeraba en aquel espacio, lanzando gritos endiablados, mezclándose y confundiéndose. Los honrados ciudadanos de Sarawack, oyendo la orquesta que tocaba en los salones del palacio, bailaban furiosamente chocando contra las casas o contra los árboles y rompiendo la fila de guardias, que en más de una ocasión se vieron obligados a echar mano a las armas.

—Llego un poco tarde—dijo Yañez, riendo—. El príncipe estará inquieto por mi prolongada ausencia.

Dióse a conocer a la guardia, subió la escalera y entró en su habitación para arreglarse el traje y dejar las armas.

—¿Se divierten?—preguntó al indio que el rajá había puesto a sus órdenes.

—Mucho, milord—respondió el interpelado.

—¿Quiénes son los invitados?

—Europeos, malayos, dayakas y chinos.

—¡Buena mescolanza! No será necesario que me ponga el traje negro, que, además, no tengo.

Cepillóse los vestidos, dejó las armas, echándose, sin embargo, en el bolsillo una pequeña pistola, y se dirigió a la sala del baile, en cuyo umbral se detuvo con viva sorpresa pintada en el rostro.

La sala no era muy grande, pero el rajá la había hecho decorar con bastantes gusto.

Numerosas lámparas de bronce de procedencia europea, pendían del artesonado esparciendo luz eléctrica; grandes espejos de Venecia adornaban las paredes; esteras dayakas de brillantes colores cubrían el suelo y sobre los veladores

veíanse anchos vasos de chinesca porcelana que encerraban peonías de color rojo y soberbias magnolias que perfumaban el ambiente, acaso con exceso.

Los invitados no eran más de cincuenta; pero, ¡qué trajes y qué tipos tan diversos! Había cuatro europeos vestidos de blanco, quince chinos cubiertos de seda, con cráneos tan afeitados y relucientes, que parecían de marfil; diez o doce malayos de piel verde oscura, embutidos en largas zamarras indias; cinco o seis jefes dayakas con sus esposas más bien desnudas que vestidas, pero adornadas con brazaletes y con collares de dientes de tigre. Formaban el resto, macasareses, tagalos y javaneses, que gesticulaban como poseídos y que voceaban como locos furiosos cada vez que la orquesta china formada por cuatro tocadores de «piene-kia»—instrumento compuesto de dieciséis piedras negras—y veinte flautistas, dejaban oír una marcha imposible de bailar.

—¿Qué fiesta es esta?—se dijo Yañez, riendo—. Si uno de nuestros señores de Europa la presenciase, apostarí a cien esterlinas contra un penique a que le daba dos puntapiés a S. A. Brooke y a la diabólica orquesta.

mento compuesto de dieciséis piedras negras—y veinte flautistas, dejaban oír una marcha imposible de bailar. ba traje negro y que estaba hablando con un chino muy gordo, sin duda uno de los principales negociantes de la ciudad.

—Aquí se divierte la gente—dijo.

—¡Ah!—exclamó el príncipe, volviéndose hacia él—. ¿Usted aquí, milord? Ya hace más de dos horas que le espero.

—He dado un paseo hasta el fortín y al volver me extravié.

—¿Ha asistido usted a los funerales del prisionero?

—No, Alteza. No me hacen mucha gracia las ceremonias fúnebres.

—¿Le agrada a usted esta fiesta?



—Se me antoja que reina alguna confusión.

—Querido, estamos en Sarawack. Los chinos, los malayos y los dayakas no saben portarse mejor. Coja usted a alguna mujer dayaka y baile con ella.

—Con esta música resulta imposible, Alteza.

—Tiene usted razón—dijo el rajá, riendo.

En aquel instante, junto a la puerta, dejóse oír un grito ahogado por la algarabía que reinaba en la sala.

El rajá se volvió bruscamente y a la vez que él, Yañez. Apenas tuvieron tiempo de ver a un individuo vestido de blanco y larga barba gris, el cual retrocedió en el acto.

—¿Qué ocurre?—preguntó el rajá.

Algunas personas se dirigieron hacia la puerta, pero retrocedieron en seguida.

—Espéreme usted aquí, milord—dijo James Brooke.

Yañez no respondió ni se movió.

Aquel grito, que acaso no era la vez primera que lo oía, le llegó hasta el fondo del alma. Ligera palidez le cubrió de pronto el rostro, y sus facciones, ordinariamente tranquilas, se alteraron breves momentos.

—¡Qué grito!—murmuró al fin—. ¿Dónde lo he oído?... ¿Ocurrirá una catástrofe ahora que hemos llevado la nave a buen puerto?

Metióse la mano en el bolsillo del pantalón y amartilló silenciosamente una pistola, resuelto a servirse de ella en caso necesario.

En aquel momento volvió a entrar el rajá. Yañez, al punto notó la arruga que surcaba la frente. Estremecióse y su inquietud aumentó.

—Y bien, Alteza—dijo, haciendo un esfuerzo extraordinario para aparecer sereno—. ¿Qué ha sucedido?

—Nada, milord—respondió el rajá con indiferencia.

—Pero ese grito...—insistió el portugués.

—Lo lanzó un amigo mío.

—¿Por qué motivo?

—Porque se sintió repentinamente enfermo.

—Sin embargo...

—¿Qué quiere usted decir?

—Que el grito no era de dolor.

—Se engaña usted... Vaya, invite usted a alguna dama dayaka y baile una polka.

El rajá le volvió la espalda y trabó conversación con uno de los invitados. Yañez permaneció en el mismo sitio, dirigiéndole una mirada inquieta.

—Hay gato encerrado—murmuró—. Yañez, ponte en guardia...

Hizo como que se alejaba y fué a sentarse tras un grupo de malayos. Desde allí notó que James Brooke dirigía una mirada a su alrededor como si buscase a alguien. Yañez volvió a estremecerse.

—Me busca—dijo—. Pues bien, mi querido Brooke, te jugaré una mala pasada antes que tú a mí.

Levantóse afectando profunda calma, dió algunas vueltas por el salón y luego se detuvo a dos pasos de la puerta. Junto a ella permanecía un esclavo del rajá. El portugués le hizo señas para que se acercase.

—¿Quién era el hombre que, hace poco, dejó escapar aquí un grito?—le preguntó.

—Un amigo del rajá—respondió el indio.

—¿Su nombre?

—Lo ignoro, milord.

—¿Dónde se encuentra ahora?

—En el gabinete del rajá.

—¿Está enfermo?

—No lo sé.

—¿Puedo entrar a visitarlo?



—No, milord. A la puerta de la estancia hay dos centinelas con orden de no dejar que nadie pase.

—¿Y no conoces tú a ese hombre?

—Ignoro cómo se llama.

—¿Es inglés?

—Sí.

—¿Desde cuándo se halla en Sarawack?

El indio meditó breves instantes, rascándose la cabeza.

—Llegó inmediatamente después del combate librado en la desembocadura del río—dijo al cabo de un rato.

—¿Contra el Tigre de la Malasia?

—Sí, milord.

—¿Es enemigo del Tigre?

—Indudablemente, puesto que lo persigue por los bosques.

—Gracias, amigo—dijo Yañez, deslizándole una rupia en la mano.

Abandonó la sala y se dirigió a su habitación. Marchaba pálido y pensativo.

Apenas entró, cerró bien la puerta, descolgó del muro un par de pistolas y un cris con la punta envenenada, y abriendo la ventana, inclinóse sobre el alféizar.

Una doble fila de indios, armados de fusiles, rodeaba el palacio. En la plaza, doscientas o trescientas personas bailaban desordenadamente, lanzando gritos salvajes.

—Por aquí es imposible la fuga—murmuró Yañez—. Sin embargo, debo dejar esta casa cuanto antes. Presiento que se avecina un peligro grave y que...

Detúvose repentinamente, herido por una sospecha que cruzó por su cerebro.

—Aquel grito...—añadió, volviendo a palidecer—. Sí, debió de lanzarlo él..., sí, lord Guillonk, nuestro enemigo... Sí, recuerdo que Sambigliong aseguró que lo había visto a

la cabeza de una partida de dayakas, allá en la selva donde se ocultó Sandokan... Es él, no hay duda que es él...

Dirigióse apresuradamente hacia la mesa y empuñó una pistola, diciendo:

—Yañez no matará al tío de Mariana Guillonk, pero defenderá su propia vida.

Acercóse a la puerta y descorrió el cerrojo, pero no pudo abrirla. Apoyó en ella la espada e hizo fuerza, pero sin mejor resultado. Sorda exclamación se escapó de sus labios.

—Me han encerrado—dijo—. Ahora estoy perdido.

Buscó otra salida, pero la habitación no tenía más que dos ventanas, y bajo ellas veíanse a los guardias del rajá y a la multitud.

—¡Maldita sea esta fiesta!—exclamó con rabia.

En aquel instante oyó llamar a la puerta. Levantó la pistola, gritando:

—¿Quién es?

—James Brooke—respondió el rajá desde la puerta exterior.

—¿Solo o acompañado?

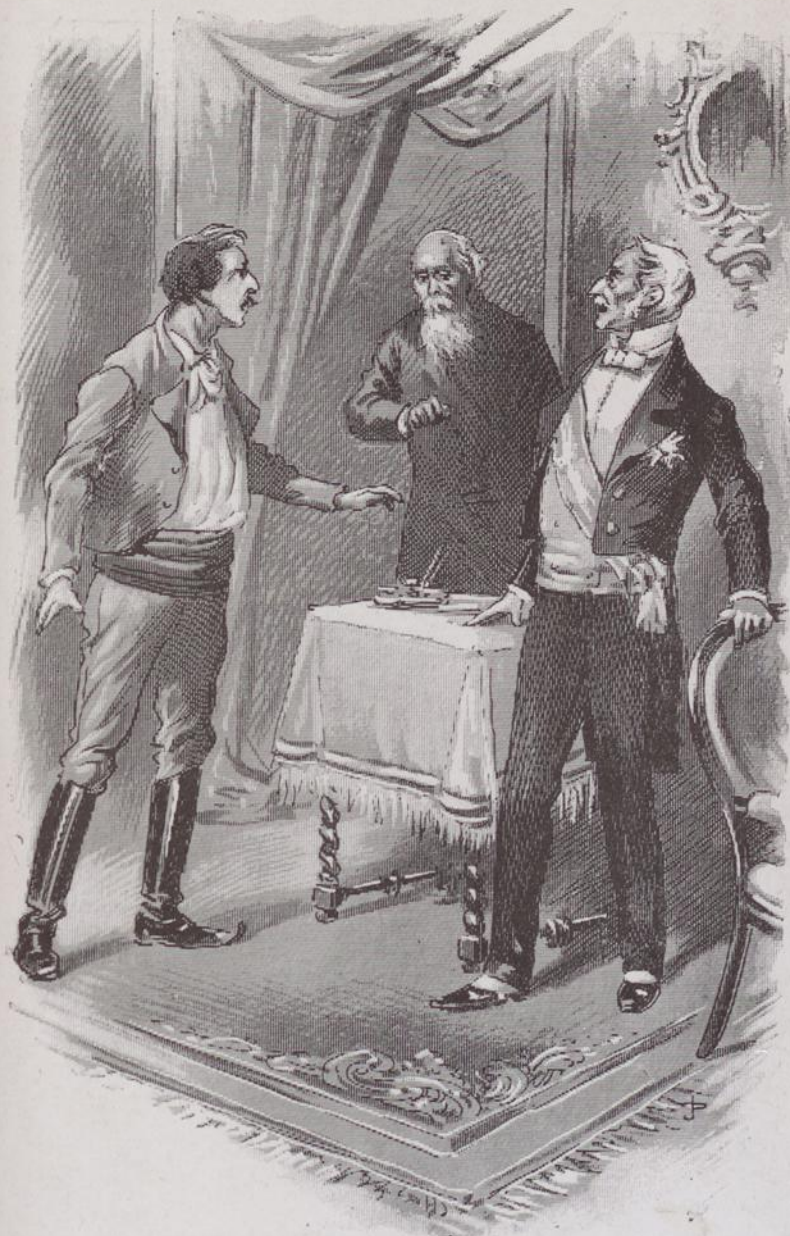
—Solo, milord, y sin armas.

—Pase Vuestra Alteza—dijo Yañez, con acento irónico.

Colocóse la pistola en el cinto, cruzó los brazos sobre el pecho y, alta la cabeza y serena la mirada, esperó a que entrase el formidable adversario.




LOS PIRATAS DE LA MALASIA




—¿Me reconoces, Yáñez de Gomera?—le preguntó con sordo acento.







## CAPITULO IX



### Lord James Guillonk

El rajá entró.

Llegaba solo, sin armas y vestido todavía de negro. Sin embargo, no era el hombre tranquilo y sonriente de antes. Aparecía pálido, no por el miedo, sino por la cólera; mostraba el entrecejo fruncido, la mirada centelleante y una sonrisa sarcástica que hacía daño a quien la veía. No era ya el príncipe de Sarawack; era el exterminador de los piratas que se aprestaba a aniquilar a uno de los jefes más poderosos de la piratería malaya.

Durante algunos segundos permaneció inmóvil en el umbral, dirigiendo a Yañez una mirada, aguda como la punta de un puñal, luego avanzó tres pasos en la estancia. La puerta cerróse inmediatamente tras él.

—Señor—dijo con acento áspero.

—Alteza—exclamó Yañez, en el mismo tono.

—Supongo que ya comprenderá usted el objeto de mi visita.

—Es probable. Ruego a Vuestra Aleza que tome asiento.

El rajá se sentó en una silla Yañez se apoyó en una mesa en la cual se veía un cris al alcance de su mano.

—Señor—empezó diciendo el rajá, con voz tranquila—. ¿Sabe usted cómo me llaman en Sarawack?

—James Brooke.

—No, me llaman el «Exterminador de los piratas».

El portugués se inclinó, sonriendo.

—Feo apodo, Alteza.

—Ahora que sabe usted quién es James Brooke, rajá de Sarawack, quitémonos las caretas y hablemos.

—En buena hora, Alteza.

—Si yo desembarcara en Mompracem.

—¡Ah!—exclamó Yañez—. Vuestra Alteza sabe...

—Déjeme usted acabar, caballero. Si yo, repito, desembarcara en Mompracem y pidiese hospitalidad al Tigre de la Malasia o a su lugarteniente, y luego averiguaran que era uno de sus enemigos más encarnizados, ¿qué harían conmigo?

—¡Por Baco! Si se tratase de James Brooke, el Tigre de la Malasia o su lugarteniente no vacilarían en pasarle una cuerda al cuello.

—Pues bien, señor Yañez de Gomara...

—¡Señor Yañez!...—le interrumpió el portugués—. ¿Quién ha dicho que me llamo Yañez de Gomara?

—Un hombre que tiene que saldar una cuenta con usted.

—¿De modo que he sido vendido?

—Precisamente, está usted descubierto.



—¡El nombre de ese individuo, James Brooke!—gritó Yañez, avanzando un paso hacia el rajá—. ¡Quiero saberlo!

—¿Y si yo rehusara decírselo?

—Yo sabría obligar...

El rajá prorrumpió en una carcajada.

—Me amenaza usted—exclamó—, y no piensa que tras esta puerta diez hombres, armados hasta los dientes, esperan una palabra mía para entrar y arrojarse sobre usted. Sin embargo, voy a complacerle...

Dió dos palmadas. Abrióse la puerta y un anciano de elevada estatura, robusto todavía, con luenga barba blanca y rostro curtido por el sol de los trópicos, entró con paso lento. Yañez no pudo contener un grito.

En el acto lo había reconocido. Aquel hombre era lord James Guillonk, el tío de la difunta esposa del Tigre de la Malasia, el enemigo que tenía jurado colgar a los dos cabecillas de la piratería. Era, en fin, el mismo hombre a quien Sambigliong encontró en el bosque al frente de un puñado de dayakas.

—¿Me reconoces, Yañez de Gomara?—le preguntó con sordo acento.

—Sí, milord—respondió el portugués, recobrando en seguida su serenidad.

—Una voz me aseguraba que algún día encontraría a los raptos de mi sobrina Mariana, y ya ves que no me engañaba.

—¿Raptos has dicho? Lady Mariana fué robada con su consentimiento. Amaba al Tigre de la Malasia, no lo aborrecía.

—Poco me importa saber si amaba u odiaba al pirata. Se la robaron a James Guillonk, su tío, y esto me basta. Yañez de Gomara, te he buscado durante largos años sin tomar un momento de reposo. ¿Sabes para qué?

—Lo ignoro.

—Para vengarme.

—Ya te he dicho que lady Mariana no fué raptada. ¿De qué pretendes vengarte, entonces?

—Del mal que me has hecho privándome de la única persona que de mi familia me quedaba, de las humillaciones que me has impuesto, de los daños causados a mi patria. Respóndeme, ahora, ¿dónde está mi sobrina? ¿Es verdad que ha muerto?

—Tu sobrina, o mejor dicho, la esposa del Tigre de la Malasia, duerme el sueño eterno en el cementerio de Batavia—respondió Yañez con triste acento.

—¿Asesinada, acaso, por su infame raptor?

—No, víctima del cólera. Y por si lo ignoras, te diré que Sandokan, el sanguinario pirata de Mompracem, ha llorado y llorará durante muchos años a lady Mariana Guillonk.

—¡Sandokan!—exclamó el lord con intraducible acento de odio—. ¿Dónde está ese hombre?

—Tu sobrino se encuentra en un lugar seguro del territorio dominado por el rajá de Sarawack.

—¿Qué hace aquí?

—Ha venido a salvar a un hombre injustamente condenado, que ama a Ada Corishant, tu pariente.

—¡Mientes!—rugió el lord.

—¿Quién es ese hombre condenado?—preguntó el rajá, poniéndose en pie.

—No puedo decirlo—replicó Yañez.

—Lord Guillonk—exclamó el rajá—. ¿Tiene usted algún pariente que lleve el nombre de Corishant?

—La madre de mi sobrina Mariana tenía un hermano que se llamaba Harry Corishant.

—¿Dónde residía?

—En la India.



—¿Vive aún?

—Me han referido que murió.

—¿Tenía una hija llamada Ada?

—Sí, pero la raptaron los thugs indios, y no se ha vuelto a saber de ella.

—¿Cree usted que viva aún?

—No, Alteza.

—Entonces...

—Ese pirata nos engaña.

—Si yo jurase por mi honor—dijo el portugués, levantando la cabeza y mirándolo cara a cara—que cuanto he afirmado es cierto, ¿me creerías?

—Un pirata no tiene honor—exclamó con desprecio lord Guillonk.

Yañez palideció y su mano oprimió la culata de una pistola. Luego dijo con voz grave:

—Si no fueras tío de la difunta lady Mariana, a esta hora habría cometido un homicidio. Es la cuarta vez que te perdono la vida, no lo olvides.

—Pues bien, habla. Tal vez conceda crédito a tus palabras.

—Repito lo que aseguré hace poco. El Tigre de la Malasia ha venido aquí para salvar a un hombre injustamente condenado, que ama a tu pariente Ada Corishant.

—Dime cómo se llama ese hombre, y el lugar en que se encuentra Ada.

—Ada Corishant se halla con el Tigre de la Malasia.

—¿Dónde?

—Ahora no puedo decirlo.

—¿Por qué?

—Porque seríais capaces de caer sobre Sandokan y hacerlo prisionero o matarlo. Prometedme dejarlo partir libre-

mente para su isla. y os daré a conocer el sitio en que se halla y lo que hace en este momento.

—Esa promesa no saldrá nunca de mi boca—dijo el rajá. interviniendo—. Ya es hora de que el Tigre de la Malasia desaparezca para siempre de esos mares, que durante tantos años ha ensangrentado.

—Y menos de la mía—añadió lord Guillonk—. Hace cinco años que espero la venganza.

—Pues entonces ordenad que me azoten, disponed que me quemem a fuego lento, hacedme sufrir mil torturas; los labios de Yañez de Gomara no pronunciarán ni una palabra más.

Mientras el portugués hablaba, dos indios penetraron por la ventana y se acercaron silenciosamente a la mesa. Parecía que no esperaban más que una señal para lanzarse sobre el pirata.

—¿De modo que no quieres hablar?—dijo el rajá, después de hacer un gesto rápido a los indios.

—No—respondió Yañez con increíble firmeza.

—Pues bien, yo, James Brooke, rajá de Sarawack, te detengo.

Al oír aquellas palabras, los dos guardias se arrojaron sobre el portugués, que no había notado su presencia, y lo derribaron, arrancándole las pistolas.

—¡Miserables!—gritó el prisionero.

Con un esfuerzo hercúleo les hizo caer, pero lograron ponerse de pie y en seguida lo ataron de pies y manos y lo amordazaron.

—¿Lo matamos?—preguntó uno de aquellos hombres, desenvainando el cris.

—No—contestó el rajá—. Ese hombre debe hacer revelaciones.

—¿Hablará?—dijo lord Guillonk.



—Ahora mismo, milord—replicó Brooke.

A una señal suya, salió uno de los indios; al poco rato volvió llevando en bandeja de plata un vaso lleno de un líquido verdoso.

—¿Qué bebida es esa?—preguntó el lord.

—Una limonada—contestó el rajá.

—¿Para qué?

—Para hacer que hable el prisionero.

—Mucho lo dudo, Alteza.

—Ya lo verá usted.

—¿Lleva mezclado veneno?

—Un poco de opio y algunas gotas de «youma».

—¿Es acaso bebida india?

—Sí, milord.

Los dos guardias, a una señal de su jefe, quitaron a Yañez la mordaza, le abrieron la boca a la fuerza y le hicieron tragar la limonada.

—Esté usted atento, milord—dijo el rajá—. Muy pronto sabremos dónde se esconde el Tigre de la Malasia.

El prisionero se vió nuevamente amordazado, a pesar de sus dentelladas y de sus violentas sacudidas, para que no alarmase con sus gritos a los invitados, que proseguían bailando en el salón inmediato.

Al cabo de cinco minutos, su rostro, pálido por la ira, comenzó a colorearse y sus ojos a brillar como los de una serpiente irritada. Sus retorcimientos y sus esfuerzos se calmaron poco a poco, hasta que cesaron del todo.

—Dejadle reír—dijo el rajá.

Un indio volvió a quitarle la mordaza. Cosa extraña: el portugués, que pocos momentos antes parecía que iba a reventar de rabia, ahora amenazaba con reventar de risa.

Estalló en carcajadas convulsivas y tan estrepitosas cual si de repente se hubiera vuelto loco. Y como si esto no basta-

ra, hablaba sin tomar resuello, ora de Mompracem, ora de los piratas, ora de Sandokan, lo mismo que si estuviera en presencia de amigos en vez de hallarse ante enemigos.

—¡Este hombre ha perdido el juicio!—exclamó lord Guillonk en el colmo de la sorpresa.

—No ha perdido el juicio, milord—dijo el rajá, sonriendo—. Es que la limonada le hace efecto. Los indios, como ve usted, disponen de bebidas realmente maravillosas.

—¿Nos dirá dónde se halla el Tigre de la Malasia?

—Sin duda. Bastará interrogarlo.

—Amigo Yañez—dijo el lord, volviéndose hacia el portugués, que continuaba riendo con más estrépito—. Habla.

El pirata, libre ya de las cuerdas que le sujetaban pies y manos, al oír la voz del lord, se levantó prontamente.

—¿Quién nombra al Tigre de la Malasia?—preguntó—. El Tigre... ¡ja... ja!... El Tigre de la Malasia... ¿Quién no lo conoce? ¿Eres tú, viejo, el que no sabe de él?... ¡No conocer al Tigre, al invencible Tigre!... ¡Ja... ja... ja!...

—¿Está quizá aquí el Tigre?—le preguntó el rajá.

—Sí, precisamente, en el territorio de James Brooke, el rajá de Sarawack. Y ese estúpido de Brooke lo ignora... ¡Ja... ja!...

—Este hombre insulta a Vuestra Alteza—exclamó lord Guillonk.

—¿Qué importa?—dijo el rajá, encogiéndose de hombros—. Insulta, pero pondrá en nuestras manos al jefe de los bandidos de Mompracem.

—Entonces prosiga Vuestra Alteza.

—Dime, Yañez, ¿dónde se esconde Sandokan?

—¿No lo sabes?... ¡Ja... ja!... ¡No sabe dónde está Sandokan! Pues aquí, aquí mismo—dijo Yañez, y siguió riendo.

—¿Pero en qué lugar?



—¿En qué lugar?... En...

Se detuvo. Tal vez un relámpago de lucidez le iluminó el cerebro en el momento mismo en que iba a traicionar a su fiel amigo.

—¿Por qué te detienes?—preguntó James Brooke—. ¿No lo sabes, pues?

Yañez prorrumpió en una carcajada convulsiva que le duró algunos minutos.

—Vaya si lo sé—dijo luego—. Está en Sarawack.

—No dices la verdad, Yañez.

—Sí, la digo. Y nadie lo sabe mejor que yo... ¡Ja... ja!... ¡No conocer yo dónde está Sandokan!... ¡ja... ja!... Tú te has vuelto loco.

—Pues bien, dime en qué sitio se halla.

—En la ciudad, te repito... Sí, a esta hora habrá llegado para desenterrar al muerto fingido... y nos reiremos... sí, nos reiremos de haberle jugado una mala pasada al estúpido de Brooke... ¡ja... ja!...

El exterminador de los piratas y lord Guillonk se miraron con estupor.

—¡El muerto fingido!—exclamaron al mismo tiempo—. ¿Quién es ese muerto fingido?

—¿Quién?... ¿No lo sabéis?... Tremal-Naik, el thug indio.

—¡Ah!... ¡miserable!—dijo el rajá—. Ahora comprendo. Sigue, amigo Yañez. ¿Cuándo exhumarán al muerto?

—Esta misma noche... y mañana nos reiremos. ¡Oh, sí, nos reiremos!.. ¡ja... ja!... y Tremal-Naik quedará contento... muy contento...

—Basta ya—interrumpió James Brooke—. Resolvamos en seguida lo que debemos hacer. Venga usted, milord.

Abandonaron la estancia y se retiraron al gabinete, donde esperaba el capitán de la guardia, un indio de alta estatura,

valor probado, sagacidad más que rara, único y antiguo compañero de armas del rajá.

—Kallooth—dijo el príncipe—. ¿De cuántos hombres adictos puedes disponer?

—De sesenta, indios todos.

—Dentro de diez minutos te hallarás preparado para partir con ellos.

—Está bien, rajá. ¿Y luego?

—Dejarás cuatro centinelas en la habitación de Yañez, con la orden de matarlo como a un perro a la menor tentativa de fuga. ¡Vete!

El indio saludó y salió apresuradamente.

—¿Quiere usted también ir?—preguntó el rajá a lord Guillonk.

—No me atrevía a solicitarlo, Alteza—respondió—. Yo maldigo al Tigre de la Malasia.

—Sin embargo, es sobrino de usted, milord—dijo el rajá, sonriendo.

—No lo conozco.

—Está bien. Mañana, si la fortuna se nos muestra propicia, la piratería malaya habrá perdido para siempre a sus dos jefes. A nosotros dos, Tigre de la Malasia: James Brooke te desafía.





## CAPITULO X

### En el cementerio

Mientras en la morada del rajá ocurrían los acontecimientos que se acaban de narrar, Sandokan, dos horas después del enterramiento de Tremal-Naik, en unión del maharato, acercábase a grandes pasos a la ciudad, seguido de toda su terrible banda, armada hasta los dientes y dispuesta a la lucha.

Era una noche espléndida. Millones y millones de estrellas brillaban en el cielo como diamantes, y la luna vagaba en el espacio esparciendo sobre los inmensos bosques una luz azulada de infinita dulzura.

Un silencio casi absoluto reinaba por todas partes, interrumpido sólo de vez en cuando por la suave brisa que soplabá del mar y que inclinaba, con ligero murmullo, las ramas de los árboles.

Sandokan, con la carabina bajo el brazo, los ojos muy abiertos y el oído alerta para percibir el rumor más insigni-

ficante que indicase la presencia de algún enemigo, marchaba a la cabeza de su gente, escoltado a unos cuantos pasos de distancia por el maharato.

Los piratas iban detrás en columna indiana, con el dedo en el gatillo del fusil, pisando con precaución las hojas secas y el ramaje muerto, y mirando atentamente a derecha e izquierda para no caer en ningún cepo.

A las diez, en el momento de comenzar la fiesta del rajá, los piratas tocaban en el límite extremo de la vasta espesura.

Hacia Oriente centelleaba, como enorme cinta argentina, el río, y junto a sus orillas, blanqueaban las casas y chozas de la población.

En medio de ésta, la mirada avizora de Sandokan percibió la mansión de James Brooke, cuyas ventanas aparecían iluminadas.

—¿Distingues algo allá lejos?—preguntó a Kammamuri.

—Sí, capitán. Veo luz en las ventanas.

—A lo que parece, bailan en Sarawack.

—Seguramente.

—Está bien, Mañana James Brooke se arrepentirá...

—Eso creo, capitán.

—Ponte a la cabeza de la tropa y guíanos al cementerio. Cuida, sin embargo, de mantenerte alejado de la ciudad.

—No temas, Sandokan.

—Adelante, pues.

La banda salió de la selva y atravesó una vasta llanura cultivada; esparcidos aquí y allá veíanse bellísimos grupos de «cettings» y de palmeras sacaríferas.

De la población, cuando el vientecillo soplaba con alguna más fuerza, llegaban gritos confusos, pero en la campiña no aparecían tropas ni habitantes.



El maharato, no obstante, apresuró el paso y condujo a la banda a otro bosque que se extendía alrededor de la colina defendida por el fortín.

Le constaba que el rajá tenía muchas sospechas, que sus espías rondaban por las inmediaciones de la ciudad, temiendo un ataque repentino de los piratas de Mompracem.

Al cabo de veinte minutos hizo seña a la tropa para que se detuviera.

—¿Qué ocurre?—preguntó Sandokan, adelantándose.

—Nos hallamos a la vista del cementerio—dijo el maharato.

—¿Dónde está?

—Mira allí, capitán, hacia aquel prado...

Sandokan volvió los ojos en la dirección indicada y vió el recinto. La luna blanqueaba los sarcófagos y arrancaba chispas a las cruces de hierro de los sepulcros de los europeos.

—¿Oyes algo?—preguntó Sandokan.

—Nada—contestó el maharato—salvo el rumor de la brisa que susurra entre las ramas de los árboles.

El jefe lanzó un silbido. Los piratas acudieron presurosos y lo rodearon.

—Oídme, tigres de Mompracem—les dijo—. Tal vez no ocurra nada, pero hay que desconfiar. Me consta que James Brooke es hombre perspicaz y astuto y que daría su reino con tal de aplastar a los piratas de la Malasia y a su capitán.

—Lo sabemos—respondieron los bandidos.

—Adoptemos, pues, precauciones para que no nos perturbe en nuestra tarea. Tú, Sambigliong, elige ocho hombres y apóstalos en los alrededores del cementerio, a mil pasos de distancia. Tan pronto como escuches algún ruido o veas gente, me avisas con uno de tus soldados.

—Está bien, capitán—contestó el pirata.

—Tú, Tanauduriam, con seis hombres, te situarás también junto al cementerio a quinientos pasos de nosotros. Lo mismo que tu compañero, en seguida que oigas o veas algo sospechoso, me lo advertirás.

—Perfectamente, capitán.

—Y tú, Aier-Duk, con cuatro camaradas, te colocas en la mitad de la cuesta de aquella colina. Allí hay un fortín habitado y podría bajar alguien.

—Estoy a tus órdenes, Tigre de la Malasia.

—Idos, pues, y al primer silbido que lance, replegaos todos hacia el cementerio.

Las tres guerrillas pusiéronse en marcha, tomando cada cual diversas direcciones. Los demás piratas, guiados por Sandokan y por Kammamuri, bajaron hacia el camposanto.

—¿Sabes con exactitud dónde fué inhumado?—preguntó el Tigre al indio.

—En medio del cementerio—respondió el maharato.

—¿A mucha profundidad?

—Lo ignoro. Yañez y yo nos encontrábamos al pie de la colina cuando los marineros lo enterraron. ¿Lo encontraremos vivo?

—Por supuesto, pero no abriré los ojos hasta mañana después del mediodía.

—¿A dónde iremos cuando lo hayamos desenterrado?

—Volveremos a los bosques y, apenas se nos una Yañez, correremos en busca de Ada.

—¿Y luego?

—Partiremos en seguida. Si James Brooke se entera de lo que hemos hecho, nos dará caza en todo su territorio.

—Pero estamos sin *praho*, capitán.

—Compraremos uno. Yañez y yo disponemos de sumas considerables.



En aquel momento llegaron al sagrado recinto Sandokan primero, y Kammamuri y los piratas después, entraron.

—Por lo visto, estamos solos—dijo el Tigre—. Adelante...

Dirigiéronse hacia el centro del cementerio y se detuvieron ante una fosa cubierta recientemente.

—Aquí debe de ser—exclamó el maharato, con viva emoción—. ¡Pobre amo!...

Sandokan desenvainó la cimitarra y levantó con precaución la tierra. Kammamuri y los piratas, con sus cris, lo imitaron.

—¿Lo encerraron en ataúd, o lo envolvieron en una hamaca?—preguntó el capitán.

—En una hamaca—contestó el maharato.

—Cavad con cuidado; podríais herirle.

Excavando con prudencia y retirando la tierra con las manos, profundizaron dos pies, hasta que la punta de un cris tropezó con un cuerpo bastante duro.

—Aquí está—dijo un pirata, retirando bruscamente el brazo.

—¿Has encontrado el cadáver?—preguntó Sandokan.

—Sí—respondió el interpelado.

—Levanta la tierra.

El bandido metió el brazo en la fosa e hizo volar la tierra a derecha e izquierda. En seguida apareció la hamaca que envolvía a Tremal-Naik.

—Prueba de sacarlo—dijo el jefe.

El pirata cogió la hamaca, y reuniendo todas sus fuerzas, comenzó a tirar. Poco a poco separóse la tierra y apareció el cadáver.

—¡Amo mío!—murmuró el maharato, con voz sofocada por la emoción.

—Tráelo aquí—dijo Sandokan.

Empuñó el cris y con gran delicadeza desgarró a lo largo el resistente tejido, poniendo al descubierto el cuerpo de Tremal-Naik.

El indio tenía el aspecto de un muerto. Los músculos aparecían rígidos, la piel brillante y de color gris, los ojos vueltos y los labios abiertos y manchados con baba sanguinolenta. Todos, al verle, habrían asegurado que aquel hombre había fallecido víctima de un veneno activo.

—¡Amo mío!—repitió Kammamuri, inclinándose sobre él—. ¿Es verdad, capitán, que no ha muerto.

—Te lo garantizo—respondió Sandokan.

El maharato apoyó la mano en el pecho de Tremal-Naik.

—No le late el corazón—exclamó con terror.

—Te digo que no ha muerto.

—¿No hay manera que resucite ahora?

—Imposible.

—¿Y mañana?...

El maharato no acabó de formular la pregunta. En la llanura se dejó oír de repente un silbido agudo: el silbido de alarma.

Sandokan, que estaba arrodillado junto a Tremal-Naik púsose en pie de un salto. Su mirada se clavó en los bandidos.

—Un hombre se acerca—dijo—. ¿Nos amenaza tal vez algún peligro?

Un pirata corría hacia el sagrado recinto con la rapidez de un ciervo. En la diestra llevaba una cimitarra desenvainada que, a la luz de la luna, brillaba como si fuese de plata.

En breves instantes, después de saltar de un brinco la empalizada, llegó hasta Sandokan.

—¿Eres tú, Sambigliong?—preguntó el Tigre de la Malasia, frunciendo el entrecejo.

—Sí, mi capitán—respondió el pirata, con voz entrecortada por tan larga carrera.



LOS PIRATAS DE LA MALASIA



—Ríndete, James Brooke—gritó Sandokan.





—¿Qué nuevas me traes?

—Estamos a punto de ser atacados.

—¿Quiénes?

—Nosotros.

Sandokan dió un salto. De repente se había transformado. Sus ojos despedían chispas, sus labios, contraídos, mostraban los dientes blancos cual los de un animal carnívoro. El Tigre de la Malasia se despertaba.

—¿Atacados nosotros? —repelía, oprimiendo con frenesí su terrible cimitarra.

—Sí, capitán. Un pelotón de hombres armados acaba de salir de la ciudad y se dirige a paso de carga hacia este lugar —dijo Sambigliong.

—¿Cuántos soldados son?

—Sesenta, por lo menos.

—¿Y avanzan hacia aquí?

—Sí, capitán.

—¿Qué había ocurrido?... ¿Y Yañez?... ¡Rayos del cielo! ¿Estará preso?... ¡Ay, de ti! James Brooke, ay de ti!...

—¿Qué debemos hacer? —preguntó Sambigliong.

—Lo primero de todo, concentrar a nuestros hombres.

Llevóse a los labios un silbato, y a sus ecos los piratas se congregaron en torno de Sandokan.

—Somos cincuenta y seis—dijo—; pero todos valientes; cien hombres no nos harían temblar.

—Ni tampoco doscientos—dijo Sambigliong, envainando el acero. Tan pronto como el Tigre de la Malasia lo ordene, caeremos sobre Sarawack y lo incendiaremos.

—Por ahora no hay que llegar a ese extremo—replicó Sandokan—. Escúchame.

—Habla, Tigre de la Malasia.

—Tú, Sambigliong, tomarás ocho hombres e irás a ocul-

tarte tras de aquellos árboles. Tú, Tanauduriam, con otros tantos, te esconderás entre aquel grupo de arbustos, frente por frente a Sambigliong.

—Bien—contestaron los dos bandidos.

—Y tú, Aier-Duk, con tres hombres ocuparás el centro del cementerio.

—Obedezco.

—Pero fingirás cavar una fosa.

—¿Para qué?

—Para dejar que la tropa se acerque sin temor. Yo me ocultaré con el resto de nuestra gente tras de la cerca, y cuando llegue el momento oportuno, daré la señal de ataque.

—¿Cuál será?—preguntó Sambigliong.

—Un tiro. Hecha la señal, todos descargaréis las carabinas sobre el enemigo y en seguida lo atacaréis con las cimitarras.

—¡Magnífico plan!—exclamó Tanauduriam—. Los cogemos en medio.

—¡A vuestros puestos!—ordenó el Tigre.

Sambigliong y sus compañeros fueron a emboscarse en la espesura; Tanauduriam, con los suyos, ocultáronse a la izquierda. El Tigre de la Malasia se arrodilló tras el cercado en unión de la mayor parte de los bandidos, y Aier-Duk, con sus camaradas, acercóse a Tremal-Naik, fingiendo cavar la tierra.

Ya era tiempo. Una doble fila de indios desembocaba en aquel momento en la pradera, precedida por un hombre vestido de blanco. Los soldados avanzaban silenciosamente, con los fusiles en la mano, preparados para la carga.

—Kammamuri—dijo Sandokan, que expiaba a la banda enemiga—, ¿ves a ese hombre del traje blanco?

—Sí, capitán.

—¿Puedes decirme quién es?



El maharato enarcó las cejas y observó con gran atención.

—Capitán—dijo, muy alterado—, apostaría a que es el rajá Brooke.

—¡El... él!...—exclamó el Tigre con acento de odio—. ¡Venir a desafiarme!... ¡James Brooke, estás perdido!

—¿Pretendes matarlo?

—Mi primer disparo será para él.

—No harás eso, capitán.

El Tigre de la Malasia volvióse hacia Kammamuri, mostrando los dientes.

—¿Quién me lo impedirá?—preguntó con ira.

—Tal vez se encuentre Yañez prisionero.

—Es verdad.

—¿No sería mejor que nos apoderásemos del rajá?

—Te comprendo. Querrías hacer un cambio.

—Sí, capitán.

—La idea me parece excelente, Kammamuri. Pero odio a ese hombre que tanto daño ha causado a la piratería malaya.

—...Yañez vale más que el rajá.

—Tienes razón, maharato. Sí, Yañez ha caído prisionero. Me lo dice el corazón.

—En ese caso, ¿quién le devolverá la libertad?

—Nosotros dos. Y ahora silencio y atención a la señal.

Los indios habían llegado a cuatrocientos pasos del cementerio. Temiendo que los descubriese Aier-Duk, que seguía cavando lo mismo que sus tres compañeros, echáronse al suelo y avanzaron arrastrándose.

—Esperemos a que adelanten diez pasos más—murmuró Sandokan, atormentando el gatillo de su carabina—, y entonces le enseñaré cómo se bate el Tigre de la Malasia en medio de los cachorros de Mompracem.

Pero los indios, en vez de seguir avanzando, detuviéronse

a una señal del rajá, dirigiendo las miradas hacia los matorrales que rodeaban a la pradera.

Sin duda temían alguna emboscada.

Después de unos cuantos minutos, se extendieron, formando una especie de semicírculo, y continuaron su marcha con mayor prudencia.

De repente, Sandokan, que seguía arrodillado tras de la tapia, se puso en pie.

Echóse la carabina a la cara, miró a su alrededor durante breves segundos, y al fin oprimió el gatillo. Un disparo repercutió en el espacio turbando el profundo silencio que reinaba en el cementerio. Un indio, el que formaba a la cabeza de la columna, caía de espaldas un momento después con una bala en la frente.





## CAPITULO XI

### El combate

Aún no se había extinguido el eco de la detonación, cuando una gritería espantosa se dejó oír en la pradera, a derecha, a izquierda y ante los indios.

En seguida diez, quince, veinte disparos partieron de la espesura con la rapidez del rayo. Dieciséis o dieciocho indios, muertos unos y heridos otros, rodaron entre la hierba, mucho antes de que hubieran podido hacer uso de las armas.

—¡Adelante, hijos míos!—gritó el Tigre de la Malasia, saltando la tapia, seguido de Kammamuri, de Aïer-Duk y de los demás bandidos—. ¡Caigamos sobre esos perros!...

Sambigliong y Tanauduriam salieron de la espesura y se lanzaron con la cimitarra en la mano, a la cabeza de sus pequeños grupos.

—¡Viva el Tigre de la Malasia!—gritaron los unos.

—¡Viva Sandokan! ¡Viva Mompracem!—gritaban los otros.

Los indios, al ver que todos aquellos hombres caían sobre ellos, concentráronse rápidamente e hicieron una descarga cerrada. Tres o cuatro piratas rodaron ensangrentando el suelo.

—¡Adelante, hijos míos!—repitió el Tigre.

Los piratas, animados por su jefe, arrojáronse contra las filas enemigas, hiriendo sin piedad a cuantos se ponían delante.

El choque fué tan terrible, que los indios replegáronse unos sobre otros, formando una masa compacta de humanos cuerpos.

El Tigre de la Malasia penetró en las filas, como una cuña en el tronco de un árbol, y las dividió en dos.

Tres, cinco, diez piratas le siguieron y atacaron por la espalda a los indios, los cuales, viendo ya perdida toda esperanza de vencer, corrían a derecha e izquierda tratando de ponerse en salvo con una pronta fuga.

Diez o doce se mantenían firmes y en medio de ellos se hallaba James Brooke.

Sandokan acometió rabiosamente al grupo, resuelto a acabar con su mortal enemigo.

Kammamuri, Aier-Duk, Tanauduriam y otros compañeros le seguían, en tanto que Sambigliong daba caza a los fugitivos para impedir que se rehicieran y que volvieran a la carga.

—Ríndete, James Brooke—gritó Sandokan.

El rajá respondió con un pistoletazo cuya bala hizo blanco en un pirata.

—¡Adelante, muchachos!—aulló Sandokan, derribando a un indio que se le puso delante.

El grupo, en menos que se dice, a pesar de su desesperada resistencia, fué abierto por las cimitarras y por los cris envenenados de los tigres de Mompracem. Kammamuri y Tanauduriam se arrojaron sobre el rajá, impidiéndole seguir



a sus fieles que huían, acosados por Aïer-Duk y sus compañeros.

—¡Entrégate!—le gritó Kammamuri, arrancándole la pistola y la espada.

—Me entrego—respondió Brooke, comprendiendo que era inútil la resistencia.

Sandokan avanzó con la cimitarra en la mano.

—James Brooke—dijo con acento irónico—, eres mío.

El rajá, sujeto por el férreo puño de Tanauduriam, levantó los ojos hasta el jefe de los piratas, al que nunca había visto.

—¿Quién eres?—le preguntó con voz sofocada por la ira.

—Mírame a la cara—respondió el pirata.

—Serás acaso...

—Soy Sandokan, o mejor dicho, el Tigre de la Malasia.

—Lo sospechaba. Pues bien, ¿qué quieres de James Brooke?

—Ante todo, una respuesta.

Sarcástica sonrisa se dibujó en los labios del rajá.

—¿Y yo te voy a contestar?—preguntó.

—Sí, y hasta emplearé el fuego para hacerte hablar. James Brooke, te odio, ¿me oyes?, pero te odio como sabe odiar el Tigre de la Malasia. Has hecho mucho daño a los piratas de Mompracem y podría vengar a los que tú has asesinado sin piedad.

—¿Acaso no tenía yo derecho a exterminarlos?

—También yo tengo derecho a exterminar a los hombres de raza blanca que me han mordido el corazón. Pero dejémonos de derechos y responde a mi pregunta.

—Habla.

—¿Qué has hecho de Yañez?

—¿Yañez?—dijo el rajá—. ¿Te interesa mucho este individuo?

—Bastante, James Brooke.

—No te falta razón. Ese blanco posee un valor verdaderamente extraordinario y puede prestarte inmenso auxilio.

—¿Lo has hecho prisionero?

—Sí.

—Ya lo sospechaba. ¿Y cuándo?

—Esta noche.

—¿De qué modo?

—Eres muy curioso.

—¿No quieres contarlo?

—Sí, te lo diré.

—Habla, pues.

—¿Conoces a lord Guillonk?

Sandokan, al oír este nombre se estremeció. Una profunda arruga se marcó sobre su frente, pero en seguida se borró.

—Sí—dijo con sordo acento.

—Si no me engaño, lord Guillonk es tío tuyo.

Sandokan no contestó.

—Tu tío fué quien reconoció a Yañez y quien lo mandó detener.

—¡El!...—exclamó el Tigre—. ¡Siempre él!... ¿Y dónde se encuentra Yañez?

—En mi habitación, atado sólidamente y bien guardado.

—¿Qué te propones hacer con él?

—No lo sé aún, pero ya lo pensaré.

—¿Que lo pensarás?...—exclamó el Tigre de la Malasia, sonriendo, pero con risa que causaba estremecimientos—. ¿Y no reflexionas, James Brooke, que estás en mis manos? ¿No reflexionas que te odio? ¿No reflexionas que mañana al amanecer podrías dejar de ser rajá de Sarawack?

James Brooke, a pesar de que poseía un valor extraordinario, palideció al oír estas palabras.



—Intentas asesinarme?—le preguntó con tono que revelaba intranquilidad.

—Si no aceptas el cambio, te mataré—afirmó Sandokan, resueltamente.

—¿Un cambio? ¿Cuál?

—Que tus soldados me devuelvan a Yañez y yo te restituiré la libertad.

—¿Te interesa mucho ese hombre?

—Bastante.

—¿Por qué?

—Porque siempre me ha amado como si fuese un hermano. ¿Aceptas la propuesta?

—Acepto—dijo el rajá, después de un momento de reflexión.

—Tienes que consentir que te aten y te amordacen.

—¿Con qué objeto?

—Tus soldados podrían volver aquí en mayor número y atacarnos.

—¿A dónde me conducirás?

—A lugar seguro.

—Haz lo que quieras.

Sandokan dirigió una seña a Kammamuri. En seguida llevaron cuatro parihuelas, formadas con ramas, unos cuantos piratas. La primera estaba vacía, la segunda se hallaba ocupada por Tremal-Naik, y las otras por dos dayakas de la guerrilla de Sambigliong, gravemente heridos.

—Ata y amordaza al rajá—dijo Sandokan al maharato.

—Está bien, capitán.

Con sólidas cuerdas sujetó al rajá, que no opuso resistencia, lo amordazó con un pañuelo de seda y lo colocó en la parihuela vacía.

—¿A dónde vamos?—preguntó así que acabó su tarea,

—Al campamento—respondió Sandokan.



Llevóse a los labios el silbato de plata y lanzó tres notas agudas.

Los piratas que perseguían a los indios retrocedieron velozmente con Sambigliong y Aier-Duk.

Sandokan pasó revista en un momento.

Faltaban once hombres.

—Han muerto—exclamó Tanauduriam.

—En marcha—ordenó Sandokan, ahogando un suspiro.

La tropa se puso en camino inmediatamente, internándose en los bosques y describiendo un semicírculo alrededor de la colina dominada por el fortín. Diez hombres, guiados por Tanauduriam y Sambigliong abrían la marcha con las carabinas bajo el brazo, dispuestos a rechazar cualquier ataque; seguían las parihuelas de los heridos, con el rajá y con Tremal-Naik. Aier-Duk, con los demás piratas, cerraba la marcha.

El viaje fué breve. A las cinco de la mañana, sin haber tropezado con indios ni con dayakas, llegaban a la derruida aldea, defendida por recias empalizadas y por trincheras.

Sandokan distribuyó algunos hombres a derecha, a izquierda, delante y detrás del campamento, en previsión de un repentino ataque de las tropas de Sarawack; después ordenó que desatasen al rajá, el cual, durante el viaje, no había pronunciado palabra.

—Si no te sirve de molestia, escribe, James Brooke—le dijo Sandokan, presentándole un pliego de papel y una pluma.

—¿Qué debo decir?—preguntó el rajá, que parecía bastante tranquilo.

—Que eres prisionero del Tigre de la Malasia y que para salvarte es preciso que pongan inmediatamente en libertad a Yañez, mejor dicho, a lord Welker...



El rajá cogió el pliego, se lo puso sobre la rodilla y empezó a escribir.

—Un momento—dijo Sandokan.

—¿Qué más quieres?—preguntó el inglés, enarcando las cejas.

—Añadirás que si dentro de cuatro horas no se halla aquí Yañez, te colgaré del árbol más alto de la selva.

—Está bien.

—Agrega otra cosa—dijo el pirata.

—Que no intenten libertarte por la fuerza; tan pronto como vea que se acerca gente armada, te hago ahorcar también.

—Parece que tienes muchos deseos de verme ahorcado—exclamó el rajá, con ironía.

—No lo niego, James Brooke—replicó Sandokan, dirigiéndole una mirada feroz—. Escribe.

El rajá cogió la pluma y concluyó la carta que entregó en seguida al capitán.

—Está bien—respondió éste, después de leerla—. ¡Sambligiong.

El bandido acudió presuroso.

—Lleva este pliego a Sarawack—dijo el Tigre—. Lo entregarás a lord James Guillonk.

—¿Me harán falta las armas?

—Ni siquiera el cris. Anda y vuelve pronto.

—Correré como un caballo, capitán.

El pirata ocultó la carta en el cinturón, arrojó al suelo la cimitarra, el hacha y el cris y partió a la carrera.

—Aier-Duk—dijo Sandokan, volviéndose hacia el bandido, que se hallaba cerca—. Vigila atentamente a este inglés. Cuidado, que si se escapa te fusilo.

—Puedes estar tranquilo, capitán—respondió el pirata.

El Tigre montó la carabina, llamó a Kammamuri, que permanecía junto a su amo aletargado, y abandonó la aldea, dirigiéndose hacia una altura desde la cual veíase, en lontananza, la ciudad de Sarawack.

—¿Salvaremos, al fin, al capitán Yañez?—preguntó el maharato, que lo seguía.

—Sí—respondió Sandokan—. Dentro de dos horas estará aquí.

—¿De veras?

—No tengas duda. El rajá vale tanto como Yañez.

—Sin embargo, permanezcamos en guardia, capitán. Los indios—y en Sarawack abundan—son capaces de atravesar un bosque sin producir el más pequeño rumor.

—No temas, Kammamuri. Mis piratas son más astutos aún que los indios y ningún enemigo se acercará a la aldea sin ser descubierto.

—¿Nos perseguirá James Brooke?

—Seguramente. Apenas vuelva a Sarawack reunirá a su guardia y a los dayakas y se lanzará tras de nuestras huellas.

—Entonces, libraremos una segunda batalla.

—No, porque partiremos en seguida.

—¿En qué dirección?

—Hacia la bahía donde se encuentra Ada Corishant.

—¿Y luego?

—Adquiriremos un *praho*, como ya te he dicho, y abandonaremos para siempre estas costas.

—¿Y a dónde conducirás a mi amo?

—A donde él quiera ir.

En aquel momento llegaban a la altura que se elevaba unos cuantos metros por encima de los árboles más copudos de la selva.

Sandokan cubrióse los ojos con las manos para defenderse de los rayos del sol y miró atentamente el paisaje vecino.



A diez millas de distancia extendíase Sarawack. El río se deslizaba entre las verdes plantaciones y los bosques y semejaba una cinta de plata.

—Mira hacia allí—dijo Sandokan, señalando a un hombre que corría como un gamo en dirección de la ciudad.

—¡Sanbligiong!—exclamó Kammamuri—. Si continúa a ese paso, estará aquí dentro de dos horas.

—Eso mismo creo.

Sentóse al pie de un árbol, y sacando un cigarrillo empezó a fumar, mirando atentamente hacia la población. El maharato lo imitó.

Transcurrió una hora larga como un siglo sin que sucediera nada. Luego pasó otra, más larga aún que la primera, para los dos piratas. Finalmente, a las diez, un grupo de personas apareció junto a un bosquecillo.

Sandokan se puso en pie. En su rostro, habitualmente impasible, reflejábase viva ansiedad. Aquel hombre, aquel pirata sanguinario, amaba extraordinariamente a su fiel compañero, el intrépido Yañez.

—¿Dónde? ¿Dónde?...—le oyó murmurar Kammamuri, con voz temblorosa.

—Veo un traje blanco en medio de la tropa. ¡Mira!

—¡Sí, sí!—exclamó Sandokan, con indescriptible alegría.

—Es él, mi buen Yañez. ¡Date prisa, hermano mío, date prisa!

Permaneció en aquel sitio, inmóvil, inclinado, fijos los ojos en el traje blanco; luego, cuando el grupo se internó bajo la espesa selva, lanzóse precipitadamente desde la colina, corriendo hacia la llanura.

Dos piratas que custodiaban el bosque llegaron en aquel mismo momento.

—Capitán—gritaron—. Ya traen a Yañez.

—¿Cuántos individuos vienen?—preguntó el Tigre, que a duras penas podía dominarse.

—Doce, con Sambigliong.

—¿Armados?

—Sin armas.

Sandokan llevóse el silbato a los labios y lanzó tres notas agudas. En breves instantes todos los piratas se congregaron a su alrededor.

—¡Preparen armas!—ordenó.

—¡Por favor!—exclamó James Brooke, que permanecía sentado al pie de un árbol, vigilado atentamente por Aïer-Duk—. ¿Quieres asesinar a mis hombres?

El pirata se volvió hacia el inglés.

—James Brooke—le dijo con grave acento—. El Tigre de la Malasia mantiene su palabra. Dentro de cinco minutos estarás en libertad.

—¿Quién vive?—gritó en aquel instante un centinela apostado a doscientos pasos de la trinchera.

—Amigos—respondió la voz muy conocida de Sambigliong—. Baja el fusil.





## CAPITULO XII

### La resurrección de Tremal-Naik

El grupo salió de la espesura. Componíase de Sambigliong, de un oficial de la guardia del rajá, de diez indios inermes y de Yañez, desatado de pies y manos.

Sandokan, al descubrir a su amigo, no fué dueño de sí mismo. Corrió a su encuentro y, apartando violentamente a los indios, lo estrechó contra el pecho con frenesí. Y, sin embargo, aquel hombre era el Tigre de la Malasia, el feroz jefe de los piratas de Mompracem, que desde hacía muchos años ensangrentaban las olas del mar malayo.

—¡Yañez!... ¡Hermano mío!...—exclamó con voz entrecortada por la alegría.

—Sandokan, querido amigo, ¡al fin vuelvo a verte!—gritó el portugués, no menos conmovido—. ¡Por Júpiter! ¡Creí que no te abrazaría de nuevo!

—No nos separaremos más, te lo juro.

—Lo creo, hermano. Has tenido la excelente idea de hacer prisionero al rajá. Siempre he dicho que eres un grande hombre. ¿Y Tremal-Naik? ¿Dónde está el pobre indio?

—A pocos pasos de nosotros.

—¿Vivo?

—Vivo, pero todavía aletargado.

—¿Y su prometida?

—Sigue loca, pero recobrará el juicio.

—¿Y bien?...—preguntó en aquel instante una voz.

Sandokan y Yañez se volvieron. James Brooke se hallaba ante ellos, tranquilo, pero un poco pálido.

—Eres libre, James Brooke—dijo Sandokan—. El Tigre de la Malasia mantiene su palabra.

El rajá se inclinó ligeramente y se alejó algunos pasos; luego retrocedió.

—Tigre de la Malasia—exclamó—, ¿cuándo nos volveremos a ver?

—¿Quieres el desquite?—le preguntó Sandokan, con ironía.

—James Brooke no perdona.

El pirata le contempló breves instantes en silencio, como sorprendido de que aquel hombre osase desafiarlo; después, extendiendo el brazo hacia el mar, dijo con acento que causaba espanto:

—Allí hay una isla: Mompracem. El mar que la rodea está rojo todavía de sangre y lleno de naves deshechas. Cuando te acerques a aquella costa oirás los rugidos del Tigre y sus cachorrillos te saldrán al encuentro. Pero no te olvides, James Brooke, de que el Tigre y sus cachorros sienten sed de sangre.

—Iré a buscarte.

—¿Cuándo?



—El año próximo.

En los labios del pirata se dibujó una sonrisa.

—Será demasiado tarde—dijo.

—¿Por qué?—preguntó Brooke, sorprendido.

—Porque entonces no serás ya rajá de Sarawack. Porque entonces la revolución habrá estallado en tu Estado y el sobrino del sultán Mada-Hassin ocupará tu puesto.

El inglés, al oír tales palabras, palideció y retrocedió un paso.

—¿Para qué inventas esos acontecimientos?—preguntó con voz poco segura.

—No invento nada—replicó Sandokan.

—Entonces, ¿sabes algo?

—Es probable.

—Si te pidiera que explicases...

—No me explico más—interrumpió Sandokan.

—Sólo me resta darte las gracias por el aviso.

Inclinóse de nuevo ligeramente, reunió a su guardia y se alejó con paso rápido, dirigiéndose hacia Sarawack.

Sandokan, cruzados los brazos y el semblante sombrío, le siguió con la mirada. Cuando lo perdió de vista, un suspiro se le escapó del pecho.

—Ese hombre me traerá la desgracia—murmuró—. Lo presiento.

—¿Qué te ocurre, hermano?—le preguntó Yañez, acercándose—. Pareces inquieto.

—Tengo un presentimiento triste—contestó el pirata.

—¿Cuál?

—Entre nosotros y el rajá no ha concluído todo.

—¿Temes que nos ataque?

—El corazón me lo dice.

—No creo en los presentimientos, hermano. Dentro de

dos o tres días abandonaremos estas costas y entonces nada tenemos que temer de parte del rajá. ¿A dónde vamos ahora?

—A la bahía cuanto antes. Aquí no me juzgo seguro.

—Partamos, pues. Pero... ¿y Tremal-Naik?

—Antes de mediodía volverá en sí.

Sandokan dió la orden de marcha, y la tropa, con los heridos y con Tremal-Naik, a pesar de la rapidísima jornada de la mañana, púsose de nuevo en camino, siguiendo un estrecho sendero, abierto muchos años antes por los habitantes de la selva.

El Tigre y Yañez, con diez piratas elegidos entre los más valientes, marchaban a la cabeza con las carabinas en la mano, seguían las parihuelas y luego los demás bandidos con los ojos fijos en las revueltas del sendero y el oído atento para percibir el más pequeño rumor.

Llevaban recorrida cerca de media milla, cuando Aier-Duk, que se había adelantado algunos pasos para explorar el camino, se detuvo de repente y montó la carabina. Sandokan y Yañez apresuraron el paso.

—No os mováis—dijo el dayaka.

—¿Qué has visto?—le preguntó el capitán.

—Una sombra que atravesaba rápidamente por medio de aquellos matorrales.

—¿Un hombre o un animal?

—Me pareció un hombre.

—Tal vez fuera algún pobre dayaka—dijo Yañez.

—O acaso un espía del rajá.

—¿Eso crees?

—Estoy seguro.

—Aier-Duk, elige cuatro hombres y recorre el bosque. Nosotros, en tanto, seguiremos nuestro camino.

El dayaka llamó a cuatro compañeros y se internó en la espesura, tronchando raíces, ramas de árboles y brezos.



—Adelante, nosotros—ordenó Sandokan.

Emprendieron de nuevo la marcha a través de dos apretadas líneas de *sontar*, especie de palmeras que desprenden, practicando una incisión en el tronco, cierto jugo azucarado bastante agradable; de las hojas de este árbol servíanse antiguamente los pueblos de la Malasia para escribir sobre ellas.

Poco después, Aier-Duk y sus compañeros unieronse al grueso de la tropa. Habían recorrido la selva en todas direcciones, pero sólo encontraron huellas recientes de pies humanos.

—¿Eran numerosas?—preguntó el Tigre, con no poca inquietud.

—Cuatro—respondió el dayaka.

—¿De pies desnudos o calzados?

—Desnudos.

—Probablemente esos dos hombres serían dayakas. Apresurémonos muchachos, que aquí no estamos muy seguros.

Por tercera vez la columna se puso en marcha, observando atentamente árboles y matorrales, y después de tres cuartos de hora llegó a la orilla de una gran corriente de agua que formaba una bahía semicircular bastante amplia.

Sandokan indicó al portugués una isleta que distaría a lo sumo cuatrocientos metros, sombreada por árboles del sagú, mangos y palmas, y defendida, hacia la punta meridional, por un vetusto pero sólido fortín dayaka, construido con piedras y con palos de teca, madera tan dura como el hierro y que resiste a las balas de un cañón de no pequeño calibre.

—¿Es allí donde descansa la Virgen de la Pagoda?—preguntó Yañez.

—Sí, en aquel fortín—respondió Sandokan.

—No pudiste encontrar sitio más a propósito. La bahía

es muy bella y la isla se halla bien defendida. Si James Brooke intenta dar un asalto, ya tiene trabajo para rato.

—El mar se encuentra a quinientos pasos del islote, Yañez—dijo el Tigre.

—¿Qué quieres significar con esto?

—Que un barco puede bombardear el fortín.

—Nosotros lo defenderemos.

—No disponemos de cañones.

—Pero nuestros hombres son muy valientes.

—Cierto, mas ten en cuenta que su número es muy reducido y...

—¿Qué sucede?

—¡Calla!... ¿Has oído?...

—¿Yo?... Nada, Sandokan.

—Se me antoja que han tronchado una rama.

—¿Dónde?

—En medio de aquel matorral.

—¿Será tal vez un espía?... Comienzo a sentir inquietud, Sandokan.

—También yo; apretemos el paso; sueño con el momento de llegar a la isleta. ¡Aier-Duk!

El dayaka se acercó.

—Quédate aquí con ocho hombres—le dijo Sandokan—. Si notas que alguien ronda por estos contornos, me avisas al punto.

—Puedes estar tranquilo, capitán—respondió Aier-Duk—. Nadie se acercará a la bahía sin mi permiso.

Sandokan, Yañez y los demás piratas descendieron hacia la ría, cuyas orillas se hallaban cubiertas de espesa vegetación, y llegaron a una pequeña cala junto a la cual estaba oculta, bajo un montón de cañas y de ramas de árboles, una chalupa.



El Tigre dirigió a su alrededor una mirada rápida, pero no vió a nadie. En su rostro reflejóse viva inquietud.

—Dos piratas debían guardar la embarcación—dijo.

—Se habrán ido al fortín—exclamó Yañez.

—¿Y han dejado abandonada a la chalupa?... Yañez... siento el corazón oprimido... temo una desgracia...

—¿Cuál?

—Que hayan robado a Ada.

—¡Terrible golpe si fuera cierto!

—¡Calla!

—¿Se oye algún nuevo ruido?

—Sí, sí—confirmaron los piratas, empuñando las armas.

En la espesura, a cien pasos de orilla, se agitaban algunas ramas.

—¿Quién vive?—preguntó Sandokan.

—Mompracem—respondió una voz.

Poco después un pirata salió del matorral. Llegaba sudoroso y jadeante, como si hubiera corrido largo trecho y empuñaba un fusil.

—¡Viva el Tigre!—exclamó, descubriéndose la cabeza.

—¿De dónde vienes?—le preguntó Sandokan.

—De la selva.

—¿En qué lugar se encuentra la Virgen de la Pagoda?

—En el fortín.

—¿Estás seguro?

—La he dejado hace cerca de dos horas al cuidado de Koty. Sandokan respiró libremente.

—Comenzaba a temer—dijo— ¿Cómo se encuentra?

—Perfectamente.

—¿Que hacía?

—Cuando yo la dejé estaba dormida.

—¿De dónde vienes?

—De los bosques, te he dicho.

—¿Has visto a alguien?

—Yo, no, pero Koty observó esta mañana que un hombre recorría la costa y que miraba hacia el fortín con viva curiosidad. Al notar que lo vigilaban, apresuró el paso y desapareció.

—¿Y tú qué has hecho?

—Lo he buscado, pero en vano.

—Tal vez sea algún espía del rajá—dijo Yañez.

—Es probable —replicó Sandokan, que parecía preocupado.

—¿Vendrá a atacarnos?

—¿Quién se atreve a asegurarlo?

—¿Qué piensas hacer?

—Dejar este sitio lo más pronto posible. Embarquemos...

Los dos jefes y sus soldados entraron en la chalupa, atravesaron el brazo de mar que medía doscientos o trescientos metros y desembarcaron en el torreón donde les esperaba Koty.

—¿Duerme todavía la Virgen de la Pagoda??—le preguntó Sandokan.

—Sí, capitán.

—¿Ha ocurrido algo extraordinario?

—Nada.

—Vamos a verla—dijo Yañez,

El Tigre señaló con el dedo a Tremal-Naik, tendido en un montón de hierba y de hojas verdes.

—Faltan pocos minutos para el medio día—dijo—. Espera a que se despierte.

Ordenó a su gente que entrase en el fortín y se sentó junto al indio, que seguía sin dar señales de vida. Yañez encendió un cigarrillo y se tumbó junto a él.

—¿Tardará mucho en abrir los ojos?—preguntó, después



de arrojar algunas bocanadas de humo, a Sandokan, que observaba atentamente el rostro del indio.

—No, Yañez. Veo que la piel va recobrando poco a poco su color natural. Es prueba de que la sangre comienza a circular.

—¿Verá en seguida a la joven?

—En seguida no, pero antes de que llegue la noche, sí.

—¿Lo reconocerá la pobre loca?

—Tal vez.

—¿Y si no lo reconoce? ¿Y si no recobra la razón?

—La recobrará.

—Lo dudo, hermano mío.

—En ese caso intentaremos una prueba.

—¿Cuál?

—A su tiempo te lo diré,

—¿Por qué?

—¡Calla!

Débil suspiro acababa de levantar el amplio pecho de Tremal-Naik; sus labios temblaron ligeramente.

—Se despierta—murmuró Yañez,

Sandokan inclinóse sobre el indio y le apoyó una mano en la frente.

—Ya vuelve en sí.

—¿Ahora?

—Ahora mismo,

—¿Hay que pincharle?

—No es preciso, Yañez.

Un segundo suspiro, más fuerte que el primero, levantó nuevamente el pecho de Tremal-Naik, y sus labios volvieron a moverse. Luego las manos, que tenía abiertas, las cerró poco a poco, sus piernas se doblaron y al fin miró a todas partes y se fijó en Sandokan.

Así permaneció breves instantes, como sorprendido de en-

contrarse todavía con vida; después, haciendo un violento esfuerzo, sentóse, exclamando:

—¡Vivo!... ¡Vivo aún!...

—Y libre— dijo Yáñez.

El indio miró al portugués. Al punto lo reconoció.

—¡Tú!... ¡Tú!...—murmuró—. ¿Pero qué ha sucedido? ¿Cómo me encuentro aquí? ¿He dormido?

—¡Por Baco!—exclamó Yáñez, riendo—. ¿No recuerdas las píldoras que te dí en el fortín?

—¡Ah!... ¡Sí, sí... ya recuerdo... tú fuiste a buscarme! ¡Oh, cuánto te agradezco que me hayas devuelto la libertad!...

Diciendo esto se precipitó a los pies de Yáñez. Este lo levantó, abrazándolo afectuosamente.

—¿Qué bueno eres!—exclamó el indio, que parecía haber recobrado instantáneamente las fuerzas y que no podía ocultar su alegría—. ¡Libre!... ¡Estoy libre al fin!... ¡Gracias, gracias!...

—A este hombre se las debes, Tremal-Naik—dijo Yáñez; señalando a Sandokan que, cruzados los brazos sobre el pecho, miraba con ojos conmovidos al indio—. Y a ese hombre, al Tigre de la Malasia, es a quien debes la libertad.

Tremal-Naik se arrojó sobre Sandokan, que lo estrechó entre los brazos, diciendo:

—¡Eres mi amigo!

En aquel momento un grito de júbilo resonó a sus espaldas. Kammamuri, que había salido del fuerte, corría con la rapidez de un ciervo, exclamando:

—¡Mi amo!... ¡Mi querido amo!...

Tremal-Naik salió al encuentro del fiel maharato, que se había vuelto loco de alegría.

Los dos indios se abrazaron repetidas veces, incapaces de cambiar una palabra.



LOS PIRATAS DE LA MALASIA



Tambor

La resurrección de Tremal-Naik.





—¡Kammamuri, mi buen Kammamuri!—dijo al fin Tremal-Neik—. Creía que no iba a volver a verte. Pero, ¿cómo estás aquí? ¿No te han matado los thugs?

—No, amo, no. Huí para buscarte.

—¡Para buscarme! ¡Pero sabías que estaba en este lugar?

—Sí, amo, lo sabía. ¡Ah, cuánto te he llorado desde aquella noche fatal! Te tengo entre mis brazos, te siento y, sin embargo, me resisto a creer que estás vivo y que eres libre. No te apartarás ya nunca de mi lado, ¿verdad?

—No, Kammamuri, nunca.

—Viviremos al lado de Yáñez y del Tigre de la Malasia. ¡Qué hombres, amo, qué hombres! ¡Si supieses cuánto han hecho por tí, si supieses cuánto han luchado!...

—Alto, Kammamuri—interrumpió el portugués—. Otros hombres han hecho más que nosotros.

—No, amo, nadie podría hacer más que el Tigre de la Malasia y que el capitán Yáñez.

—Mas ¿por qué os interesáis tanto por mí?—preguntó Tremal-Naik—. Sin embargo, yo no os he visto hasta ahora.

—Porque fuiste un día el prometido de Ada Corishant—contestó el Tigre—, y Ada Corishant era prima de mi difunta esposa.

Al oír este nombre, el indio retrocedió un paso, vacilando a derecha e izquierda, como si hubiese recibido una puñalada en mitad del pecho. Luego cubrióse el rostro con las manos, murmurando con voz temblorosa:

—¡Ada!... ¡Oh, mi querida Ada!...

Un sollozo levantó su pecho y dos lágrimas, las primeras tal vez que asomaban a aquellos ojos, rodaron por sus bronceadas mejillas.

Sandokan se acercó y estrechándole las manos le preguntó dulcemente:

—¿Por que lloras, mi pobre Tremal-Naik? Hoy es día de júbilo.

—¡Ah!—murmuró el indio—. ¡Si supieras cuánto he amado a aquella mujer!... ¡Ada!... ¡Ada mía!

Un segundo sollozo desgarró el pecho del indiano y nuevas lágrimas le asomaron a los párpados.

—Cálmate, Tremal-Naik—dijo Sandokan—. Ada no ha muerto.

El indio levantó la cabeza, que tenía caída sobre el pecho. En sus negros ojos brillaba un relámpago de esperanza.

—¿Vive?

—¡Vive!...—dijo Sandokan—. Y se halla en esta isla.

Un grito, como acaso no había salido de garganta humana, se escapó de los labios de Tremal-Naik.

—¡Ella aquí!... ¡aquí!...—exclamó lanzando a su alrededor miradas de asombro—. ¿Dónde está? ¡Quiero verla, quiero verla!... ¡Ada!... ¡Ada! ¡Oh, mi querida Ada!...

Hizo ademán de lanzarse hacia el fortín, pero Sandokan le sujetó por las muñecas con tal fuerza, que le crujieron los huesos.

—Cálmate—dijo—. Está loca.

—¡Loca!... ¡Mi Ada loca!...—gritó el indiano—. ¡Ah!... ¡Quiero verla, quiero verla, aunque no sea más que un instante!

—La verás, te lo prometo.

—¿Cuándo?

—Dentro de pocos instantes.

—¡Gracias, gracias!

—¡Sambigliong!...—exclamó Yañez.

El dayaka, que rondaba por las inmediaciones del fortín, examinando atentamente la empalizada con objeto de asegu-



rarse de si era bastante sólida para resistir un asalto, acudió al oír la llamada del portugués.

—¿Duerme la Virgen de la Pagoda?—preguntó Sandokan.

—No, capitán—respondió el pirata—. Hace algunos momentos que ha salido con sus guardianes.

—¿Adónde se dirigió?

—Hacia la playa.

—Ven, Tremal-Naik—dijo Sandokan, cogiéndole una mano—. Te recomiendo mucha calma, porque está loca...



## CAPITULO XIII

### Las dos pruebas

Eran las dos de la tarde.

Un sol espléndido flameaba en el firmamento, reflejándose en las azuladas aguas de la bahía, y un vientecillo fresco y ligero soplaba del mar, murmurando misteriosamente entre las hojas de los árboles. Ni en la isleta ni en la bahía se escuchaba ruido alguno, aparte del monótono rumor de las olas que se estrellaban contra la costa y del incesante revoloteo y la charla de las cacatúas negras y de los argos gigantes, magníficas aves de la familia de los faisanes.

Tremal-Naik, presa de vivísima agitación que en vano trataba de dominar, Sandokan, Yañez y Kammamuri caminaban con paso rápido hacia el extremo septentrional de la isla, oculto por espesa cortina de árboles de goma y de plantas trepadoras.

A cuarenta pasos de la costa, uno de los guardianes de la loca, que estaba tendido tras un matorral, se incorporó.



—¿Y mi Ada?—le preguntó Tremal-Naik, precipitándose a su encuentro.

—En la orilla—respondió el pirata.

—¿Qué hace?—dijo Sandokan.

—Mira al mar.

—¿Dónde está tu compañero?

—A pocos pasos de aquí.

—Ve a buscarlo y retiraros los dos al fortín.

Tremal-Naik, Sandokan, Yañez y el maharato atravesaron rápidamente la tupida cortina de árboles y se detuvieron al otro lado. De los labios del indio se escapó un grito mal sofocado.

—¡Ada!...—exclamó.

Dió un salto para lanzarse hacia la playa, pero Sandokan en el acto lo sujetó por un brazo.

—Tranquilízate—le dijo—. No te olvides de que esa mujer está loca.

—Me tranquilizaré.

—¿Lo prometes?

—Te lo juro.

—Vete, entonces. Aquí te esperamos.

Yañez, el Tigre y Kammamuri sentáronse en el tronco de un árbol derribado, y Tremal-Naik, sereno en apariencia, pero en realidad presa de viva agitación, se dirigió a la playa.

En ella, a pocos pasos del mar, a la sombra de un clavillero soberbio, cuyas flores desprendían embriagador perfume, estaba la Virgen de la Pagoda, cruzadas las manos sobre la espléndida coraza de oro cubierta de numerosos diamantes, sueltos los negros cabellos y fijos los ojos en las azuladas olas que se extendían ante ella y que con dulce murmullo llegaban hasta besar sus pies.

No hablaba ni se movía. Cualquiera la hubiese tomado

por una bellísima estatua colocada allí para hermosear la playa.

Tremal-Naik, alterado el rostro, chispeantes los ojos, casi sin aliento, acercábase con paso rápido y silencioso. Se detuvo a dos pasos de la joven, que parecía no habersé dado cuenta de su presencia.

—¡Ada!... ¡Ada!...—exclamó de repente el indio, con entrecortado acento.

La loca no se movió. Tal vez no le habría oído.

—¡Ada!... ¡Oh, hi querida Ada!...—repitió Tremal-Naik, poniéndose de rodillas ante la joven.

La Virgen de la Pagoda, al fijarse en aquel hombre que le tendía las manos con gesto suplicante, dió un salto. Miró al indio con fijeza y luego retrocedió dos pasos, murmurando:

—¡Los thugs!

La insensata no reconocía al prometido de otro tiempo.

—¡Ada!... ¡Mi Ada querida!...—gritó Tremal-Naik, presa de terrible desesperación—. ¿No me reconoces ya?

—¡Los thugs!—repetía la infeliz, pero sin mostrar terror.

Tremal-Naik lanzó una exclamación de rabia y de dolor.

—¿No te acuerdas de mí, Ada?—preguntó el desventurado, clavándose las uñas en la carne—. ¿No te acuerdas ya del mísero Tremal-Naik, del cazador de tigres de la selva negra?

Vuelve en ti, Ada, vuelve en ti. ¿Te has olvidado de aquella tarde que me encontraste en el bosque? ¿Te has olvidado de aquella noche que te vi en la sagrada pagoda? ¿Te has olvidado ya de aquella noche fatal en que los thugs nos hicieron prisioneros? ¡Ada, Ada mía! ¡Reconoce a tu Tremal-Naik, reconócelo!...

La loca le escuchaba sin parpadear, sin hacer el menor



gesto. Indudablemente no recordaba nada. La locura había borrado todas las imágenes en el corazón de la pobre mujer.

—¡Ada!—siguió diciendo Tremal-Naik, sin poder refrenar las lágrimas—mírame a la cara, mírame. No es posible que te hayas olvidado de mí. Mas ¿por qué callas? ¿Por qué no me miras? ¿Por qué no te arrojas en mis brazos? ¿Es acaso porque han asesinado a tu padre?... Sí, asesinado... asesinado...

El infortunado indio, al evocar tan triste recuerdo, estalló en sollozos, ocultando el rostro entre las manos.

De repente, la loca, que había contemplado impasible la desesperación de aquel hombre a quien en otro tiempo idolatró, avanzó un paso inclinándose hacia el suelo. En su rostro se operó un cambio brusco; tornóse pálida y sus negros ojos relampaguearon.

—¿Sollozas?...—murmuró—. ¿Por qué lloras?...

Tremal-Naik, al oír estas palabras, levantó la cabeza.

—¡Ada!...—gritó, tendiendo los brazos hacia ella—. ¿Me reconoces?

La loca lo contempló breves instantes, frunciendo el entrecejo. Parecía como si intentase recordar dónde había visto el rostro del indiano y oído su voz.

—¿Sollozas?...—repitió—. ¿Por qué lloras?

—Porque tú ya no me conoces, Ada—dijo Tremal-Naik—. Fíjate en mi semblante, fíjate...

La joven se inclinó, luego retrocedió algunos pasos y soltó una carcajada.

—¡Los thugs! ¡Los thugs!—exclamó.

Después volvió la espalda y se alejó presurosa, dirigiéndose hacia el fortín.

Tremal-Naik lanzó un grito de desesperación.

—¡Gran Siva!—gritó, estallando en sollozos—. ¡Todo se ha perdido! ¡No me reconoce ya!

Cayó de rodillas, pero en seguida se levantó de un brinco y se lanzó en persecución de la loca, que iba a internarse en el bosquecillo.

No había recorrido cincuenta pasos, cuando dos férreos brazos le detuvieron.

—¡Cálmate, Tremal-Naik—dijo una voz.

Era Sandokan que había dejado su puesto, seguido de Yañez y de Kammamuri.

—¡Ah!—balbuceó el indio.

—¡Cálmate!—repitió Sandokan—. Aún no se ha perdido todo.

—No me conoce. ¡Y yo que creía poder estrecharla, al cabo de tanto tiempo, de tantas angustias y de tantas torturas, entre mis brazos! ¡Todo se acabó, todo!—murmuró el infortunado indio.

—Todavía queda una esperanza, Tremal-Naik.

—¿Por qué forjarse ilusiones? Está loca y no curará.

—Curará esta misma noche, te lo asegura el Tigre de la Malasia.

Tremal-Naik miró a Sandokan con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Entonces resta una esperanza?—preguntó—. ¿Es cierto lo que dices? Tú, que tan generoso te has mostrado conmigo, que tanto bien me has hecho, realiza ahora ese milagro y mi vida será tuya.

—El milagro será realizado, te lo prometo, Tremal-Naik—dijo Sandokan, con voz grave.

—¿Cuándo?

—Ya te he dicho que esta noche.

—¿De qué modo?

—Pronto lo sabrás. ¡Kammamuri!...



El maharato se adelantó. El buen muchacho, como su amo, tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Habla, capitán—dijo.

—La noche en que tu amo se presentó en la caverna de Suyodhana, ¿estaba éste en el templo?

—Sí, capitán.

—¿Sabrías repetirme lo que dijo el jefe de los thugs y lo que dijo tu amo?

—Sí, palabra por palabra.

—Entonces, ven conmigo al fuerte.

—Y nosotros, ¿qué debemos hacer?—preguntó Yañez.

—Por ahora no te necesito ni a ti ni a Tremal-Naik—contestó Sandokan—. Idos a pasear y no volváis al fuerte antes de la noche. Os preparo una sorpresa.

—¿Qué será?—preguntó Tremal-Naik al portugués.

—Lo ignoro; sin duda proyecta algo extraordinario.

—¿En favor de mi Ada?

—Ciertamente.

—¿Conseguirá que recobre la razón?

—Creo que sí. El Tigre de la Malasia sabe mil cosas que nosotros desconocemos.

—¿Ah, si lo lograra!

—Lo logrará, Tremal-Naik. Dime: ¿vive aún Suyodhana?

—Supongo que sí.

—¿Es poderoso?

—Poderosísimo. Manda en millares y millares de estranguladores.

—Será difícil aniquilarlo...

—Di mas bien imposible.

—Para todos, pero no para el Tigre de la Malasia. Quizá algún día éste y el Tigre de la India se encontrarán frente a frente.

—¿Lo crees?

—Tengo el presentimiento. Oye, Tremal-Naik, ¿ocuparán todavía los thugs la isla de Rajamangal?

—Me figuro que no. Cuando los ingleses me procesaron, me alejaron del lugar donde habitaban los thugs y algunas naves fueron enviadas a Rajamangal, pero volvieron sin haber encontrado un solo estrangulador.

—¿Habían huído?

—Sin duda.

—¿Pero adónde?

—No lo sé.

—¿Son ricos los thugs?

—Riquísimos, porque no se contentan con estrangular. Saquean caravanas y países enteros.

—¡Qué enemigo tan excelente a quien combatir! El Tigre de la Malasia se divertirá. ¡Quién sabe!, algún día, cansados de Mompracem, iremos a la India para medir nuestras armas con Suyodhana y con su gente.

—¿Tienes intención de volver a Mompracem?

—Sí, Tremal-Naik—dijo Yañez—. Mañana mandaremos algunos hombres a Sarawack para adquirir *prahos* y luego regresaremos a nuestra isla.

—¿Iré yo con vosotros?

—Si vinieses expondrías a la Virgen de la Pagoda a un continuo peligro. Ya sabes que somos piratas y que diariamente tenemos que combatir.

—¿Adónde voy entonces?

—Te destinaremos una escolta de valerosos piratas que te acompañarán hasta Batavia. Allí tenemos un palacio y lo habitarás con Ada.

—Eso es demasiado—dijo Tremal-Naik, con acento conmovido—. No os basta haber expuesto la vida por salvarme, sino que queréis además darme una casa.



—Y un puñado de diamantes que valdrá un millón, mi querido Tremal-Naik.

—Pero yo no lo aceptaré.

—No hay que rehusar nada del Tigre de la Malasia. Una negativa le irritaría.

—Pero...

—Calla, Tremal-Naik. Un millón para nosotros nada significa.

—¿Tan inmensamente ricos sois?

—Tal vez más que los thugs indios.

En tanto que hablaban así, el sol se había ocultado y las tinieblas descendían. Yañez miró el reloj a la incierta claridad de las estrellas.

—Son las nueve—dijo—, podemos volver al fuerte.

Dirigió una última mirada a la ría, desierta hasta los extremos límites del horizonte, y se alejó a la costa, penetrando en el bosquecillo.

Tremal-Naik, triste, pensativo y con la cabeza reclinada sobre el pecho, le seguía.

Pocos momentos después los dos compañeros se encontraban ante el fortín, en cuya puerta apareció Sandokan, fumando tranquilamente su pipa.

—Os esperaba—dijo, saliéndoles al encuentro—. Todo está listo.

—¿Qué es lo que está listo?—preguntó Tremal-Naik.

—Lo que es preciso ejecutar para que recobre la razón la Virgen de la Pagoda.

Cogió de la mano a los dos amigos y los condujo a una vastísima cámara que ocupaba casi todo el recinto del fortín y que en otro tiempo estuvo destinada a contener una guarnición no pequeña y gran cantidad de víveres y de municiones.

Tremal-Naik y Yañez dejaron escapar un grito de sorpresa.

La anchurosa sala, en pocas horas habíase convertido, por obra de Sandokan, de Kammamuri y de los piratas, en horrible caverna que a Tremal-Naik recordaba, en parte, el templo de los thugs indios donde el feroz Suyodhana había realizado su espantosa venganza.

Una infinidad de resinosas antorchas esparcían por todas partes claridad lívida. Aquí y allá veíanse acumulados enormes masas de roca, troncos retorcidos de árboles que podrían pasar por columnas, monstruos de arcilla toscamente labrados, representando algunos a Visnú, el dios conservador de los indios que tiene su residencia en Vaicondu o mar de leche de la serpiente Adissescieu, y otras deidades, gigantescos genios maléficos que, divididos en cinco tribus, van errando por el mundo, del cual no pueden salir ni alcanzar la felicidad prometida a los hombres, sino después de haber recogido cierto número de plegarias.

En el centro levantábase una estatua, también de arcilla, horriblemente fea. Tenía cuatro brazos y lengua desmesurada; sus pies se apoyaban sobre un cadáver. Ante aquel monstruo veíase una vasija donde nadaba un pececillo.

—¿En qué lugar nos hallamos?—preguntó Yañez, mirando con estupor a las deidades y a las antorchas.

—En una pagoda de los thugs indios—repuso Sandokan.

—¿Quién ha fabricado estos monstruos tan feos?

—Nosotros, hermano.

—¿En tan pocas horas?

—Todo se hace, cuando se quiere.

—¿A quién representa aquella horrible figura que tiene cuatro brazos?

—A Kali, la diosa de los thugs—dijo Tremal-Naik, que la había reconocido.



—¿Crees que esta pagoda improvisada se parece a la de los thugs?

—Sí, Tigre de la Malasia ¿Qué te propones?

—Oyeme.

—Ya te escucho.

—Estoy convencido de que solamente una impresión extraordinaria puede hacer que Ada recobre la razón.

—También yo soy de tu mismo parecer, Sandokan—dijo Yañez—, y ya adivino tu propósito.

—¿De veras?

—Quieres repetir la escena que ocurrió en la pagoda de los thugs indios cuando Tremal-Naik apareció ante Suyodhana.

—Sí, Yañez, precisamente. Yo seré el jefe de los thugs y pronunciaré las mismas palabras que el hombre terrible en aquella noche fatal.

—¿Cuándo comenzamos?

—En seguida.

—¿Y los thugs?—preguntó Tremal-Naik.

—Los thugs serán mis hombres—replicó Sandokan—. Los ha aleccionado Kammamuri.

—Entonces, adelante.

El Tigre acercóse a los labios el silbato de plata y lanzó una aguda nota. En seguida, treinta dayakas medio desnudos, con un lazo de fibras de rota ceñido a la cintura y una serpiente con cabeza de mujer pintada en mitad del pecho, penetraron en la espaciosa estancia y se tendieron junto a la monstruosa divinidad de los thugs.

—¿Por qué ostentan esa serpiente en el pecho?—preguntó el portugués.

—Todos los thugs lucen un tatuaje semejante—respondió Tremal-Naik.

—Por lo visto, Kammamuri no ha olvidado ningún detalle.

—¿Estáis preparados?—dijo Sandokan.

—Todos—contestaron los dayakas.

—Yañez, te confío una parte importante—dijo el Tigre.

—Habla.

—Tú, que eres blanco, representarás al padre de Ada. Capitanearás a los piratas que desempeñarán el papel de cipayos indios y harás cuanto te indique Kammamuri.

—Está bien.

—Cuando yo finja un ataque al fortín, caerás ante Ada como muerto.

—Confía en mí, hermano. Cada cual a su puesto.

Tremal-Naik, Yañez y Kammamuri salieron, en tanto que Sandokan se colocaba junto a la diosa Kali, y los dayakas, que representaban a los thugs, se agolpaban a su alrededor.

A una señal del Tigre, un pirata golpeó doce veces una especie de *gong* colocado en uno de los ángulos de la estancia.

Al sonar el último toque abrióse la puerta y entró la Virgen de la Pagoda sostenida por los dayakas.

—Avanza, Virgen de la Pagoda—mandó Sandokan—. Suyodhana te lo ordena.

Al oír el nombre de Suyodhana, la loca se detuvo, soltándose de los brazos de los dos piratas. De repente sus ojos se inflamaron y se dilataron; fijó la vista en Sandokan, que permanecía de pie en medio de la pagoda, luego en los dayakas que conservaban una inmovilidad absoluta, y por último, en la diosa Kali.

Un estremecimiento sacudió su cuerpo y algunas arrugas se dibujaron en su nivea frente.



—Kali—murmuró, con acento en que se revelaba el terror—. Los thugs...

Avanzó algunos pasos, fijos siempre los ojos, ora en Sandokan, ora en los piratas, ora en la monstruosa divinidad india; después se llevó dos o tres veces la mano a la frente e hizo un supremo esfuerzo como para evocar en la memoria alguna horrible escena.

De improviso Tremal-Naik penetró en la pagoda, gritando:

—¡Ada!

La joven se quedó inmóvil de repente; su rostro, palidísimo, revelaba inexplicable ansiedad. Su mirada, que parecía perder poco a poco esa luz extraña peculiar de los alienados, se clavó en Tremal-Naik.

—¡Ada!...—repitió éste con acento suplicante—. ¡Vuelve en ti!...

Oyóse una voz que gritó:

—¡Fuego!...

Unos cuantos disparos sonaron en el umbral de la pagoda y varios hombres, capitaneados por Yañez, entraron bruscamente, mientras que los dayakas, como los thugs aquella noche fatal, huían en todas direcciones.

Ada seguía sin moverse. Al cabo de breves segundos se estremeció e inclinóse hacia delante como si tratase de percibir el eco de una nueva descarga o de alguna otra voz.

Sandokan, sin perderla de vista, habíase detenido en el extremo de la pagoda. ¿Comprendió quizás lo que esperaba aún la desgraciada? Tal vez, porque con voz de trueno comenzó a gritar, como había gritado el feroz Suyodhana:

—¡Corred!... ¡Volveremos a vernos en la selva!...

Apenas pronunció estas palabras, un chillido estridente se escapó de los labios de la loca,

Avanzó un paso, desencajado el semblante y levantados los brazos, vaciló, giró sobre sí misma y cayó en los brazos de Yañez.

—¡Muerta!... ¡Muerta!...—gritó Tremal-Naik, con acento de desesperación.

—No—dijo Sandokan—. ¡Se ha salvado!...

Apoyó una mano en el pecho de la Virgen de la Pagoda. El corazón latía débilmente, pero latía.

—Está desvanecida—añadió.

—Entonces se ha salvado—repitió Yañez.

—¡Ojalá sea cierto!—exclamó Tremal-Naik, que reía y lloraba al mismo tiempo.

Kammamuri se acercó con un jarro de agua. Sandokan roció con ella el rostro de la joven y esperó a que volviese en sí.

Pasaron algunos minutos; luego, un profundo suspiro se escapó de los labios de Ada.

—Ya recobra el conocimiento—dijo Sandokan.

—¿Debo permanecer aquí?—preguntó Tremal-Naik.

—No—contestó el Tigre—. Cuando le hayamos contado todo, te mandaremos llamar.

El indio dirigió una mirada penetrante a la Virgen de la Pagoda y salió sofocando un sollozo.

—¿Abrigas esperanzas, Sandokan?—preguntó Yañez.

—Muchas—respondió el pirata—. Mañana estos dos infelices podrán unirse para siempre.

—Y nosotros...

—Cállate, Yañez; ya abre los ojos.

La joven, en efecto, volvía en sí. Lanzó un segundo suspiro más largo que el primero y abrió los ojos, fijándose en Sandokan y en el portugués. Su mirada no era la misma de antes; era límpida, era la mirada de una mujer que ya no estaba loca,



LOS PIRATAS DE LA MALASIA



...dió un salto hacia la puerta de la estancia, lanzando un verdadero rugido.





—¿Dónde me encuentro?—preguntó con voz débil, tratando de incorporarse.

—Entre amigos—repuso Sandokan.

—Pero, ¿qué ha ocurrido?—murmuró—. ¿He soñado? ¿Dónde estoy? ¿Quiénes sois?

—Repito que te hallas entre amigos. ¿Qué ha ocurrido, me preguntas? Te diré que ya no estás loca.

—¿Loca?... ¿Loca?...—exclamó la joven, con profunda sorpresa—. ¿Loca yo?... ¿No he soñado?... ¡Ah... recuerdo!... ¡Es horrible... horrible!...

Una explosión de lágrimas ahogó su voz.

—Cálmate—le dijo Sandokan—. Aquí no corres peligro alguno. Suyodhana no existe ya y los thugs están lejos de este lugar. Nos hallamos en Borneo, no en la India.

Haciendo un violento esfuerzo, Ada se puso en pie, y estrechando fuertemente las manos a Sandokan, exclamó llorando:

—En nombre de Dios, refiéreme lo que ha sucedido y dime quién eres. No comprendo nada...

Eran las preguntas que esperaba Sandokan. Entonces, con voz grave, le contó sucintamente todo lo ocurrido primero en la India, después en Mompracem y por último en Borneo.

—Ahora—concluyó el pirata—, si amas a Tremal-Naik, al hombre intrépido que por ti ha realizado milagros, haz una señal y caerá de rodillas a tus pies.

—¡Si lo amo!—exclamó Ada—. ¿Dónde está?... Déjame que lo vea después de tan larga separación.

—¡Tremal-Naik!...—gritó Yañez.

El indio entró precipitadamente en la pagoda y cayó a los pies de la joven, exclamando:

—¡Mía!... ¡Mía!... ¡Dímelo otra vez, Ada, dime que serás mi esposa!...


La niña puso las manos en la cabeza de su prometido.

—Sí seré tu esposa—exclamó—. Mi padre me destinaba a ti y te amo siempre...

En el mismo instante una descarga cerrada retumbó en la orilla de la bahía, y en seguida oyóse una voz que gritaba:

—¡Alerta!... ¡piratas de Mompracem!... ¡El enemigo se acerca!...





## CAPITULO XIV

### El desquite del rajá Brooke

Al oír aquel grito y los disparos de fusil, el Tigre de la Malasia dió un salto hacia la puerta de la estancia, lanzando un verdadero rugido.

—¡El enemigo aquí!—exclamó con los dientes apretados—. ¡Aquí en este momento!... ¡Ay de ti, James Brooke!...

Desenvainó la cimitarra, arma terrible en manos de aquel hombre formidable, y salió del fuerte, gritando.

—¡A mí, tigres de Mompracem!...

Yañez, los piratas, Kammamuri y hasta los futuros esposos corrieron tras él con las armas en la mano. La Virgen de la Pagoda empuñaba también una cimitarra, dispuesta a combatir al lado de sus bienhechores.

Aier-Duk y sus ocho hombres bajaban precipitadamente la cuesta que conducía a la orilla.

Tras ellos, medio ocultos entre los árboles de la selva, Sandokan vió un numeroso destacamento de hombres armados, blancos unos y otros negros y dayakas.

—¡Alerta, piratas de Mompracem! ¡El enemigo!—gritó Aier-Duk, corriendo hacia la barca amarrada a la ribera.

Seis o siete disparos de fusil retumbaron bajo la selva y algunas balas cayeron en el agua.

—¡La tropa del rajá Brooke!—exclamó Sandokan—. ¡Precisamente en el momento en que yo creía terminada mi misión! ¡Pues bien, James Brooke, ven a desafiarme! ¡El Tigre de la Malasia no te teme!

—¿Qué hacemos, hermano?—le preguntó Yañez, sin quitarse de la boca el cigarrillo encendido pocos segundos antes.

—Luchar—respondió el pirata.

—Nos bloquearán.

—¿Qué importa?

—Nos hallamos en una isla.

—Pero dentro de una fortaleza.

Aier-Duk y sus camaradas atravesaron velozmente el brazo de mar y desembarcaron en la isleta. Yañez y Sandokan salieron al encuentro del bravo dayaka, que llevaba una mano ensangrentada.

—¿Te han sorprendido?—le preguntó el Tigre.

—Sí, capitán, pero vuelvo con todos mis camaradas.

—¿Cuántos son los enemigos?

—Trescientos, por lo menos.

—¿Quién los manda?

—Un blanco, capitán.

—¿El rajá?

—No, un teniente de marina.

—¿Un hombre de elevada estatura, con largos bigotes rubios?—preguntó Yañez.



—Sí—replicó el dayaka—. Y lleva consigo cuarenta marineros europeos.

—Es el teniente Churchill.

—¿Quién es ese Churchill?—preguntó Sandokan.

—El comandante del fortín que domina a la ciudad de Brooke.

—¿Y no has visto al rajá?—dijo el Tigre, dirigiéndose a Aier-Duk.

—No, capitán.

El pirata rechinó los dientes.

—¿Qué ocurre?—interrogó Yañez.

—Temo que el infame nos ataque por mar—dijo Sandokan—. Acaso a esta hora el *Realista* navega hacia la bahía.

—¡Por Júpiter!—exclamó el portugués, arrugando el entrecejo—. ¡Nos cogerán entre dos fuegos!

—De seguro.

—¡Diantre!...

—Pero nos batiremos, y cuando se nos acaben las balas nos defenderemos con la cimitarra y con el cris.

El enemigo, que se había detenido a seiscientos metros de la orilla, comenzaba a avanzar, manteniéndose oculto tras de los árboles y de los espesos matorrales. Los disparos, suspendidos momentáneamente, dejáronse oír de nuevo.

—¡Mil truenos!—exclamó Yañez—. ¡Empieza a granizar!

—Retirémonos al fuerte—ordenó Sandokan—. Es sólido y resistirá a las balas de fusil.

Los piratas, Tremal-Naik, Ada y Kammamuri entraron en la fortaleza, después de echar la barca a pique, con el fin de que no pudiera utilizarla el enemigo para atravesar el brazo de mar.

Amontonaron piedras enormes tras la puerta, abrieron numerosas troneras en la empalizada, que era lo suficientemen-

te alta para evitar un escalo, y en seguida cada cual, a excepción de la Virgen de la Pagoda, que fué conducida a la espaciosa cámara, ocupó el puesto que más le convenía.

—¡Fuego, tigres de Mompracem!—mandó Sandokan, que había trepado con Yañez y siete u ocho de los más audaces piratas al techo del fortín.

A la orden respondió el grito de guerra de los piratas y una descarga de fusilería.

—¡Viva el Tigre de la Malasia! ¡Viva Mompracem!...

El enemigo, disparando siempre, llegó a la playa. Algunos hombres intentaron derribar varios árboles, acaso con el propósito de construir una balsa y pasar a la isla.

Muy pronto, sin embargo, comprendieron que no era empresa fácil acercarse al fortín, defendido por los terribles piratas de Mompracem.

Descargas homicidas partían del rancho y con rapidez tal y con precisión tan matemática, que pocos minutos después quince o dieciséis hombres yacían en tierra sin vida.

—¡Fuego, tigres de Mompracem!—se oía gritar, a cada instante, a Sandokan.

—¡Viva el Tigre!... ¡Viva Mompracem!—respondían los piratas, y disparaban apuntando a lo más compacto de la masa enemiga.

Los soldados del rajá se vieron obligados a retroceder hasta el bosque y a ocultarse tras los troncos de los árboles.

Apenas se retiraron, en la orilla opuesta de la bahía, a la incierta claridad de las estrellas apareció otra columna enemiga.

Una granizada terrible de balas cayó sobre el fortín, en cuyo techo, de pie y fusil en mano, permanecía Sandokan.

—¡Por Júpiter!—exclamó el portugués, sintiendo silbar el plomo junto a su cabeza—. ¡Más hombres!



—Y también barcas—añadió Sambigliong, que estaba cerca.

—¿Dónde?

—Allá, en el extremo de la bahía. Son dos, cuatro, siete, una verdadera flotilla.

—¡Mil truenos!—rugió Yañez—. ¡Eh, hermano!

—¿Qué te ocurre?—preguntó Sandokan, cargando la carabina.

—Nos van a echar el guante.

—¿No tienes fusil?

—Sí.

—¿Y cris y cimitarra?

—Por supuesto.

—Pues bien, hermano, lucharemos.

Trepó hasta lo más alto de la techumbre, sin cuidarse de las balas que silbaban a su alrededor, y gritó:

—¡Tigres de Mompracem, venganza! ¡El exterminador de los piratas se acerca! ¡Todos a la empalizada y fuego sobre esos perros que nos desafían!

Los piratas abandonaron precipitadamente las troneras y treparon como gatos sobre la empalizada.

Tremal-Naik, Sambigliong, Tanauduriam y Aier-Duk los dirigían, animándolos con la voz y con el ejemplo.

Muy pronto se reanudó el fuego, pero con furia increíble. Bajo cada uno de los árboles de la costa brillaba un relámpago, seguido de una detonación. Cientos y cientos de balas cruzaban el espacio con silbidos lastimeros.

De vez en cuando, en medio de aquel estrépito que iba en aumento, oíase la voz vibrante del Tigre de la Malasia, los gritos de los piratas, las voces de mando de los oficiales del rajá y los salvajes aullidos de los indios y de los dayakas. No siempre, sin embargo, eran los gritos de triunfo ni los

auullidos de entusiasmo; eran exclamaciones desgarradoras, lamentos de heridos, ayes de moribundo.

De repente, hacia el mar, oyóse una fuerte detonación que ahogó el estampido de los fusiles. Era la voz potente del cañón.

—¡Ah!—exclamó el Tigre—. ¡La flota del rajá!...

Miró hacia el océano. Una masa negra entraba en la bahía y se acercaba al islote; dos fanales, verde el uno, rojo el otro, brillaban en sus costados.

—¡Eh, Sandokan!—gritó una voz—. ¡Mil truenos!...

—Animo, Yañez—respondió Sandokan.

—¡Por Júpiter! Tenemos un barco a la espalda.

—Si se acerca lo asaltaremos y...

No acabó. Viva llamarada brilló a proa de la nave que entraba en la anchurosa bahía y una bala fué a estrellarse contra el recinto.

—¡El *Realista*!—exclamó Sandokan.

En efecto, aquel buque que acudía en auxilio de los asaltantes era el «schooner» del rajá James Brooke, el mismo que en la desembocadura del Sarawack asaltó y echó a pique al *Helgoland*.

—¡Maldito!—rugió el Tigre, mirándolo con ojos que despedían chispas—. ¡Ah! ¡Por qué no tengo yo también un *praho*? ¡Yo te haría ver cómo saben batirse los piratas de Mompracem!...

Un nuevo cañonazo retumbó en el puente del barco enemigo y la bala fué a abrir otra nueva brecha.

El Tigre de la Malasia profirió un grito de dolor y de rabia.

—¡Todo se ha acabado!—exclamó.

Bajó precipitadamente de lo alto del fortín, seguido de sus compañeros, en tanto que un diluvio de metralla caía sobre la techumbre del fuerte, y subió a la barricada que los



bandidos levantaron a la entrada de la pequeña fortaleza, gritando:

—¡Fuego, tigres de Mompracem, fuego! ¡Mostremos al rajá cómo se baten los piratas de la Malasia!...

La lucha revistió entonces proporciones espantosas. Las tropas de James Brooke, que hasta aquel momento se habían mantenido ocultas entre los bosques, lanzáronse hacia la playa y desde allí hicieron un fuego infernal; la flotilla, que permanecía a respetable distancia, al verse apoyada por los cañones del barco, avanzó resuelta, seguramente con intención de llegar hasta la isleta.

La situación de los piratas se hizo desesperada. Combatían con rabia extrema, ora disparando sobre la nave, ora sobre la flotilla, ora sobre las tropas agrupadas en la playa; animados siempre por los gritos del Tigre de la Malasia; pero eran muy pocos en número para hacer frente a tantos enemigos.

Las balas llovían cada vez más espesas, entrando por las troneras y derribando a los piratas que disparaban desde lo alto de la empalizada. Y no eran sólo las balas sencillas, sino granadas que los cañones del *Realista* vomitaban y que al estallar con terrible violencia abrían espantosas brechas, por las cuales el enemigo, así que desembarcase, podría penetrar en el fortín.

A las tres de la madrugada, los sitiadores recibieron un nuevo socorro. Era un esbelto yate armado con un solo cañón de gran calibre; en seguida rompió el fuego contra la empalizada, abierta por todas partes.

—¡Se acabó!—dijo Sandokan desde lo alto de la barricada, disparando sin cesar contra la flotilla, que seguía avanzando—. Dentro de diez minutos será preciso rendirse.

A las cuatro de la mañana no quedaban en el fortín más

que siete personas: Yañez, Sandokan, Tremal-Naik, Ada, Sambigliong, Kammamuri y Tanauduriam. Dejaron la barricada, donde la defensa era casi imposible, y se retiraron a la anchurosa estancia, parte de la cual estaba ya destruída por los cañonazos del *Realista* y del yate.

—Sandokan—dijo el portugués—. No podemos resistir más.

—Mientras nos queden pólvora y balas, no debemos rendirnos—respondió el Tigre de la Malasia, mirando a la flotilla que, rechazada seis veces seguidas, volvía a la carga con intención de desembarcar a sus tripulantes.

—No estamos solos, hermano. Tenemos en nuestra compañía a una mujer, a la Virgen de la Pagoda.

—Aún podemos vencer, Yañez. Dejemos que los enemigos pongan el pie en tierra y luchemos con ellos cuerpo a cuerpo. Me siento capaz de pelear contra todos esos miserables enviados por el rajá.

—¿Y si una bala hiriese a la joven? ¡Mira, Sandokan, mira!...

En aquel momento estalló una granada del *Realista*, hundiendo gran trozo del muro. Algunos fragmentos de hierro penetraron en la cámara y cayeron en medio del grupo de piratas.

—¡Que matan a mi prometida!—gritó Tremal-Naik, colocándose resueltamente ante la Virgen de la Pagoda.

—Hay que rendirse o prepararse a morir—dijo Kammamuri.

—Rindámonos, Sandokan—exclamó Yañez—. Se trata de salvar a la prima de la infortunada Mariana Guillonk.

El pirata no respondió. Asomado a una ventana, los ojos centelleantes, entreabiertos los labios y contraídos los músculos por violenta rabia, miraba al enemigo que se acercaba rápidamente a la isla.



—Rindámonos, Sandokan—repitió Yañez.

El Tigre de la Malasia respondió con un ronco suspiro. Otra granada penetró por una brecha y se estrelló contra el muro opuesto, esparciendo a su alrededor multitud de fragmentos enrojecidos.

—¡Sandokan!...—gritó por vez tercera Yañez.

—Hermano—murmuró el Tigre.

—Es necesario rendirse.

—¡Rendirse!...—exclamó el pirata con acento que nada tenía de humano—. ¡El Tigre de la Malasia no se rinde a James Brooke!... ¡Oh!... ¿Por qué no tengo un cañón para hacer frente a esos miserables? ¿Por qué no dispondré ahora de los compañeros que he dejado en la isla de Mompracem?... ¡Rendirse!... ¡Rendirse el Tigre de la Malasia!

—Debemos salvar a una mujer.

—Lo sé...

—Y esa mujer es prima de tu difunta esposa.

—¡Cierto! ¡Cierto!...

—Rindámonos, Sandokan...

Una tercera granada reventó en la misma estancia, en tanto que dos balas de grueso calibre hundían gran parte de la techumbre. El Tigre volvióse y miró a sus compañeros. Todos permanecían con las armas en la mano dispuestos a continuar la lucha; en medio de ellos se hallaba la Virgen de la Pagoda. Parecía tranquila, pero en sus ojos se reflejaba la más viva ansiedad.

—No queda esperanza alguna—murmuró el pirata con sordo acento—. Dentro de diez minutos, ninguno de estos valientes estará en pie. No queda más recurso que capitular.

Cogióse la cabeza entre las manos, y se oprimió la frente con violencia.

—¡Sandokan!—gritó Yañez.

Un ¡hurra! fragoroso ahogó su voz. Los soldados del rajá habían atravesado el mar y se dirigían hacia el fuerte.

El bandido se estremeció. Empuñó la terrible cimitarra e hizo ademán de lanzarse fuera de la estancia para cerrar el paso a los vencedores, pero se contuvo.

—¡La última hora ha sonado para los tigres de Mompracem!—exclamó con dolor—. Sambigliong, iza la bandera blanca.

Tremal-Naik, con un gesto, detuvo al pirata, que estaba atando un trozo de lienzo blanco en el cañón del fusil, y se acercó a Sandokan, llevando de la mano a su prometida.

—Si te rindes—le dijo—, Kammamuri, mi futura esposa y yo nos salvaremos; pero tú, que eres píata y por eso te odia a muerte el rajá, serás sin duda ahorcado con tus compañeros. En tus manos ponemos nuestras vidas. Si queda aún esperanza alguna de vencer, dílo, y nos lanzaremos contra el enemigo al grito de ¡Viva el Tigre de la Malasia! ¡Viva Mompracem!...

—¡Gracias, nobles amigos!—respondió Sandokan, con voz conmovida, estrechando vigorosamente las manos de la joven y del indio—. El enemigo ha desembarcado ya, y nosotros no somos más que siete. Rindámonos.

—¿Pero?...—preguntó Ada.

—James Brooke no me colgará—dijo el pirata—. El Tigre dispone aún de mil recursos.

—La bandera blanca, Sambigliong—exclamó Yañez, encendiendo un cigarrillo.

El bandido subió al techo del fortín y agitó el trozo de lienzo. En el acto oyóse el eco de una bocina en el puente del *Realista* y después un ¡viva! estrepitoso.

Sandokan, cimitarra en mano, salió de la estancia, atravesó el patio cubierto de maderos y de cadáveres, de armas y de balas de cañón, y se detuvo junto a la deshecha barricada.



Doscientos soldados del rajá habían desembarcado y hallábanse preparados para lanzarse al asalto. Una chalupa tripulada por el rajá Brooke, lord Guillonk y doce marineros, separóse de los costados del *Realista* y dirigióse velozmente hacia la isla.

—¡El y mi tío!—murmuró Sandokan, con triste acento.

Cruzó los brazos sobre el pecho, después de envainar la cimitarra, y esperó tranquilamente a sus dos encarnizados enemigos.

La embarcación, vigorosamente impulsada por los remeros, llegó en pocos minutos hasta el fortín; James Brooke y lord Guillonk pusieron el pie en tierra, y seguidos a corta distancia por su escolta, acercáronse a Sandokan.

—¿Pides una tregua o te rindes?—le preguntó el rajá, saludándolo con la espada.

—Me rindo—contestó el pirata, devolviéndole el saludo—. Tus cañones y tus hombres han domado a los tigres de Mompracem.

Una sonrisa de triunfo apareció en los labios del rajá.

—Ya sabía yo que acabaría por vencer al indómito jefe de los piratas de la Malasia—dijo—. Ríndete.

Sandokan, que hasta entonces no se había movido, al oír aquellas palabras levantó orgullosamente la cabeza, dirigiendo al rajá una de esas miradas que hacen estremecer hasta a los hombres más valientes de la tierra.

—Rajá Brooke—dijo con voz vibrante—. Tengo tras de mí cinco tigres de Mompracem, cinco solo, pero capaces de sostener todavía un combate contra todas tus tropas. Son cinco hombres que a una señal mía se arrojarían sin vacilar sobre ti y te arrancarían la vida, a pesar de los soldados que te rodean. Me entregaría cuando mis compañeros depusiesen las armas.

—¿No te rindes?

—Sí, pero con una condición.

—Te advierto que mis tropas han desembarcado ya; te advierto, además, que sois siete y nosotros doscientos cincuenta y que bastaría un solo gesto mío para que te fusilasen. Me parece extraño que el Tigre de la Malasia, vencido, pretenda aún imponer condiciones.

—El Tigre de la Malasia no ha sido vencido aún, rajá Brooke—contestó Sandokan con fiereza—. Todavía me quedan mi cimitarra y mi cris.

—¿Ordeno el ataque?

—Cuando te haya dicho lo que quiero.

—Habla.

—James Brooke: yo, el capitán Yañez de Gomara y los dayakas Tanauduriam y Sambigliong, todos ellos pertenecientes a la banda de Mompracem, nos rendimos con esas condiciones:

Que nos juzgue el Tribunal Supremo de Calcuta y que concedas amplia libertad para que vayan adonde estimen más conveniente, a Tremal-Naik, a su siervo Kammamuri y a Ada Corishant...

—¡Ada Corishant! ¡Ada Corishant!...—interrumpió lord Guillonk, acercándose a Sandokan.

—Sí, Ada Corishant—repitió el pirata.

—¡Es imposible que se halle aquí!

—¿Por qué?

—Porque fué raptada por los thugs indios y no se ha vuelto a oír hablar de ella.

—Sin embargo, se encuentra en este fortín.

—Lord James—exclamó el rajá—. ¿Conoció usted a Ada Corishant?

—Sí, Alteza—respondió el viejo lord—. La conocí pocos meses antes de que fuese robada por los sectarios de la diosa Kali.



—¿La reconocería usted si la viese?

—Sí, y estoy seguro de que ella también me reconocería, aunque hayan transcurrido cinco años desde aquella época funesta.

—Pues entonces, seguidme — dijo Sandokan, interviniendo.

Atravesaron la empalizada y entraron en la cámara, en medio de la cual se veían reunidos en torno de la Virgen de la Pagoda, con los fusiles en la mano y el cris entre los dientes, a Yañez, Tremal-Naik, Kammamuri, Tanauduriam y Sambigliong.

Sandokan cogió de la mano a Ada, y presentándosela al viejo lord, le preguntó:

—¿La reconoces?

Dos gritos le respondieron.

—¡Ada!

—¡James!

Luego, el anciano y la joven se abrazaron con efusión y se besaron. Entrambos se habían reconocido.

—¿Cómo se encuentra en tus manos Ada Corishant?—exclamó lord James, volviéndose hacia Sandokan.

—Ella misma te lo dirá—respondió el pirata.

—¡Sí, sí, quiero saberlo!—añadió el anciano, que seguía abrazando y besando a la joven, llorando de alegría—. Quiero saberlo todo.

—Refiérelo, pues, Ada—replicó Sandokan.

La joven, sin aguardar a que le repitiesen la invitación, narró brevemente al lord y al rajá la historia que ya conocen nuestros lectores.

—James—dijo Ada cuando terminó—mi salvación la debo a Tremal-Naik y a Kammamuri; mi felicidad al Tigre de la Malasia. Abraza a estos hombres...

Lord James acercóse a Sandokan que, con los brazos cru-

zados sobre el pecho y el semblante ligeramente alterado, miraba a sus compañeros.

—Sandokan—dijo el anciano, con acento conmovido—. Me robaste a mi sobrina, pero me devuelves a una mujer tan amada por mí como la otra. Te perdono, ¡abrázame, sobriño, abrázame!...

El Tigre de la Malasia se precipitó en los brazos del lord y aquellos encarnizados enemigos, al cabo de tantos años, se besaron en el rostro.

Cuando se separaron, gruesas lágrimas rodaban por las mejillas del anciano.

—¿Es verdad que tu esposa ha muerto?—le dijo con voz entrecortada.

Ante aquella pregunta, el semblante del Tigre de la Malasia se contrajo de una manera espantosa. Cerró los ojos, cubrióse el rostro con las manos y lanzó un ronco gemido.

—Sí, ha muerto—contestó el Tigre con dolorido acento.

—¡Pobre Mariana! ¡Pobre sobrina!

—¡Cállate, cállate!—murmuró Sandokan.

Un sollozo le ahogó la voz. ¡El Tigre de la Malasia lloraba!

Yañez se acercó a su amigo y poniéndole una mano en el hombro:

—¡Animo, hermano!—le dijo—. Ante el exterminador de los piratas, el Tigre de la Malasia no debe mostrarse débil.

Sandokan enjugóse casi con rabia las lágrimas y levantó la cabeza con fiero ademán.

—Rajá Brooke, estoy a tu disposición. Mis compañeros y yo nos rendimos.

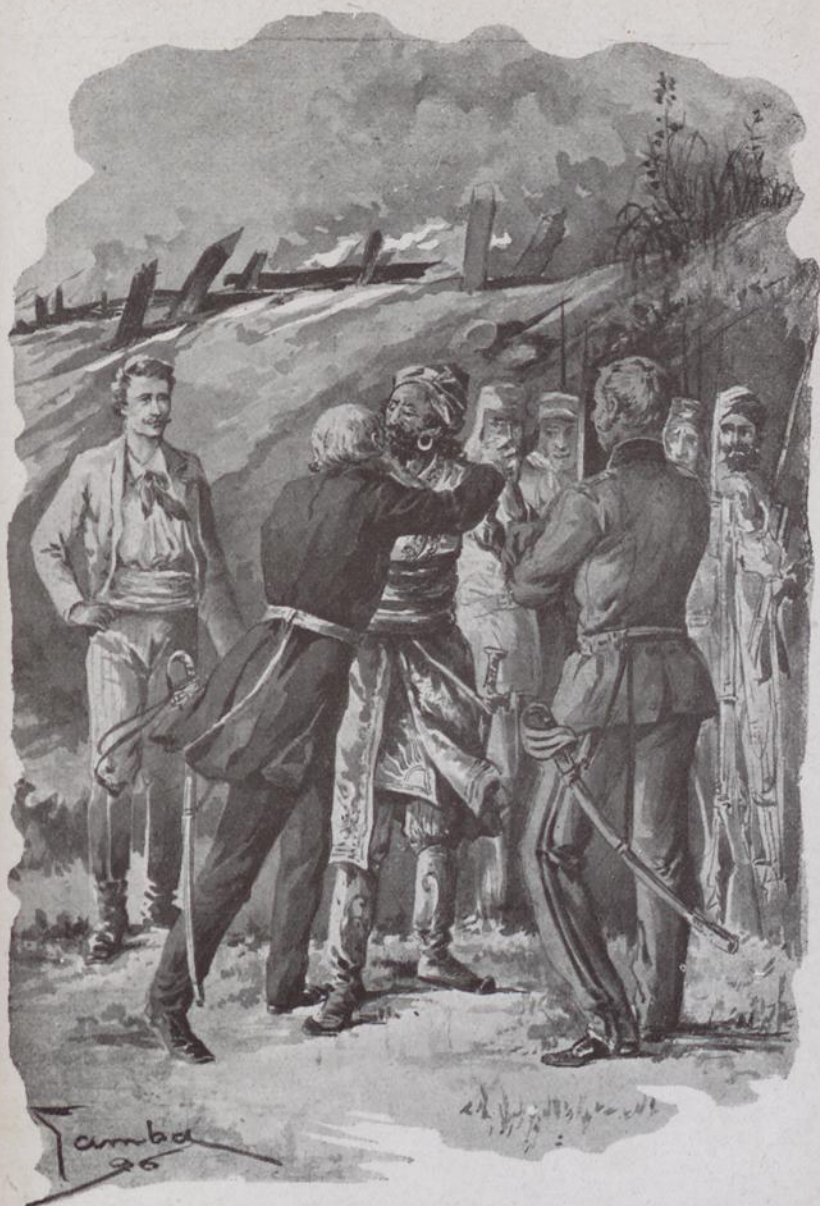
—¿Quiénes son tus compañeros?—le preguntó el rajá con la frente sombría.

—Yañez, Tanauduriam y Sambigliong.

—¿Y Tremal-Naik?



LOS PIRATAS DE LA MALASIA



...aquellos encarnizados enemigos al cabo de tantos años, se besaron en el rostro.





—¿Cómo?... ¿Te atreves?...

—Yo no me atrevo a nada—respondió James Brooke—. Me limito a obedecer.

—¿Qué pretendes decir?

—Que Tremal-Naik quedará prisionero lo mismo que vosotros.

—¡Alteza!...—exclamó lord Guillonk—. ¡Alteza!...

—Lo siento por usted, milord, pero no me es lícito conceder la libertad a Tremal-Naik. Lo he recibido en depósito y debo entregarlo a las autoridades inglesas, que no dejarán de reclamarlo.

—Pero ya ha oído Vuestra Alteza la historia entera de este nuevo sobrino mío.

—Es cierto, pero no puedo infringir las órdenes recibidas de las autoridades anglo-indias. Dentro de algunos días, un barco de deportados ~~llegará~~ en Sarawack y me verá obligado a entregar al prisionero...

—¡Señor!...—exclamó Tremal-Naik, con voz entrecortada—. Vuestra Alteza no permitirá que me separen de mi Ada ni que me conduzcan a Norfolk.

—Rajá Brooke—dijo Sandokan—. Cometes una infamia.

—No, obedezco—replicó el rajá—. Lord Guillonk podrá encaminarse a Calcuta, explicar las infames artes de los thugs, solicitar el indulto y, por mi parte, prometo apovar su gestión...

Ada, que hasta entonces había permanecido muda, adelantóse, presa de mortal angustia.

—Rajá—murmuró confusamente—. ¿Quiere Vuestra Alteza que yo vuelva a caer en la locura?

—Prometo verá usted de nuevo a su prometido, señorita. Las autoridades anglo-indias efectuarán la revisión del proceso y no dejarán de poner en libertad a Tremal-Naik.

—Entonces, permítame Vuestra Alteza que embarque con él.

—¿Usted?... ¿Qué está diciendo?... ¿Bromea usted, señorita?....

—Deseo seguirlo.

—¿En un barco de forzados?... ¿En semejante infierno?

—Digo que quiero seguirlo—exclamó la joven con exaltación.

James Brooke la miró con cierta sorpresa. Parecía impresionado por la suprema energía de aquella niña.

—Respondáme Vuestra Alteza—añadió Ada, al observar que permanecía mudo.

—Es imposible, señorita—dijo luego—. El comandante del barco no la admitiría a bordo. Mejor será que siga usted a su tío a la India para alcanzar el indulto de su futuro esposo. El testimonio de usted bastará para que le devuelvan la libertad.

—Es cierto, Ada—agregó lord Guillonk—. Si marchas con Tremal-Naik me quedaré solo y me faltará la declaración de más fuerza para salvar a tu prometido.

—¡Todos se empeñan en que lo abandone!—exclamó la joven, estallando en sollozos.

—¡Ada!...—murmuró Tremal--Naik.

—¿Me concedes cinco minutos de libertad?—preguntó Sandokan, acercándose al rajá.

—¿Para qué?—dijo James Brooke.

—Intento convencer a Ada para que siga a lord Guillonk.

—Puedes hacerlo.

—Pero tu presencia no es necesaria. Deseo hablarle sin testigos.

—Te concedo lo que pides. Sin embargo, te advierto que



es inútil que pienses en la fuga, porque está ocupada toda la bahía.

—Lo sé. Seguidme, amigos...

Salieron del fortín medio destruído y se dirigieron a la empalizada.

—Escuchadme—dijo el Tigre a los que le rodeaban—. Aún dispongo de recursos tales, que harían palidecer al rajá si los conociese. Ada, lord James...

—No, lord James, no, llámame tío, Sandokan—le interrumpió el inglés—. Eres sobrino mío.

—Ciertamente, tío—añadió el pirata, conmovido—. Ada, no insistas y renuncia a la idea de seguir a tu prometido a la isla de Norfolk. En cambio, procuraremos conseguir del rajá que retenga en Sarawack a Tremal-Naik hasta que las autoridades de Calcuta revisen el proceso y decidan la suerte del prisionero.

—Pero la separación será larga—dijo la joven.

—No, será breve, yo te lo aseguro. Intento obtener esto del rajá para ganar tiempo.

—¿Qué quieres decir?—preguntaron a un tiempo Tremal-Naik y lord Guillonk.

Leve sonrisa asomó a los labios de Sandokan.

—¡Ah!—exclamó—. ¿Creéis que ignoro la suerte que me espera en Calcuta?... Los ingleses me odian demasiado y les he hecho guerra muy encarnizada y muy feroz para confiar en que me dejen con vida. Y, sin embargo, aún tengo la esperanza de ser libre, de azotar el mar, de ver otra vez mis selvas de Mompracem.

—¿Qué proyectas? ¿En qué fías?—preguntó lord James Guillonk.

—En el sobrino de Muda-Hassin.

—¿Del sultán destronado por Brooke?

—Sí, tío. Sé que conspira para reconquistar el trono y

que mina, lenta, pero incesantemente, el poderío de James Brooke.

—¿Qué podemos hacer nosotros?—preguntó Ada—. A ti debo mi salvación y deberé la libertad de Tremal-Naik.

—Ir en busca de aquel hombre y decirle que los tigres de Mompracem están dispuestos a prestarle auxilio. Mis piratas desembarcarán aquí, se pondrán a la cabeza de los vencidos y asaltarán, ante todo, nuestra prisión.

Pero yo soy inglés, sobrino—exclamó lord Guillonk.

—Tío, nada exijo de ti. Tú no puedes conspirar contra un compatriota.

—Entonces, ¿quién desempeñará esa comisión?

—Ada y Kammamuri.

—¡Ah, sí!—exclamó la joven—. Habla, ¿qué debo hacer?

Sandokan se desabrochó la chaqueta y sacó de la faja que llevaba sobre la camisa de seda, una bolsa repleta.

—Buscarás al sobrino de Muda-Hassin y le dirás que Sandokan, el Tigre de la Malasia, le regala estos diamantes, que valen dos millones, para apresurar el triunfo de la revolución.

—Y yo, ¿qué hago?—preguntó Kammamuri.

El pirata se quitó una sortija, de forma especial, adornada con una gruesa esmeralda, y se la alargó, diciéndole:

—Te dirigirás a Mompracem, mostrarás a mis camaradas este anillo, les harás presente que me hallo prisionero y, en mi nombre, les ordenarás que embarquen para ayudar a la insurrección del sobrino de Muda-Hassin. Volvamos: el rajá es muy desconfiado.

Entraron de nuevo en la ruinosa estancia donde esperaba Brooke, rodeado de sus oficiales, que ya habían desembarcado.

—¿Y bien?...—preguntó brevemente.

—Ada renuncia a la idea de seguir a su prometido, con



la condición de que Vuestra Alteza retenga prisionero en Sarawack a Tremal-Naik, hasta que los tribunales de Calcuta vean de nuevo la causa—contestó el anciano lord.

—Sea murmuró James Brooke, después de algunos instantes de reflexión.

Entonces Sandokan se adelantó y, arrojando al suelo la cimitarra y el cris, dijo:

—Soy tu prisionero.

Yañez, Tanauduriam y Sambigliong tiraron también sus armas.

Lord James, húmedos los ojos, se interpuso entre el rajá y Sandokan.

—¿Qué se propone Vuestra Alteza hacer de mi sobrino?

—Le concedo lo que me ha pedido.

—¿Y es?...

—Lo enviaré a la India. El Tribunal Supremo de Calcuta se encargará de juzgarlo.

—¿Cuándo partirá?

—Dentro de cuarenta días, en el vapor-correo procedente de Labuán.

—Alteza... es sobrino mío y he cooperado a su captura.

—Lo sé, milord.

—Ha salvado a Ada Corishant, Alteza.

—También lo sé, pero nada puede hacer el que se denomina «exterminador de los piratas».

—¿Y si mi sobrino prometiese a Vuestra Alteza abandonar para siempre estos mares?... ¿Y si mi sobrino jurase no volver nunca a Mompracem?

—Cállate—le interrumpió Sandokan—. Ni mis compañeros, ni yo tememos a la justicia humana. Cuando para los tigres de Mompracem suene la última hora, sabrán morir como valientes.

Acercóse al anciano lord, que lloraba en silencio, y lo abrazó, en tanto que Tremal-Naik abrazaba a Ada.

—Adiós—murmuró luego, estrechando la mano a la joven, que sollozaba—. ¡Ten esperanza!

Volvióse después hacia el rajá, que esperaba junto a la puerta, y alzando altivamente la cabeza, le dijo:

—Estoy a tus órdenes.

Los cuatro piratas y Tremal-Naik salieron del fortín y se acomodaron en las embarcaciones. Cuando éstas soltaron las amarras, dirigiéndose hacia el *Realista*, el Tigre fijó la mirada en el islote.

En la puerta del fortín permanecía el lord, teniendo a Ada a la derecha y a Kammamuri a la izquierda. Todos lloraban.

—¡Pobre tío, pobre muchacha!—murmuró Sandokan, suspirando—. ¡Fatalidad!... ¡Fatalidad!... Pero la separación será breve, y tú, James Brooke, perderás el trono.





## CAPITULO XV

### A bordo del «Realista»

Diez minutos después de aquella tremenda lucha, terminada con la derrota del hasta entonces invencible Tigre de la Malasia, el pequeño «schooner» de James Brooke abandonaba la bahía, saliendo triunfante a alta mar.

Desplegadas las velas por la numerosa tripulación del rajá, la nave, impulsada por la fresca ventolina que soplaba de tierra, corría veloz sobre las azuladas y límpidas aguas de Borneo, dejando atrás nivea estela.

Sandokan y Yañez, de pie a popa, pero custodiados por cuatro marineros con la bayoneta calada, tenían los ojos fijos en el islote, ante el cual se veía aún el yate de lord Guillonk.

Parecía como si trataran de adivinar lo que pasaba a bordo de aquella magnífica embarcación y de distinguir todavía los rostros de Ada y de Kammamuri.

Cuando la distancia fué tal que se hizo imposible ver nada, el Tigre se volvió hacia su fiel compañero, que encen-

dió un cigarrillo y comenzó a fumar con su calma acostumbrada.

—¡Esto se acabó!—le dijo con un suspiro—. He aquí una buena acción que hemos pagado muy cara, mi pobre amigo.

El portugués se contentó con encogerse de hombros.

—¿No tienes miedo?—le preguntó.

—No—repuso Yañez.

—Sin embargo, estamos en las manos del exterminador de los piratas.

—¿Pero no eres tú el Tigre de la Malasia? ¿Quién es más fuerte?

—Si fuese libre aún y tuviese en el cinto a mi fiel cimitarra, te contestaría que el Tigre vencería al exterminador, pero ahora...

—Confío en ti, Sandokan.

Una sonrisa triste se dibujó en los labios del jefe de los piratas de Mompracem.

—Los valientes que me seguían han sido aniquilados por el hierro y por el fuego—murmuró con voz ronca.

—En Mompracem quedan otros no menos terribles, capaces de hacer que muerda el polvo el mismo exterminador.

—Mompracem está muy lejos y nosotros somos prisioneros.

—Pero tú te sobras para romper las cadenas y para derribar los muros de una prisión—dijo Yañez.

—Ante todo, ¿sabes qué hará con nosotros James Brooke?

—Pronto lo averiguaremos; ahora se dirige hacia aquí.

El rajá, después de conferenciar con sus oficiales, subió a cubierta y se acercó a los prisioneros, Hizo seña a los cuatro guardianes para que se alejasen, y luego, volviéndose hacia Sandokan y su compañero, les dijo:

—Seguidme.



LOS PIRATAS DE LA MALASIA

Tamara  
25



En la puerta del fortín permanecía el lord, teniendo a Ada a la derecha y a Kammamuri a la izquierda.





—¿Qué quieres de nosotros?—le preguntó el Tigre, con ironía.

—Antes de que el sol se oculte, lo sabréis—respondió el rajá—. Mis oficiales, reunidos en Consejo de guerra, han pronunciado vuestra condena.

—No reconozco en ellos semejante derecho.

—Lo reconozco yo, que soy el rajá de Sarawack.

—¡James Brooke!... ¡El Tigre de la Malasia no ha muerto todavía...—gritó Sandokan, en tanto que en sus pupilas brillaba un relámpago terrible.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que algún día podré volver a tu reino al frente de los tigres de Mompracem.

—¡Bah! Ese día está muy lejano—replicó el rajá, con sonrisa irónica—. Dentro de un mes os hallaréis en el gran Océano, entre vuestra isla y la otra...

—¿Cuál otra?

—La de Norfolk.

Sandokan hizo un gesto de estupro y de cólera, pero en seguida dijo con voz tranquila, al par que burlona:

—¡Ah! ¿Quieres enviarnos con los forzados que Inglaterra y Australia relegan en Norfolk? ¡No es mala tu idea, James Brooke! ¿Y será el *Realista* quien emprenderá tan largo viaje?

—Mi nave me prestará más utilidad aquí que en los mares de Australia.

—Entonces será en la que debe conducir allí a Tremal-Naik.

—Ciertamente.

—¿Y ha llegado ya a Sarawack?—preguntó el pirata, socarronamente.

—Ayer tarde ancló frente a Matany.

—Pues vamos a ver a Norfolk, salvo caso imprevisto que lo impida.

—¿Qué caso?—preguntó el rajá, mirándolo con desconfianza.

—En el mar nunca hay seguridad de llegar al puerto de destino; tú ya lo sabes, James Brooke.

—No era eso lo que querías decir. No obstante, si esperas huir antes de que el barco arribe a Norfolk, te engañas de medio a medio. Ignoras aún lo que es una fragata destinada al transporte de forzados.

—Lo aprenderé muy pronto, puesto que esta tarde tu *Realista* se hallará seguramente en aguas de Matany.

James Brooke le contempló fijamente breves segundos, como si leyese en su alma; luego, encogiéndose de hombros y haciendo un gesto de indiferencia, exclamó:

—Seguidme.

—¿Quieres colocarnos ya los grillos?—preguntó Sandokan, siempre burlonamente.

—Mientras permanezcáis a bordo de mi barco, os trataré como a huéspedes—replicó James Brooke, con nobleza—. Venid.

Bajó al comedor, seguido del Tigre y de Yañez, y se sentó a la mesa, espléndidamente servida.

—Después de un combate tan largo y terrible, que no os ha dejado un momento de tregua, vosotros, lo mismo que yo, sentiréis hambre—dijo—. Si no os desagrada, hacedme compañía.

—Con mucho gusto—respondió Sandokan, en tanto que el portugués se inclinaba silenciosamente.

El rajá y los dos cabecillas de la piratería malaya, empezaron a comer con excelente apetito, charlando como si fuesen los mejores amigos del mundo, en vez de ser enemigos acérrimos.



Rivalizaban en cortesía, hablaban de mares, de navegaciones, de construcciones navales, de armas y de abordajes, sin hacer la más pequeña alusión a su rivalidad ni nombrar a Norfolk ni a Mompracem.

Quien los hubiese visto, difícilmente sospecharía que tres horas antes aquellos hombres formidables se habían atacado con igual furor, decididos a aniquilarse, y que uno se llamaba el exterminador de los piratas, y que los otros dos eran los jefes de los bandidos más terribles del mar de Borneo.

La nave, impulsada por viento favorable, que hinchaba sus velas, dirigíase rápida hacia Matany, cuya cima gigantesca, que mide dos mil novecientos metros, aparecía hacia poniente, dorada por los postreros rayos del sol.

El mar perdía poco a poco sus reflejos de fuego, tomando color obscuro, y acerado a trechos, con fugaces resplandores de oro.

Algunas aves marinas revoloteaban en la atmósfera tranquila, ora dejándose caer al agua, ora levantándose rápidamente con chillidos agudos. Eran golondrinas de mar y petreles.

En ocasiones también cruzaba una fragata, veloz como una exhalación, o se dejaba ver un grueso albatro de robusto pico, plumas blancas orladas de negro en sus extremos, y al pasar junto al barco, lanzaba un gruñido semejante al de un cerdo.

El rajá y los dos piratas pasearon cerca de media hora, y seguían charlando, cuando el primero se detuvo bruscamente, mirando hacia proa. En medio de las tinieblas que habían descendido sobre el mar, descubrió dos puntos luminosos que brillaban en la dirección de Matany.

Su frente se contrajo, y su semblante, hasta entonces sereno y afectuoso, tomó de pronto un aspecto casi terrible. Volvióse hacia un marinero, diciéndole:

—Dispara un cohete.

Sandokan y Yañez no pronunciaron palabra. Sus miradas, sin embargo, permanecían fijas, con cierta ansiedad, en aquellos dos puntos luminosos, uno rojo y otro verde, que indicaban la presencia de un barco.

Pocos momentos después, un cohete partía de la popa del *Realista* y estallaba en el espacio, esparciendo alrededor una lluvia de chispas de oro.

El rajá, de pie a proa de la pequeña nave, no apartaba la vista de los puntos luminosos. Al cabo de un instante, otro cohete hendía las tinieblas hacia la parte de Matany, mostrando una línea de puntos azulados.

—Allí está el barco—dijo James Brooke.

Luego, volviéndose hacia Sandokan y Yañez, añadió con cierta dureza:

—Desde ahora dejáis de ser mis huéspedes. Yo vuelvo a ser el «Exterminador de los piratas».

—¡Aquel buque es el que ha de conducirnos a los mares de Australia?—preguntó el Tigre, en voz baja.

—Sí—respondió secamente el rajá.

—Estamos listos...

Los tripulantes del *Realista* botaron al mar una chalupa y en ella se acomodaron un oficial y ocho marineros, armados de fusiles y de sables.

Sandokan, antes de poner el pie en la escala, acercóse al rajá y, mirándolo fijamente, le dijo en voz lenta y pausada:

—James Brooke, algún día volveremos a vernos; mi corazón no me engaña.

En los labios del «Exterminador» se dibujó una sonrisa irónica.

—¿Lo dudas?—añadió el Tigre.

—Sí.



—Haces mal. Ese día guárdate de los piratas de Mompracem y guárdate también de los dayakas.

—¿Qué pretendes dar a entender?—le preguntó el rajá, por cuyo semblante cruzó una sombra de inquietud—. Los dayakas de Muda-Hassin, el sobrino del sultán, están sometidos y el pretendiente se halla entre mis manos.

—Veremos si ese día Muda-Hassin sigue en tu poder. ¡Adiós, James Brooke! La lucha entre nosotros no ha terminado y tal vez cometas un error al dejarme la vida.

Dicho esto, Sandokan bajó rápidamente la escala y se colocó entre los soldados, seguido de Yañez, de Sambigliong y de Tanauduriam, que habían sido llevados a cubierta.

La chalupa, a una breve orden del oficial, se puso en marcha, dirigiéndose hacia los dos focos luminosos que brillaban en las tinieblas.

Antes de alejarse, Sandokan levantó la cabeza y vió al rajá que, inclinado sobre la borda, lo miraba.

Con la mano le hizo una seña que quería decir adiós, pero que también significaba una amenaza; luego sentóse junto a Yañez, que había encendido un cigarrillo, y murmuró:

—Vamos a ver el barco de los forzados.

—Será alegre como un entierro—contestó el portugués, sonriendo.

—Más tarde será alegre como una fiesta—agregó el jefe de los formidables piratas, en el idioma de Borneo.

—¿Qué estás meditando, Sandokan?

—Un golpe soberbio, mi buen Yañez. Los forzados no son pazguatos y menos cobardes. Con tal de recobrar la libertad se hallarán dispuestos a todo. Chitón y esperemos los acontecimientos.

La chalupa, impulsada por tres pares de remos, se deslizaba veloz sobre las oscuras olas.

Los soldados, con el fusil entre las rodillas, se habían sentado unos delante y otros detrás de los cuatro prisioneros para impedir una evasión, cosa por otra parte nada fácil, hallándose la embarcación a más de diez millas de la costa.

Una hora después, la luna asomó por encima de la cumbre del Malang y la masa del barco se hizo visible. Era una gran fragata de tres palos y de formas gigantescas, una de aquellas viejas naves de vela que formaban parte de la escuadra inglesa en 1830, buenas veleras en su época, pero ya fuera de uso.

El portugués y Sandokan la observaban tranquilamente, contemplando sus elevados mástiles y su extenso casco; luego, miráronse sonrientes.

—Hallaremos numerosa compañía—dijo el primero.

En aquel momento, gritos roncacos, que nada tenían de humanos, retumbaron en las entrañas del enorme buque, con fragor semejante al lejano rugido de una manada de bestias feroces; luego, bruscamente, se extinguieron los ecos, en tanto que una voz, desde lo alto del puente, preguntaba:

—¿Quién vive?

—Chalupa del rajá—respondió el oficial de James Brooke.

La embarcación, con pocos golpes de remo, abordó a la fragata bajo la escala, que ya había sido echada.

—Seguidme—ordenó el oficial a Sandokan y a Yañez.

Los dos jefes de la piratería obedecieron sin formular objeción alguna y subieron la escala escoltados por cuatro soldados.

Al llegar a cubierta, un oficial salió al encuentro del enviado del rajá, examinándolo a la luz de un fanal.

—He aquí a mis hombres—dijo al marino—. James Brooke los confía a usted.

—¿Son éstos los dos famosos piratas?—preguntó el te-



niente de la fragata, fijando una mirada escudriñadora en Sandokan y Yañez.

—Sí, señor.

—¿Los dos peligrosos?

—Los vigilará usted atentamente.

—Eso corre de mi cuenta, señor. Mis respetos a Su Alteza.

—¿Parte usted?

—En seguida. El viento se muestra favorable para alcanzar las costas septentrionales de Borneo.

En tanto que el emisario del rajá y sus hombres volvían a la chalupa y la fragata viraba de bordo la proa hacia el Norte, el teniente llamó a cuatro marineros, e indicándoles a Yañez y a Sandokan, les dijo:

—Encadenad a esos nuevos prisioneros y conducidlos bajo cubierta; son peligrosos.

Al oír tales palabras, Sandokan hizo un movimiento de protesta enérgica, pero el portugués le detuvo, murmurando rápidamente:

—Calma, hermano, o echarás a rodar tu proyecto.

—Tienes razón—contestó su compañero, con los dientes apretados.

Un marinero se acercó a ellos y les colocó cadenas en las piernas para impedir que anduviesen con facilidad; después los empujó violentamente hacia proa, diciéndoles:

—Venid, bribones...

Aún no había terminado la frase, cuando la diestra de Sandokan caía sobre su espalda con tal ímpetu, que estuvo a punto de hacerle rodar por el entarimado.

—¿Bribón yo?—gritó con rabia—. ¿Ignoras, pues, que esta mañana era el jefe de los piratas de Mompracem y que llevo en las venas sangre real?... ¡Mucho cuidado!... ¡Soy hombre que mata!...

El teniente, al ver la escena y al oír aquellas palabras acudió presuroso. En vez de revolverse contra Sandokan, dió un puntapié al marinero, diciéndole con voz severa:

—Estos dos hombres están bajo la protección del rajá de Sarawack y no son malhechores vulgares. Al que los insulte, mandaré que le pongan hierros en los pies.

—Renuncio a la protección de James Brooke—replicó Sandokan, con orgullo—. Pido que se me trate aquí lo mismo que a los demás, pero, ¡desgraciado de aquél que me insulte!... ¡Vamos!...

Después de dirigir un ligero saludo al oficial, siguió al marinero que le precedía, rascándose la espalda como si temiese sentir otra vez la vigorosa mano que le había hecho crujiir los huesos.

Al llegar a proa, bajaron por una escala y pasaron al entrepuente, donde Yañez y Sandokan se detuvieron, haciendo un gesto de repugnancia.

—¡Mil truenos!—exclamó el portugués—. No creí que acabaría en tal antro. Este es el infierno.

—Sí, pero un infierno que pronto estallará como un volcán—contestó su camarada.

Luego, volviéndose hacia el marinero, le preguntó:

—¿Cuál es nuestro lugar?

—Allá, hacia proa—respondió el marino.

—¡Vamos!...





## CAPITULO XVI

### La nave de los forzados

El entrepuente de aquel viejo buque de forzados ofrecía un espectáculo repugnante y horrible.

La anchurosa estancia hallábase tapizada de cuerpos humanos cuyo aspecto sólo bastaba a inspirar náuseas.

Trescientos hombres, la hez de Inglaterra y de las colonias británicas de Asia, yacían amontonados en aquel lugar, encadenados unos a otros como bestias feroces.

Veíanse allí jóvenes embrutecidos por el vicio y por los delitos, hombres en la plenitud de la vida y ancianos de blancos cabellos, pero que acaso registraban en su existencia mayor número de infamias que los demás. Ladrones, incendiarios, borrachos incorregibles y asesinos, encontrábase

juntos, con rumbo a la isla de Norfolk, el establecimiento penitenciario más horrible del Océano Pacífico.

Hacinados aparecían colosos de rostros bestiales, adolescentes devorados por la tisis o consumidos por todo género de vicios, naturalezas vigorosas que resistían muchos años y que tal vez cometerían nuevos delitos y organismos ya agotados en los cuales probablemente se extinguía la vida antes de ver las copas de los gigantescos pinos de la isla maldita.

Un vaho morbosos, como vaho de fieras, emanado de aquellos trescientos cuerpos, aspirábase en el entrepuente, a la vez que un ronquido sonoro, que hacía vacilar hasta la llama de las dos linternas que alumbraban aquella inmensa prisión ostilante, dejábase oír sordamente, interrumpido de tarde en tarde por el lúgubre tintineo de alguna cadena.

Sandokan y Yañez se detuvieron, mirando con asco aquel montón de carne.

—¡Es horrible!—exclamó el portugués—. ¡Nunca había soñado semejante escena! Es preferible un campo de batalla bañado en sangre y cubierto de cadáveres y de moribundos a esta cueva de bandidos.

—¡Venid!—ordenó bruscamente el marinero.

Los dos jefes de la piratería y sus compañeros le siguieron sin hablar más. Pasaron junto a aquel amasijo de durmientes, cuidando de no despertar a ninguno y llegaron a popa.

El marinero les hizo que se sentaran junto a otras tantas argollas de hierro fijas en el entarimado, y les mandó que cerrasen los ojos y que se durmiesen.

—¿No tienes orden de atarnos?—preguntó Sandokan.

—Es inútil—respondió el marino, sonriendo—. Sois personas... respetables. Sin embargo, este es vuestro puesto.



Y se alejó sin decir más.

Sandokan y Yañez se miraron.

—Esta libertad favorecerá mis planes—dijo el primero.

—¿Y la cadena que llevamos en los pies?—preguntó Yañez.

—Caerá rota en momento oportuno.

—¿Qué te propones? ¿Maduras alguna idea?

—Pienso en la libertad, Yañez. ¡Ah! ¿Supone ese bravo James Brooke que voy a dejar que me conduzcan a Norfolk? Se engaña, amigo mío. Acaso presenciaremos una matanza espantosa, pero antes de que el barco se halle a la vista del cabo Sirik, seremos dueños de esta vieja fragata.

—¿Cuentas, tal vez, con amotinar a estos galeotes?

—Sí, Yañez.

—¿Y crees que te obedecerán?

—¿Por ventura no desean también verse libres?

—¡Y la tripulación?

—Cederá ante el formidable ataque de estas fieras desencadenadas por nosotros.

—¿Y luego?...

—Luego volveremos a Sarawack.

—¿Otra vez?...

—¿Imaginas que el Tigre de la Malasia puede resignarse con su derrota? No, Yañez. Arrojaré del trono a James Brooke. Muy tarde he pensado en Muda-Hassin, pero ya tendremos ocasión de poner en juego al pretendiente y de sublevar a sus dayakas.

—¿Conoces a Muda-Hassin?

—Hace ya muchos años.

—Es sobrino del sultán de Sarawack, ¿verdad?

—Sí, de aquel sultán que en vez de ceder el trono a Muda ha preferido dejarlo a Brooke.

—¿Dónde se encuentra el pretendiente?

—En Sedang, custodiado por gentes adictas al rajá.

En aquel instante una voz, desde el extremo del entrepuente, gritó con imperioso acento:

—Silencio, u os haré callar con el «gato de nueve colas».

—Es el centinela que vigila a proa—dijeron Sambigliong y Tanauduriam, que se habían tendido tras de sus jefes.

—Cerremos los ojos—murmuró Sandokan—. Aún no ha llegado la hora...

Los cuatro piratas se tumbaron en el entarimado, lecho no muy cómodo seguramente, pero tolerable para aquellos hombres acostumbrados a pernoctar en el suelo de las selvas. Cerraron los párpados y se durmieron plácidamente, mecidos por las olas que azotaban los costados del viejo buque.

Dos o tres veces durante la noche despertóse Sandokan y se incorporó para observar con singular atención a los forzados que reposaban junto a él. Sus miradas se fijaron singularmente en un hombre de estatura gigantesca, ancho pecho y brazos muy desarrollados, indicios de una fuerza más que extraordinaria.

Aquel forzado podría tener unos cuarenta años. Era un hércules de cabello jaro y crespo, frente bastante espaciosa y facciones regulares, que contrastaban con las feroces y crueles de sus vecinos.

Aunque llevaba el uniforme de los forzados, por su tez bronceada y por el modo de dormir, cualquier observador habría podido adivinar en él a un hombre de mar o a un corredor de bosques.

Más de una vez asaltó a Sandokan la idea de despertarlo, para contemplarlo mejor, pero le detuvo el miedo de llamar la atención del centinela que vigilaba en el extremo del entrepuente, apoyado en el fusil.

—He ahí un hombre que puede serme útil—murmuró—. Gigantes como ese son objetos preciosos. Mañana veremos...



Hecha esta última reflexión, volvió a dormirse junto a Yañez, con las manos en la faja, según costumbre, creyendo que aún tenía armas.

Ensordecedor estrépito de cadenas, unido a gritos de dolor, le arrancaron bruscamente de su sueño, haciéndole abrir los ojos.

Dos marineros recorrían el entrepuente, haciendo silbar en el aire dos látigos y gritando con rabia.

—¡Canallas!... ¡En piel!...

De vez en cuando los dos látigos caían vigorosamente sobre un grupo de forzados y en seguida dejábase oír un coro de gritos de dolor y de maldiciones.

Ambos marineros manejaban aquellos terribles instrumentos sin misericordia, sin cuidarse de dónde daban. Hemos dicho terribles instrumentos: en la frase no hay exageración alguna, porque se trataba del famoso «gato de nueve colas», en uso hasta hace pocos años en la marina inglesa y en las penitenciarías.

Esta especie de disciplinas, designadas con aquel nombre porque se componen de nueve correas sujetas a un mango corto y terminadas en otras tantas bolitas de plomo, son, sin duda, peores que el *knut* de los rusos y que el «courbase» de piel de hipopótamo de los sudaneses y de los abisinios.

Cada vez que caen, las bolas dejan un surco sangriento en la espalda del paciente, y bastan cinco golpes, y en ocasiones menos, para matar a un hombre.

Es increíble el pavor que inspiraba a los marineros de los barcos de guerra y a los rematados de las penitenciarías inglesas semejante instrumento, porque unos cuantos latigazos reducían al hombre más robusto a un estado lastimoso.

Puede asegurarse que producía miedo más grande que la horca. En efecto, para acabar con la terrible banda de los es-

tranguladores londinenses que durante varios años se ensañó con los pacíficos transeuntes que volvían a sus hogares algo más tarde, bastó con la amenaza de los jueces de aplicar cincuenta azotes a los culpables, en vez de la horca, para verlos desaparecer.

Yañez, Tanauduriam y Sambigliong levantáronse bruscamente para no recibir alguna de aquellas brutales caricias. Sandokan, en cambio, después de enterarse de lo que se trataba, volvió a tumbarse, cerrando los ojos.

Los dos marineros, prosiguiendo su carrera, llegaron muy pronto hasta los cuatro piratas. Al ver que el Tigre no había obedecido la orden de despertarse, uno de aquéllos se inclinó sobre él, gritando:

—¡En pie!

Sandokan no se movió. Tanauduriam y Sambigliong, creyendo que el jefe no había oído el mandato del marinero, se acercaron con intención de sacudirlo. Una mirada terrible de Yañez los detuvo.

El portugués se había dado cuenta de que su camarada no dormía, luego motivos tendría para permanecer con los ojos cerrados.

—¡En pie, bribón!—repitió el marinero, haciendo silbar en el aire el zurriago.

Al notar que sus voces no producían efecto alguno, dejó caer el «gato de nueve colas», hiriendo a Sandokan en mitad del pecho y desgarrándole la camisa de seda verde.

Apenas sintió el golpe de las disciplinas, el Tigre de la Malasia se puso en pie de un brinco. Coger por la cintura al marinero y levantarlo a pulso como si fuera un muñeco, fué obra de un segundo.

La voz del hombre terrible tronó como un cañonazo, re-tumbando en el entrepuente:

—¡Miserable!... ¡Te atreves a azotarme a mí, al Tigre



de la Malasia, al jefe de los formidables piratas de Mompracem!... ¡Te mato!...

El marino, medio ahogado por aquella presión enérgica que hacía crujir todos sus huesos, lanzó un grito de dolor y de rabia imponente.

Su compañero precipitóse sobre Sandokan con el látigo levantado. Pero Sambligliong y Sanauduriam velaban por su jefe. Echándole la zancadilla, hicieron rodar por el suelo al marinero y lo sujetaron contra el entarimado, impidiéndole que prestase auxilio a su camarada.

El formidable pirata, dando prueba de su vigor extraordinario y de su audacia, causó impresión profunda en aquellos infames encallecidos en el delito y habituados a sentir admiración por los hombres animosos y resueltos. Además, las pintorescas y ricas vestiduras que ostentaba el jefe de la piratería, aquel gran turbante de seda blanca y verde, adornado con un magnífico diamante que despedía vivísimos resplandores a la rojiza luz de la linterna, eran causas sobradas para darles una elevada idea de su compañero, al que consideraban no como un forzado vulgar, sino como un príncipe de Borneo.

Gritos de estupor y de admiración se escaparon de todos los labios.

—¡Qué hombre!...

—¡Qué vigor!...

—¡Bravo!... ¡Acogota a ese pícaro!

Una voz aguda gritó de repente:

—Camaradas... Os propongo que proclamemos a este valiente príncipe, rey de los forzados.

Un aplauso estrepitoso acogió tan extraña proposición: el eco se extinguió en seguida, ahogado por el rumor de cadenas

El centinela había hecho la señal de alarma, y una docena de marineros armados de fusiles y con la bayoneta calada, invadieron el entrepuente, corriendo en auxilio de sus dos compañeros. Un teniente, el mismo que noche anterior se hizo cargo de Sandokan, mandaba a la tropa.

—¡Dejad libre a ese hombre!—gritó, amartillando resueltamente la pistola y apuntando al pecho del Tigre de la Malasia.

Tanauduriam y Sambigliong, a una señal de Yañez, dejaron al segundo marinero que se levantara, pero después de quitarle las disciplinas.

Sandokan volvióse al oír la intimación del teniente.

—¡Ah! ¿Eres tú?—dijo—. Ahí tienes a tu subordinado, pero te advierto que si se atreve a levantar otra vez el látigo contra mí, lo mato.

Y empujando violentamente al marinero, añadió:

—¡Vete!

—Te prometo que nadie te tocará mientras permanezcas a bordo de esta nave, porque tal es la orden de Su Alteza—contestó el oficial—. No obstante, me veo precisado a encadenarte.

—Hazlo—replicó friamente Sandokan.

—Puedo evitarte tal humillación si me das palabra de no volver a rebelarte contra mis subordinados.

—No prometo semejante cosa.

—Entonces, obedeced—exclamó el teniente, dirigiéndose a sus soldados.

Dos marineros acercáronse a Sandokan y sujetaron a la argolla del entrepuente la cadena que llevaba al pie. El pirata los dejó hacer, pero luego, aferrando la cadena con ambas manos, la retorció violentamente y con una sacudida brusca la rompió, rodando los anillos por el entarimado.



—Mira tu cadena—dijo—. Para el Tigre de la Malasia hace falta otra más fuerte.

Los forzados, en el colmo del estupor, no respiraban siquiera. Miraban con una especie de terror supersticioso a aquel hombre que había dado, en tan breve tiempo, dos pruebas de su fuerza extraordinaria y que parecía no temer aquellos brutales guardianes que sólo con su presencia hacían temblar a todos los huéspedes del entrepuente.

También el oficial, al ver rota la cadena, quedóse inmóvil y contempló con la más profunda sorpresa al hombre formidable.

—¿Qué has hecho?—le preguntó.

—Ya lo ves—repuso Sandokan—. La cadena me molestaba y la he roto.

Luego, levantándose fieramente y cruzando los brazos sobre el pecho, añadió con acento desdeñoso:

—Llevo en las venas sangre real y no soportaré semejante humillación, aunque tenga que luchar contra todos vosotros.

—Te arrancaré la vida.

—El Tigre de la Malasia no teme a la muerte; la he desafiado en cien abordajes. Déjame en paz y no me rebelaré contra tus subordinados. James Brooke no te ha autorizado para que me ofendas ni me maltrates.

—¿Permanecerás tranquilo?

—Seguramente—respondió Sandokan, con cierta socarronería.

—Te prometo que nadie te molestará.

—Está bien.

Dicho esto, el Tigre volvió a sentarse en medio de sus compañeros, en tanto que el teniente se retiraba con sus subordinados.

Los presidieros no se habían movido. Seguían contemplando con estupor y admiración al terrible pirata, cual si hubiesen quedado hipnotizados por su mirada ardiente.

En primera línea aparecía el gigante que había fijado la atención de Sandokan. Revelaba mayor sorpresa que los otros y no apartaba los ojos del jefe de los piratas de Mompracem.

La llegada de algunos marineros cargados con enormes ollas y con un rimero de escudillas, rompió aquella especie de fascinación.

—¡El rancho!...—exclamaron algunos forzados.

En el entrepuente se dejó oír gran ruido de cadenas.

Comenzaba la distribución del rancho matutino. Las escudillas, llenas de una bazofia negruzca y humeante, circulaban con rapidez entre aquellos desgraciados que con igual rapidez las vaciaban.

Cuando llegaron junto a los prisioneros de James Brooke, los marineros colocaron ante ellos cuatro escudillas, añadiendo, seguramente por orden del comandante, un vaso de vino en vez de agua, galletas y un trozo de jamón salado.

—¡Por Baco! ¡qué lujo!—exclamó Yañez, que conservaba su inalterable buen humor—. Nuestros compañeros de galera sentirán envidia de esta mesa.

—A su tiempo tendrán algo mejor—respondió Sandokan, que había comenzado a devorar el rancho con excelente apetito.

—¿Piensas siempre en tu proyecto?

—Por supuesto. ¿Crees que iba a armar tal algazara por el capricho de levantar en el aire a aquel marinero y para buscarme un zurriagazo?

—¡Ah!... Ya lo sospechaba.

—Era preciso que los forzados se enterasen de lo que soy capaz y que supieran que me llamo el Tigre de la Ma-



lasia. Entre un pirata y un bandido la diferencia no es muy grande, hermano. Verás ahora cómo estos galeotes me obedecen con sólo un gesto.

—Empiezo a creerlo, Sandokan. Esos hombres no temen más que a la fuerza y únicamente se doblegan ante ella.

—Ahí tienes a un individuo, tal vez más fuerte que yo, con el cual cuento.

—¿Ese gigante que tenemos al lado y que nos mira de reojo? Se me antoja que el pobre diablo siente deseos vivísimos de participar de nuestro almuerzo tres veces más abundante que el suyo.

Sandokan volvióse de pronto. El hombre de los cabellos japos los miraba con ojos que revelaban impulsos de arrojarse sobre los víveres que devoraban sus vecinos. Seguramente al infeliz no le bastaba la escasa ración de los forzados, sobre todo con una constitución tan robusta.

El Tigre comprendió en seguida que aquella era la mejor ocasión para trabar amistad con el hércules.

—¿Quieres?—le preguntó, alargándole una galleta.

El forzado vaciló un momento, avergonzado tal vez de que aquel hombre formidable le hubiera sorprendido en semejante actitud y de que hubiese adivinado su deseo; luego, alargó rápidamente la mano, cogió la galleta y se la llevó a la boca con avidez, murmurando con voz entrecortada:

—¡Gracias!

Dos lágrimas asomaron a sus ojos y rodaron por sus tostadas mejillas.

—La ración no te basta, ¿verdad?—le preguntó Sandokan, ofreciéndole otros bizcochos y un pedazo de jamón.

—No, y hace más de siete semanas que sufro hambre—repuso el gigante, con sorda rabia.

—Debías quejarte a los oficiales o al capitán.

—Estos señores tienen que hacer otras cosas más importan-

tes que ocuparse de miserables como nosotros. He suplicado muchas veces a los marineros que añadiesen algo a la ración y se han reído en mi misma cara y me han llamado canalla.. ¡Mil truenos!... Sin embargo, soy más desgraciado que culpable.

—¿Eres inglés?

—Del país de Gales.

—¿Marinero quizá?...

—De la tripulación de una fragata, la «Scotia».

—¿Y por qué motivo te encuentras aquí, con rumbo a la isla de los forzados?

El gigante bajó los ojos; luego, con voz entrecortada por un sollozo, murmuró:

—Porque maté a... un hombre.

—¿A algún camarada?

—A un contraмаestre. Era un mal bicho... un verdago que atormentaba a mis compañeros. No sé lo que pasó... una tarde yo había bebido... bebido con exceso... Tuvo la audacia de golpearme... de abofetearme... a mí, a John Kulton... al hombre más fuerte de Inglaterra... Perdí el juicio... no vi nada... no comprendí la enormidad que iba a cometer... Levanté el puño y se lo dejé caer sobre el cráneo... ¡El desgraciado murió pocos momentos después!... ¡Maldita sea la tarde que convirtió a un honrado marinero... en forzado, en un galeote destinado a arrastrar la cadena de los miserables!...

El atleta dejó caer los bizcochos y se cubrió el rostro con las manos. El infeliz sollozaba y entre los dedos le corrían abundantes lágrimas.

Yañez y Sandokan lo contemplaban en silencio.

—¡Pobre madre mía a la cual he causado pena tan grande y que acaso no volverá a ver jamás a su único hijo!—añá-



dió luego el gigante, con voz temblorosa—. ¡Yo seré la causa de su muerte!...

—¿Y no se te ha ocurrido pensar en la libertad?—le preguntó repentinamente Sandokan.

El inglés levantó la cabeza y clavó una mirada ardiente en el Tigre de la Malasia.

—¡La libertad!...—exclamó—. ¡Daría toda mi sangre por recobrarla, por ver de nuevo a mi anciana madre, a mi blanca casita, a mi aldea! Pero no, ese sueño es irrealizable y acabaré mi triste existencia en la isla maldita del Océano Pacífico.

—¿Y si hubiese un hombre capaz de darte esa libertad?

—¿Dónde está? Mi vida entera le pertenecería.

—Soy yo—dijo Sandokan.

—¿Tú?...—exclamó el coloso, estupefacto—. ¿No eres también condenado a la isla de Norfolk?

—¿Y qué importa?

—Eres el Tigre de la Malasia, el terrible jefe de los piratas de Mompracem. Durante mis viajes a Borneo he oído hablar con frecuencia de tus temerarias empresas; he visto, hace poco, de todo lo que eres capaz, pero... que puedas devolverme la libertad... perdona... lo dudo...

—Mira a tu alrededor, John Fulton—dijo Sandokan—. ¿Crees que los hombres que nos rodean no suspiran, lo mismo que tú, por la libertad?

—Seguramente.

—¿Y que lo arriesgarían todo por reconquistarla?

—También es cierto.

—Desencadenemos a esta horda de criminales y los verás hacer prodigios, lanzarse contra la muerte como mis piratas de Mompracem y rivalizar con ellos en valor y en ferocidad. Colócate a la cabeza de los más resueltos, decidido a todo, y luego me dirás si es empresa imposible la conquista de este barco.

El coloso lo escuchaba en silencio, mirándolo con creciente estupor. Sus ojos, poco antes húmedos por el llanto, despedían ahora relámpagos, mientras una oleada de sangre le coloreaba las mejillas y la frente.

—¡La libertad!—rugió—. ¡Sí, desencadenar a esos hombres, colocarse a la cabeza de ellos, atacar a la tripulación, apoderarse del buque! Si eres capaz de hacer esto, mi vida será tuya.

—Ante todo, dime: ¿gozas de influencia entre los forzados?—le preguntó Yañez.

—Sí—respondió el inglés—. Mi fuerza prodigiosa que en cierta ocasión les protegió contra un marinero que los martirizaba a golpes con el «gato de nueve colas» y a cuyo marinero acogoté, me ha valido cierta autoridad. Por eso me obedecen como si fuera su jefe.

—Entonces tú les advertirás de nuestros propósitos. Espero que ninguno de ellos nos traicionará.

—Por esa parte no hay que temer; existe excesivo odio entre condenados y guardianes.

—¿Cuántos hombres calculas que hay a bordo?

—Ochenta marineros y cuatro oficiales.

—¿Y cañones sobre cubierta?—preguntó Sandokan.

—Dos en el alcázar—replicó el inglés.

—Eso me inquieta—murmuró el Tigre, cuya frente se contrajo—. Al primer asalto la tripulación se atrincherará en el alcázar y nos ametrallará despiadadamente. Será preciso clavarlos.

—Es imposible, Sandokan—dijo Yañez—. Hay guardia en el timón.

—Lo sé, pero me temo que esas dos piezas de artillería causen gran estrago entre nosotros.

De pronto se golpeó la frente.

—¡Ah!—exclamó.



—¿Qué te pasa, hermano?

—¡Por Alá!—exclamó el Tigre, en tanto que a sus labios asomaba siniestra sonrisa—. Tal vez arda la nave, pero no se halla lejos el cabo Sirik. John Fulton, manos a la obra. Dentro de tres días todos debemos estar apercebidos para la lucha.







## CAPITULO XVII

### El motín

Mientras en el entrepuente los forzados preparaban la tremenda rebelión que había de destruir todo, el buque navegaba tranquilamente por la espaciosa bahía de Sarawack, con rumbo al Nordeste.

Impulsado por fresca brisa, que se mantenía favorable, soplando regularmente de tierra, había ya casi atravesado aquel pequeño mar, dando vista al río Palo; entonces lanzóse hacia el Norte para doblar el cabo Sirik y seguir costeano el sultanato de Borneo.

Aquella navegación podría parecer extraña a cualquiera, porque alargaba considerablemente el camino en vez de disminuirlo, pero el objeto de semejante ruta por la costa septentrional de Borneo era justificado. Destinada la fragata a recoger todos los forzados de las colonias indo-malayas sujetas a Inglaterra, tenía que tocar también en Labuán para que embarcasen allí los infelices huéspedes destinados a la isla de Norfolk.

Si Sandokan y Yáñez hubiesen podido adivinar la verdadera ruta del buque, se habrían guardado muy bien de provocar tan prematuramente la rebelión, teniendo la probabilidad de acercarse a su isla. Ignorándolo y temiendo además que la nave, una vez doblado el cabo Sirik, se internase en alta mar, decidieron precipitar los acontecimientos. Cuando se dieron cuenta de que habían dejado atrás el Palo y de que la pequeña ciudad de Reding quedaba a popa, resolvieron, sin aguardar más, el audaz golpe de mano que había de hacerles dueños de la nave.

La sedición se hallaba ya hábil y secretamente organizada. Los trescientos galeotes, sin excepción, habían acatado las órdenes del jefe de la piratería, dispuestos a empeñar en el acto la suprema lucha que había de devolverles la libertad.

La fama de que gozaba Norfolk era bastante triste para no impulsarlos a la pelea. Ninguno de los condenados ignoraba las torturas físicas y morales que les aguardaban en aquella isla perdida entre las olas del Gran Océano, en medio de la chusma de forzados de Australia.

John Fulton, que ejercía, en efecto, influencia grandísima sobre aquellos miserables, debido a su elevada estatura y a sus fuerzas prodigiosas, había amenazado además con aplastar de un puñetazo al que dejase de tomar parte en el complot o se atreviera a descubrir la conjuración.

A los cuatro días del embarque de los piratas de Mompracem, todo estaba organizado. Los trescientos rematados, divididos en seis bandos, habían nombrado a sus jefes, elegidos de entre los hombres más vigorosos y distinguidos por su carácter resuelto y sanguinario, y tenían asignado ya el lugar que debían ocupar a la primera señal de rebelión, para dividir a los tripulantes y derrotarlos con más facilidad.

—Esta noche daremos el golpe—había dicho Sandokan al inglés que le interrogaba—. Advierte a todos que se hallen



preparados, luego daré las últimas instrucciones cuando toquen a silencio.

El gigante comunicó la orden a su vecino para que éste la transmitiese a los demás; después, cuando la bocina de a bordo impuso silencio, tendióse en el entarimado de modo tal que su cabeza tocase con la de Sandokan y la de Yañez.

Los trescientos forzados tumbáronse también junto a sus argollas, a las cuales estaban sujetas las cadenas y fingieron dormir; de vez en cuando, sin embargo, levantaban la cabeza lentamente y fijaban los ojos con ansiedad en el grupo formado por Sandokan, Yañez y el inglés.

—Escúchame—dijo el Tigre al gigante, que aparentaba dormir—. Eres capaz de romper las cadenas de tus compañeros, ¿verdad?

—Eso es cosa de juego para mí.

—Pues bien, empieza por la tuya; luego harás pedazos la de ese muchacho flaco que duerme al lado tuyo.

—¿Lo deseas?

—Lo exijo, porque necesito utilizar a ese joven. ¿Has advertido a los otros que estén atentos a nuestros gritos?

—Sí; apenas oigan en el entrepuente la voz de «¡fuego!»... se levantarán, resueltos a obrar.

—Rompe tu cadena.

El inglés dobló las piernas; en seguida pasó ambas manos bajo el vientre para que no lo descubriera el centinela que velaba en el extremo del entrepuente, y con un golpe seco abrió los anillos de la cadena.

—Ya está—murmuró, volviendo a su primera postura.

—Ahora, tu compañero...

John Fulton miró primero al centinela. Aguardó a que volviese la espalda, e inclinándose rápidamente sobre el joven que tenía cerca, le rompió la cadena, diciéndole:

—Aproxímate al jefe.

El forzado no se movió. Miraba con ojos entornados al centinela, que volvía; apenas lo vió retirarse hacia proa, deslízose silenciosamente hasta Sandokan.

—¿Me oyes?—le preguntó el Tigre.

—Sí—respondió el muchacho.

—Tengo necesidad de ti.

—Estoy dispuesto a todo.

—¿Puede pasar tu cuerpo por el tragaluz de la despensa?

El forzado levantó la cabeza y sus ojos, semejantes a los de un gato, fueron a clavarse en una estrecha abertura destinada a dar ventilación a la despensa.

—Con un ligero esfuerzo, pasaré—dijo luego.

—¿Tienes eslabón y pedernal?

—No.

—Afortunadamente, Yañez puede proporcionarte todo lo necesario.

Metió la mano en el bolsillo del portugués, el cual se encontraba también dormido, sacó eslabón y pedernal y un pedazo de yesca y se lo alargó al joven.

—¿Qué debo hacer?—preguntó, sorprendido.

—Una cosa sencillísima—respondió Sandokan—. Incendiarás la despensa.

—¿Cómo es eso?—exclamó el forzado, que creyó haber oído mal.

—Prenderás fuego al barco.

—Pero entonces nos quemaremos todos.

—No te ocupes de esto por ahora; obedece y calla.

—No discuto, pero allí está el centinela.

—Espera a que vuelva la espalda y anda listo.

—Perfectamente.

El forzado permaneció inmóvil, fijos siempre los ojos en



el marinero, que, con el fusil a la espalda, paseaba por el extremo del entrepuente.

Aguardó a que volviese sobre sus pasos, y entonces, deslizándose como una serpiente, atravesó el espacio que le separaba del agujero. Durante varios segundos se le vió contraerse como si hiciese esfuerzos desesperados, luego desapareció por el tragaluz.

—¿Entró?—preguntó Yañez, con voz sofocada.

—Sí—respondieron Sandokan y el inglés.

Transcurrieron algunos minutos de angustiosa espera. El centinela volvió hasta la mitad del entrepuente, pero no notó la ausencia del joven, cosa, por otra parte, bastante difícil, porque aquellos trescientos cuerpos formaban una sola masa.

En el momento en que reanudaba su paseo, el forzado apareció en la abertura. Lanzóse fuera con celeridad increíble y se unió al grupo, formado por los cuatro piratas y el inglés, murmurando con alegría:

—Hecho.

—¿Arde bien?—preguntó el Tigre.

—He incendiado dos cajas de tocino y he abierto un barril de petróleo.

No bien acabó de pronunciar aquellas palabras, una ráfaga de humo negro y denso salió del tragaluz, extendiéndose por el entrepuente.

En los forzados, tumbados en el suelo y siempre en guardia, notóse ligero movimiento acompañado de sordo ruido de cadenas.

El centinela, sospechando algo insólito, volvióse brusca-mente. Una lengua de fuego surgió entonces del ventanillo e iluminó el entrepuente.

Un grito se escapó de los labios del marinero:

—¡Fuego!

Casi al punto la voz tonante del Tigre de la Malasia retumbó como un cañonazo:

—¡En pie!... ¡Fuego!... ¡Fuego!...

A este segundo grito respondió un rugido inmenso, ronco, salvaje, y un estrépito ensordecedor de cadenas.

Los forzados se habían puesto en pie como un solo hombre, dispuestos a empuñar la suprema lucha. Sus semblantes reflejaban ferocidad espantosa; los tigres, acobardados hasta entonces por los golpes del «gato de nueve colas», despertábanse, dando rienda suelta a sus pasiones sanguinarias.

Al ver que las llamas surgían a popa, comenzaron a retorcer las cadenas para destrozarlas, aullando y maldiciendo al mismo tiempo.

Los marineros de guardia que se hallaban sobre cubierta, precipitáronse hacia el entrepuente al oír la voz de alarma del centinela. Eran en total unos veinte, armados de hachas y de fusiles algunos y la mayor parte inermes.

Cuando vieron en pie a los forzados, detuviéronse y retrocedieron, creyendo que se trataba de una sublevación. Sin embargo, al descubrir las llamas, corrieron sin vacilar hacia popa, saltando por encima de los galeotes que aún permanecían tendidos.

Aquel era el momento esperado por Sandokan.

—¡A ellos!—gritó.

Y avanzó, seguido del inglés, de Yañez, de Sambigliong, de Tanauduriam y del joven.

El centinela que se encontraba en la mitad del entrepuente, al ver que aquellos cinco hombres se acercaban, echóse a la cara el fusil.

El tiró salió, y el joven flaco, que en aquel momento se colocó ante el inglés, empuñando un pesado garrote, cayó con el cráneo deshecho.



Sandokan, con un salto de tigre, se arrojó sobre el marinero y le sujetó el arma. En tanto que con una sacudida irresistible le dejaba inerme, el inglés descargó sobre él su puño, que era una verdadera maza.

El centinela, al recibir el golpe, vaciló; luego rodó por el suelo.

Mientras, los trescientos galeotes sujetaban, casi en un instante, a los hombres de guardia que se habían lanzado sobre aquel montón de cuerpos, sin cuidarse de dónde ponían el pie.

En un segundo los veinte hombres, vencidos por el número, fueron derribados, desarmados y casi desnudados. Algunos quedaron en el suelo, otros lograron escapar de aquellos centenares de brazos y se precipitaron hacia la escala de proa, gritando con todas sus fuerzas:

—¡Socorro!...

Un rugido feroz, que repercutió de una manera espantosa en el entrepuente y en las profundidades de la bodega, saludó a aquel primero e inesperado acontecimiento.

En tanto que las llamas se extendían con creciente furia, encontrando alimento fácil en las materias grasas de la despensa, en el tocino, en el aceite, en los barriles de petróleo ya destrozados, los galeotes, con las hachas arrancadas a los marineros de guardia, cortaban rápidamente sus cadenas.

No habían transcurrido veinte segundos, cuando doscientos hombres se encontraban en pie, libres de las infames cadenas que durante tantos meses habían oprimido sus piernas.

Pocos segundos más y todos los forzados se encontrarían dispuestos para la lucha.

Las armas escaseaban; no poseían más que el fusil del centinela, una docena de dagas, varias hachas y cinco o seis pistolas, pero el número tenía que vencer.

Sandokan, Yañez, el inglés y los dos malayos, el primero armado con un hacha, el segundo con el fusil del centinela y los otros con daga, colocáronse a la cabeza de la columna de forzados libres de sus férreas trabas, para lanzarse sobre cubierta.

El humo que invadía el entrepuente amenazando asfixiarlos, les obligaba a obrar sin pérdida de tiempo.

—¡Adelante!—exclamó Sandokan.

Encaminábanse hacia la escala de proa, mientras sus compañeros trataban de arrancar, a golpes de hacha, la reja de hierro de la escotilla central, cuando descargas terribles dejáronse oír en el extremo del entrepuente.

Cuarenta marineros, armados de fusiles y de hachas y guiados por el capitán del barco y por uno de los oficiales, acercáronse y rompieron inmediatamente el fuego.

Gritos de furor y de muerte celebraron su aparición. Algunos forzados, heridos por el plomo, cayeron, ensangrentando el entarimado de la cámara, en tanto que se dejaban arrastrar como ola irresistible por el Tigre de la Malasia, cuya voz repetía sin cesar:

—¡Adelante! ¡Nuestra salvación está en el puente!

De pronto una exclamación de terror retumbó tras la columna de los asaltantes y en seguida se escucharon algunos disparos. Yañez, Sandokan y el inglés, creyendo que les atacaban por la espalda, se detuvieron y volvieron la cabeza.

Aquellas descargas no partían de la cámara de los oficiales, sino de la reja de hierro de la escotilla central. Algunos marineros que se hallaban sobre cubierta, fusilaban a los infelices que pretendían, a fuerza de hachazos, romper las barras para invadir la toldilla por aquella parte.

—¡Muerte y sangre!—rugió el Tigre—. Si no nos desem-



barazamos de esos hombres que tenemos enfrente, estamos perdidos.

Realmente la situación de los forzados comenzaba a ser desesperada. Atacados por arriba y por delante, con fuego a la espalda, que se extendía de una manera espantosa, alcanzando ya a la cámara de los oficiales y a las paredes del entrepunte, y en medio del humo cada vez más denso que no encontraba salida suficiente, corrían el riesgo de morir o bajo las balas o quemados vivos o asfixiados.

Por fortuna todas las cadenas habían ya caído destrozadas y otra masa de hombres precipitóse en auxilio de la primera columna.

—¡Al asalto!—tronó el Tigre de la Malasia.

El humano torrente, enfurecido por las crueles pérdidas sufridas y por el humo que le rodeaba por todas partes, lanzóse con ímpetu irresistible.

Nada podía enfrenar ya a aquellos trescientos hombres locos de rabia y ansiosos de libertad; eran iguales o acaso más tremendos que los formidables tigres de Mompracem.

Los marineros, agrupados en la extremidad del entrepunte, hallábanse divididos en dos columnas.

Las descargas sucedíanse sin tregua, causando gran número de bajas entre los asaltantes, inermes en su mayor parte. Los hombres, heridos brutalmente por el plomo enemigo, caían a diestro y siniestro, lanzando gritos de dolor que terminaban en rugidos de rabia y en clamoreo ensordecedor de venganza.

¿Qué importaba que muchos rodasen por el suelo nadando en su propia sangre? Los demás caían sobre los marineros, trabando en medio del humo y de las chispas una lucha desesperada. Combatían con los puños y con las uñas, a patadas y a mordiscos, animándose con salvaje gritería.

El hacha de Sandokan y el poderoso brazo del inglés abrieron una brecha en la masa de los tripulantes.

—¡Animo!... ¡Otro esfuerzo!...—exclamaba el Tigre, tinto el arma en sangre.

El ataque fué tan impetuoso, tan irresistible, que cuarenta marineros cayeron por el suelo. Trataron de agruparse al pie de la escala y de rechazar a bayonetazos a la marea humana, pero las armas les fueron arrancadas de las manos por centenares de brazos y se vieron obligados a subir precipitadamente, dejando en el entarimado a algunos compañeros, muertos a puñetazos o estrangulados.

Sandokan, al encontrar libre el paso, dirigióse a la escala. También el inglés logró apoderarse de un hacha, y le siguió, esgrimiendo el arma formidable, en tanto que Yañez, Sambigliong y Tanauduriam, fusil en mano, disparaban con objeto de alejar a los marineros que se hallaban junto a la reja de hierro de la escotilla central.

Los forzados, ébrios de sangre y seguros ya de la victoria, se agolpaban tras de sus jefes e invadían la cubierta de la fragata, con espantoso clamoreo.

La oscuridad en el buque era completa, porque los fanales de popa y de proa se hallaban apagados. Además, el cielo aparecía cubierto de espesas masas de vapores que impedían a la luz de los astros reflejarse en el mar y extender alguna claridad.

El tiempo también se mostraba amenazador. Viento cálido soplaba entre la infinidad de cuerdas de la maniobra corriente, en tanto que el mar mugía y las olas azotaban, con sordo fragor, la quilla.

Los galeotes se habían detenido. Sus ojos, deslumbrados aún por las llamas, no distinguían nada.

Sandokan, Yañez y el inglés, que se habían reunido, avan-



zaron, pero sin encontrar resistencia. La tripulación había desaparecido.

—¿Dónde estarán?—se preguntó el Tigre, inquieto.

—¡Mira hacia popa!—gritó en aquel momento el portugués—. Sombras humanas comienzan a dibujarse confusamente a través del humo que sale de la escotilla. Sí, los marineros de la fragata se han reunido en el alcázar, tras las dos piezas de artillería, para ser dueños del timón y dominar mejor la cubierta. Parece que no han pensado, sin embargo, en el peligro que les amenaza bajo los pies. La cámara de los oficiales está ardiendo y los puntales pueden, de un momento a otro, ceder y envolverlos a todos en las llamas.

—¡Adelante!—gritó Sandokan—. Están allí, frente a nosotros.

Cuando se disponía a correr hacia aquel lugar, Yañez le sujetó bruscamente y le hizo caer sobre la toldilla.

Un segundo después, dos lenguas de fuego surgieron a derecha e izquierda del alcázar, iluminando la noche, y una granizada de metralla barrió la cubierta de popa a proa.

Terrible gritería hizo eco a las detonaciones de las dos piezas de artillería.

Muchos hombres vacilaron, lanzando roncosp gemidos; luego cayeron atrozmente mutilados.

Sandokan se levantó con el hacha en la mano.

—¡Gracias, Yañez!—dijo.

Luego gritó con todas sus fuerzas:

—¡Al asalto!

Los presidiarios no vacilaron; comprendían que si se retrasaban algunos instantes la metralla les barrería a todos, y por esto se adelantaron, resueltos a desalojar de su último refugio a los tripulantes. De pronto, su arranque se vió detenido por un obstáculo inesperado. Una lengua de fuego

gigantesca salió de la reja de hierro de la escotilla central y se extendió por la cubierta. La vela del palo mayor y la de la gavia, que permanecían desplegadas, incendiáronse, formando una monstruosa hoguera.

La lona cayó a pedazos, chamuscando el rostro y el cabello a los forzados que ocupaban la primera línea.

—¡Atrás!—gritó Sandokan.

En el mismo instante los dos cañones dispararon con horrible estrépito, haciendo que la vieja fragata se estremeciese, y otra granizada de metralla atravesó la cortina de fuego y derribó a multitud de asaltantes.

Los fusiles de los marineros concentrados a popa hicieron eco a los dos cañonazos y las balas silbaban en todas direcciones, aumentando los estragos.

Los galeotes, lanzando rugidos de bestias feroces, esgrimían furiosamente las armas, pero se reconocían impotentes en presencia de aquel enemigo que se hallaba defendido también por el fuego que surgía de la escotilla, formando una barrera infranqueable.

—¡En retirada!—ordenó el Tigre de la Malasia.

Los rematados replegáronse confusamente hacia proa, dejando la cubierta sembrada de muertos y heridos. Agolpáronse en el castillo, mientras que los que tenían la fortuna de poseer un fusil se ocultaban tras el palo del trinquete y tras el argano, intentando contestar, lo mejor posible, a la lluvia de balas que la tripulación disparaba sin piedad.

La distancia no bastaba a salvar a aquella masa de personas agrupadas en el extremo de la nave. El plomo enemigo se cebaba en ellas y por todas partes veíanse montones de heridos.

Era necesario desalojar la cubierta para no morir. Algunos forzados se dirigieron a la cámara de los tripulantes para



organizar la defensa, en tanto que los demás se precipitaban hacia el entrepuente, aun a riesgo de perecer asfixiados por el humo que lo invadía todo.

Sandokan, Yañez y el inglés, protegidos por el argano, deliberaban brevemente acerca de lo que se debía hacer.

La situación de aquellos trescientos hombres, después de haber sufrido pérdidas tan crueles, comenzaba a ser insostenible. Los marineros ocupaban un lugar inexpugnable y la fragata estaba a punto de arder completamente.

—¿Qué hacemos?—preguntó el inglés.

—Hay que resistir a todo trance—respondió Sandokan.

—La nave arde rápidamente—dijo Yañez.

—Ponte al frente de cien hombres e intenta dominar los progresos del incendio. Ahí tienes dos bombas y en la cámara de la tripulación no faltarán cuberas—ordenó el Tigre, dirigiéndose a su camarada.

—Las bombas están expuestas al fuego enemigo, Sandokan.

—Harás que amontonen sobre cubierta toneles, maderos y, en fin, todo lo necesario para formar una barricada.

—¿Y nosotros?—preguntó el inglés.

—Apenas se halle cortado el fuego, volveremos a la carga.

—No disponemos más que de veinte fusiles.

—El número suplirá las deficiencias del armamento. Entretanto procuremos también nosotros levantar una barricada entre el palo mayor y el trinquete y ordenaremos que la ocupen los hombres que disponen de fusiles. Si contáramos con chalupas, pensaríamos en un ataque por la espalda, pero esos canallas se las han llevado a popa.

—Queda el recurso de construir una balsa.

—Perderíamos mucho tiempo y además nuestra gente se hallaría expuesta largo rato a los disparos de los cañones,

Por otra parte, creo que los tripulantes no resistirán ya mucho.

—¿Por qué?

—El fuego ha invadido la cámara de los oficiales y si los enemigos se obstinan en permanecer en el alcázar, acabarán por precipitarse en el horno que arde bajo sus pies. Vaya, levantemos la barricada.

En tanto que Yañez, a la cabeza de cien hombres provistos de cubos, afrontaban valerosamente el humo y las llamas que amenazaban destruir al barco por completo, Sandokan y el inglés, ayudados por los demás, formaban la barricada entre el palo mayor y el trinquete.

La empresa no era muy fácil, porque las dos piezas de artillería disparaban de vez en cuando sobre cubierta y del palo mayor, presa ya del devorador elemento, caían cuerdas, trozos de lona inflamada y pedazos de cofa.

—Además, la fusilería de la tripulación causaba bajas considerables. Los cadáveres eran innumerables y en algunos lugares aparecían amontonados.

A pesar del fuego y de los incesantes disparos de los defensores, los presidiarios, animados por Sandokan y por el inglés, lograron levantar la barricada, acumulando cubos, vigas, cajas, cadenas y áncoras.

Una veintena de hombres, los que habían tenido la fortuna de apoderarse de fusiles, la ocuparon y rompieron en seguida el fuego contra el alcázar. Sin embargo, aquellos disparos no producían gran efecto, porque la cortina de fuego y las turbonadas de humo que salían de la escotilla les impedían distinguir a los marineros, que se aglomeraban a popa.

Mientras más fuerte era el balanceo del buque, tanto peor podían hacer puntería. Durante la lucha, el mar, cada vez más enfurecido, levantándose en grandes oleadas que



iban a estrellarse contra los amplios flancos de la fragata, sacudiendo bruscamente el aparejo.

También el viento aumentaba. Ráfagas impetuosas estrellábanse en los mástiles, silbando entre las cuerdas e hinchando la vela del trinquete que no había sido arriada ni orientada.

Aquellos golpes de viento, en vez de extinguir el fuego que devoraba el palo mayor, lo alimentaba. La gigantesca antena flameaba como enorme antorcha, despidiendo una nube de chispas.

El mar, iluminado por aquella llamarada, despedía vivísimos reflejos.

La tripulación, en tanto, a pesar de la tenacidad de los forzados, manteníase firme. Aunque convencida de la imposibilidad de dominar el motín, seguía defendiéndose con el valor de la desesperación, tratando de causar en los adversarios las pérdidas más desastrosas.

No se preocupaba ya de la nave, que no podía reconquistar. Por eso intentaba demolerla, hacerla inservible, echarla a pique, con la esperanza de ahogar, como a bestias feroces, a la horda de piratas.

Los dos cañones del alcázar no callaban un momento. Consumida la metralla, tiraban con bala rasa, destrozando las bordas, deshaciendo el castillo de proa, derribando mástiles y destruyendo la cámara de los tripulantes, abarrotada de presidiarios.

Verdadero delirio destructor parecía haberse apoderado de aquellos hombres. No pudiendo reconquistarla, querían, al menos, antes de abandonarla, dejar la nave convertida en una criba. El fuego incesante, apoyado por las descargas de fusilería, originaba daños enormes a los que atacaban. Las balas de los cañones, destrozando parte de la barricada, obli-

garon a los forzados a evacuar apresuradamente la cámara de la tripulación.

Tres veces el Tigre de la Malasia, furioso al verse tenido a raya por aquellos cuarenta marineros, porque más no podían ser, pretendió lanzar sus columnas al asalto del alcázar, pero la muralla de fuego que seguía saliendo de la escotilla—a pesar de los esfuerzos de Yañez y de su gente—, le detuvo.

Algunos, más audaces, consiguieron atravesarla, pasando como un huracán o como salamandras a través de la hoguera, pero todos cayeron antes de llegar hasta el alcázar, heridos por las balas enemigas.

La lucha duraba ya dos horas, cuando de repente el fuego de los marineros, que iba disminuyendo gradualmente en intensidad, cesó.

Temiendo una sorpresa o un ataque imprevisto, Sandokan reunió sobre cubierta a todos los hombres disponibles, dispuesto a rechazar cualquier asalto.

Pasaron, sin embargo, algunos minutos sin que ocurriese nada. A popa reinaba un silencio absoluto.

—¿Qué proyectarán?—se preguntó el Tigre, con inquietud.

Avanzó hasta el palo mayor, desafiando la lluvia de chispas que caía, pero no logró descubrir nada a causa de la espesa humareda que el viento impulsaba hacia popa.

Iba a precipitarse en medio de la nube de humo, cuando el inglés le sujetó por un brazo, gritándole:

—¡Atrás!... ¡El palo va a caer!...

Sandokan, en dos brincos, se halló al otro lado de la barricada. El palo mayor, falto ya de los obenques y consumido en su base por las llamas, se desplomaba un momento después con gran estrépito sobre la banda de babor.

La fragata, ante aquel choque repentino, plegóse sobre el



costado, en tanto que las bordas caían también deshechas; pero en seguida se levantó, conservando solamente una ligera inclinación.

El palo de mesana, consumido igualmente por su base, rodó un minuto más tarde. Por desgracia, en vez de dar sobre una u otra borda, fué a caer a lo largo de la toldilla, derribando a una docena de hombres y destrozando de golpe las cuerdas del trinquete.

Sin cuidarse de los gritos de los heridos, Sandokan y el inglés se lanzaron hacia el alcázar. Atravesaron por medio del humo que seguía saliendo de la escotilla, y se detuvieron al pie de la escala.

—¡Han huído!...—gritó el Tigre.

Era verdad. Los tripulantes, aprovechándose de la inacción forzosa de los rebeldes y de la cortina de fuego que los envolvía, botaron al mar las chalupas y se dejaron caer a ellas amparados por la nave. Antes de abandonarla, clavaron los dos cañones y arriaron la bandera.

Sandokan y el inglés subieron rápidamente al alcázar y se inclinaron sobre la borda de popa.

Algunos puntos luminosos, ya muy lejanos, brillaban en medio de las tinieblas, hacia el Sur.

—Tratan de alcanzar la costa—dijo Sandokan.

—¿Y nosotros?—preguntó el inglés.

—Si es posible, haremos otro tanto—respondió el Tigre de la Malasia.

—¿Lo conseguiremos?

—El barco está destruído y el mar sube.

—¿No confías en dominar el incendio?

—Creo que Yañez lo conseguirá, pero ¿qué importa?...

No podemos contar más que con el trinquete y con nuestros brazos, ya que los galeotes no se ocuparán seguramente ni del buque ni de la maniobra.

—Me figuro que no habrá marineros entre ellos; sin embargo, espero que nos ayudarán—dijo el inglés.

—Más tarde lo veremos—replicó el Tigre.

Luego, levantando la voz, gritó:

—¡La nave es nuestra!... ¡La tripulación ha huído!

Un rugido inmenso fué la respuesta; después se oyó una exclamación:

—¡A los toneles!... ¡Hay que solemnizar la victoria!

—¡Sí, a los toneles!...—respondieron cien voces—. *Gin, brandy, arak!*... ¡Camaradas... bebamos!...





## CAPITULO XVIII

### El naufragio

La vieja fragata había sido conquistada, pero ¡a qué precio!... De cuatrocientos forzados, ciento cincuenta quedaban sobre la toldilla horriblemente mutilados por la metralla de los dos cañones del alcázar y, además, sesenta o setenta yacían gravemente heridos.

La nave se hallaba en estado tan deplorable, que no podía prestar servicio. El incendio estaba extinguido; sin embargo, en pocas horas había originado perjuicios irreparables.

La despensa se encontraba completamente destruída, la cámara de los oficiales devorada, el alcázar amenazaba ruina, los maderos de popa agrietados y en algunos lugares abiertos, y como si todo esto no bastase, el palo mayor y el de mesaría habían caído.

También la proa sufría graves daños a causa de los proyectiles. El castillo, falto de sostén, estaba a punto de hundirse, el bauprés se hallaba casi inservible y las bordas apa-

recían destrozadas en muchos sitios por la caída de los palos.

El espectáculo que ofrecía la toldilla era horrendo.

Desde proa hasta el alcázar, veíanse amontonados los cadáveres de los galeotes y la sangre corría en abundancia enrojeciendo el agua alrededor del buque.

De aquella masa elevábanse de vez en cuando gritos, rugidos, imprecaciones desesperadas y en ocasiones surgía alguna cabeza ensangrentada o algún brazo mutilado o descarnado por la metralla.

Sandokan, al oír las exclamaciones de los presidiarios que anunciaban el comienzo de una orgía repugnante, lanzóse en medio de la turba que se disponía a invadir el entrepuente para poner mano en los barriles destinados a la tripulación, y empuñando el hacha, con gesto amenazador, gritó:

—¡A los heridos, canallas!

El inglés corrió en su auxilio, esgrimiendo una barra de hierro, arma más formidable que una pieza de artillería en manos de aquel individuo.

Los galeotes respondieron con una carcajada.

—¡Al diablo los heridos!...—dijeron los unos.

—¡Tenemos sed!...—añadieron los otros.

Luego, todos a coro, vocearon:

—«¡Gin!... ¡Brandy!... ¡Arak!... ¡Bebamos, camaradas!... ¡Viva la galera!... ¡Vamos!...

El Tigre de la Malasia dejó escapar un rugido de furor.

—Al que no me obedezca, lo mato!—tronó, cerrándoles el paso y levantando el hacha.

—¡Al infierno ese negro!—gritó un forzado—. Quiero ver si me impide vaciar un barril de *arak*.

Un hombrachón de mirada torva, cara angulosa, picada de viruelas y que ostentaba en la frente una cicatriz profunda, obra, sin duda, de un navajazo, un verdadero tipo de malhechor encanallecido, acercóse a Sandokan blasfemando y



armado de uno de esos largos cuchillos que los norte-americanos llaman «bowie-knife».

—¡O me dejas beber el *arak*, o beberé tu sangre! — exclamó.

—¡Atrás, o te mato!—respondió el Tigre, deteniendo con un gesto al inglés, que se disponía a descargar la barra de hierro sobre el galeote.

—¡Hola!...—exclamó este último, haciendo una mueca—. Te advierto, lindo salvaje, que no estamos dispuestos a dejarnos acoger.

—¡Bien dicho, Paddes!—murmuró una voz.

El forzado arrojóse sobre Sandokan, gritando:

—¡Quiero beber!...

No había terminado la frase, cuando cayó al suelo como herido del rayo. El hacha del terrible jefe de los piratas de Mompracem descendió con la rapidez del relámpago y dividió en dos la cabeza del miserable.

—¡A los heridos!...—repitió Sandokan, con acento amenazador—. Os he dado la libertad y me obedeceréis.

Entre los rematados hubo un momento de vacilación, pero al ver la actitud resuelta del Tigre y del inglés, y al ver además a Yañez que, con Sambigliong y Tanauduriam, acudían armados de fusiles, cedieron. Por otra parte, sabían que sin el concurso de aquellos hombres, los únicos que podían conducirlos a la costa, difícilmente lograrían salir de aquella situación nada lisonjera, a pesar de la victoria.

—Te obedeceremos—dijeron algunos—. ¡Camaradas!... Pensemos en esos pobres diablos que están a punto de expirar.

Los forzados se dispersaron por la toldilla, removiendo los montones de cadáveres y sacando a sus compañeros que gemían desesperadamente. Los infelices fueron conducidos al entrepuente, donde se hallaban las hamacas de los tripulan-



tes, y allí los curaron lo mejor posible. Eran unos sesenta y casi todos se encontraban en situación tan deplorable, que no podían pensar en alivio, sobre todo sin asistencia de un médico.

Hecho esto, aquellos infames, para quienes la palabra humanidad era seguramente desconocida, corrieron en todas direcciones para saquear el buque, buscando ante todo las bebidas y los víveres.

Sandokan jugó su intervención inoportuna, comprendiendo que tendría que recurrir a nuevas violencias con peligro de verse aniquilado por aquella horda de criminales.

Además, tenía que ocuparse del barco, que comenzaba a moverse a merced de las olas, amenazando acostarse sobre una de sus bandas.

El mar, durante el combate, encrespóse más y más, a causa del viento cálido que soplaba del Sur, aumentando en violencia.

Grandes olas, coronadas de espuma, se perseguían y se atropellaban con sordos mugidos, levantando impetuosamente el casco de la vieja nave, imprimiéndole sacudidas tales, que comprometían de un modo serio su estabilidad y hacían temer que el palo del trinquete, falto del apoyo de los otros dos, cayese.

Por Oriente brillaban algunos relámpagos, mostrando enormes nubarrones que el viento impulsaba, a toda carrera, hacia el Oeste, y de tarde en tarde el trueno retumbaba sordamente en las profundidades del cielo.

Sandokan, ayudado por el inglés, Yañez, los dos piratas y por algunos voluntarios, arrojaron al mar el palo mayor para levantar un poco la fragata por la banda de babor; después arriaron los juanetes para no forzar demasiado el mástil, contentándose con mantener desplegada la vela del trinquete.



Luego izaron una vela de gavia para dar a la nave mayor estabilidad.

—¿Esperas llevar el barco hasta la costa?—le preguntó el inglés.

—Sí—repuso Sandokan—. Probablemente tendremos que luchar; sin embargo, llegaremos a la playa de Borneo.

—¿Sabes dónde nos encontramos?

—Supongo que frente al cabo Sirik.

—Una peligrosa arribada, según creo.

—Está llena de escollos, pero a nosotros maldito lo que nos importa que el buque se haga trizas. Por ahora contentémonos con tocar en tierra; más tarde veremos lo que conviene hacer.

—¿No esperarán los tripulantes para caer sobre nosotros?

—No me inquieta eso; somos bastante numerosos para temerles.

—¿Se habrán dirigido hacia la costa?

—No lo creo; el mar se muestra cada vez más picado y las chalupas no se gobiernan bien en las ondas enfurecidas. ¡Hola... ya vuelven esos bribones! Además, llegan borrachos; así nos darán menos que hacer.

Gritos de alegría resonaron en el entrepuente. De seguro los galeotes habían descubierto nuevas provisiones de licores y de víveres y se disponían a festejar la reconquistada libertad con una orgía que, según todas las probabilidades, acabaría con embriaguez general.

—Dejadlos que se diviertan—exclamó el Tigre, al observar que Sambigliong y Tanauduriam se apresuraban a coger los fusiles—. Seguidme a popa y ocupémonos del buque.

—¿Y qué piensas hacer con todos esos bribones?—le preguntó Yañez—. Empiezo a temer bastante de su compañía.

—En momento oportuno nos desembarazaremos de ellos

—contestó Sandokan—. No tengo la menor intención de llevarlos a Mompracem; prefiero a mis tigres.

—Lancémoslos contra James Brooke.

—¿Y crees tú que nos obedecerán? Apenas toquemos en tierra los dejaremos.

—No seré yo, seguramente, quien se oponga, hermano; el diablo cargue con todos.

En aquel momento los galeotes aparecieron sobre la toldilla como una banda de condenados. Llevaban triunfalmente cuatro barriles de *gin*, descubiertos en el fondo de la bodega, una bota de vino de España y enorme cantidad de galleta, tasajo, queso y tocino, que escaparon milagrosamente del incendio.

Era lo que habían logrado encontrar y se disponían a consumirlo todo, sin preocuparse del día siguiente. Destruída completamente la despensa por el fuego que había devorado los víveres de a bordo necesarios para tan larga navegación, la prudencia aconsejaba economizar las provisiones encontradas, pero ninguno pensaba en tal cosa.

En un segundo, aquellos infames improvisaron una mesa, encendieron gran número de antorchas y de lámparas que suspendieron de las cuerdas, y comenzaron la orgía entre gritos, risas, blasfemias y brindis, sin pensar siquiera que las olas comenzaban a azotar brutalmente la fragata y que el huracán avanzaba amenazador.

Devoraban como lobos después de una semana de ayuno y atacaban sin cesar los barriles ya horadados, alternando vasos de *gin* y vasos de vino, gritando a plenos pulmones, insultándose y abrazándose, pisoteando los cadáveres que todavía cubrían la toldilla y resbalando a veces en la sangre.

Yañez, Sandokan, el inglés y los dos piratas de Mompracem, reunidos a popa alrededor de la barra del timón, asistían impasibles a la monstruosa orgía.



Toda su atención se concentraba en una costa que habían visto dibujarse vagamente, a la luz de los relámpagos, hacia el Este, y que ignoraban si pertenecía a una isla o a Borneo.

Descubriéronla un sólo instante, pero a Sandokan y a Yañez les bastó para medir la distancia y orientarse.

—Puede ser el cabo Sirik—dijo el portugués— o alguno de los islotes que le rodean por la parte septentrional.

—Lo mismo supongo—respondió el Tigre.

Al amanecer podemos encontrarnos allí; el viento nos empuja hacia el Norte, pero nos arreglaremos de modo que arribemos a aquella playa.

—No resultará, sin embargo, empresa fácil, Yañez, con las pocas velas que podemos tener desplegadas; el timón funciona mal, y para complemento las olas son cada vez mayores.

—Tanto peor para esos borrachos.

—El viento arrecia—dijo entonces el inglés—y el trinquete sufre tales sacudidas, que me temo que se venga abajo. Ya han caído al suelo los obenques de babor.

—Si cae, lo sustituiremos—replicó Sandokan—. Vete a proa con Sambigliong y Tanauduriam; Yañez y yo cuidaremos del timón.

—¿Y esos desgraciados que siguen bebiendo mientras estamos a punto de naufragar?

—Déjalos, John; sería peligroso oponerse a ellos.

—¡Magnífica ocasión para que volviesen las chalupas de los tripulantes!

—No te inquietes por eso; probablemente habrán arribado a la playa. ¡Eh, Yañez, gobierna siempre a sotavento!

En tanto que los cuatro piratas de Mompracem y el inglés se ocupaban de conducir el buque a la costa, los forzados continuaban la orgía. Después de dar fin de las provi-

siones, comenzaron a beber desenfrenadamente, en medio de una gritería ensordecedora, que aumentaba de minuto en minuto.

Parecía que ninguno se daba cuenta del peligro que amenazaba al buque ni de la tempestad que iba a estallar. Tendidos sobre la toldilla, en medio de los cadáveres y entre las mesas medio derribadas y los restos de las viandas, bebían ya sin tasa, llenos los vasos del infernal licor, cantando, haciendo muecas y gesticulando.

Algunos, menos ébrios, organizaron un baile e improvisaron una orquesta diabólica con las ollas y las cacerolas de a bordo, danzando locamente, empujándose, cayendo y rodando entre los cadáveres.

Otros, en cambio, enfurecidos por la embriaguez, se insultaban, se golpeaban y se amenazaban con cuchillos y hachas; otros no idearon cosa mejor que una partida de juego para quitarse mutuamente el dinero que habían robado en los petates de los marineros y en la cámara de los oficiales.

Sin embargo, buen número de ellos, vencidos por la borrachera, roncaban en el entarimado de la toldilla, en el castillo de proa o bajo el alcázar, rodando en medio de los cadáveres con los incesantes bandazos de la vieja fragata.

Un barco que hubiese pasado a breve distancia, seguramente se habría guardado muy mucho de acercarse, por miedo a tenérselas que entender con una banda de espíritus infernales salidos de las profundidades del mar con algún buque naufrago.

Durante la orgía la tempestad continuaba en aumento. Las olas se sucedían unas a otras, cada vez con mayor furia y con crecientes mugidos, y se estrellaban rabiosamente contra los amplios costados de la fragata.

El viento no se quedaba atrás y se le oía silbar con fu-



ria entre las jarcias y la vela del trinquete, amenazando tronchar el palo.

Por la parte del Sur seguía relampagueando y tronando con sordo fragor.

Sandokan empuñó la caña del timón, en tanto que el inglés, Tanauduriam y Sambiglióng maniobraban en las velas.

¡Qué aspecto tan fantástico ofrecía aquella nave casi desarbolada, a merced de las olas, iluminada por antorchas y lámparas y tripulada por una horda de borrachos que parecían desafiar la cólera del mar y del cielo, y cuyos gritos se confundían con los mugidos amenazadores del Océano, ansioso de la gigantesca presa!...

Sin embargo, las carcajadas, las imprecaciones y los cantos cesaron bruscamente. Una ola, más grande que las otras, saltando por encima de la banda de babor, extendióse por la toldilla, derribando a los hombres y apagando lámparas y antorchas.

Hasta aquel momento no se dieron cuenta los miserables del peligro que corría la fragata. Al estrépito y a la algazara, sucedió un alarido inmenso de terror.

Los que aún podían mantenerse en pie, levantáronse y miraron con espanto a las olas, que se elevaban hasta la borda, mugiendo pavorosamente.

Profundo silencio siguió a la ensordecedora bacanal. La orquesta enmudeció también.

Todos los ojos se fijaron ansiosamente en el Tigre de la Malasia, cuya figura se agigantaba en el alcázar, a la luz de dos antorchas. El hombre formidable desafiaba serenamente al huracán y guiaba impávido a la vieja nave, sin que se contrajese un músculo de su rostro.

Yañez, sentado junto a él, en un cubo vuelto boca abajo, fumaba flemáticamente su eterno cigarrillo, observando con la mayor tranquilidad el revuelto mar.

Un grito fragoroso se elevó de entre los forzados, enloquecidos repentinamente de terror:

—¡Sálvanos!...

Sandokan no respondió. Levantó los ojos y los fijó en Oriente, donde a la luz de un relámpago había visto al mar romperse con gran violencia.

Un galeote se adelantó hasta el alcázar, repitiendo:

—¡Sálvanos!...

Sandokan le miró de reojo, diciéndole:

—¡Vete a beber! ¡Este no es tu sitio!

—¡El barco se hunde!

—Y los tiburones nos rodean—exclamó Yañez, riendo irónicamente—. Tienen hambre.

—¡No queremos morir!—gritó el forzado, palideciendo.

—Pues bien, coge el timón y encárgate de la derrota del buque—dijo Sandokan.

—Pero...

—¡Vete al diablo!—rugió el Tigre, furioso.

—Sí, vete a digerir tu ginebra—añadió el portugués.

El penado juzgó conveniente no insistir y volvió al lado de sus compañeros, diciendo:

—Camaradas, preparémonos para la gran zambullida.

—En ese caso, bebamos hasta reventar—gritó una voz.

—¡Bien dicho, Burthon!...

—¡Así los tiburones se emborracharán cuando nos coman!—exclamó otro.

Una carcajada estalló al oír tan terrible broma.

—¡Sí, bebamos, bebamos!—rugieron todos.

Iban a reanudar la orgía, cuando una segunda ola, y luego otra, se extendieron sobre el buque, barriendo la cubierta de babor o estribor.

—¡Teneos firmes!—gritó Sandokan.

La fragata se balanceaba de un modo espantoso como si



fuese víctima de un inmenso vértice. Ora levantaba la proa cual si intentase desgarrar las nubes con el bauprés, ora elevábase bruscamente la popa en medio de los olas y luego caía con sordo estrépito que repercutía en las profundidades de la cala.

Los galeotes corrían en todas direcciones, chocando y confundándose los unos con los otros, mientras los cadáveres, arrastrados por el torrente impetuoso que se precipitaba a compás del cabeceo, ya hacia popa ya hacia proa, rodaban y saltaban como si hubiesen recobrado la vida.

Algunos, levantados hasta la borda o arrastrados hacia la brecha abierta por el palo mayor, cayeron al agua.

El mar, en tanto, parecía aumentar de momento en momento. Se hinchaba, retorciábase, mugía y lanzaba oleadas espantosas en todas direcciones.

Yañez, arrojó el cigarrillo y se puso en pie.

—¿Qué ocurre, Sandokan?—preguntó.

—Estamos en medio de los escollos—respondió el Tigre de la Malasia, con tranquilo acento.

—Nos estrellaremos.

—Eso temía, hermano; el timón no gobierna.

El inglés, Tanauduriam y Sambigliong se acercaron.

—Nos hallamos en mitad del arrecife—dijo el marinero.

—Lo sé—respondió Sandokan.

—Y el trinquete está en peligro.

—Déjalo caer, John.

—Pero la costa dista mucho.

—Nada más que veinte millas, John, lo he visto ahora a la luz de un relámpago.

—¿Y cómo la alcanzaremos si el barco se deshace en estos escollos? El botecillo que llevamos a bordo apenas puede contener a tres o cuatro personas.

—Bastará para nosotros—observó Yañez.

—¿Y esos pobres diablos? No, no debemos abandonarlos, —dijo Sandokan—. Nos han ayudado a conquistar la libertad, y por nuestra parte debemos ayudarles.

—¡Valientes borrachos! Merecían una buena zambullida en el fondo del mar.

—A no ser por ellos iríamos camino de Norfolk.

—Es verdad.

—Procuremos, pues, mostrarnos agradecidos. ¡Ah!...

La viaje nave, levantada por las olas que se estrellaban contra la escollera, había experimentado una violenta sacudida como si la quilla hubiese tocado en algún bājo.

Yañez y el inglés corrieron hacia proa, donde Sambigliong y Tanauduriam, auxiliados por algunos galeotes menos ébrios que los demás, desplegaban la trinquetilla para hacer que el buque virase.

A doscientos pasos del barco descubriánse confusamente los escollos más elevados, dispuestos en doble hilera y tras ellos aparecían otros de dimensiones gigantescas, formando como un minúsculo archipiélago de islotes.

El mar encrespábase furioso en presencia de aquellos arrecifes. Montañas de agua se precipitaban, con ímpetu irresistible, sobre el archipiélago, deshaciéndose con mugidos ensordecedores y dando lugar a ese peligroso oleaje de fondo tan temido por los navegantes.

El barco, impulsado por el vendaval, no obstante los esfuerzos de Sandokan y de sus compañeros, marchaba hacia la escollera. Había enfilado ya la especie de canal abierto entre el caos de islotes sin tocar en ellos, pero no podía avanzar así mucho tiempo.

Los forzados, dándose cuenta al fin del grave peligro que corrían, dejaron a un lado su jactancia, en presencia de la muerte inminente, y comenzaron a sentir miedo.

Los que aún podían tenerse en pie, se apresuraron a po-



nerse a disposición de Yañez y del inglés. Los demás se contentaban con gritar, como si tuvieran el agua al cuello, implorando auxilio. Pero ninguno se acordaba ya de los toneles que rodaban por cubierta, chocando con cadáveres y con borrachos.

De repente, en medio de los mugidos de las olas, de los silbidos estridentes del viento y de los ayes de dolor de todos aquellos hombres, se dejó oír la voz vibrante del Tigre de la Malasia.

—¡Alerta!—gritó—. ¡Vamos a estrellarnos!...

La fragata, impulsada por el oleaje, corría por medio de la escollera saltando y cabeceando. Hacía agua por todas partes.

De improviso resonó un golpe espantoso y la nave crujió desde la quilla hasta el extremo del trinquete. El mástil, ya mal seguro, cayó sobre cubierta con horrible estruendo, aplastando a muertos y a vivos.


Luego dejóse oír un segundo golpe, más tremendo que el primero, que repercutió sordamente en la cala, y el pobre barco, destrozado por las puntas de las rocas que habían penetrado en el casco, inclinóse sobre la banda de estribor, apoyándose en una roca, en tanto que una ola gigantesca barría la cubierta, estrellando contra la borda.

Entre la espantosa algarabía de aquellos pobres diablos que caían revueltos en medio de las olas, oyóse todavía la voz del Tigre que gritaba:

—¡El barco se ha estrellado!







## CAPITULO XIX

### ¡Salvados!

La vieja fragata había dejado de existir.

Destrozada por las agudas puntas de los escollos, no era ya más que un montón informe de maderos, destinado a ser demolido poco a poco o sumergido trozo a trozo.

La quilla, partida en dos por efecto del segundo choque, desprendióse y el agua invadió bruscamente la cala, derribando los puntales. La masa enorme del casco, doblemente pesada ahora por el líquido que ocupaba y sujeta por el escollo en que se apoyaba, no corría, momentáneamente, peligro alguno.

Las oscilaciones habían cesado, sin embargo, las olas seguían azotando la cubierta, amenazando llevarse a los naufragos.

Sandokan, Yañez y el inglés, que no habían perdido la serenidad, ni siquiera en el terrible momento, se apresuraron a refugiarse en el alcázar que, hallándose muy alto, no podía ser invadido por las monstruosas olas.

Los forzados, comprendieron que la salvación estaba allí, fueron poco a poco reuniéndose en aquel lugar, sin ocuparse de sus compañeros embriagados que rodaban por cubierta juntos con los cadáveres.

De trescientos no quedaban más que ciento treinta, porque los heridos habían muerto por efecto de las incesantes sacudidas de la nave, o ahogados por el agua al inundar el entrepuente.

Toda la noche aquellos desgraciados lucharon, entre la mayor angustia, contra la muerte, manteniéndose agrupados estrechamente alrededor de los cuatro piratas de Mompracem y del inglés, y resistiendo con tenacidad los continuos golpes de mar.

Afortunadamente, cerca de las dos de la mañana, el vendaval comenzó a disminuir en intensidad y las olas empezaron a calmarse.

Yañez y Sandokan, tras largos esfuerzos, lograron frenar al escollo contra el cual se apoyaba la fragata, una roca gigantesca que se elevaba cerca de cien metros sobre el nivel del mar.

Desde allí esperaban descubrir la costa de Borneo, pero se encontraron con que otros escollos, mucho más altos, hacia Oriente, les impedían dominar el mar en aquella dirección.

—No importa—dijo Sandokan—. Seguramente la costa no está muy lejana y la alcanzaremos.

—¿De qué modo?—preguntó Yañez—. A bordo no tenemos más que un botecillo.

—Construiremos una balsa.

—¿Y embarcaremos con nosotros a toda esta gentuza?

—No podemos abandonarla en esta escollera desierta que no ofrece refugio alguno ni un trozo de selva.



—¿Y tú crees que encontraremos en las costas víveres suficientes para cuatrocientas personas?

—Cerca del cabo de Sirik habitan tribus dayakas, y espero que nos ayudarán.

—Eso en el supuesto de que no nos coman—replicó Yañez—. No te olvides de que esos salvajes son, ante todo, antropófagos.

—Si muestran propósitos belicosos, los atacaremos y entraremos a saco en su «Kampong».

—Espero que no marcharemos con esos bandidos.

—No abrigo semejante intención—dijo Sandokan—. En momento oportuno nos separaremos de ellos y trataremos de volver a Mompracem.

—¿Y James Brooke?

—¿Imaginas que lo he olvidado? No, Yañez; aún le daremos que hacer. Organizaremos una nueva expedición y volveremos a Sarawack, unidos al sobrino del sultán, para moverle guerra. Siento curiosidad por saber lo que ha sido de Tremal-Naik y de mi tío.

—Ya los encontraremos en Sarawack, Sandokan.

—Esa esperanza tengo.

Mientras discurrían de este modo, empezaba a clarear. El sol elevábase rápidamente en el horizonte, proyectando sus rayos sobre los nubarrones que, poco a poco, cambiaban sus tétricas tintas por espléndidos reflejos sonrosados.

Sandokan y Yañez se volvieron para darse cuenta exacta de la situación.

La vieja fragata aparecía deshecha en medio de un grupo de escollos y de islotes que formaban en el centro un pequeño lago el cual comunicaba con el mar por dos canales tortuosos cubiertos de bancos coralíferos.

La casualidad había arrastrado a la nave hasta aquella especie de estanque, estrellándola frente a una isla cubierta

de espesa vegetación y que se elevaba, en forma de cono, cerca de doscientos metros sobre el nivel del mar.

—Desde allí podremos descubrir la costa—exclamó Sandokan, señalando la isla—. Tan pronto como se calme el oleaje, iremos a explorarla y subiremos a la cumbre.

Cuando pusieron de nuevo el pie en la embarcación, el primer rayo del sol se extendía sobre el mar, tiñendo de oro la superficie.

Los forzados, seguros ya de su suerte, pusieron mano a la obra de construir una balsa. El inglés, perito en semejante tarea, encargóse de dirigir el trabajo de demolición, toda vez que hacía falta mucha madera.

Entretanto Sandokan y Yañez, seguidos por Tanauduriam y por algunos galeotes, practicaban una rápida inspección en la bodega del barco, para asegurarse de si quedaban algunos víveres, toda vez que la mayor parte habían sido consumidos en la noche anterior, durante la orgía.

Sus pesquisas ofrecieron mediano resultado. Aunque la despensa había sido totalmente destruída, lograron encontrar en la cámara de los tripulantes algunas cajas de galleta y varias barricas de cerdo salado que escaparon milagrosamente del incendio.

Las demás provisiones las habían arrebatado las olas.

—Apenas tenemos lo necesario para calmar el hambre—dijo Yañez—. Si esos bribones no hubiesen consumido en la orgía todas las cajas y barriles llenos de víveres, habríamos podido tirar muchos días.

—Lamentaciones inútiles, Yañez—afirmó Sandokan—. Además, mañana llegaremos a la costa.

Al mediar el día, calmadas ya las olas en el pequeño lago, los dos jefes de los piratas, Tanauduriam y Sambigliong, embarcaron en el botecillo para arribar al islote que se elevaba frente a la nave.



Estaban seguros de poder distinguir, desde la cima de aquel cono, la costa de Borneo, que era mucho más alta que la escollera que se extendía hacia el Este.

La travesía del lago fué realizada en breves instantes, a pesar de que el agua estaba bastante agitada aún a causa de las olas que penetraban por los dos canales, y el desembarco se efectuó sin dificultad en una playa que descendía suavemente. Vencejos, petreles y gaviotas, al notar la presencia de los intrusos, volaban chillando, no tan pronto, sin embargo, que impidiesen a Yañez hacer un tiro magnífico en un grueso pato silvestre.

—Nos servirá de almuerzo—dijo el portugués.

Recogida la presa y amarrada la embarcación, el Tigre y sus compañeros se internaron en la espesura, comenzando la ascensión al cono.

Mientras los demás escollos eran aridísimos, aquel islote aparecía cubierto de rica y espléndida vegetación. Sus faldas estaban llenas de helechos arborescentes, de áloes, de palmas y de matorrales espinosos; plantas todas que no podían ofrecer ningún fruto comestible.

En medio del verdoso follaje veíanse innumerables lagartos, los cuales huían lanzando estridentes chillidos; estos reptiles son muy semejantes a los «geh-ko» tan numerosos en Java y en Sumatra, que no hay casa que no esté llena de ellos.

Marchando lentamente a causa de la espesura, Sandokan y sus compañeros, al cabo de media hora, llegaron al vértice del cono, el cual se erguía escueto, despojado del más pequeño hierbajo. Desde allí miraron hacia Oriente y distinguieron una costa baja que se dibujaba en el horizonte, defendida por gran número de islotes.

—Sólo dista de aquí veinte millas—afirmó el Tigre—. Mañana desembarcaremos.

—Aquella punta que se prolonga hacia el Norte debe de ser el cabo Sirik—añadió Yañez.

—Eso mismo creo yo—repuso Sandokan.

Permanecieron allí algunos minutos observando el mar con la esperanza de descubrir algún *praho*; luego descendieron y embarcaron, llevando con ellos al grueso volátil.

Al volver a bordo encontraron a los galeotes consagrados a la demolición de la obra muerta de la fragata; para dar principio a la construcción de la almadía.

Cuando se consideró suficiente el maderamen acumulado a popa, Sandokan, Yañez y el inglés se encargaron de la dirección de la tarea, deseosos de que la balsa resultase sólida, capaz de resistir las olas, que eran violentísimas en aquellas costas erizadas de bancos y de rocas de naturaleza coralífera.

Arrojaron primeramente al agua los restos del trinquete y las vergas para formar el esqueleto, luego, tres maderos que fueron en seguida ocupados por varios hombres, elegidos entre los más prácticos y más inteligentes.

Estando el mar tranquilo, la construcción del esqueleto de la balsa fué rapidísimo. Los restos del mástil y las vergas quedaron pronto sólidamente ligados, formando una especie de paralelógramo, sostenido en los ángulos por barricas vacías que encontraron en la cámara de la tripulación.

En seguida echaron al agua el maderamen arrancado de la obra muerta, las tablas de la toldilla y los trozos de las bandas, y aquellos carpinteros improvisados, bajo la dirección del inglés y de los dos jefes de Mompracem, dieron principio a la construcción de la plataforma.

Habiendo encontrado a popa la caja del carpintero, provista de numerosas herramientas y de clavos de todas dimensiones, esta segunda parte de la obra marchó con tal rapidez, que antes de la puesta del sol la balsa se hallaba en disposición de recibir a los naufragos de la vieja fragata.



A popa colocaron un largo timón, una especie de remo, y en el centro de la plataforma izaron un pequeño mástil, formado con el asta del bauprés.

A las ocho de la noche, en tanto que la luna se elevaba en el horizonte, roja como un disco de hierro incandescente, los forzados embarcaron, llevando con ellos dos cajas de galleta, varias raciones de cerdo salado, algunos barriles de agua dulce, veinte fusiles con trescientos o cuatrocientos cartuchos—únicos que pudieron extraer de la anegada Santabárbara—y cerca de cuarenta hachas. El botecillo, que podía prestar excelentes servicios, fué también colocado en la balsa.

A las nueve, ésta, impulsada por dos docenas de remos, abandonaba los restos de la fragata y avanzaba lentamente por medio de los escollos.

Sandokan encargóse del timón, y Yañez, el gigante, Sambigliong y Tanauduriam colocáronse a proa para señalar los arrecifes.

La travesía del canal que se dirigía hacia el Este, resultó más fácil de cuanto imaginaron los dos jefes de los piratas, y media hora después la balsa, con la vela desplegada al viento, navegaba con lentitud en dirección a la costa de Borneo, cabeceando pesadamente por efecto de las grandes olas que corrían de Norte a Sur.

—Si continúa soplando esta brisa, mañana, a primera hora, tocaremos en tierra—dijo Sandokan a Yañez, que se acercaba a popa.

—No sabemos lo que nos aguarda en la costa—respondió el portugués—. Temo sorpresas desagradables.

—¿Por qué, Yañez?

—Me atormenta un pensamiento, hermano.

—¿Cuál?

—No sé el motivo, pero pienso constantemente en la tripulación de la chalupa.

—Se hallará seguramente muy lejos.

—¿Y si nos espera en la playa? Esos hombres estarán furiosos por el descalabro que han sufrido.

—¡Bah!... Se habrán dirigido a Sarawack o a Sedang.

—Peor aún. Si James Brooke se entera de nuestra fuga, correrá al mar con su maldito «schooner» para darnos caza.

—Llegará tarde, amigo Yañez.

—¿Tienes intención de abandonar pronto a los forzados?

—Mañana por la noche, mientras duermen, nos escabulliremos.

—¿En qué embarcación?

—En el bote.

—¡Hum!... El viaje resulta un poco largo y no está exento de peligros. Nos hallamos lejos de Mompracem, hermano.

—En Uni encontraremos algún *praho* que nos llevará siquiera hasta las Romades.

—¿Vendrá también con nosotros el inglés?... Sería una adquisición magnífica, Sandokan.

—Ha prometido seguirnos. Prefiere nuestra compañía a la de los galeotes.

—¡Y volveremos luego a Sarawack?

—Sí—replicó Sandokan, en tanto que en sus ojos brillaba un relámpago sombrío—. He jurado derribar del trono a James Brooke y lo conseguiré, aunque pierda en la empresa mi último *praho* y mi último soldado.

Mientras, la balsa, impulsada por ligera brisa, que soplabá con bastante irregularidad, seguía avanzando hacia el Este, en dirección a la playa que Yañez y Sandokan descubrieron desde la cumbre del islote.

El mar continuaba agitado aún, pero la balsa sosteníase bien. De vez en cuando, alguna ola iba a estrellarse contra sus bordes, bañando a los galeotes que se hallaban agrupados alrededor del mástil; sin embargo, la armadura, sólida-



mente construída, y la plataforma, resistían con tenacidad aquellos choques.

Al mediar la noche el viento comenzó a ceder y la almadía permaneció casi inmóvil, aunque las olas seguían sacudiéndola brutalmente.

Cuando el sol surgió en el horizonte, la costa se hallaba aún a más de quince millas de distancia y la calma era la misma siempre.

El mar aparecía desierto. Por ninguna parte se veía vela ni punto negro que indicase la presencia de una chalupa.

Únicamente algunas aves marinas cruzaban el espacio, la mayor parte de ellas fragatas de vuelo rápido, elegantes voladores del mar que se encuentran sólo junto a los trópicos y cuyas alas son más parecidas a las de los halcones que a las de las palmípedas. No faltaban tampoco las indispensables gaviotas y golondrinas, volátiles muy numerosos en las aguas de la Malasia.

En el Océano veíanse multitud de diodones, peces bastante extraños que viven en la zona tórrida, muy aficionados a nadar con el vientre hacia arriba y que de vez en cuando absorben gran cantidad de aire y aparecen redondos.

Son feísimos, y la forma de su cuerpo cubierto de espinas blanquizas matizadas de negro y de violeta hace que se asemejen a enormes granos de arroz.

Los galeotes, nada sobrados de provisiones, intentaron varias veces dar caza a los diodones, sirviéndose de arpones que llevaban como armas defensivas, y obtuvieron buen resultado.

A las tres de la tarde la brisa volvió a hinchar la vela, y la balsa, después de tantas horas de inmovilidad, reanudó la marcha, hendiendo rumorosamente las olas que embestían la proa.

La costa distinguíase ya perfectamente. Describía una especie de arco, que se extendía de Norte a Sur, y aparecía cubierta de enmarañada vegetación. A lo lejos, sobre el luminoso horizonte, dibujábase uná cadena de montañas; tal vez era una derivación de los Montes de Cristal que corren largo trecho paralelamente a la costa occidental de la gran isla, serpenteando a lo largo del sultanato de Varauni.

Gran número de minúsculos escollos perfilábanse ante aquella especie de rada abierta, haciendo difícil, y tal vez peligroso, el abordaje, especialmente para una embarcación tan imperfecta que no siempre obedecía al impulso del timón.

—Preparaos para arriar la vela o se estrellará la balsa— gritó Sandokan.

Las olas, encontrando un obstáculo en su carrera contra los escollos, revolvíanse con gran violencia, imprimiendo a la almadía incesantes sacudidas. Impulsadas por la brisa, deshacíanse con furia en la playa, produciendo un ruido ensordecedor. Algunas veces tronaban como el estallido de una bomba o como una descarga de artillería.

Sandokan y Yañez, agarrados a la larga pala que les servía de timón, hacían esfuerzos desesperados para mantener la estabilidad de la balsa, pero los obstáculos aumentaban a cada instante. Además de los escollos había bancos de arena que no siempre era posible descubrir a causa de la espuma que se extendía sobre ellos.

Los forzados permanecían todos de pie, dispuestos a lanzarse al agua. Algunos empuñaban las armas, otros cargaron con los víveres, no queriendo de ningún modo, que se perdiesen.

Las sacudidas de la balsa eran cada vez más fuertes. Las olas le imprimían golpes tan violentos, que los hombres no podían tenerse en pie.



No distaban ya más que trescientos metros de la playa, gracias a la habilidad de Yañez y de Sandokan.

De repente, una ola mayor que las demás, cogió a la balsa por debajo, con furia extraordinaria, y la mantuvo breves instantes en posición casi vertical.

Un segundo después, la proa sufrió un choque terrible. La plataforma, desarticulada por el golpe, abrióse bajo los pies de los forzados y las tablas se deshicieron en el arrecife.


—¡Sálvese quien pueda!...—se oyó gritar al inglés.

Los ciento treinta hombres, en menos que se dice, se encontraron en el agua; gran parte de las armas y de los víveres fueron arrastrados por las olas.

Afortunadamente existían bajos fondos en aquel lugar. Los forzados, ayudándose unos a otros y dejándose llevar por el oleaje, encontráronse pocos minutos más tarde reunidos en la playa, donde les habían precedido Yañez, Sandokan, el gigante y los dos piratas de Mompracem.







## CAPITULO XX

### La destrucción de los forzados

La costa, en la que milagrosamente se hallaban a salvo, parecía desierta.

No se descubría en dirección alguna vivienda humana ni vestigio de salvajes.

La inmensa selva terminaba allí, bañando en las aguas del mar las raíces de sus últimos árboles. Como casi todas las selvas vírgenes de Borneo, formábanla infinita variedad de plantas cuyas frutas podían ser utilísimas a los náufragos.

Abundaban sobre todo las plantas gomíferas, la «giunta wan», gruesa trepadora perteneciente a la familia de las apocineas y de la cual se extrae, aparte de goma excelente, una especie de liga usada por los malayos para cazar pájaros, y la «isonandra gutta», de la que se obtiene el caucho por simples incisiones practicadas alrededor de la corteza;

pero abundan también los mangos de exquisita fruta, los naranjos de dorados racimos, los nepelios que dan un fruto semitransparente, algo acidulado, y los árboles del pan, cargados de enormes cápsulas que, tostadas, resultan sabrosísimas.

Tampoco faltaban animales salvajes, que no demostraban espanto alguno por la proximidad de tantos hombres.

En medio de las espesas ramas de los naranjos, agitábanse infinitos *budeng*, hermosos monos tan grandes como el piteco, de pelo negro y brillantísimo, algo más claro en el hocico y en las manos, y con la cabeza cubierta por una especie de gorro de vello que se prolongaba hasta la boca formando una especie de barba.

Jugaban tranquilamente con sus pequeñuelos y practicaban ejercicios extraordinarios, manteniéndose con la larga cola sujetos a las ramas.

Sandokan y Yañez, después de ordenar a los náufragos que permaneciesen unidos y que improvisasen un campamento, porque el sol calentaba demasiado, internáronse en la selva, escoltados por el inglés, Sambigliong y Tanauduriam, armados todos de fusiles.

Pretendían ante todo asegurarse de si aquella costa estaba realmente desierta, para no exponer a los forzados a un ataque imprevisto de los dayakas, salvajes audacísimos y antropófagos, muy numerosos en las playas y bosques occidentales de Borneo.

Su expedición se prolongó hasta el atardecer, sin que encontrasen aldea ni señal de habitantes.

Seguros ya de la ausencia de aquellos peligrosos isleños, regresaron al campamento, levantado al borde de la selva, en una explanada que se prolongaba hasta la playa.

Los galeotes, durante la exploración de los tres jefes, construyeron cabañas, utilizando las gigantescas hojas de al-



gunos bananos silvestres y recogieron muchas frutas de toda especie, esquilmando los árboles que crecían en el borde de la selva.

Otros forzados, entretanto, dirigiéndose a los arrecifes hicieron abundante recolección de esas gruesas ostras llamadas de Singapur, veinte veces mayores que las comunes, de grandes cefalópodos y de *haliotis*, preciosas conchas de gigantescas proporciones que ostentan todos los colores del arco iris y que contienen un molusco muy apreciado que se pesca y que se exporta al por mayor para los mercados chinos principalmente.

También cogieron un par de tortugas marítimas, muy gruesas, que escarbaban la arena para poner sus huevos.

Tenían, pues, cena segura y suculenta, sin tocar a las provisiones de carne, muy escasa, puesto que la mayor parte había sido arrebatada por las olas que destruyeron la balsa. Sin embargo, cuando los forzados quisieron encender lumbre se encontraron con que no tenían eslabón ni pedernal.

Siendo además necesario el fuego para mantener alejadas a las fieras que vagarían por la vecina selva, Sandokan y Yañez encargaron a Sambigliong y a Tanauduriam que lo procurasen.

La cosa, por otra parte, no era tan difícil como pensaban los forzados. Bien puede imaginarse que no todos los pueblos conocen el uso del eslabón y del pedernal y, sin embargo disponen de la lumbre necesaria para condimentar los alimentos y para calentarse cuando las noches son húmedas y frías.

Los malayos emplean un procedimiento muy ingenioso. Cogen una rama de bambú, planta que en sus selvas crece por todas partes, la cortan por la mitad, en sentido longitudinal, y en la superficie convexa practican una pequeña hendidura,

El borde agudo de la otra mitad, lo frotan sobre aquella hendidura, primero lentamente, luego con rapidez.

El polvillo que se desprende de la frotación arde muy pronto y el fuego se comunica a un filamento de junco colocado debajo.

Después de encender numerosas hogueras, los forzados cenaron alegremente; luego, sintiéndose muy cansados, se tendieron bajo las improvisadas tiendas, sin cuidarse de colocar centinelas alrededor del campamento, no obstante los repetidos consejos de Sandokan, de Yañez y del inglés.

—Si sentís miedo, vigilad vosotros—contestaron a los jefes y sin preocuparse de más, echáronse a dormir.

—Que hagan lo que quieran—dijo el Tigre al portugués—. Se verán atacados y morirán todos.

—Ya sabía yo que de estos bribones, una vez que pasase el peligro, no se podría obtener nada bueno. Mañana nos negarán obediencia y pasado mañana serán capaces de acuchillarnos.

—Ciertamente—agregó el gigante—. Ahora que están en salvo se burlarán de nosotros y se rebelarán contra nuestra autoridad.

—Tanto peor para ellos—replicó Sandokan—. Nuestra misión ha terminado.

—¿Partiremos, hermano?—preguntó Yañez.

—Tan pronto como se duerman todos. ¿Sigue el bote en la playa?

—Lo he recogido cuando estaba a punto de ser arrastrado por las olas.

—¿Tenemos municiones?

—Cerca de cuarenta cartuchos.

—Nos bastan para llegar hasta Uri—dijo el Tigre de la Malasia—. Tendámonos también y finjamos dormir. Si se dan cuenta de nuestra fuga, serán capaces de asesinarlos.



Tumbáronse los cinco bajo el ramaje de un cocotero gigantesco, que distaba trescientos pasos de la playa, y aparentaron dormir profundamente.

Algunos galeotes velaban aún en torno de las hogueras, narrando historias espeluznantes; el sueño, sin embargo, no debía tardar mucho en rendirlos.

A eso de las once, todos dormían en el campamento. Las fogatas, faltas de alimento, iban poco a poco extinguiéndose, lanzando fugaces resplandores.

Sandokan, para evitar el peligro de ser descubierto, esperó a la media noche; entonces sacudió a sus compañeros, diciéndoles:

—Ha llegado la hora; vamos...

—¿Estás seguro de que duermen todos?—le preguntó Yañez.

—No veo a nadie junto a las hogueras; en cambio, oigo roncar por todas partes.

—En el caso de que intenten detenernos, responderemos a tiro limpio—replicó el portugués.

El gigante púsose en pie y, oculto tras el grueso tronco del árbol, miró atentamente a su alrededor.

Ningún hombre velaba ya junto a las hogueras, casi extinguidas, y en la extremidad del campamento no se veía centinela alguno. Los galeotes, confiados, dormían a pierna suelta bajo las chozas, como si se hallasen aún en el entrepuente de la fragata.

—Partamos—murmuró el coloso, empuñando el fusil.

Los dos jefes de la piratería, Sambigliong y Tanauduriam, levantáronse al punto. Lanzaron una última mirada al campamento; luego, guiados por el inglés, dirigiéronse silenciosamente hacia la playa, escondiéndose tras algunos montículos de arena.

Oculto entre dos escollos encontraron el botecillo. El in-

glés lo había provisto de un mástil, de una vela y de un par de remos y, como hombre prudente, había llevado un barril de agua. Faltaban víveres, es verdad, sin embargo, pudiendo atracar en la playa cuando quisieran, puesto que su intención era costear, tenían la posibilidad de procurárselos.

—Embarquemos—dijo Sandokan.

Ya se disponía a acomodarse en el banco de popa, cuando oyó un agudo silbido.

—¿Qué pasa?—se preguntó, deteniéndose.

—¿Será alguna señal?—dijo Yañez.

—Razón de más para apresurarnos—exclamó el inglés.

—Tal vez algún galeote nos habrá sentido y ha hecho la señal de alarma.

—¡A los remos!—ordenó Sandokan.

Sambigliong y Tanauduriam comenzaron a remar vigorosamente, en tanto que el Tigre, Yañez y el inglés montaban los fusiles para estar prontos a rechazar cualquier ataque.

A pesar de sus temores, no se vió a ningún galeote levantarse ni correr hacia la orilla.

El bote llegó muy pronto a la escollera contra la cual se había deshecho la balsa y se dirigió hacia un promontorio que cerraba el horizonte por la parte septentrional.

Se hallaban ya los fugitivos a media milla del campamento, cuando de repente espantosas vociferaciones estallaron en la playa que acababan de abandonar.

Sandokan, el gigante y Yañez pusieron en pie.

Dos puntos luminosos, tal vez dos antorchas, se veían correr por la linde de la selva, en tanto que numerosos relámpagos, seguidos de fragorosas detonaciones, brillaban alrededor del campamento.

Gritos feroces y aullidos de desesperación se oían por todas partes. Parecía como si el campamento hubiese sido repenti-



namente asaltado y acuchillaran a todos los infelices galeotes bajo sus tiendas.

—¡Qué atacan a los presidiarios!—gritó el Tigre de la Malasia.

—O ellos se zurren mutuamente—dijo Yañez.

—¿No oyes esas exclamaciones?... Son el grito de guerra de los dayakas. ¡Amigos, volvamos!...

—¿A dónde?

—Al campamento, Yañez.

—Deja que los maten, Sandokan.

—No, hermano. Nosotros, gente de guerra, no podemos asistir impasibles a esa carnicería.

—Puesto que lo quieres, volvamos. Temo, sin embargo, que lleguemos demasiado tarde.

Sambigliong y Tanauduriam, auxiliados por el inglés, volvieron la proa hacia el Sur, remando con todas sus fuerzas.

Parecía, en efecto, que el campamento había sido asaltado por las hordas de terribles indígenas que pueblan las costas occidentales de Borneo, hombres vigorosos y enemigos encarnizados, no sólo del elemento blanco, sino también del malayo.

Los gritos ensordecedores, salvajes, retumbaban a lo largo de la costa ahogando las detonaciones de las armas de fuego. Entre el clamoreo, a intervalos, oíanse los ayes de dolor de los infelices galeotes apuñalados despiadadamente.

Tal vez los más animosos habían intentado organizar la resistencia, porque en un extremo del campamento brillaban relámpagos y sonaban descargas, pero esto no duró mucho tiempo. Las voces de los que atacaban, voces de triunfo y de victoria, denunciaban que los galeotes llevaban la peor parte.

El botecillo, dejando atrás la escollera, se encontró muy pronto ante el campamento,

Sólo entonces Sandokan y sus compañeros pudieron darse cuenta de la terrible situación en que se encontraban los forzados.

La playa estaba llena de salvajes armados de lanzas y de «parangs». Eran muchos centenares y habían rodeado por completo al campamento, tratando de aniquilar, con furiosos asaltos, a la turba de presidiarios.

Estos, ya medio destruídos, se habían congregado alrededor de un grupo de árboles e intentaron oponer una resistencia desesperada con las escasas armas de que disponían. De vez en cuando sonaban algunos tiros, pero hacía falta un cañón para rechazar a aquel enjambre de fieras que corrían al ataque con furor ciego.

El Tigre de la Malasia, aprovechando el momento en que cesó momentáneamente el estrépito, gritó:

—¡Animo!... ¡Vamos en vuestro auxilio!...

En seguida sonaron cuatro tiros y cuatro salvajes rodaron por el suelo.

El botecillo iba entonces a atracar.

Los dayakas, al oír los disparos, se volvieron rápidamente. Al ver avanzar a la embarcación, treinta o cuarenta de ellos corrieron hacia la playa para cerrar el paso a aquellos cinco hombres que iban a atacarlos por la espalda.

—¡Firme, Sambigliong!—ordenó el Tigre—. Mantengámonos a distancia o pereceremos también nosotros.

—Quememos todos nuestros cartuchos—exclamó el gigante—. Probablemente no lograremos salvar a esos desdichados. Procuraremos, al menos, hacer que sufran pérdidas crueles los antropófagos.

Protegido por el bote, para librarse de la lluvia de flechas que caía por todas partes, Sandokan y sus compañeros abrieron un fuego acelerado, apuntando a la masa más compacta de los asaltantes.



—¡Fuego!—gritaba sin cesar el Tigre—. Cuando los hayamos rechazado desembarcaremos.

Los dayakas, sin embargo, a pesar de las descargas de fusilería que causaban grandes brechas en sus filas, no hacían ademán de retirarse. Mientras sus compañeros, dando un último asalto más impetuoso que los anteriores, remataban a los galeotes, arrojáronse al agua resueltamente para atacar a nado a la pequeña embarcación.

Sambigliong y Tanaudurian, para evitar aquel peligroso abordaje, se vieron obligados a empuñar los remos y alejarse, en tanto que Yañez, Sandokan y el inglés rechazaban a tiros a los nadadores. Viendo que sus esfuerzos resultaban inútiles, los salvajes, después de un postrer intento para dar caza al bote, replegaronse hacia la orilla chillando desesperadamente.

La lucha había ya terminado en el campamento y las hordas se retiraban precipitadamente a la tenebrosa selva, llevándose las armas de los vencidos y también las cabezas, porque los dayakas son los mejores coleccionistas de cráneos humanos.

Cuando desapareció la última banda, Sandokan y sus compañeros desembarcaron.

Silencio de muerte reinaba en el campamento después del formidable incendio.

En medio de las chozas levantadas por los naufragos yacían montones de cadáveres horriblemente mutilados por los «parangs» y por las mazas de los salvajes. Aquellos infelices, completamente desnudos, habían sido decapitados.

—¡Mil truenos!... ¡Qué espantosa carnicería!...—exclamó el inglés.

—Seguramente no habrá escapado ninguno de los galeotes con vida—dijo Yañez—. Ha sido una fortuna para nosotros que se nos haya ocurrido la idea de huir. Una hora de

retraso y también nuestras cabezas habrán ido a adornar las chozas de esos miserables antropófagos. Sandokan, vámonos; aquí ya nada tenemos que hacer.

—No tan pronto, Yáñez—respondió el Tigre.

—¿Qué esperas?

—Que algún hombre se haya librado de la matanza y se encuentre oculto en la selva.

—¿Vas a internarte en la espesura? Acaso estén escondidos los dayakas.

—Permaneceremos aquí, junto al bote, dispuestos a hacernos a la mar si algún peligro nos amenaza. En el caso de que algún forzado haya conseguido salvar la piel, volverá seguramente al campamento con la esperanza de encontrar armas o compañeros.

—Es verdad—dijo el inglés—. ¿Habrán hecho algún prisionero los dayakas?

—No lo creo—replicó Sandokan.

—¿Pero qué motivo les habrá impulsado a degollar a esos pobres forzados que ningún daño les habían hecho?

—El deseo de apoderarse de sus armas y de cosechar buena cantidad de cráneos humanos. Los dayakas son peores que las bestias feroces, y cuando pueden sorprender a un enemigo lo hacen sin vacilación. El cráneo de un adversario es para ellos signo de valor y todos los guerreros se jactan de poseer gran número.

—Son como las pieles rojas de la América septentrional.

—Con la diferencia, sin embargo, de que los pieles rojas se contentan con la cabellera del vencido, mientras que estos salvajes quieren la cabeza—dijo Yáñez.

—¿Crees que volverán?

—No me sorprenderá, John—dijo el Tigre de la Malasia—. Quedan aquí muchos cadáveres que les ofrecen copio-



sísimos banquetes. Cuando los dayakas devoren los cuerpos que se han llevado, vendrán a buscar más.

—¡Miserables!—exclamó el coloso—. ¡Qué lástima no haber tenido dos cañones de la fragata para darles una dura lección!

—No nos habrían servido para nada—interrumpió el portugués—. La tripulación, antes de abandonar la fragata los clavó. ¡Eh!...

—¿Qué ocurre, Yáñez?—preguntó Sandokan.

—Veo una sombra que se desliza sobre el mar—contestó—. ¡Mira allí!...

El Tigre y el coloso volviéronse vivamente y miraron hacia el mar. Dos formas, indecisas aún, pero que no debían ser otra cosa que dos chalupas o dos canoas labradas en el tronco de un árbol, habían aparecido de improviso en la extremidad del promontorio que cerraba la ensenada por la parte del Sur.

—Deben ser dos embarcaciones—dijo Sandokan.

—¿Se dispondrán los dayakas a atacarnos por mar?—preguntó Yáñez—. Entonces también había enemigos en el bosque.

—Y acaso espiándonos—añadió el gigante, con inquietud.

—Sí, son dos chalupas—confirmó Sambigliong y Tanauriam, dirigiéndose a la orilla.

—Sandokan, huyamos—dijo Yáñez—. Tal vez los salvajes se habrán emboscado en la selva y se estarán preparando para atacarnos por la espalda.

—Esas dos chalupas nos darían caza, Yáñez—respondió el Tigre—. En un abordaje no saldríamos bien librados.

—Entonces ¿qué decides?

—Tomar posiciones en cualquier escollo y quemar todos nuestros cartuchos,

—No nos quedan más que diez o doce—afirmó el coloso.

—Pues bien, nos defenderemos con las culatas de los fusiles y con las hachas—replicó Sandokan—. ¡Al bote, en seguida!

Disponíase a correr hacia la playa, cuando Tanauduriam, que ya había embarcado, gritó:

—No son chalupas de salvajes. Veo a muchos hombres armados con carabinas.

—Quizá sean náufragos—dijo Yáñez, deteniéndose.

—Pongámonos en guardia y esperemos—añadió el Tigre de la Malasia.

Las dos chalupas, que avanzaban rápidamente, se hallaban entonces a doscientos o trescientos pasos de la playa. Iban tripuladas por veinticuatro marineros armados de hachas y de fusiles.

Sandokan inclinóse rápidamente hacia Sambigliong, diciéndole:

—No abandones el bote y prepárate para todo.

El pirata saltó dentro de la pequeña embarcación y se ocultó.

En aquel momento una voz que partía de la primera chalupa, gritaba en inglés:

—¿Quién vive?

—Náufragos—respondió en seguida Sandokan.

—Habéis sido atacados por los salvajes y hemos oído las voces y los disparos.

—Nos sorprendieron mientras dormíamos y han asesinado a todos nuestros compañeros.

—¿Han huído los salvajes?

—Se han retirado a la selva—repuso Sandokan.

—¿Queréis embarcar con nosotros?—preguntó el hombre que había formulado las preguntas anteriores.



—No deseamos otra cosa. ¿No disponéis más que de la chalupa?

—En alta mar tenemos un «giong».

—Si nos admitís a bordo pagaremos el pasaje.

Las dos chalupas atracaron entonces a la playa. Los veinticuatro hombres que las tripulaban desembarcaron sin abandonar las armas y se dirigieron al grupo formado por Sandokan, Yáñez, el inglés y Tanauduriam.

De repente los veinticuatro hombres precipitáronse sobre los tres piratas y el coloso, apuntándoles con los fusiles, al mismo tiempo que una voz ordenaba con acento amenazador:

—Entregaos o perdéis la vida!...

Sandokan, sorprendido por aquel ataque inesperado, quedó inmóvil, sin pensar en hacer uso del fusil.

Una exclamación del inglés le advirtió del grave peligro que corría:

—Mil demonios!... ¡Los tripulantes de la fragata!...

Sandokan dejó escapar un rugido de furor y se lanzó contra los enemigos empuñando el fusil por el cañón, para utilizarlo como una maza; pero en el acto diez manos lo sujetaron y lo derribaron, arrancándole el arma.

Por su parte, el coloso levantaba el hacha, dispuesto a herir; Yáñez, con la rapidez del relámpago, le detuvo el brazo, diciéndole:

—¿Quieres hacerte matar?

Los marineros apoyaban ya algunos fusiles en el pecho del inglés, y se disponían a disparar a quemarropa.

—Nos rendimos, hijitos míos—exclamó el portugués, que no había perdido un átomo de su flema habitual!—. ¡Vive Dios!... ¡Permitid que me congratule con vosotros de esta sorpresa!...

Un hombre adelantóse, y dirigiéndose a Yáñez le preguntó:

—¿Me conoces?

—¡Por Júpiter! ¡El teniente de la fragata!

—En persona, amigo Yáñez—dijo el oficial, riendo—. Estaba seguro de que en alguna playa nos encontraríamos, porque la fragata no podía ya tenerse en el mar.

—Has tenido buen olfato.

—Y también regular fortuna. ¿Han muerto todos los forzados?

—Eso es lo que no puedo afirmar. Sin embargo, si quieres darte un paseo por la selva y trabar conocimiento con los dayakas, te esperaremos aquí, querido—replicó Yáñez, con ironía.

—Lo que me interesaba era que vosotros cayéseis en mis manos; los demás me importan poco. Ya se cuidarán los salvajes de acabar con ellos.

—¡Ah! ¿Te corría prisa hacernos prisioneros? ¿Y para qué?

—Para llevaros de nuevo a Sarawaçk.

—¿En las chalupas?

—No, hemos encontrado un «giong» que nos ha recogido. Pero os advierto que no encontraréis allí forzados que se subleven contra nosotros.

—Acaso encontraremos algo mejor...

Yáñez miró a su alrededor; luego, alzando la voz, de modo que le oyese Sambigliong, que no había salido del bote, dijo riendo:

—Tal vez nos tropezaremos con el sobrino de Muda-Hassin o con cierto señor Sambigliong...

Después, observando que el teniente le miraba con estupor, añadió:



—Tenía ganas de bromear; vamos en busca de James Brooke. Quizá no le desagradará volvernós a ver.

Y se dejó conducir a la chalupa mayor, donde ya se encontraban Tanauduriam, Sandokan y el inglés.







## CAPITULO XXI

### El yate de lord James

Aun no se habían alejado las chalupas trescientos metros cuando una cabeza humana surgía bruscamente del agua, ocultándose tras la popa del botecillo que permanecía en la playa, enclavado entre dos escollos.

Aquella cabeza era de Sambigliong. El astuto pirata, aprovechando el momento en que los tripulantes se arrojaban sobre Sandokan y sus compañeros, dejóse caer al agua y fué a esconderse tras un escollo que aparecía a breve distancia. Comprendiendo que su libertad podía ser más útil a sus jefes que corriendo en su defensa, permaneció callado.

Como el escollo que le ocultaba apenas distaba cuarenta pasos de la orilla, oyó perfectamente las últimas palabras de Yáñez.

—El sobrino de Muda-Hassin...—murmuró—. Comprendo lo que el portugués quería darme a entender. Sí, el proyecto del Tigre consiste en pedir auxilio al pretendiente al trono de Sarawack... Sambigliong es astuto y pronto dará fe de vida...

Corrió al campamento y buscó algo entre los cadáveres de los infelices forzados y especialmente en las chozas improvisadas.

Sus pesquisas duraron poco y al volver al botecillo llevaba un barril de agua dulce, fruta y carne en conserva.

Arrojó todo en la minúscula embarcación y empuñó los remos, diciendo:

—Ante todo veamos a dónde llevan a los jefes, luego pondré la proa hacia Mompracem. Congregaré a todos los piratas y caeremos sobre Sarawack después de atraer a nuestra causa al sobrino de Muda-Hassin.

Las dos chalupas habían doblado ya el promontorio meridional y avanzaban con notable rapidez. Sambigliong las siguió, manteniéndose a gran distancia para no ser descubierto, cosa poco probable porque la noche era muy oscura.

Muy pronto el pirata vió brillar dos puntos luminosos que se movían de Norte a Sur, y luego delinearse confusamente un buque velero. Era, sin duda, el «giong» que había recogido a los tripulantes de la fragata. Sambigliong soltó los remos y esperó, fijos los ojos en la nueva embarcación.

Luego observó que las dos chalupas atracaban a sus costados y que en seguida desplegabá las amplias velas.

—Se dirige hacia el Sur—murmuró el pirata—. Llevan otra vez al Tigre y al portugués a presencia del rajá.

Cuando el velero emprendió de nuevo la marcha, con la proa hacia la costa de Sarawack, comenzó a remar vigorosamente con rumbo hacia el Norte.

—Acaso mañana pueda llegar a Uri—se dijo—. Allí es posible que encuentre algún *praho* que se encamine a las Romades o a Labuán. Si todo marcha bien, dentro de dos semanas James Brooke volverá a ver en su reino a los tigres de Mompracem.

Toda la noche el valiente y fiel Sambigliong remó, sin to-



mar más que breves momentos de descanso, y al amanecer llegaba al cabo Sirik, elevado promontorio que señala uno de los dos puntos extremos de la vasta bahía de Sarawack.

Agotado completamente por tan largo y fatigoso ejercicio, pensaba encaminarse a una de las islas que se extienden al Norte del promontorio para comer a la sombra de algún banano, cuando le llamó la atención un velero magnífico que avanzaba del Sur, tratando de doblar el cabo.

—¿A dónde irá ese barco?—se preguntó Sambigliong—. Parece que viene de Sarawack y que tiene intención de dirigirse al Norte.

—¡Es un yate!... el de... ¿es posible?... ¡Sería demasiada fortuna!...

Miró con mayor atención y un grito se le escapó de los labios.

Empuñó los remos y comenzó a remar con desesperación para cortar el paso al velero. Un relámpago de inmensa alegría brilló en los negros ojos del pirata.

—¡Sí, es el yate de lord Guillonk!—exclamaba de vez en cuando—. Tal vez a bordo se encontrarán Tremal-Naik, Ada y Kammamuri. ¡Qué suerte tan inesperada!... ¡El Tigre de la Malasia y el capitán Yáñez se han salvado!...

Remó con furia, apelando a todas sus fuerzas, e hizo volar al botecillo.

El yate había doblado ya el promontorio y seguía hacia el Norte. Temiendo no llegar a tiempo de abordarlo, Sambigliong abandonó los remos, montó rápidamente el fusil y disparó al aire.

Pronto vió a algunos hombres aparecer en el alcázar y mirar con anteojos. Cargó de nuevo el fusil y disparó por segunda vez; luego, sacando un pañuelo, lo ató al cañón y lo agitó desesperadamente.

Aquella señal en demanda de socorro fué comprendida por

los tripulantes del yate. Probablemente lord James o Kammamuri habían reconocido al fiel pirata de Mompracem.

El velero viró entonces y se dirigió hacia el bote.

Al llegar a cien metros de distancia se oyó decir a una voz:

—¡Eh!... ¿Eres tú, Sambigliong?

—¡Yo soy, Kammamuri!—contestó el pirata.

—¡Por Siva! ¡Es Sambigliong!

En el puente se veían a lord James y a Ada.

Desde la banda de babor arrojaron una cuerda.

—¿Cómo te encuentras aquí, solo y en ese bote?—preguntaron al mismo tiempo lord Guillonk y Kammamuri.

—¿Qué le ha ocurrido a Sandokan?—añadió Ada.

—¿Y al capitán Yáñez?—dijo Kammamuri.

—Van camino de Sarawack—contestó el interpelado.

—¿De Sarawack?...exclamaron todos.

—Otra vez prisioneros. Los sorprendieron anoche cuando proyectaban marchar a Mompracem.

—Entonces ¿huyeron del barco que debía conducirlos a Norfolk?—preguntó lord James—. ¿Lo véis, amigos? Estaba seguro de que escaparían y de que los volveríamos a encontrar en Mompracem. Habla, cuéntanos todo, Sambigliong.

El pirata, en pocas palabras, los puso al corriente de lo que había sucedido a bordo de la fragata. Cuando Ada y Tremail-Naik supieron los sucesos acaecidos desde que zarparon de Sarawack a que sus valerosos salvadores eran conducidos de nuevo como prisioneros del rajá, dejaron escapar un grito:

—Nuestro deber es salvarlos.

—No hay que precipitar los acontecimientos, sobrinos míos—dijo lord James—. Brooke no es hombre a quien se pueda burlar dos veces.



—Milord—exclamó Sambigliong—. La intención del Tigre de la Malasia era volver a Sarawack con todos los piratas de Mompracem y valerse del sobrino de Muda-Hassin para derribar del trono al rajá. Los dayakas siguen siendo fieles al legítimo heredero del sultán.

—Lo sé.

—Pues bien, pongamos por obra el proyecto de Sandokan—dijo Ada—. Ese hombre valiente y leal me ha devuelto a Tremal-Naik y ha conseguido que recobre la razón, y nosotros pagaremos nuestra deuda dando la libertad a él y a sus compañeros.

—Sí, lo intentaremos todo—afirmó Tremal-Naik.

—Sin la banda de Mompracem no podremos hacer nada—, interrumpió lord Guillonk.

—Milord, estoy dispuesto a partir para la cueva de los tigres—dijo Sambigliong—. Que me den una chalupa y algunos marineros y reuniré a todos los piratas para que ayuden al sobrino de Muda-Hassin.

—Tengo una chalupa de vapor; la pongo a tu disposición.

—Marcharé en seguida, milord.

—Y nosotros, ¿qué haremos entre tanto?—preguntó Tremal-Naik.

—Regresaremos a Sarawack.

—Una palabra, milord—dijo Kammamuri.

—Habla.

—Volviendo a Sarawack, ¿no infundiremos sospechas al rajá? ¿No sería preferible hacerle creer que continuamos nuestro viaje a la India?

—Es verdad—replicó el lord, sorprendido por el razonamiento—. Podía sospechar que intentábamos la liberación de Sandokan y de Yañez... Eres muy perspicaz, Kammamuri.

—Soy maharato—contestó el indio, con orgullo.

—Milord—dijo Sambigliong—. ¿Dónde se encuentra el sobrino de Muda-Hassin?

—En Sedang.

—¿Libre?

—Con centinelas a la vista.

—Sedang, si no me engaño, se halla junto al río del mismo nombre.

—Sí.

—Entonces que ancle el yate en la desembocadura y prometo que antes de dos semanas estaré allí con la flotilla de Mompracem. Entre tanto, el sobrino del rajá se pondrá al corriente de los sucesos que se avecinan.

—Ese proyecto me parece mejor—dijo Tremal-Naik—. Así evitaremos que el rajá desconffe.

—Tienes razón, Tremal-Naik—agregó lord James—.  
¡Harry!...

El segundo de a bordo, hombre de elevada estatura, piel ligeramente bronceada, que delataba la mezcla de sangre india con la europea, ojos negros y expresivos y líneas enérgicas que revelaban un no sé qué de salvaje fiereza, adelantóse, exclamando:

—Estoy a sus órdenes, milord.

—Que boten al agua la chalupa de vapor y que pongan en ella víveres, armas y el carbón necesario para cinco días.

La orden fué inmediatamente ejecutada. Cuatro hombres y un maquinista acomodáronse en la chalupa; el horno fué encendido al punto.

—¿Cuáles son las últimas instrucciones, milord?—preguntó Sambigliong, antes de poner el pie en la escala.

—Armar la flotilla entera de Mompracem y que se reúna con nosotros en la desembocadura del Sedang. ¿Cuántos piratas quedan en la isla.

—Doscientos, milord.



—¿Disponéis de muchos *prahos*?

—De unos treinta, armados con cuarenta cañones y sesenta espingardas.

—Al volver, mucho cuidado, para evitar una sorpresa de la escuadra del rajá.

—Si la encontramos, la echaremos a pique, milord.

—Y daríais la señal de alarma.

—Es verdad, obraremos con prudencia.

—Pues en marcha. Los minutos son preciosos. La chalupa corre a razón de diez nudos por hora y en dos días puedes llegar a Mompracem.

—Hasta la vista, milord.

Sambigliong descendió a la chalupa y al punto dió la orden de marcha. Un cuarto de hora después, la rápida embarcación no era más que un punto negro apenas visible en la azulada superficie del mar.

El yate puso la proa hacia Oriente, alejándose de la desembocadura del Sarawack, para no verse descubierto por los pequeños guarda-costas del rajá y llegar a Sedang sin ser observado.

Durante la noche, el rápido velero dejó atrás la estrecha bahía encerrada entre las dos largas penínsulas que forman el antepuerto de la ciudad, y a la mañana siguiente encaminóse hacia la costa.

A las siete de la tarde, con viento bastante fresco, llegó al río, en cuyas orillas se eleva la pequeña ciudad de Sedang.

Fondeó en una minúscula dársena, medio oculto por altísimas palmas que proyectaban obscura sombra.

—¿Se ve algo, tío?—preguntó Ada, que había subido a cubierta.

—Nada—respondió el lord—. Sedang es un lugar poco frecuentado.

—¿Cuándo veremos al sobrino de Muda-Hassin?

—Mañana; es preciso cambiar de piel.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Los hombres blancos llamarían en seguida la atención y el rajá no tardaría en ser informado.


—¿Qué debemos hacer, entonces?

—Disfrazarnos de indios y pintarnos el rostro.

—Con tal de salvar a Sandokan y a sus valientes compañeros, estoy dispuesta a todo, tío.

—Hasta mañana, Ada.





## CAPITULO XXII

### El gobernador de Sedang

Doce horas después, una chalupa tripulada por seis indios de la dotación del yate, por el lord, Ada y Kammamuri, surcaba el río para desembarcar en Sedang.

Los marineros se habían vestido con sus trajes nacionales, consistentes en casaca de varios colores y un pequeño turbante; Ada y lord Guillonk, teñidos de un color bronceado, envolvíanse en ricas túnicas, sujetas a la cintura por amplia faja de seda rosa, para hacer creer que eran príncipes indios que viajaban por puro recreo. Unicamente Kammamuri había conservado su indumentaria maharata, lo cual no podía infundir la menor sospecha. El río, no muy ancho y de corriente bastante turbia, aparecía casi desierto. Sólo de trecho en trecho veíanse algunas de esas grandes cabañas sostenidas por recios mástiles que medían quince o veinte pies de altura, de fabricación dayaka.

En cambio elevábanse espesos bosques de árboles gomíferos, «giunta wan», de «piper nigrum»—cubiertos de ba-

yas sonrosadas que encierran granitos muy aromáticos—, de «gluga»—cuya corteza macerada sustituye al papel—, de inmensos árboles de alcanfor que exhalan perfume penetrante y de bananos, arecas y rotas, plantas sarmentosas estas últimas que en algunos lugares miden trescientos metros.

En medio de vegetación tan espléndida, veíanse a veces, meciéndose en las ramas de los árboles, monos de ancha nariz o «calaos giganti», extravagantes volátiles de enormes picos, tan gruesos como el resto del cuerpo. Aparecían también bandadas de soberbios argos, adornados con larguísimas plumas, negras cacatúas y algunos de esos enormes murciélagos que los indígenas llaman «kulang», tan gruesos como un perrillo y cuyas alas abiertas miden hasta un metro y treinta centímetros.

Al mediar el día, la chalupa, que navegaba aprovechando la marea, fondeaba ante Sedang.

A pesar del pomposo nombre de ciudad, Sedang no es más que una aldea semejante a Kutsching, la segunda población del reino de Sarawack. En aquella época componíase de ciento cincuenta cabañas plantadas sobre palos, casi todas ellas habitadas por «dayachi-lannd», o sea dayakas costeros, de algunas casitas de arqueados techos, pertenecientes a varios chinos, y de dos edificios de madera, uno habitado por el sobrino de Muda-Hassin, que estaba guardado como prisionero, sabiéndose que aspiraba a la reconquista del trono, y el gobernador, persona muy afecta al rajá y que disponía de veinte indios armados.

No existiendo en Sedang ni la más modesta posada, el lord arrendó una preciosa casita chinesca, situada junto al río, en la extremidad septentrional del poblado, condujo a ella a Kammamuri y a Ada, y dijo a esta última.

—Mi misión ha terminado aquí. Todo lo que podía hacer por ti, sin comprometer mi honor de marino inglés y de



compatriota de James Brooke, lo he hecho. En la guerra que tú y los piratas vais a emprender, no puedo tomar parte, aunque el Estado de Sarawack sea independiente, sin que le ligen vínculos con Inglaterra, y aunque tenga que dolerme del excesivo rigor empleado por Brooke con Tremal-Naik. Sigo siendo tu tío y protector, pero como inglés debo permanecer neutral.

—¿Nos dejas ya?—preguntó Ada con dolor.

—Es necesario. Vuelvo a mi yate, pero no me alejaré de la desembocadura del río hasta la ruptura de las hostilidades para poder socorrerte en caso necesario. No te olvides de mostrarte enérgica para obrar sola si es necesario.

—¡Oh, sí, tío!... Estoy resuelta a todo.

—Te dejaré cuatro marineros, con el encargo de que te defiendan y te auxilién. Son hombres de un valor a prueba y de una fidelidad absoluta y te obedecerán como a mí mismo. Adiós, si algún peligro te amenaza, avísame con uno de los marineros. Mi yate está bien armado y en cuanto haga falta surcará el río.

Después de abrazarse estrechamente, el lord volvió a embarcar y se dejó llevar por la corriente. La joven permaneció en la orilla viéndole alejarse, sin fijar la atención en un guardia del rajá que se acercaba observándola con viva curiosidad, no exenta de cierta desconfianza.

No lo notó hasta que aquel hombre estuvo a su lado.

—¿Quién eres?—le preguntó el soldado.

La joven clavó en el indiano una mirada penetrante y altanera.

—¿Qué quieres?—le dijo.

—Saber quién eres—repuso el indio.

—Eso no te importa.

—Es la orden, puesto que se trata de una persona extraña.

—¿La orden de quién?

—Del gobernador.

—No le conozco.

—Pero él tiene la obligación de saber quién desembarca en Sedang.

—¿Por qué motivo?

—Aquí vive el sobrino de Mura-Hassin.

—No sé quién es.

—Un sobrino del sultán que reinaba antes en Sarawack.

—No conozco a los sultanes.

—Nada importa; yo debo saber quién eres.

—Soy una princesa india.

—¿De qué región?

—De la gran tribu de los maharatos—contestó Kammamuri, que se había acercado silenciosamente.

—¡Una princesa maharata!...—exclamó el soldado, estremeciéndose—. También soy yo maharato.

—No, tú eres un renegado—dijo Kammamuri—. Si fueses un verdadero maharato serías libre como yo y no esclavo o siervo de un hombre que pertenece a la raza de nuestros opresores, de un inglés.

En los ojos del soldado brilló un relámpago de ira, pero aquel relámpago se extinguió en seguida y el indio inclinó la cabeza, murmurando:

—Es verdad.

—Vete—dijo Kammamuri—. Los maharatos libres desprecian a los traidores.

El indio vaciló; luego, levantando los ojos, que aparecían húmedos, murmuró con voz triste:

—No, no he olvidado a mi patria, no se ha extinguido en mi corazón el odio hacia los opresores de la India; todavía soy maharato.



—¡Tú!...—exclamó Kammamuri, con profundo desprecio—. Dame una prueba.

—Manda.

—Esta mujer es mi ama, una princesa de una de nuestras más valerosas tribus. Si te atreves, júrale obediencia como se la jurarían los pobres hijos de nuestras montañas.

El indio dirigió a su alrededor una mirada rápida para asegurarse de que no le observaban; luego, cayó a los pies de Ada con la frente en el polvo, diciendo:

—Manda: por Siva, Visnú y Brahma, las divinidades protectoras de la India, juro obedecerte.

—Ahora te reconozco como compatriota—dijo Kammamuri—. ¡Sígueme!...

Entraron en la chinesca casita guardada por cuatro marineros del yate, armados de pistolas para defender a la sobrina de su amo de cualquier atentado, y se detuvieron en una pequeña estancia amueblada con ligerísimas sillas de bambú y algunas mesitas cargadas con teteras y tazas de porcelana color de «cielo después de lluvia», el color favorito de los hijos del Celeste Imperio.

—Manda—repitió el indiano, postrándose nuevamente ante Ada.

Entonces la joven, fijando en él una mirada penetrante como si quisiera leer en su alma, le dijo:

—¿Sabes que odio al rajá?

—¿Tú?...—exclamó el maharato, levantando la cabeza, estupefacto.

—Sí—añadió la joven con energía.

—¿Te ha ofendido, acaso?

—No, pero le aborrezco, porque es inglés, porque soy maharata y él pertenece a la raza de los opresores de la

India y porque en otro tiempo formó en las filas que destruyeron la independencia de nuestros rajás. Nosotros, pueblos libres, juramos odio eterno a aquellos hombres de la lejana Europa y no pudiendo aniquilarlos en la India, procuramos acabar con ellos en cualquier lugar donde se encuentren.

—¿Tan poderosa eres, pues?—preguntó el indio, con creciente estupor.

—Dispongo de hombres valerosos, de naves y de cañones.

—¿Y vienes a traer la guerra?

—Sí, puesto que encuentro a un tirano de nuestra patria que veja a otros hombres de color hermanos nuestros.

—¿Quien te ayudará en la empresa?

—¿Quién?... El sobrino de Muda-Hassin.

—¿El?...

—El.

—¿Pero si se halla prisionero?

—Lo pondremos en libertad.

—¿Y sabe que proyectas luchar en favor suyo?

—No, pero le hablaré.

—Ya te he dicho que está vigilado.

—Burlaremos a sus guardianes.

—¿De qué modo?

—Tú lo discurrirás.

—¿Yo?...

—Esa es la prueba que de ti espero, si eres maharato en realidad.

—He jurado obedecerte y Bangawadi no faltará a su palabra—afirmó el indio, con solemne acento.

—Veamos—dijo Kammamuri, que hasta entonces había permanecido silencioso—. ¿Cuántos centinelas vigilan a Hassin?



—Cuatro.

—¿Noche y día?

—A toda hora.

—¿Sin alejarse nunca?...

—Jamás se apartan de él.

—¿Hay algún maharato entre esos indios?

—No, todos son de Guzerate.

—¿Fieles al gobernador?

—Incorruptibles.

Kammamuri hizo un gesto de contrariedad y pareció sumergirse en profundos pensamientos.

—¡Ah!—exclamó, después de algunos instantes—. ¿Quién es el gobernador?

—Un mestizo anglo-bengalés.

—¿No será capaz de traicionar al rajá?

—De ningún modo—afirmó el indio.

—Está bien.

Buscó algo en la faja y sacó un diamante tan grueso como una avellana.

—Vete en busca del gobernador—le dijo, alargándoselo al indiano—y dile que la princesa Raibh le ofrece este regalo y le ruega que le conceda una entrevista.

—Pero, ¿qué te propones, Kammamuri?—le preguntó Ada.

—Ya te lo diré luego, ama. Anda, Bangawadi; contamos con tu juramento.

El indio cogió el diamante, se prosternó por última vez ante la joven y salió con paso rápido.

Kammamuri le siguió con la mirada; luego, volviéndose hacia Ada, le dijo:

—Creo que conseguiremos nuestro objeto.

—¿Qué intentas?

—Raptar a Muda-Hassin.

—¿Cómo?

El maharato, en vez de responder, sacó de la caja una cajita y mostró algunas píldoras pequeñísimas que exhala-  
ban extraño olor.

—Me las ha dado el capitán Yañez—dijo—, y conozco por experiencia sus efectos. Basta dejar caer una en un vaso de vino o de café para adormecer instantáneamente a la persona más robusta.

—¿Y para qué pueden servirnos?—preguntó la joven, con profunda sorpresa.

—Para aletargar al gobernador y a los centinelas que custodian la morada de Hassin.

—No acierto a comprenderte.

—Con el regalo que le hemos enviado, el gobernador nos invitará a comer o le invitaremos nosotros. Yo me encargo de hacerle beber el narcótico, y cuando le veamos dormido iremos en busca de Hassin y repetiremos la suerte con los centinelas.

—¿Pero nos permitirán los indios entrar en la prisión?

—Bangawadi se encargará de abrirnos paso, fingiendo que ha recibido del gobernador la orden de visitar a Hassin.

—¿Adónde conduciremos al prisionero?

—Al lugar que él desee, allí donde cuente con partidarios. De mi cuenta corre buscar caballos para nuestra gente. Ya se disponía a salir cuando vió que Bangawadi regresaba.

El indio parecía contento, porque a sus labios asomaba una sonrisa.

—El gobernador os espera—dijo, entrando.

—¿Ha agradecido el obsequio?—preguntó Kammamuri,

—Nunca le he visto de tan buen humor como hoy.

—Vamos, ama—dijo el maharato.



Salieron precedidos por el soldado y seguidos por los cuatro marineros del yate que habían recibido orden de no apartarse de ella un solo instante. Pocos minutos después llegaban al palacio del gobernador de Sedang.

El edificio, llamado pomposamente palacio por los habitantes, era una modesta casa de madera, de dos pisos, con el techo cubierto de tejas azules como las viviendas del barrio chino de Sarawack, ceñida por una empalizada y defendida por dos cañones enmohecidos, que no servían más que de adorno, porque no habrían podido hacer dos disparos seguidos sin estallar. Una docena de indios, vestidos como los cipayos de Bengala, con casaca roja, calzones blancos y turbante, pero descalzos, hallábanse tendidos alrededor de la casa y presentaron armas, con marcial apostura, a la princesa de los maharatos. El gobernador esperaba a la joven al pie de la escalera, señal evidente de que el magnífico regalo había producido su efecto.

Sir Hunton, comandante de Sedang, era un anglo-indiano que había tomado parte en las sangrientas campañas del *Realista* contra los piratas de Borneo, en clase de oficial de marina.

No contaba aún cuarenta años, pero aparentaba tener más por efecto del clima, poco favorable para los extranjeros. Era alto, como todos los individuos de raza india, y muy recio; tenía la piel ligeramente bronceada, ojos negros y barba poblada como los indostanes, algo encanecida.

Había dado pruebas de gran valor y de fidelidad, y encargóse del mando de Sedang con la orden de vigilar atentamente al sobrino de Muda-Hassin, toda vez que James Brooke no ignoraba que tenía un temible y poderoso rival en el pariente del difunto sultán.

Sir Hunton, al ver a la princesa, se adelantó a su encuen-

tro, tendiéndole la mano y descubriéndose; luego le ofreció galantemente el brazo y la condujo a un saloncito amueblado con cierta elegancia.

—¿A qué feliz casualidad debo el honor de esta visita, Alteza?—le preguntó, sentándose frente a la joven—. Es caso raro ver llegar a este pueblecillo, perdido en la frontera del reino, a una persona tan distinguida.

—He emprendido un viaje de recreo a las islas de la Sonda, señor, y no quiero dejar de ver también Sedang, teniendo ahora la posibilidad de admirar a esos formidables cortadores de cabezas que se llaman dayakas.

—¿Y ha venido Vuestra Alteza por pura curiosidad? Se me figura que por alguna otra cosa.

—¿Por qué?

—Por ver al sobrino de Muda-Hassin.

—No sé quién es.

—Un rival del rajá Brooke, que pasa el tiempo soñando con aspiraciones.

—¿De modo que es sujeto interesante?

—Tal vez.

—Con el permiso de usted no dejaré de visitarlo.

—A cualquier otra persona no le concedería semejante autorización, pero a Vuestra Alteza, que viene de la India y que, por lo tanto, no puede tener en ello otro interés que el de la curiosidad, no negaré tal favor.

—Gracias, señor.

—¿Se detendrá Vuestra Alteza mucho tiempo aquí?

—Algunos días, mientras efectúan en mi yate algunas reparaciones.

—¿Ha venido en yate Vuestra Alteza?

—Sí, señor.

—¿Y va luego a Sarawack?

—Ciertamente; quiero conocer al exterminador de los



piratas, porque soy una de sus más entusiastas admiradoras.

—¡Es un valiente rajá!

—Eso creo.

—¿Volverá al yate esta tarde Vuestra Alteza?

—No, he tomado una casita en arrendamiento.

—Entonces espero que Vuestra Alteza me dispensará el honor de aceptar hospitalidad en mi morada.

—¡Ah!... ¡señor!...

—Es la mejor de Sedang.

—Gracias, señor, pero prefiero ser libre.

—Al menos confío en que Vuestra Alteza pasará el día a mi lado.

—No puedo menos de corresponder a semejante atención.

—Haré lo posible por proporcionarle distracciones.

—Por supuesto, me enseñará usted al real prisionero—dijo Ada, riendo.

—Después de comer, Alteza. Iremos a tomar el té con Muda-Hassin.

—¿Es persona galante o es un salvaje?

—Es un hombre astuto y bien educado que nos dispensará afectuoso recibimiento.

—Cuento con usted, señor. Esta tarde seré su comensal.

Levantóse a una señal de Kammamuri, que permanecía en un ángulo del salón. El gobernador la imitó y la acompañó hasta la puerta, donde la tropa india le tributó los honores correspondientes a su jerarquía de princesa indostánica.

Al volver a su casa, seguida siempre por Kammamuri y por los cuatro marineros del yate, encontró a Bagawadi, que la aguardaba en la puerta, en la actitud de un hombre que espera con impaciencia.

—¿Otra vez aquí?—le preguntó,

—Sí, ama—respondió.

—¿Ocurre alguna novedad?

—He hablado con Hassin.

—¿Cuándo?

—Hace un momento.

—¿Y qué le has dicho?

—Que hay personas que se interesan por su suerte y que tratan de facilitarle la evasión.

—¿Y qué te ha respondido?

—Que se halla dispuesto a todo.

—Eres un valiente, Bangawadi.

—Y lo serás más si continúas ayudándonos—añadió Kamamuri.

—Estoy a vuestra disposición.

—Entonces ve y dile que esta tarde la princesa Raibh irá a visitarlo en compañía del gobernador y que procure estar solo, al menos en su habitación. Dile también que deje a mi cuidado la tarea de preparar el té del gobernador.

Luego, sacando de la faja un pequeño diamante, se lo dió, diciéndole:

—Esto para ti y para que convides a beber a los centinelas que custodian la casa de Hassin. Esta tarde pago yo.



LOS PIRATAS DE LA MALASIA



...caía de su asiento, desplomado sobre la alfombra.

ALFONSO DE CUBAS



ALFONSO DE CUBAS





## CAPITULO XXIII

### La fuga del príncipe Hassir

Sir Hunton, que no dudaba de haber invitado a una princesa india auténtica y que no concebía la más mínima sorpresa de la trama urdida tan hábilmente por el astuto maharato, hizo los honores de la casa con exquisita cortesía y sin reparar en gasto, después de recibir como obsequio un diamante que no valía menos de treinta mil libras.

La comida que ofreció a la princesa no podía ser mejor. El cocinero había saqueado la despensa, los corrales de los dayakas y los viveros de peces. No faltaban tampoco botellas legítimas de vino de España, que el gobernador había recibido de un amigo suyo residente en Filipinas y que guardaba cuidadosamente para las grandes ocasiones.

Ada hizo los honores al banquete y rivalizó en amabilidad con Sir Hunton. Procuró, sobre todo, hacerle beber mucho, con innumerables brindis: por la India, por la pros-

peridad de Sarawack, de Sedang, del rajá y de la vieja Inglaterra.

Comenzaba a anochecer cuando se disponían a dar la última embestida al tradicional «pudding».

—El príncipe Hassin sentirá inquietud por no vernos—dijo Ada, después de mirar hacia la parte exterior—. Las tinieblas caen rápidamente.

—Ya está advertido de que iremos a tomar el té en su casa, Alteza—respondió sir Hunton.

—Tratemos de no hacerle esperar demasiado.

—Entonces, levantémonos.

—Un paseo por la orilla del río, nos sentará bien.

Levantóse la joven y cubrióse la cabeza con un riquísimo chal de seda para defenderse de la humedad de la noche, muy peligrosa en aquellas regiones. Kammamuri, que había tomado parte en el banquete, en clase de secretario de la amable princesa, salió primero.

Dos marineros del yate esperaban en la orilla del río.

—¿Está todo listo?—les preguntó.

—Sí—respondieron.

—¿Cuántos caballos habéis encontrado?

—Ocho.

—Dónde nos esperan?

—En la entrada del bosque.

—Está bien, reuníos a vuestros compañeros.

Ada salía en aquel momento del brazo del gobernador. Kammamuri se acercó a ella y con gesto rápido le dió a entender que todo estaba preparado.

La noche era espléndida. Hacia Oriente, una nube sonrosada, que poco a poco se volvía gris, indicaba el lugar donde el sol había desaparecido. El cielo se cubría rápidamente de estrellas que se reflejaban en las plácidas aguas del río,



En el espacio voltejaban los murciélagos gigantescos y entre los matorrales y los árboles miriadas de lagartos voladores, en tanto que los «to-chi», otra variedad de lagartos más parecidos a las tarántulas, salían de las hendiduras de las casas para comenzar sus atrevidas evoluciones bajo los artesonados de las habitaciones, lanzando leves gritos que parecían decir: «¡to-chi!... ¡to-chi!»

En el río, algunos bateleros entonaban monótonas canciones, mientras los juncos chinos, únicas naves que llegan hasta Sedang, encendían sus monumentales linternas de papel o de talco.

De la vecina selva llegaban mil perfumes. Los árboles de alcanfor, los clavilleros y los mangos exhalaban penetrantes aromas.

Ada no decía una palabra y apresuraba el paso; el gobernador, que había bebido con exceso, la seguía, haciendo esfuerzos por mantenerse derecho.

Afortunadamente, el camino era corto. Pocos minutos después se encontraban ante la morada del sultán, una morada muy modesta, porque no era más que una casita de dos pisos rodeada de una galería descubierta y guardada por cuatro indios que tenían el encargo de vigilar atentamente al prisionero.

El gobernador, después de hacerse anunciar, condujo a la princesa a una salita adornada con divanes y tapices muy usados, con varios espejos y con una mesita en la cual se veían amontonados en completo desorden, tazas, jícaras, teteras, bolas de marfil agujereadas y otras baratijas por el estilo.

El sobrino de Muda-Hassin los esperaba sentado en una vieja poltrona coronada con un pequeño gavial dorado, emblema de los sultanes de Sarawack.

El rival de James Brooke no contaba en aquella época

más que treinta años. Era de alta estatura, continente majestuoso, hermosa cabeza cubierta de negra y larga cabellera, rostro ligeramente bronceado, adornado de barba lustrosa y ojos vivos e inteligentísimos.

Usaba el turbante verde de los sultanes de Borneo y amplia chaqueta de seda blanca sujeta por larga faja de seda rosa, entre cuyos pliegues asomaban las empuñaduras de los dos cris, distintivo de los grandes jefes; en su costado pendía el «golok», pesada hacha malaya, larga y afiladísima.

Al ver entrar al gobernador, se puso en pie, haciendo una ligera inclinación de cabeza; luego fijó los ojos con viva curiosidad en la joven, diciendo:

—Bienvenidos sean a esta casa.

—La princesa Raibh había mostrado deseos de venir aquí y la he acompañado, con la esperanza de proporcionar a usted una satisfacción—respondió el gobernador.

—Agradezco la cortesía. ¡Son tan raras las distracciones en esta ciudad y tan poco frecuentes las visitas!... El rajá Brooke ha sido injusto dejándome en un completo aislamiento.

—Ya sabe usted que el rajá desconfía.

—Sin razón, porque yo no cuento ya con partidarios. La sabia administración del rajá Brooke me los ha arrebatado a todos.

—A los dayakas sí, pero a los malayos...

—También a éstos, sir Hunton, pero... dejemos la política y permítame que le ofrezca un buen té.

—Me han asegurado que es excelente en realidad—dijo el gobernador, riendo.

—Verdadero té chino, se lo garantizo; mi amigo Tai-Sin me hace este obsequio siempre que toca en Sedang.

—Ahí tiene usted una ocasión magnífica para reclutar



partidarios entre los chinos de Cantón: Apuesto cualquier cosa a que no resultará muy difícil semejante empresa para el proveedor de té.

Sombrío relámpago brilló en los profundos ojos del futuro sultán, pero no hizo gesto alguno que revelase su cólera exterior.

—Que sirvan el té—dijo.

Kammamuri, en el acto, pasó a una habitación inmediata donde se oía ruido de tazas, y poco después entró seguido por un pequeño malayo que llevaba un servicio completo en vajilla de plata.

El astuto maharato escanció la deliciosa bebida y en la taza destinada al gobernador dejó caer una pildorita que en seguida se disolvió.

Ofreció la primera taza a su ama, la segunda a sir Hutton y la tercera al sobrino del sultán; después penetró en la estancia contigua.

Llenó rápidamente cuatro tazas más, echó en ellas otras tantas píldoras, y se las dió al malayo, diciéndole:

—Sígueme.

—¿Hay más invitados?—preguntó el criado.

—Sí—respondió el maharato, con misteriosa sonrisa—.

¿Hay alguna otra salida, sin pasar por el saloncito?

—Sí.

—Indícala.

El malayo le hizo pasar a una tercera habitación que tenía puerta a la calle. Allí velaban los cuatro centinelas.

—Muchachos—dijo el maharato, adelantándose—. Mi ama, la princesa Raibh, os ofrece té de Hassin. Bebedlo a su salud; aquí tenéis este puñado de rupias que os ruega aceptéis.

Los cuatro indios no aguardaron a que se lo repitiesen.

Guardáronse apresuradamente las rupias y se bebieron de un trago el té, a la salud de la espléndida princesa.

—Buena guardia, muchachos — exclamó Kammamuri, irónicamente.

Volvió al saloncito del sobrino del sultán. En aquel preciso momento, el gobernador, vencido por el poderoso narcótico, caía de su asiento, desplomado sobre la alfombra.

—¡Que descanses!—dijo el maharato.

Ada y Hassin levantáronse.

—¿Muerto?...—preguntó el segundo, con salvaje acento.

—No, dormido—repuso Ada.

—¿Y no se despertará?

—Sí, pero dentro de veinticuatro horas, y entonces nos hallaremos muy lejos.

—Entonces, ¿es cierto que ha venido usted para devolverme la libertad?

—Sí.

—¿Y para ayudarme a reconquistar el trono de mis antepasados?

—Ciertamente.

—¿Por qué motivo?... ¿Qué puedo hacer yo en favor de usted, señora?

—Más tarde se lo diré; ahora se trata de huir.

—Estoy pronto a seguirla; ordene.

—¿Cuenta usted con partidarios?

—Todos los malayos están de mi parte.

—¿Y los dayakas?

—Se batirán bajo la bandera de Brooke.

—¿Conoce usted lugar seguro donde podamos esperar a que se reúnan sus adictos?

—Sí; el «Kampong» de mi amigo Orango-Tuah.

—¿Se halla lejos?

—Junto a la desembocadura del río.



—Vamos; los caballos están preparados.

—Pero, ¿y los guardias?

—Duermen lo mismo que el gobernador—dijo Kammamuri.

—En marcha—añadió Ada.

El joven príncipe recogió las alhajas encerradas en un cofrecillo, armóse de un fusil y siguió a Ada y a Kammamuri, después de dirigir una postrer mirada al gobernador, que roncaba sonoramente.

En la puerta yacían los cuatro indios, unos sobre otros, dormidos profundamente. Kammamuri les quitó las carabinas y las cartucheras y luego lanzó un silbido.

Del vecino bosque salieron los cuatro marineros del yate y Bangawadi, llevando del diestro a los ocho caballos.

Kammamuri ayudó a su ama a subir en uno de los mejores, y en seguida saltó con agilidad a la grupa del otro, diciendo:

—¡Al galope!...

Los jinetes, guiados por el príncipe, que conocía mejor el terreno que Bangawadi, pusieron las cabalgaluras al galope, bordeando la selva, que se extendía a lo largo de la orilla derecha del río.

De repente, en la ribera opuesta, se oyó una voz gritar:

—¿Quién vive?

—Que nadie responda—dijo el príncipe.

—¿Quién vive?—repitió la voz con acento amenazador.

Al no recibir contestación, el centinela, que seguramente había descubierto al grupo de jinetes a pesar de la obscuridad de la noche, hizo fuego, gritando:

—¡A las armas!...

La bala pasó silbando por encima de los fugitivos y fué a perderse en la selva.

—¡A escape!—exclamó Kammamuri.

Los corceles partieron a la carrera, en tanto que hacía la parte de la ciudad se oía a la guardia del palacio del gobernador, exclamar:

—¡A las armas!

Los jinetes siguieron la orilla derecha, luego vadearon el río a una milla de la población, y pasaron a la margen izquierda para tomar el camino que llevaba hasta la costa.

—¿Nos perseguirán?—preguntó Ada al príncipe.

—Mucho lo temo—respondió éste—. Ya habrán encontrado al gobernador y enterados de mi fuga se lanzarán todos tras de nuestras huellas.

—Pero no son más que veinte hombres.

—Dieciséis, porque cuatro de ellos duermen.

—Tanto mejor; podremos rechazarlos fácilmente.

—El caso es que irán a buscar auxilio en las aldeas de los dayakas, y antes de doce horas correrán en persecución nuestra doscientos o trescientos hombres armados.

—¿Llegaremos antes al «Kampong»?

—Dentro de dos horas nos encontraremos allí, y si se acercan a atacarnos tendrán que roer un hueso duro. Antes de dos días, espero reunir cinco o seis mil malayos y un centenar de *prahos*.

—¿Armados de cañones estos *prahos*?

—Algunos nada más, y no serán suficientes para rechazar a la flota de James Brooke.

—Por fortuna, dentro de cuatro o cinco días, recibiremos muchas piezas de artillería.

—¿Piezas de artillería?—exclamó el príncipe, en el colmo del estupor.

—Sí, servidas por los más formidables piratas de Borneo.

—¿Quiénes son?

—Los de Mompracem.





El príncipe refrenó con violencia a su caballo y...





—¿De Mompracem?... ¿De modo que Sandokan, el invencible Tigre de la Malasia, viene en mi auxilio?

—El no, pero probablemente su banda navega a esta hora con rumbo a la bahía de Sarawack.

—¿Dónde está Sandokan?

—En las manos del rajá.

—¿El, prisionero?... ¡Imposible!

—Ha sido derrotado por fuerzas veinte veces superiores a las suyas, después de un terrible combate, y hecho prisionero a la vez que su lugarteniente y que mi prometido. Y para salvarlos he preparado la fuga de usted.

—Pero, ¿dónde se encuentra ahora?

—En Sarawack.

—Los libertaremos, lo juro. Cuando los malayos sepan que los piratas de Mompracem toman parte en la lucha, se sublevarán todos. A James Brooke le restan pocos días de ejercer autoridad.

—¡Alto!—gritó una voz en aquel instante.

El príncipe refrenó con violencia a su caballo, y se colocó ante la joven con el «golok» desenvainado.

—¿Quién vive?—preguntó.

—Guerreros de Orango-Tuah.

—Avisad a vuestro jefe que el sobrino de Muda-Hassin viene a visitarlo.

Luego, volviéndose hacia Ada e indicándole una masa oscura que se elevaba en el borde de la selva, exclamó:

—¡Ese es el «Kampong»!... Ahora podemos desafiar a los soldados del gobernador.







## CAPITULO XXIV

### La derrota de James Brooke

El «Kampong» de Orango-Tuah era una aldea malaya, fortificada, como lo están en general todas las de Borneo, para defenderse de las correrías de las tribus del interior y especialmente de los dayakas, con los cuales se hallan siempre en guerra.

Componíase de trescientas cabañas de madera, techadas con hojas de nipa, defendidas por alta y sólida empalizada y por recia muralla de espinoso bambú, obstáculos casi insuperables para los desnudos pies de los indígenas.

Aparte de esto, los habitantes podían contar con media docena de *prahos*, armados con espingardas y anclados en un pequeño lago que comunicaba con el mar por medio de un canal.

Orango-Tuah—un malayo robustísimo, de tez oscura, ojos oblicuos y pómulos salientes, antiguo corredor del mar antes de las sangrientas represiones de James Brooke—, advertido oportunamente, apresuróse a salir al encuentro de

su príncipe, seguido de gran número de soldados que llevaban ramas de resina encendidas.

La acogida fué entusiasta. Toda la población, avisada por medio del «tam-tam», corrió en masa a felicitar al futuro soberano de Sarawack.

Orango-Tuah condujo a sus huéspedes a la mejor choza de la aldea; luego, noticioso de que la guardia del gobernador los perseguía, apostó, para rechazarlos, a cincuenta hombres armados con fusiles en los bosques vecinos.

Tomada esta medida, reunió a los cabecillas en consejo para que promoviesen rápidamente la insurrección en los poblados malayos y para que formasen un ejército considerable, antes de que la noticia de la fuga del príncipe llegara a Sarawack.

Aquella misma noche, cuarenta emisarios partían para el interior y los tres *prahos* se hacían a la mar para advertir a los malayos costeros de la lucha tremenda que se preparaba, en tanto que otros dos se encaminaban al cabo Sirik para proteger a la banda de Mompracem.

Entretanto, Ada envió a uno de los marineros del yate a la desembocadura del río para enterar a lord James de sus proyectos.

A la mañana siguiente comenzaron a afluir al «Kampong» los primeros refuerzos. Eran partidas de malayos armados de fusiles y acudían de todas partes para combatir bajo la bandera de su príncipe.

Por mar llegaban también a cada instante *prahos* tripulados por multitud de combatientes y con algunas piezas de artillería.

Tres días después, siete mil malayos acampaban en torno del «Kampong». Esperaban únicamente a la banda de Mompracem para ponerse en marcha hacia Sarawack y caer de improviso sobre la ciudad.



Todos los caminos del interior estaban ocupados ya por fuertes destacamentos para impedir que los dayakas participasen la noticia de la insurrección al rajá, el cual debía ignorar la fuga de su formidable adversario.

El quinto día la flotilla de Mompracem fondeaba en la playa de «Kampong». Componíase de veinticuatro grandes *prahos*, armados con cuarenta cañones y sesenta espingardas y tripulados por doscientos hombres que en valor y en táctica guerrera valían más que mil malayos.

Apenas desembarcaron, Sambigliong acercóse a Ada, que permanecía en la habitación de Orángo-Tuah.

—Los tigrecillos de Mompracem—le dijo—están dispuestos a caer sobre Sarawack. Han jurado libertar a Sandokan y a sus compañeros, o hacerse matar todos.

—Los malayos no esperan más que a vosotros—respondió la joven—. Jurad aquí que no causaréis ningún daño a James Brooke y que si es vencido lo dejaréis en libertad,

—Protegeremos su fuga, en caso necesario. Obedeceremos.

Dos horas más tarde, el ejército malayo, guiado por el futuro sultán, abandonaba el «Kampong» y emprendió el camino de la costa, mientras que la flotilla de Mompracem, en la cual había embarcado Ada y Kammamuri, hacíase a la vela, escoltada por un centenar de *prahos*, procedentes de las aldeas edificadas en la vasta bahía de Sarawack.

Habíanse tomado todas las medidas necesarias para sorprender a la capital del rajá y fijado el día en que sería atacada simultáneamente por tierra y por el río.

La escuadrilla, que navegaba con lentitud para dar tiempo a que las tropas avanzasen, reuníase todas las noches para esperar a los soldados de Hassin. Sambigliong tenía que hacer grandes esfuerzos para calmar la impaciencia de los

tigres de Mompracem, los cuales ardían en deseos de vengar la derrota de su jefe.

Para no permanecer ociosos, daban caza a los veleros que se dirigían a Sarawack, con el fin de evitar que el rajá tuviera conocimiento de la marcha de la escuadra.

Cuatro días después, al atardecer, la flotilla llegaba a la desembocadura del río. Aquella misma noche el ejército de Hassin debía caer sobre la capital.

Aier-Duk, que capitaneaba a los Tigres de Mompracem, ordenó que el *praho* que conducía a Ada permaneciese oculto en una pequeña cala del río para no exponer a la joven a los horrores de la batalla; pero Kammamuri, no resignándose a permanecer inactivo en aquel supremo instante, se pasó al barco del jefe.

—Tráeme a Tremal-Naik—le dijo Ada, antes de separarse.

—Me harán pedazos, pero mi amo se salvará—respondió el bravo maharato—. Apenas desembarquemos, podremos sitiar al palacio del rajá, porque tengo la seguridad de que allí se encuentran los prisioneros.

—¡Anda, mi valiente Kammamuri y que Dios te proteja! Aier-Duk comunicó las últimas órdenes. A la cabeza de la escuadra colocó a los *prahos* mayores, armados de cañones y defendidos por los más intrépidos piratas de Mompracem.

Estos debían sostener el primer choque, y los demás, en masa, lanzarse al abordaje.

A las diez de la noche la flota se puso en marcha, subiendo rápidamente el río. Todas las velas habían sido arriadas para que los puentes estuviesen libres y las pequeñas embarcaciones navegaban a remo.

El río parecía desierto; ni a derecha ni a izquierda se



veía nave alguna: tampoco en la selva, tan a propósito para defenderse, se ocultaban soldados.

Aquel silencio, sin embargo, no parecía muy tranquilizador para Aier-Duk. Juzgaba imposible que no se hubiera descubierto nada de la insurrección que desde cinco días antes hervía en el reino, y que el rajá, hombre astuto, audaz y bien servido por dayakas y por la guardia india, se dejase sorprender. Temía una emboscada junto a la población y aguzaba la vista y ponía atento oído.

Al mediar la noche, la flotilla se encontraba a menos de una milla de Sarawack. Las primeras casas comenzaban a distinguirse sobre la obscura línea del horizonte.

—¿Oyes algo?—preguntó Aier-Duk a Kammamuri, que estaba a su lado.

—Nada—respondió el maharato.

—Este silencio me inquieta.

Hassin había llegado ya seguramente y comenzado el ataque.

—Tal vez esperará oír nuestros cañones.

—¡Ah!...

—¿Qué ocurre?...

—¡La escuadra!...

En una revuelta del río apareció una masa imponente que cerraba el paso. Era la flota del rajá en línea de batalla, dispuesta a rechazar al enemigo.

De repente, quince o veinte relámpagos brillaron en medio de las tinieblas, y en seguida se escuchó un ruido espantoso. Los barcos de James Brooke rompieron un fuego infernal contra los del enemigo.

Se dejó oír un grito fragoroso:

—¡Viva Mompracem!...

—¡Viva Hassin!...

Casi en el mismo instante, en la parte Norte de la ciu-

dad retumbaron furiosas descargas de fusilería. Las tropas de Hassin caían sobre la población.

—¡Al abordaje, tigrecillos de Mompracem!—rugió Aier-Duk—. ¡Viva el Tigre de la Malasia!...

Los *prahos* se arrojaron sobre las naves del rajá, a pesar de la metralla que barría los puentes y de las balas que causaban mortandad horrible. Nada era capaz de resistir al ímpetu del ataque.

En un instante, los barcos de Brooke se vieron rodeados por numerosas embarcaciones tripuladas por los corredores.

Tigres y malayos cayeron sobre las naves enemigas, las abordaron, invadieron los puentes, sitiaron a las tripulaciones incapaces de resistir tan rabiosa embestida, las desarmaron y las encerraron en las bodegas y en las baterías. La bandera del rajá fué arriada, y en su lugar se elevó el pabellón rojo de Mompracem, adornado con una cabeza de tigre.

—¡A Sarawack!—gritó Kammamuri.

Los *prahos* reanudaron su marcha hacia la ciudad. El combate, empeñado por las tropas malayas, seguía cada vez más encarnizado en las calles de la capital.

En todos los barrios y hasta en los canales tronaba la fusilería. Oíanse los gritos de los invasores que avanzaban hacia la plaza donde se elevaba el palacio del rajá.

Algunas casas incendiadas en diversos lugares, esparcían por todas partes reflejos sanguinolentos, mientras que en el espacio flotaban miríadas de chispas que el viento arrastraba muy lejos.

Aier-Duk y Kammamuri desembarcaron en el muelle, y al frente de cuatrocientos hombres invadieron el barrio cuyos habitantes se habían sublevado también.

Dos columnas de indios de la guardia, apostados a la entrada del barrio, intentaron rechazarlos con dos descargas





—No eres un prisionero, James Brooke: eres libre.





cerradas, pero los tigres de Mompracem los atacaron cimitarra en mano y los pusieron en fuga desordenada.

—¡Al palacio!...—ordenó Kammamuri.

Y a la cabeza de aquel ejército formidable, llegó a la anchurosa plaza. La morada del rajá hallábase defendida únicamente por un puñado de guardias, los cuales, tras breve resistencia, se dispersaron.

—¡Viva el Tigre de la Malasia!—vociferaban los piratas.

Una voz, vibrante como una trompa, repercutió en el interior del palacio:

—¡Viva Mompracem!...

Era la voz de Sandokan. Los bandidos la reconocieron.

Derribaron la puerta, que estaba cerrada con cadenas y cerrojos, recorrieron las habitaciones, y al fin, en una de ellas, defendida con sólidos barrotes, aparecieron Sandokan, Yañez, Tremal-Naik y Tanauduriam.

No les dejaron tiempo para que hablasen. Los cogieron en brazos y los llevaron en triunfo a la plaza, en medio de una gritería ensordecedora.

En aquel mismo instante, una turba de indios, rechazados por las tropas de Hassin, llenó la plaza.

Sandokan arrebató la cimitarra a uno de sus compañeros y se arrojó en medio de los fugitivos, seguido de Yañez, de Tremal-Naik y de veinte piratas.

Los indios se dispersaron, pero un hombre permaneció inmóvil; era James Brooke, con los vestidos destrozados y el sable ensangrentado todavía en la mano.

—¡Eres mío!...—gritó Sandokan, sujetándole el acero.

—¿Tuyo?...—exclamó el rajá, con ronco acento—. ¿Otra vez tuyo?...

—Me debías este desquite, Alteza.

—¡Y por ironía me llamas Alteza! Mi reino ya no existe y yo no soy más que un prisionero, reservado a la venganza

del sobrino de aquél a quien defendí con mi espada, y que, en recompensa, me cedió un trono tan poco seguro.

—No eres un prisionero, James Brooke: eres libre—le dijo Sandokan, abriéndole paso entre los piratas—. Aier-Duk!... Conduce a Su Alteza a la desembocadura del río y vela por su vida.

El ex-rajá miró a Sandokan con estupor; luego, al ver invadida la plaza por los malayos de Hassin, que lanzaban gritos de muerte contra él, siguió rápidamente a Aier-Duk, que había reunido a su alrededor a unos treinta piratas.

—He aquí un hombre que no volverá nunca a estas playas—dijo Sandokan—. ¡El poderío del rajá James Brooke se ha eclipsado para siempre!... (1)

## CONCLUSION

Al día siguiente, el sobrino de Muda-Hassin instalábase con gran pompa en el palacio de James Brooke, antigua residencia de los sultanes de Sarawack.

La población entera, que no había perdonado jamás al fugitivo rajá su origen europeo, a pesar de la civilización y de las grandes mejoras introducidas por aquel hombre enérgico, animoso y sabio, fraternizó con las tropas insurrectas.

El nuevo sultán no se mostró ingrato con sus aliados;

---

(1) Sandokan fué profeta: James Brooke no volvió nunca a Sarawack. Consumido por las fiebres, herido por la parálisis, privado de medios, retiróse a Inglaterra, donde habría muerto de miseria si sus compatriotas, después de un «meeting» celebrado en su favor, no hubiesen abierto una suscripción pública que produjo algunos millares de libras esterlinas. Falleció en Devon, el año 1868, casi desconocido, después de haber hecho hablar de su persona al mundo entero, durante su reinado.



ofreció a Sandokan, a Yañez y a Tremal-Naik honores y riquezas, y les rogó que permaneciesen en su reino; pero todos rehusaron.

Dos días después, Tremal-Naik y Ada, esposos felices, embarcaron con Kammamuri en el yate de lord James, con rumbo a la India, llevandó magníficos regalos; Sandokan y Yañez, acompañados de su banda, hiciéronse también a la mar para regresar a Mompracem.


—¿Volveremos a vernos algún día?—preguntaron Ada, Tremal-Naik y lord James al Tigre de la Malasia, antes de separarse.

—Tal vez—respondió Sandokan, abrazándolos—. La India me tienta, y es probable que algún día el Tigre de la Malasia y el Tigre de los Sunderbunds se encuentren en medio de las desiertas islas del Ganges. ¡Suyadhana!... He ahí un hombre que hace palpitar mi corazón; he ahí un hombre a quien querría ver. ¡Adiós, tío; adiós, amigos: esperadme!

FIN







## INDICE

---

### PRIMERA PARTE

#### El Tigre de la Malasia

| Caps.                                       | Págs. |
|---------------------------------------------|-------|
| I.—El naufragio del «Young-India» . . . . . | 7     |
| Los piratas de la Malasia, . . . . .        | 16    |
| III.—El Tigre de la Malasia. . . . .        | 24    |
| IV.—Un drama terrible. . . . .              | 34    |
| V.—La caza del «Helgoland». . . . .         | 45    |
| VI.—De Mompracem a Sarawack. . . . .        | 55    |
| VII.—El «Helgoland». . . . .                | 67    |
| VIII.—La bahía de Sarawack. . . . .         | 78    |
| IX.—La batalla. . . . .                     | 87    |

### SEGUNDA PARTE

#### El Rajá de Sarawack

|                                    |     |
|------------------------------------|-----|
| I.—La taberna china. . . . .       | 105 |
| II.—Una noche en prisión. . . . .  | 113 |
| III.—El rajá James Brooke. . . . . | 121 |
| IV.—Bajo los bosques. . . . .      | 129 |
| V.—Narcóticos y venenos. . . . .   | 136 |
| VI.—Tremal-Naik. . . . .           | 148 |

| Caps.                                        | Págs. |
|----------------------------------------------|-------|
| VII.—La liberación de Kammamuri, . . . . .   | 160   |
| VIII.—Yañez en la ratonera. . . . .          | 170   |
| IX.—Lord James Guillonk. . . . .             | 177   |
| X.—En el cementerio. . . . .                 | 187   |
| XI.—El combate. . . . .                      | 197   |
| XII.—La resurrección de Tremal-Naik. . . . . | 207   |
| XIII.—Las dos pruebas. . . . .               | 220   |
| XIV.—El desquite del rajá Brooke. . . . .    | 235   |
| XV.—A bordo del «Realista». . . . .          | 255   |
| XVI.—La nave de los forzados. . . . .        | 265   |
| XVII.—El motín. . . . .                      | 281   |
| XVIII.—El naufragio. . . . .                 | 299   |
| XIX.—¡Salvados! . . . . .                    | 313   |
| XX.—La destrucción de los forzados. . . . .  | 325   |
| XXI.—El yate de lord James. . . . .          | 341   |
| XXII.—El gobernador de Sedang. . . . .       | 349   |
| XXIII.—La fuga del príncipe Hassin. . . . .  | 361   |
| XXIV.—La derrota de James Brooke. . . . .    | 371   |



## PAUTA

### para la colocación de las láminas

|                                                                                                                                                 | Págs. |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-------|
| Todos aquellos hombres tenían los ojos fijos en el barco y agitaban furiosamente las armas. . . . .                                             | 21    |
| Una mujer de maravillosa belleza, envuelta en amplia túnica de seda blanca, salió repentinamente de la escotilla. . . . .                       | 27    |
| —Acércate—dijo el indio. . . . .                                                                                                                | 32    |
| ...congregó a su alrededor a todos los piratas, que pasaban de doscientos, la mayor parte dayakas de Borneo y malayos. . . . .                  | 52    |
| —Esas armas para que te defiendan, este anillo como recuerdo y esta bolsa repleta de diamantes. . . . .                                         | 82    |
| ...y en la puerta de la taberna aparecieron dos hombres de color obscuro, altos, robustos, con chaquetas y calzones de tela blanca y... . . . . | 115   |
| ...vió a Sandokan de pie en la pequeña plataforma de la cabaña aérea. . . . .                                                                   | 140   |
| —¿Cómo te encuentras aquí?—le preguntó el portugués. . . . .                                                                                    | 158   |
| —¿Me reconoces, Yáñez de Gomara?—le preguntó con sordo acento. . . . .                                                                          | 179   |
| —Ríndete, James Brooke—gritó Sandokan. . . . .                                                                                                  | 198   |
| La resurrección de Tremal-Naik. . . . .                                                                                                         | 216   |
| ...dió un salto hacia la puerta de la estancia, lanzando un verdadero rugido. . . . .                                                           | 237   |
| ...aquellos encarnizados enemigos, al cabo de tantos años, se besaron en el rostro. . . . .                                                     | 250   |
| En la puerta del fortín permanecía el lord, teniendo a Ada a la derecha y a Kammamuri a la izquierda. . . . .                                   | 256   |
| —No eres un prisionero, James Brooke: eres libre. . . . .                                                                                       | 379   |
| El príncipe refrenó con violencia a su caballo y... . . . .                                                                                     | 371   |
| ...caía de su asiento, desplomado sobre la alfombra... . . . .                                                                                  | 368   |













